FRANCIA Y AMÉRICA

Jean Meyer

COLECCIONES MAPFRE 1492

El francés es un emigrante que sólo pasa por América para cumplir sus objetivos. Las tres principales áreas de paso fueron: Canadá, por su riqueza pesquera y pieles; la zona caribe, donde actúan como piratas y filibusteros; y la costa de Brasil, para la extracción de madera. Francia no tuvo nunca una política colonial y las tres zonas que colonizó se corresponden con estas tres áreas de paso. La primera colonización se produjo en Canadá, ante las dificultades de enfrentarse a españoles y portugueses. La adaptación de hombres, plantas y animales a los rigores climáticos fue difícil. En las Antillas el proceso fue distinto y tuvo lugar en forma de mutaciones. La primera consistió en el paso de la vida de filibusteros a la vida agraria. La segunda fue de orden político, al vincular las colonias al Estado, y la tercera supuso el paso a la gran plantación azucarera de esclavos. Jean Meyer, en un importante trabajo, ofrece al lector la historia de la presencia francesa en América, del siglo XVI al siglo XX.

Jean Meyer (Estrasburgo-Francia, 1924). Doctor en Historia. Profesor de la Universidad de París. Ha sido director del Institut de Recherches Historiques de la Universidad de Rennes y en la actualidad dirige el Laboratoire d'Histoire Maritime. Obras: *Esclaves et négriers* (1986), *La grande époque de la marine à voiles* (1987) con M. Acerra, *L'europe des Lumières* (1989).

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Colección Europa y América

FRANCIA Y AMÉRICA
Del siglo XVI al siglo XX

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción: Anne-Marie Ledoux
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Jean Meyer
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-397-X
Depósito legal: M. 26611-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

JEAN MEYER

FRANCIA Y AMÉRICA

Del siglo XVI al siglo XX

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

Introducción 9

Capítulo I. La fase primera del contacto: Las poblaciones móviles europeas 35

Filibusteros y bucaneros del Caribe 50
El comercio con América del Sur 61

Capítulo II. Las dificultades de la primera colonización: logros y fracasos 65

Capítulo III. Un nuevo hombre: Unas semejanzas más profundas de lo que se quiere ver 95

Capítulo IV. El papel de la economía y de la política 121

Capítulo V. Entre dos ciclones: de la guerra de los Siete Años a la rebelión de Santo Domingo (1763-1792) 147

Capítulo VI. El viraje decisivo: 1792-1815 167

Capítulo VII. La primera mitad del siglo XIX o el período de las vacilaciones 185

Capítulo VIII. De la guerra de Secesión a nuestros días 209

Francia en América: un intento de balance 216

APÉNDICES

Bibliografía 223

Índice onomástico 229

Índice toponímico 233

INTRODUCCIÓN

¿Acaso existe un tema más trillado? Objeto de tantos doctos y voluminosos libros, de tantas caricaturas. Ahora bien, ¿qué es la colonización? Porque, en el fondo, de esto se trata. Fundamentalmente, de los flujos y aflujos de población, voluntarias o casi voluntarias unas, las blancas; forzadas las otras, de esclavos negros. Ambas desarraigadas de su ambiente original y trasplantadas a un medio diferente, de cuyo peligro existente en aquella época, para quien caía allí sin la más mínima preparación, las postales turísticas, los carteles multicolores ya no dan cuenta. Aventura que, para casi todos, fue mortal, y para los supervivientes, de alguna forma, profundamente traumática. Ante todo, la colonización fue aquella aclimatación a nuevas condiciones naturales —los científicos dirían «la adaptación a un nicho ecológico» distinto—. De ahí que, tras largas travesías oceánicas, con su propia carga de choques epidémicos, se produjese una selección «natural», que dejó sobrevivir sólo a los más fuertes, aquellos que, por suerte, casualidad y a veces algunas precauciones —la mayoría de ellas inútiles— consiguieron fundar, *in situ*, una nueva sociedad. Por parte de los europeos, aquel nuevo entorno, que hay que crear empezando desde cero, se hará con una acción simultánea desde el paisaje (nada se parece menos a nuestros mapas turísticos y a las estancias asépticas de los hoteles de lujo que el paisaje «original», donde la mayoría de las plantas, y a mayor abundamiento de los animales, empezando por los domésticos, no existían) al igual que sobre ese conjunto humano hecho de «retazos», de jirones de todos los estratos sociales europeos, incluso africanos. Aquella gente, al menos en relación con los europeos, en el fondo deseaba crear algo distinto, única certidumbre en medio de un magma

de ilusiones y esperanzas cuanto más fuertes que eran, si no vanas, por lo menos sí muy poco concretas. En cuanto a los africanos, paralizados por los miedos, que nos son tan difíciles de calibrar, resultantes del desarraigo total de una cultura todavía inmersa en la prehistoria, de la edad del hierro africana, no han dejado testimonio alguno. En una tesis reciente, Myriam Cottias propone introducir el concepto de «criollización» para designar aquel contacto, peligroso si los hubo, entre una naturaleza, si no virgen, puesto que ya resultaba configurada por el choque arawaks-caribes, para caricaturizar el choque entre los «indios flecheros», los indios malos y los indios buenos tan entrañables para Cristóbal Colón y las importaciones de las plantas, de los animales tanto europeos como africanos. Lo que significaba, necesariamente, originar una profunda ruptura de todos los equilibrios biológicos, con las inevitables consecuencias para el hombre, cualquiera que fuese. Existe, del mismo modo, una «criollización» de la naturaleza, y es mucho más difícil de discernir para los hombres. La clásica oposición dueños-esclavos oculta, en mayor o menor medida, la fusión, quizá parcial, que resultó del contacto con las poblaciones autóctonas: indios de los espacios canadienses y norteamericanos; arawaks y caribes antillanos, por no hablar de los indios de la América del Sur a quienes los franceses apenas vieron. Pero que, sobre todo, resultó del contacto entre blancos y negros. Sólo se ha querido ver la «mestización» evidente, muy variable, de unos «pueblos de dueños» a otros: el comportamiento de los franceses no fue el de los portugueses, ni tampoco el de los españoles, menos aún el de los anglosajones y demás europeos del norte. Este comportamiento no es tampoco necesariamente el de las diferentes islas, y no se trata sólo de una ilusión estadística que hace variar en proporciones considerables el porcentaje de hombres libres —entendamos de color, fundamentalmente los libertos— de la Guadalupe en comparación con la Martinica, y esta última en comparación con Santo Domingo. Y menos aún se trata de la actitud de las oficinas del Secretariado de Estado de la Marina, recelosas, que temen una «negrización» de la propia metrópoli, en el siglo XVIII (cuando el número de negros en Francia no sobrepasaba los 5.000). Y que imponen barreras, en contra de los deseos de los grandes propietarios de plantaciones, y a veces en contra de los de su secretario de Estado.

Hay que aceptarlo: ahora nos es imposible calibrar aquellas sociedades cada vez más profundas y rápidamente originales. Son necesarios

otros criterios, otros instrumentos de medida, ya que el mestizaje es sólo una faceta de las cosas y, por ello, el término «criollización» es, al fin y al cabo, apropiado. Porque todo se «criolliza»: las plantas, los animales y los hombres, todos los hombres. Los negros se criollizan a su manera, los blancos a la suya propia. Y para complicar aún más las cosas, y las dificultades de percepción, el *melting-pot*, por incompleto que fuese, mezcla las más diversas etnias; primero, africanas con las diferentes morfologías que tanto llamaron la atención de los compradores de esclavos, con su específica adaptabilidad a las enfermedades, su resistencia intrínseca a las grandes olas epidémicas, su propia mortalidad. ¿Se mezclaron o no aquellas etnias, y en qué medida? Para los franceses la pregunta se planteó sobre todo a nivel social: las colonias, que mezclan lo mejor y lo peor, vieron llegar a colonos de todos los rincones de la provincia francesa. Pero esto es secundario en relación con el foso que separa un contratado, cuasi esclavo, y más duramente explotado aún que el esclavo, puesto que su cautividad es temporal, y un «dueño de gran cabaña» que, sin embargo, también se «criolliza».

Y lo mismo ocurre en Canadá. El concepto de «criollización» puede que no sea muy apropiado e incluso algo chocante en aquel rudo valle del San Lorenzo. Pero la indianización de los «corredores de bosques» constituye un caso límite sin igual a esta escala. Es la historia de la «criollización», mejor dicho, de la «americanización» de dos grupos de población del Viejo Mundo frente a dos grupos de «indios» originales, si se puede decir, que constituye la base, la esencia misma de toda historia americana, ya sea hispánica, portuguesa, anglosajona o francesa. Que se realice en función de cronologías propias, con unos claros desfases en el tiempo, y más aún, con adaptaciones y profundidades muy diferentes, es algo natural: las colonias francesas sólo son una modalidad entre todas.

Entonces, ¿en qué consiste la originalidad francesa? Se ha hablado del «primer imperio colonial francés», americano fundamentalmente, de «Antiguo Régimen». Y la expresión se ha vuelto tan corriente, forma parte tan integrante del lenguaje, que ya no llama la atención y, sobre todo, no resulta chocante. Ahora bien, no hubo un primer imperio colonial francés y nadie, en Francia, barajó aquella idea (al contrario de lo ocurrido en Inglaterra). No existió ninguna política colonial, ni continua ni discontinua. Todo se hizo sin proyecto de partida, «sin proyecto colonial, sin verdadera organización» (M. Cottias). Aquello se te-

jió al capricho de las iniciativas individuales, a la buena de Dios, según el azar geográfico, siguiendo las pendientes de menor resistencia. Sólo fue en último extremo, como último recurso frente a una situación que se habían empeñado en estropear, cuando intervino el rey, primero de forma indirecta con Richelieu, luego directamente a principios del reinado de Luis XIV. Fue lo que se pudo llamar una «monarquización» en el sentido actual de «nacionalización». La palabra «imperio colonial» está, por otra parte, casi por completo ausente del lenguaje administrativo del Antiguo Régimen. En el siglo XVIII se habla de «colonias de asentamiento» y de «colonias del azúcar». Finalmente, la política «colonial» (pero ¿existe de verdad una, o varias, o... ninguna política?) se basa en dos o tres considerandos: 1) el reflejo primero tiene un carácter muy «nacionalista»: no abandonar, bajo ningún pretexto, una tierra sobre la cual había flotado, aunque sólo fuese por un tiempo, la bandera flordelisada. Que, por añadidura, hubiese una reacción de envidia frente a las riquezas, verdaderas o supuestas, del «imperio español americano», nada lo demuestra mejor que la demasiado famosa frase de Francisco I: «que se me enseñe el testamento de Adán y Eva». 2) Una vez marcada con las flores de lis la colonia, no hubo más remedio que rentabilizarla, y, por tanto, darle, dentro de la visión mercantilista de aquella época —que ha ido evolucionando más de lo que se supone— una producción que no entrara en competencia con la metrópoli y, mejor aún, que le suministrara, dentro de la zona monetaria-libre (ya que se trataba en gran medida de esto, y el «cambio» era, en realidad, la idea de la balanza de cuentas mucho más que la de las mercancías) los productos, fundamentalmente tropicales, que la metrópoli no podía producir por sí sola y que, por tanto, se veía en la obligación de importar con lo que llamaríamos divisas extranjeras, o, al igual que para las importaciones del Extremo Oriente, con metal precioso. 3) El tercer elemento no es sino la consecuencia de las características precitadas de la monarquía absoluta. Iniciada la evolución económica, y convertida en próspera, por lo menos en las Antillas (ya que Canadá, pese a las pieles, no fue nunca más que un pozo financiero sin fondo) y despertada la susceptibilidad, y luego el temor a una competencia francesa, surgieron los grandes conflictos del siglo XVIII, en realidad fundamentalmente unas batallas de y por el azúcar, y de allí, por el dominio de los mares. Así fue como el *patchwork* descabalado que formaban, desparramados a través de las anchas llanuras casi

vacías desde el San Lorenzo al Misisipí, como diseminados en vuelo de halcones, las islas, archipiélagos e islotes del mar Caribe, nació primero del azar, después de la necesidad.

No se trata, sin embargo, de necesidad metropolitana. La emigración francesa, comparada con la española, la inglesa, incluso la alemana, la portuguesa, aparece como irrelevante. El francés emigró mal al otro lado del mar. No digamos que emigra mal en general: no sería cierto. Existe en los siglos XVI-XVII en España una emigración siempre renovada, integrada tanto por gente modesta de pequeños oficios —de inmigrados— como por inmigrantes negociantes, agrupados en Sevilla, y luego en Cádiz. Pese a una constante asimilación —la hispanización se realiza con bastantes facilidades—, ese grupo se mantiene, según parece, en aproximadamente 100.000 personas dentro de un ir y venir de emigración temporal y definitiva. Lo mismo el francés del este, después de la guerra de los Treinta Años, emigra hasta los siglos XVI-XVIII inclusive, atraído por las políticas «colonizadoras» de las tierras conquistadas al turco o a los espacios de la Alemania oriental de los príncipes alemanes, incluso de los zares de Rusia. Se trata de alsacianos, lorenos sobre todo, que aparecen en Hungría, Banato y otras Transilvanias y, en menor medida, en los pantanos brandeburgueses, incluso de la Prusia oriental, junto con holandeses. Dos emigraciones, pese a unos cuantos estudios, poco conocidas, y en cuanto a la Europa central y oriental, imposible de cifrar en la actualidad. En su conjunto —eran terrestres— sin duda sobrepasaron, a lo largo de la época moderna, antes de la Revolución francesa, las 300.000 personas. Ahora bien, esta cifra no alcanza —ni de lejos— la emigración francesa trasatlántica. En el año 1763, había en Canadá unos 85.000 franceses, de los cuales 65.000 se quedaron allí. En las llanuras del *Far-West*, en la *Wilderness* tan entrañable para Chateaubriand, desde la desembocadura del Misisipí hasta los Grandes Lagos, existen apenas unos 5.000 franceses más. Para redondear, pongamos unas 100.000 personas. Ahora bien, este grupo, fundamentalmente, procede del formidable excedente de natalidad y de la debilidad —relativa— de la mortalidad. Los inmigrantes, en el sentido literal de la palabra, no sobrepasaron las 20.000 personas para el conjunto de la América del Norte continental.

Siempre fueron mucho más numerosos para las Antillas. Sin prejuzgar lo que expondremos más adelante, apuntemos que el número total de «blancos» en el Caribe no sobrepasaba mucho las 30.000 perso-

nas. Ahora bien, llegaron muchísimos más. No se sabe cuántos. Parte de ellos volvieron a marcharse: siempre se omite, en este tipo de balances, los flujos de regreso, que no son nada despreciables. La colonia que costó más vidas humanas en relación con el flujo de inmigración es la Guayana, y ello sobre todo porque, en la época contemporánea, la atracción del oro prolongó la leyenda y las ilusiones de Eldorado. A título de hipótesis, podemos estimar que se alcanzó la cifra de 100.000 emigrados definitivos. Incluso si se les suma los inmigrantes de Canadá, el resultado no rebasa en mucho los 120.000 franceses que abandonaron el viejo continente para rehacer su vida «en las islas». Es poco en relación con la inmigración inglesa, aunque ésta, orientada hacia las Antillas, para muchos de sus descendientes no fue sino una etapa hacia América del Norte. De igual modo es poco en comparación con la aportación española o portuguesa. Y es poquísimo si se compara con las cifras de emigración de las poblaciones metropolitanas. Portugal, con poco más de un millón de habitantes; España, con sus 10 millones de habitantes, hacia el año 1700, aportaron contingentes muy superiores a los de Francia con sus 20-22 millones de habitantes. A mayor abundamiento, Inglaterra, con sus 4 millones de finales del siglo XVII.

Aquellos flujos de origen europeo provocaron, a través de la plantación de esclavos, la llegada en otra medida masiva de esclavos negros, procedentes de amplias regiones escalonadas desde Cabo Verde hasta Mozambique. La trata francesa de negros suministró, si aumentamos las estimaciones de P. Curtin en una pequeña quinta parte (lo que parece lo más razonable), alrededor de 1,5 millones de esclavos. La cifra real de esclavos utilizados seguramente será más alta, ya que hay que sumarle todos aquellos suministrados por la trata holandesa, sobre todo en el siglo XVII, y por el contrabando inglés y norteamericano, mientras que, en cambio, la trata francesa no «exportó» mucho. Cuando ésta, tras el episodio de la trata clandestina posterior al año 1815, que prosiguió hasta el año 1827, desaparece, se ve sustituida por un tercer flujo, el de los trabajadores voluntarios de origen indio, que, tras un inicio algo lento, alcanza su apogeo bajo el Segundo Imperio. Si la isla de la Reunión se benefició ampliamente con ello, las dos pequeñas Antillas francesas, por su parte, también sacaron provecho. Ante todo, aclaremos una leyenda. Con demasiada frecuencia se ha comparado dicho traslado con una trata: el argumento, frente a los documentos, es insostenible. Es cierto que existieron abusos, pero tanto el go-

bierno francés de aquella época como el de Inglaterra (empezando por los órganos directivos de la East India Company, que tenía derecho a intervenir ya que si los trabajadores-coolies transitaban por Pondichery procedían en su inmensa mayoría del conjunto de la península del Deccan) ejercieron una severa vigilancia. Ahora bien, pese a un recorrido que tenía más del doble del trayecto relativamente corto golfo de Guinea-Antillas, la mortalidad a bordo de los *coolies-ships* es muy inferior a la, ya «razonable» para la época, de los barcos negreros propiamente dichos, principalmente a la ida y un poco menos a la vuelta.

Una de las paradojas francesas reside, pues, en esa desproporción, más acusada que en ninguna otra parte, entre la debilidad del flujo de entrada metropolitano y los ingentes flujos de llegada de negros (sin regreso) y de indios (con regreso). Ninguna otra nación instalada en América arroja de forma tan brutal semejante desproporción. Las consecuencias serán inevitables.

La otra paradoja la encontramos en la total oposición entre el desarrollo de la sociedad blanca en Canadá y la de las Antillas. Basándonos en las estadísticas demográficas, podríamos pensar que nos encontramos en presencia de dos pueblos diferentes, que no tienen nada en común. En Canadá, la poca emigración, espasmódica por añadidura, llegada por etapas —siendo la más importante la de la década colbertista entre 1665 y 1675— corresponde a una auténtica explosión demográfica marcada por una exacerbación de las tasas de natalidad, que, por otra parte, permanecieron, hasta la llegada de la píldora, entre las más altas del mundo. Es verdad que la mortalidad alcanzó, después de unos débiles inicios —lo que es lógico en una sociedad de adultos con una reducida proporción de niños inmigrados— tasas elevadas; pero el excedente de natalidad fue tal que no hubo necesidad de estímulos para asistir a una explosión de la población. Sin duda alguna ese crecimiento fue menos espectacular que el de las trece colonias americanas: pero las cifras de emigración fueron allí muy superiores.

Frente a aquella sociedad blanca explosiva, la de las Antillas francesas, aparece, según los últimos estudios en profundidad, marcada rápidamente por una fatalidad pesimista, a saber, unas tasas de reproducción mediocres, sobre todo para unas sociedades de Antiguo Régimen, y poco después por una caída de las tasas de natalidad que se van ajustando a las de los esclavos. Prueba de que la influencia de los esclavos fue, en definitiva, mucho mayor de lo que se creyó y quiso admitir.

Ahora bien, el mundo de los esclavos, un mundo por definición silencioso en los archivos, permanece no sólo poco conocido, sino que también se le sigue abordando de una forma dicotómica. Se intentó estudiar, por un lado, una «historia blanca» y, por otro, una «historia negra». «Dos historias segregadas, fijadas cada una en su propio discurso» que, en ningún caso, es inocente. Utilicemos la definición de M. Cottias que nos parece la mejor: «Hay una historia blanca: épica y genealógica. Hay una historia de la población negra: parcelaria y desencarnada. Pasa el tiempo, la esclavitud permanece inmutable». Estos son los «discursos». No hace falta subrayar los trasfondos ideológicos, políticos y racistas. Ahora bien, ninguna historia es inmutable, no existieron nunca, en ninguna parte, «pueblos inmóviles».

Por tanto, hay que plantear la historia de Francia en América (y en otras partes, y para otros pueblos) en otros términos definiendo primero los episodios del choque.

Porque el choque es enorme: viral y microbiano, esencial, un choque del cual se habla poco, y que es el único y auténtico «genocidio» involuntario a este grado; pero también choque, incluso para las poblaciones blancas de aquella novedad fundamental que es la empresa de plantación. Porque la plantación no es sólo y simplemente una forma de organización de la producción; es, necesariamente, una forma de transformación del producto agrario en un producto semiacabado transportable. Que a esta plantación se la llame «manufactura» o «industria» importa relativamente poco. Lo importante es que, juntamente con la adaptación climática, geográfica u otra, aquellos pueblos, originarios de mundos tan diferentes, tuvieron que adaptarse a aquel modo de producción, que, más aún, se convirtió en forma de vida. No caía por su propio peso, y menos aún cuando los primeros inicios se orientaban en una dirección totalmente distinta. Fue sólo por etapas como las colonias francesas, que se encontraban en desfase cronológico frente a las colonias inglesas e incluso holandesas, adaptaron a su vez y adoptaron el proyecto semiindustrial con todas sus consecuencias, sus efectos inducidos y profundamente perversos, sus retroacciones, sus interrelaciones tejidas en América incluso con los países vecinos de dominios diferentes. Estamos en presencia de mundos que han ido evolucionando, a partir de la mitad del siglo XVII, siguiendo un modelo dominante, exclusivo, que provenía del exterior, importado en el sentido más completo de la palabra, que no resultaba en manera alguna

de su propia evolución anterior. No porque aquélla no hubiera existido: desde los oscuros inicios del corso y del filibusterismo originales del siglo XVI, de los que lo ignoramos casi todo, salvo sus repercusiones en el tráfico español trasatlántico, a la toma de posesión «efectiva» y tan precaria; después de ésta, con su mundo de pequeños productores cuasiautónomos, sus marginados cuyo prototipo más perfecto fue el bucanero, hasta el fracaso, en las décadas 1665-1680, de aquella sociedad naciente ante la intrusión masiva, con la ayuda de los holandeses, se había configurado un tipo de sociedad con sus variantes y sus desviaciones. Sólo algunas de ellas subsistieron. Tenían ya sus problemas raciales, frente a los arawaks-caribes. Ahora bien, la eliminación de ese grupo, que, al principio, había acogido más bien favorablemente a los recién llegados de otros lugares, ya estaba en marcha.

Por tanto, la generalización de la economía de plantación vino a quebrar una evolución que se estaba esbozando y que hubiera desembocado en un mundo totalmente distinto del que impuso la ola africana importada. En Canadá, todo ocurrió de forma distinta: en este caso, ningún «modelo» imperativo y dominante; sino que, frente a la hostilidad de parte de las etnias indias, se constituyó una vida urbana primero, de escasa envergadura numérica, que, hasta la experiencia colbertiana, presentó la paradoja de concentrar, en sus tres ciudades de Montreal, Quebec y Trois-Rivières, a cerca de la mitad de la población. Aquel aspecto urbano se vio apoyado por un salto social y étnico excepcional, al fin y al cabo casi único en la historia no sólo en América, sino quizá mundial: el salto a la marginación temporal que constituye la vida de los «corredores de los bosques», cazadores y buscadores de pieles, europeos durante la mala estación, cuasi-indios durante la buena estación. Cierto es que, una vez restablecida más o menos la seguridad primordial, la sociedad canadiense va evolucionando hacia la vida rural, que no podemos calificar de totalmente agraria, puesto que esa «agricultura» se basa fundamentalmente en el ganado y la permanente proximidad del bosque y del río, que constituye todavía un mejor medio de comunicación durante el invierno, por el San Lorenzo helado, que en verano. El único recurso económico, sin embargo, continuó siendo el comercio de las pieles, por lo que los «corredores de bosques» se mantuvieron siempre con su peculiar forma de vida de poligamia estacional. Así Canadá, que empezó con una adaptación a la inseguridad, se fue transformando, ajustándose a las leyes de los exten-

sísimos espacios continentales, al problema fundamental de la comunicación interfluvial, de salto de rodeo de rápidos o cataratas, a saltos de cabeza de fuente a cabezas de fuente, incluso de saltos de lago a lago. Aquí no hubo ninguna ruptura total como la que experimentó el mundo cerrado de las Antillas ensimismado en el cara a cara silencioso, para nosotros, de culturas originarias de tantas etnias procedentes de horizontes de civilizaciones tan profundamente divergentes. Mundo cerrado también porque, en las Antillas, la inmensidad está del lado del mar, mucho más fértil en sorpresas que el campo vallado de las pequeñas islas (ni la Martinica ni la Guadalupe alcanzan el tamaño de uno de los departamentos franceses medianos), mientras que la parte francesa de Haití no tiene las dimensiones de una modesta Bélgica. Lo que hace que el comportamiento, blanco, negro o mestizo, no sea el mismo, ni por asomo, que en Brasil, pampas y mesetas sur y centroamericanas. Aquel mundo isleño, visto como sucedáneo de los edenes utópicos, bajo su aspecto paradisíaco, no es, por cierto, el de los infiernos descritos con demasiado regodeo por unos cuantos sino el de todas las dificultades. El mar solo, siempre peligroso, con su estación de huracanes, ofrece posibilidades de evasión y comunicaciones. Pero las ofrece únicamente a las culturas que saben utilizarlo: a los marineros auténticos o improvisados, ese grupo tupido, una vez más, de los marginados primeros si no primitivos, a los «hermanos de la costa», demasiado ensalzados también, y demás piratas de toda calaña, fortificados en algunas islas de la Tortuga convertidas a posteriori en mito hasta acabar en película de cine. Sus hermanos los bucaneros, sobre todo los de Santo Domingo, constituyeron, en tierra, una de aquellas etapas de «paso» a partir de una adaptación de regresión hacia el corso y, al desaparecer éste, hacia la plantación.

Para resumir, Canadá es el país de las evoluciones abiertas a ritmo propio, sobre el que la metrópoli no actúa más que a través de aspectos secundarios, si no subsidiarios, país de la filiación continua donde, al fin y al cabo, con la ayuda de la derivación, los numerosos descendientes actuales tienen, como antepasados comunes, no a la totalidad de los inmigrados de primera generación, sino a una muy pequeña parte, muy «fecunda» de ésta como las generaciones que siguieron inmediatamente. Todo ello dentro de una continuidad aún más impresionante que si hubiese sido de una filiación muy «amplia». La explosión demográfica se realizará, por otra parte, mediante una progresión más

que geométrica, a lo largo de los siglos XIX y XX, sin aportaciones metropolitanas relevantes, de tal forma que los 65.000 franceses de 1763 son, hoy en día, más de 5 millones que todavía hablan francés, más de 1 a 3 millones de emigrados a EE.UU., sumidos y absorbidos en el dinamismo del mundo anglosajón americano. Es evidente que todo ello se basa en la familia en el sentido europeo más estrecho: la familia monogámica cristiana posterior al concilio de Trento. Sin perjuicio, como hemos visto, de que el hombre se «libere» durante una estación en el «estado salvaje». Pero a cualquier época que se mire, los «corredores de los bosques» no fueron mucho más de 900 a 1.200 hombres, o sea, un porcentaje en vía de disminución permanente. Canadá, sojuzgado a nivel religioso, en los inicios colonia de Dios por otra parte, y aceptada como tal, largo tiempo bajo dominio de los jesuitas y recoletos, ha permanecido siendo, hasta la revolución cultural de finales del siglo XX, de la píldora y de la descristianización, un país fundado en un cristianismo virulento, un catolicismo que durante mucho tiempo formó parte de la originalidad canadiense, incluso de la afirmación, si no nacionalista, por lo menos canadiense propia.

Saltan a la vista las diferencias con las Antillas. En esas islas, la organización religiosa de siempre fue cuantitativamente insuficiente, y cualitativamente muy mediocre, con unas pocas excepciones. La religión nunca llegó a formar parte de la definición del autonomismo de los grandes plantadores, y menos aún de los pequeños, blancos. La cristianización se vio reducida a su mínima expresión, con la sola excepción de los jesuitas, a los que, por otra parte, sólo se dejó un margen de maniobra muy limitado. Y de ahí que todas las órdenes religiosas fueran integradas, en un momento dado u otro, muy pronto la mayoría de las veces, en el sistema de la plantación. De esta forma, la esclavitud no se encontró con una ola misionera (que podemos comparar con la voluntad de cristianizar, y de integrar, así, al indio dentro de la sociedad canadiense; aunque los resultados fueron limitados, el esfuerzo fue enorme), y pudo desarrollarse a partir del momento en que el cardenal Richelieu y el rey Luis XIII (este último a regañadientes) autorizaron la esclavitud en las Antillas. No enseguida, por cierto, y de una forma poco importante. La esclavitud y la colonia de plantación, importaciones de Brasil, tras la expulsión de los holandeses a mitades del siglo XVII y el fracaso de una nueva Holanda brasileña, no pudieron extenderse como lava, primero en las dos islas de las Peque-

ñas Antillas, y luego, mucho más tarde, en Santo Domingo, sino después del año 1670, cuando el negocio y los plantadores franceses, con casi dos décadas de retraso, utilizaron la caída de los tipos de flete holandés, sobrevenida a mitades del siglo XVII, y más acusada para el transporte trasatlántico. Así, la esclavitud nunca planteó grandes problemas morales a los negociantes, y menos aún a los plantadores. Rápidamente se dieron buena conciencia: exportar esclavos de África les «protege» de las guerras africanas, sumamente costosas (olvidándose que parte de dichas guerras las provocaba la propia esclavitud). También es ponerles en contacto con el cristianismo: se salva sus almas con el bautismo.

Argumento cuanto más engañoso al ser escasa la preocupación religiosa: las relaciones entre colonos y órdenes religiosas y clero a menudo fueron tediosas, por no decir malas. Por otra parte, lo mismo ocurrió en Canadá. E, incluso, a nivel de la más alta jerarquía política: Seignelay no apreció mucho a los jesuitas, de ahí que las tiranteces entre éstos y el Secretariado de la Marina fueran frecuentes, y a veces dramáticas, sin que la opinión pudiera darse cuenta de ello.

Porque la cuestión fundamental que dominó toda la historia de las Antillas es la de la renovación de la población. Toda sociedad colonial es, necesariamente, masculina en su gran mayoría, sobre todo en sus inicios. La mujer, especialmente la blanca, es «mercancía escasa» y las medidas oficiales contempladas, y utilizadas en parte, no tuvieron, y no podían tener, más que una eficacia limitada. Y por ser sociedad masculina y adulta es, aún más, «temporal». Y ésta es una característica francesa muy marcada, más que en todas las demás sociedades coloniales. En cierta medida, es normal. Los principios de la colonización son inciertos, y las mujeres constituyen frecuentemente una sobrecarga molesta. Por otra parte, cualquier instalación en un territorio trasatlántico, «de ultramar», requiere un incesante flujo de hombres que, al suministrar materias fabricadas y víveres, al repatriar a quienes lo desean (y pueden) mantienen vivos los lazos. Se olvida con demasiada frecuencia que no basta con computar a los inmigrantes y luego restar los flujos de regreso definitivo. Hace falta, también, computar a los «provisionales anuales», pescadores de Terranova o comerciantes/marineros que se dedican al comercio de «trata». Aquellos «americanos» de mar que no se quedan más que una temporada; tratantes de madera de Brasil a lo largo de la costa brasileña en el siglo XVI, marinos mercantes que sirven de enlaces, mal pagados, a los esclavos antillanos, y que desertan

numerosos en las Antillas (bien para poder regresar antes a bordo de las naves que salen hacia la metrópoli, bien para intentar instalarse allí). Veremos más adelante en qué medida esos métodos tuvieron su repercusión en tierra: la exploración terrestre canadiense es, en el fondo, una transposición a la tierra de los métodos de trata marina y a los amplios espacios de las grandes llanuras forestales americanas. Por definición, esas sociedades marinas no son muy pobladoras.

Cuando se instalan definitivamente, se plantea el problema de la familia. Hemos visto en qué medida los imperativos religiosos moldearon a la familia canadiense. Por otra parte, Canadá es una colonia religiosa, marcada con el sello de una de las huellas iniciales de los años 1605-1620, el deseo de convertirlo en una «nueva Jerusalén», una sociedad religiosa que no integrara las taras y vicios de la sociedad-matriz. Por tanto, los jesuitas formaron Canadá por partida doble: por un lado, intentando, tanto como se podía, aislar al indio y transformarlo en verdadero cristiano, puesto que únicamente ese aislamiento podía impedir que adoptase los pecados y taras europeos. Pero ¿qué ocurre con la familia antillana? El gran mérito de una tesis reciente sobre la Guadalupe, la del señor Elisabeth, fue el de llamar la atención sobre la oposición entre las nociones metropolitanas de la familia, y las, no sólo de aquel mundo blanco antillano, sino también de una parte del mundo de los esclavos. Más explícita aún resulta la teoría-hipótesis de M. Cottias. Juntemos ambos puntos de vista, que se complementan mucho más de lo que se oponen.

La facilidad con la que el dueño de la gran cabaña podía escoger a sus amantes de un día, o definitivas, entre las mujeres negras tuvo como resultado rápido que los niños nacidos de esas uniones se criaran en la «gran cabaña» y participaran, en mayor o menor medida, en la vida de la «familia» de ese dueño. Estamos lejos de las prohibiciones impuestas por la legislación metropolitana que, desde muy pronto, intentó, mediante duras penas judiciales, pero de difícil aplicación *in situ*, atajar el fenómeno. El siglo y medio que abarca desde el año 1650 a 1790 estuvo marcado por una larga lucha entre el poder real, más concretamente las oficinas versallescas y parisinas, que querían imponer su punto de vista, cada vez más resueltamente «racista» en el sentido actual de la palabra, y las sociedades blancas criollas. La resistencia de aquellos grandes blancos fue fundamentalmente pasiva: París estaba lejos, y las autoridades locales, por numerosas razones, preferían cerrar

los ojos. Ese desfase, que no cesó de agudizarse, paradójicamente ofrece, pues, una imagen exactamente a la inversa en relación con las versiones «images d'Epinal» clásicas. Por un lado, la sociedad blanca criolla se siente poco molesta por los nacimientos «ilegítimos» y corre, por otra parte, un tupido velo sobre la mezcla de razas y el mestizaje, cuyas «reglas» de definición, inventadas por los medios metropolitanos, hicieron su aparición en el siglo XVIII. En cambio, la mujer casada blanca está en gran parte encerrada dentro de los límites estrechos de la «gran cabaña» y no puede salirse de allí. La noción de la familia monogámica exclusiva no pudo, por consiguiente, imponer su modelo. Lo que dejan traslucir, en cambio, los silencios y reticencias de los textos, sobre todo referentes a partición o indivisión de las sucesiones y herencias, es la noción, imprecisa pero imperativa, de «clan». Hay que evitar la participación de la plantación a cualquier precio entre un número demasiado grande de herederos. Es necesario que la heredad permanezca indivisa. De ahí que exista una única solución: limitar el número de nacimientos. Las tasas de natalidad de los blancos en las Antillas, en la medida en que se pueden reconstruir con una documentación muy deficiente, y sobre todo, en mal estado de conservación, son, para aquella época, débiles, y cada vez más bajas. Hay que hablar, posiblemente, de «control de nacimientos». Por tanto, se nos presenta una auténtica paradoja: la libertad desenfrenada de la sexualidad que se suele asignar a la sociedad antillana va acompañada de un bajo nivel de nacimientos.

Sin duda alguna, las dimensiones del territorio son uno de los componentes de dichas actitudes. En las islas «medianas», como la Martinica y la Guadalupe, las buenas tierras llanas a orillas del mar, irrigables, fueron ocupadas sin demora. El interior, montañoso, sólo ofrece posibilidades limitadas de cultivo. El desarrollo, en la segunda mitad del siglo XVIII, del cultivo del café en las tétricas colinas deforestadas, sin duda alguna aumentó, durante algún tiempo, las superficies cultivadas. En Santo Domingo, las condiciones naturales son algo diferentes. La sierra próxima es extensa, y las superficies cultivables mucho más importantes: la situación de la propiedad no tiende a saturarse hasta mitades del siglo XVIII. Pero las dimensiones muy limitadas de las islas no son la única explicación.

La esclavitud parece haber contaminado, incluso, hasta las actitudes biológicas. ¿Puede pretender, efectivamente, fundar una familia el

esclavo? Muchos factores se oponen a ello. En primer lugar, como en el caso del inmigrante blanco, el desequilibrio de la «sex-ratio» es tal que el número de familias «fundables» permanece limitado durante mucho tiempo. Sin duda alguna, ese desequilibrio, factor muy limitativo de los nacimientos, tiende a remitir y teóricamente a desaparecer. Primero, a medida que va aumentando el desarrollo de la trata negrera y, por tanto, el agotamiento de los primeros sitios productores, los reyes negros como sus corresponsales europeos se van interesando cada vez más por las mujeres. Así es como se van formando unos «lotes» de venta, que incluyen a veces a niños y niñas negros. Como, pese a todo, se busca con prioridad la mano de obra «fuerte», apta para los duros trabajos de los campos de caña de azúcar, el desequilibrio de origen comercial, aunque tienda a disminuir, sigue subsistiendo. En cuanto a los nacimientos, es evidente que, si el equilibrio masculino/femenino obedece a las reglas habituales de un ligero excedente masculino en los nacimientos, tienden, por el juego de la Naturaleza, a suprimir ese desequilibrio. Pero esto, únicamente dentro del contingente (limitado) de los nacimientos. Como, por otra parte, la mortalidad de los esclavos es alta, y por consiguiente los excedentes de mortalidad muy elevados durante mucho tiempo, la cantidad de esclavos que hay que importar no aumenta sólo a consecuencia de la extensión de las superficies cultivables, sino también para suplir la falta de renovación natural de la población esclava. Por fin, la actitud de los dueños, frente a la problemática de la natalidad, es muy variable. Unos favorecen el matrimonio y la formación de uniones estables, que desean, bien en parte por razones ideológicas, estimando que una pareja de esclavos se sentirá más ligada a la plantación y a su dueño, bien por interés bien entendido. Porque también se trata de una cuestión de cálculo de rentabilidad. Mientras el precio de adquisición del esclavo es bajo, puede parecer más interesante, de hecho, y sobre todo menos costoso, comprar esclavos baratos en vez de soportar los gastos para «criar» a los niños. Por ello, en el siglo XVII y en la primera mitad del XVIII sobre todo, no muestran ningún interés y algunos dueños se manifiestan totalmente hostiles a la formación de uniones regulares entre negros. Sin embargo, a medida que las guerras, y después la presión constante de los precios, tanto a la «producción» —es decir, en el momento de la venta por los soberanos negros de la costa africana a los negreros y sus intermediarios— como a la venta definitiva (cúmulo de los déficits de esclavos

durante las guerras y aumento de la producción) van en aumento, parece cada vez más interesante intentar la educación sistemática mediante la incitación a la natalidad, es decir, la formación de familias. En este sentido, por ejemplo, apuntan claramente las instrucciones dadas a sus gerentes por el negociante nantés Chaurand. En su opinión, la formación de las familias fecundas es la primera urgencia. Sale más barato que la compra de esclavos en el comercio. Pero esta es una actitud de la segunda mitad del siglo XVIII y puede que sea la característica de los negociantes o de los medios metropolitanos que hayan comprobado de segunda mano o recogido plantaciones en fechas tardías. Finalmente, existen dueños que dejan una total libertad sexual a sus «talleres». Piensan así tener en cuenta la tendencia «natural» de «esos pueblos al libertinaje»; algunos incluso llegan hasta permitir la entrada en las cabañas (en este caso las grandes cabañas) de las mujeres a los hombres. En resumidas cuentas, el historiador sólo puede observar unas actitudes muy variadas sin poder sacar de ellas indicaciones más generales que pudieran revelar una o varias actitudes mayoritarias.

Nos limitamos a menudo a un análisis de este tipo: inconscientemente, viene a ser el signo del respeto por la especificidad de las poblaciones de origen africano. Algunos colonos llevaron aquellas actitudes bastante lejos: estimaron que había que dejar actuar a la naturaleza, y que el mundo esclavo se encontraría mejor en cuanto recuperara unas actitudes originales... que nadie, por lo demás, conocía, y en el fondo no tenía ganas de conocer.

Normalmente, la Iglesia hubiese tenido que apoyar la formación de las parejas. Algunos religiosos lo intentaron sin gran éxito y, a veces, incluso, con reticencias muy fuertes por parte de los dueños. Una pareja de esclavos casados por la Iglesia y que aplicasen el cristianismo caería automáticamente bajo el dominio del sacerdote, y con ello limitaría los poderes del dueño. No faltaron las acusaciones de fomentar, bien directamente, bien indirectamente, las rebeliones. Es obligado observar, sin embargo, que la Iglesia de las Antillas no actuó mucho a favor, por lo menos antes de la Revolución francesa, de la «moralización» de la situación sexual.

Todo esto demuestra que esas explicaciones, en este caso típicamente europeocentristas, son no sólo insuficientes, sino en gran medida «fuera» de la cuestión. El siglo XIX dará fe de que las campañas de moralización del matrimonio cristiano de los esclavos sólo tuvieron

éxitos temporales, y ello en el contexto político y social muy definido de los años anteriores a la supresión oficial de la esclavitud.

Hay que buscar una de las mayores razones de la baja natalidad, incluso del rechazo, o al menos del escaso éxito del matrimonio dentro del propio mundo de los esclavos. Conocemos que los orígenes geográficos de los esclavos son muy diversos y que los colonos les daban una gran importancia. Existe, en efecto, en la escala de «valores» que en parte dictan los precios de adquisición, y en todo caso de reventa, toda una serie de apreciaciones y de «aprécis» —en el sentido financiero de la palabra— en el lenguaje corriente del Antiguo Régimen. Cada etnia africana se ve asignados coeficientes de valoración —o de desvalorización— en función de su origen geográfico. Esas escalas de medida van primero en función de la apariencia física y del grado de resistencia al trabajo. La cosa cae por su propio peso y no requiere explicaciones. Un segundo criterio es el de la obediencia y, más aún, del amor —o del rechazo— al trabajo. No hay motivos de indignación. El propio Colbert procedía de igual forma para las diversas regiones francesas, y sus cartas dejan traslucir una auténtica geografía de la «Francia que trabaja» en comparación con la que «no trabaja», por lo que toda su política está orientada a poner a trabajar a la que aparece, con razón o sin ella, como que no quiere matarse trabajando. Este criterio es fundamental. A ello se añaden otras consideraciones mucho más sutiles y, naturalmente, en parte subjetivas, como los criterios psicológicos. El término «melancolía» se repite a menudo. Algunos tipos de poblaciones africanas tienen fama de no soportar el choque psicológico de las islas: se dejan morir. Lo que solemos atribuir a la propia esclavitud parece haber sido, para los colonos franceses, un atributo étnico bien determinado. Así, los diferentes pueblos se ven acreditados con signos positivos y negativos en función de los cuales, cuando cabe la elección, se prefiere adquirir tal tipo de esclavos en vez de tal otro.

Dicho origen variado tiene más de una razón de ser. La primera es puramente comercial. Los buques negreros realizan sus campañas de adquisición de dos formas. La más cómoda, pero la menos frecuente (la más deseada, porque disminuye el tiempo de estancia y, por tanto, los riesgos de contaminación sanitaria, y de ahí que repercuta en la rentabilidad total del viaje) es la de la compra masiva en un establecimiento que dispone de grandes cargamentos. Estos son, por naturaleza, difíciles de constituir. Por ello, la inmensa mayoría de los buques van

practicando el «puerta a puerta», yendo de un sitio de trata a otro y completando, a lo largo de su recorrido, el cargamento hasta el «llenado» del barco. Lo que arroja como resultado unas composiciones étnicas ya muy variadas.

Ese *melting-pot* africano se completa a la llegada, en el momento de la compra, con las elecciones orientadas de los plantadores, en función, por supuesto, del «muestreo» que se les ofrece. Por tanto, es fácil comprender la dificultad para el historiador de dar una impresión de conjunto, ya que las cosas pueden variar en grandes proporciones en función de la cronología, los lugares de sitio de trata y, por consiguiente, las etnias geográficas.

Una primera observación: en general, los colonos prefirieron «mezclar» sus «talleres», de forma que la variedad de las lenguas no se tradujese en un predominio de una u otra, y que el francés fuese el medio de transmisión oral por necesidad. Lo que, por otra parte, facilita el control europeo y constituye así la barrera más segura contra posibles complots. Ahora bien, se observa, por regla general, una aversión muy marcada por parte africana al matrimonio institución. Allí es donde, sin lugar a dudas, reside una de las claves del conocimiento del mundo africano del silencio. El rechazo al matrimonio, incluso a la simple estabilidad de la pareja, tiene muchas razones de ser. La primera, a menudo la única evocada, es el miedo, legítimo, a ver la pareja deshecha por la venta de uno de sus miembros, el padre separado de la madre, ésta, eventualmente, de sus hijos. Lo que ocurre frecuentemente, sobre todo en caso de «necesidad», pese a las interdicciones legales o morales. Por otra parte, apenas si hace falta decir que concebir unos hijos cuyo destino es la esclavitud no tiene nada de atractivo. Es, por otra parte, el argumento más utilizado por los autores del siglo XVIII. Según la opinión más generalizada entre los blancos, el aborto es una práctica muy difundida entre las mujeres negras. Incluso se nos desvelan las recetas de esos «funestos secretos». Secretos, de hecho, reservados a las mujeres y compartidos además por las mujeres blancas. Existen solidaridades que van mucho más allá del simple aspecto racial. No olvidemos que los blancos son criados por nodrizas negras, lo que, por otra parte, hace que el «saber» de cultura sea compartido en mucha mayor medida de lo que se piensa: a menudo el vencer los obstáculos sociales más elevados tiene lugar mediante rodeos, imprevistos por cierto, pero cuanto más eficaces que los esclavos domésticos viven

en la intimidad permanente de sus dueños y dueñas. Entre mujeres, circulan esas «cosas de las que no se habla», por lo menos en presencia de los hombres. No falta nada: medios «preservativos» como, por ejemplo, la inyección vaginal de limón, o los medios abortivos, como... la piña en flor, incluso las infusiones de hojas de árboles llamados «cañón» y que según M. Cottias serían de origen caribeño. Nada excepcional en todo esto: toda la etnomedicina está repleta en todas las culturas y civilizaciones, de «recetas» de este tipo, con una eficacia muy variada, por añadidura. De todos modos, si esos procedimientos «explican», quizás, el nivel bajo del número de nacimientos, no explican para nada el rechazo frente al matrimonio.

En nuestra opinión, podemos evocar otros argumentos, tales como el estatuto implícito, tácito, de la mujer en relación con el hombre. En la mayoría de las sociedades africanas, la mujer sola trabajaba la tierra. Antiguos restos de ritos y religiones de fertilidad: la tierra fecunda no debe ser trabajada más que por la mujer, fecunda por definición. Quizás haya más: interiorizado, aquel tabú, como ocurre a menudo, acabó por convertirse en su contrario sociológico, en un efecto perverso bastante clásico a decir verdad. En una palabra, que siendo el trabajo agrario indigno del hombre, se ha convertido no en privilegio femenino, sino en obligación femenina. Ahora bien, en las plantaciones, el hombre esclavo es el trabajador de base, que se ve obligado a trabajar la tierra conjuntamente con las mujeres, a las que el europeo reserva la mayoría de las veces el trabajo más fácil, correspondiendo el más duro al hombre. Encontramos aquí una inversión total de los modos de vida africanos, cuyo valor desestabilizador muy profundo no sabemos apreciar en su justa medida. Uno entre tantos y no uno de los menores.

Existe una segunda hipótesis. Podemos suponer que los tabúes prohíben el matrimonio entre mujeres y hombres de distintas etnias. Puesto que no somos africanistas, sigue siendo una simple hipótesis que habría que comprobar. Sin embargo, podemos observar, en todo caso, las diferencias de lengua, tan numerosas y diversas en África, y que dificultan enormemente la comunicación. Todo ello, junto con la extrema complejidad de las interrelaciones, nos escapa en una amplia medida; pero opinamos que es en la propia África donde tenemos que buscar las principales razones de ese rechazo al matrimonio y a la procreación.

El europeo de aquella época, quien atribuía la baja natalidad a razones que nada tienen que ver con el rechazo al matrimonio, difícil-

mente podía comprenderlo. No es que todo, ni mucho menos, fuese erróneo en esas observaciones críticas, que procedían la mayoría de las veces de los administradores. Lo que se repite con mayor frecuencia es la acusación, a menudo fundada, de la mala alimentación y del desinterés de los plantadores por la comida de sus talleres de esclavos. A la cual se añade, lo que no está descaminado, la obligación de trabajar incluso para las mujeres embarazadas. Por otra parte, siendo las mejores tierras reservadas a los cultivos comerciales, un monocultivo asigna a las producciones alimenticias un lugar accesorio, con la consecuente exposición de las islas, y de las pequeñas en particular, al hambre en tiempos de guerra, cuando los buques mercantes de la metrópoli ya no podían pasar ante el bloqueo inglés. A esa desnutrición, crónica o accidental, se sumaron los procedimientos tradicionales de aborto que ofrece la gama de las «hierbas para abortar». El secreto que las rodea dio lugar, por supuesto, a dramáticas acusaciones de envenenamiento. Volveremos sobre este punto, ya que se trata de un aspecto que cobró especial fuerza en la sociedad europea.

En realidad, el problema esencial no está, sea cual sea la validez de algunos de esos argumentos, en esas «explicaciones», que traducen más bien las «mentalidades» de parte de la población: la que dejó testimonios escritos, administrativos sobre todo. Barreras lingüísticas dentro del silencio del escrito: dificultades de intercomunicaciones entre etnias, en su propio país de origen ya, a menudo, en conflicto las unas con las otras; dificultad para vencer los tabúes de cualquier tipo; problemas específicos de la esclavitud: soportar y adaptarse al choque psicológico directo y profundamente traumático de la esclavitud propiamente dicha; traslado a un mundo desconocido al otro lado del mar; la cuestión del lugar respectivo del hombre y de la mujer en las sociedades africanas y en la nueva sociedad esclavista; otros tantos campos poco conocidos, y peor explorados, que adivinamos más que aprehendemos. Un ejemplo, entre mil, puede dar una idea de ello: el mar, el océano, a menudo se consideran, y no sólo en las sociedades africanas, sino también en las del océano Índico y Pacífico, como el reino de los muertos (lo mismo ocurre en las sociedades celtas), de donde no se regresa, con todas las ramificaciones del mito como la del regreso de los dioses que tan caro ha pagado la sociedad azteca. Encontrarse, por tanto, encerrado a bordo de esos buques (enorme salto tecnológico, profundamente incomprensible, y que el genio adivinatorio de Prosper

Mérimée ha sabido recrear en su novela *Tamango*) es mucho más que para una mente puramente racional, una deportación. Es el salto a un mundo desconocido que tiene mucho de místico. Y cuando el hombre blanco bebe vino, hay cautivos que se creen que se trata de la sangre de los esclavos que los precedieron, y que, seguramente, aquellos seres incomprensibles, dotados de sorprendentes poderes, pueden ser caníbales, o sacrificar a los dioses de la muerte: más de una rebelión a bordo de los barcos negreros, según los testimonios nanteses, tuvieron una razón de este tipo.

De ahí que surjan por necesidad los problemas de adaptación, aclimatación, de la ruptura como de la prolongación de las costumbres ancestrales. En una palabra, el nacimiento de una nueva civilización, dentro de la interacción dueños-esclavos, puesto que los dueños también se van aclimatando y adaptando. O sea, en conjunto, un medio muchísimo más interactivo de lo que dejan traslucir los textos, mudos sobre tantos puntos.

Una cosa es segura: la mortalidad inicial fue muy fuerte, y más importante cuanto que se trataba de grupos de adultos. Elevada mortalidad de las primeras décadas, es decir, entre 1630 y 1700, que también existe en otras partes, incluso en Maryland y Virginia. Esto es debido a que en esas fechas la naturaleza, bajo el impacto humano, ha ido evolucionando. En efecto, la desecación acelerada de los pantanos (no de todos, ni mucho menos) ha saneado el aire y, en cierta medida, ha hecho retroceder el paludismo. Paradoja: menos en las ciudades, algunas de las cuales siguen siendo «apestosas», que en el campo donde el control del agua es un potente factor de evolución. También en esas décadas desconocidas del siglo XVII es cuando tiene lugar la aclimatación de las plantas y de los animales, tanto de origen europeo como africano. El siglo XVII remodela ampliamente la «naturaleza»; se vuelve menos hostil, pero sigue siendo, hasta la creación de la medicina tropical por los seguidores de Pasteur del siglo XX, una mala y peligrosa madre. Porque con las plantas, los animales y los hombres, las rupturas del equilibrio biológico y las transformaciones en los «nichos ecológicos» significan también una ruptura de los equilibrios virales y microbianos. Hay que insistir en ello.

La desaparición de los pueblos autóctonos se ha interpretado a menudo como un «genocidio». Lejos de nosotros el querer negar las evidencias. Una vez perdidos los primeros contactos más bien amisto-

sos, la dificultad para dos civilizaciones, tan ajenas la una y la otra a vivir juntas, llevó a que la guerra, y a veces la guerra de exterminio recíproco, dominara. La mayor fragilidad de los pueblos caribes y arawaks reside, sin embargo, en una amplia medida, en su fragilidad microbiana. El Nuevo Mundo, que permaneció totalmente aislado desde la llegada de los primeros «americanos» por el estrecho de Behring (que se sitúa actualmente, con carácter provisional, alrededor del año 40000 antes de Cristo) hasta el siglo XVI, hizo que el indígena se viese expuesto brutalmente a la gripe, a la viruela, sin ninguna inmunización progresiva. El choque fue terrible; e, incluso sin conflicto interétnico —incluidos aquellos entre negros e indios— las poblaciones amerindias estaban abocadas, desde el principio, a la desestructuración demográfica. A la inversa, parece admisible hoy en día que la fiebre amarilla haya sido originaria del espacio caribeño. Quizás haya habido también una mutación genética, que agudizó su virulencia durante el siglo XVIII. Sospechamos mucho más que conocemos la enorme intensidad de esas transmisiones. Un ejemplo naval puede ser buena muestra de ello: el mar de las Antillas es rico en tarazas; esos gusanos de agua salada atacan la madera de los cascos de los barcos y rápidamente los convierten en coladores. Ahora bien, esos gusanos marinos antillanos se fueron propagando por Europa y, paradójicamente, contribuyeron a determinar la elección de los grandes arsenales en sitios muy definidos. Las tarazas, en efecto, no soportan las aguas dulces. La mejor protección consiste, por consiguiente, en implantar los puertos en bahías abrigadas, donde el agua marina se mezcla con el agua dulce de los ríos. Un enorme problema para un efecto de origen menor.

Otro ejemplo: testimonios de colonos parecen indicar que determinadas poblaciones negras presentaron una mejor inmunización contra la malaria y el paludismo que otras. En el siglo XX, se ha llegado a la hipótesis de que se trataba de una herencia cromosómica debida a una especificidad genética. El historiador nada tiene que decidir en la materia: a la medicina le incumbe iniciarnos progresivamente, con mucha prudencia, en este tipo de descubrimientos.

Ahora bien, la base documental demográfica está mucho peor que en Europa. Nadie se sorprenderá con ello, y podemos observar, sin ahondar mucho en la investigación, que la mala calidad del clero y su número reducido repercutieron fatídicamente en la insuficiencia de la tenencia de los registros parroquiales y, más adelante, de estado civil.

Sin embargo, limitarse a comprobar lo evidente es poco. Disponemos, es verdad, de una fuente muy fiable aparentemente: la lista del número de esclavos «tratados» es decir, computados en los registros de armamento de los negreros metropolitanos. Fuente fiable: el armador durante mucho tiempo tuvo interés en inflar el número, ya que cada esclavo introducido suponía una prima, que se tenía en cuenta en el reparto de beneficios. Los censos en las islas no tienen esta virtud. Sin embargo, son suficientes, con las estimaciones de las autoridades administrativas, para, de entrada, descubrir una incompatibilidad entre las cifras que arrojan los censos de la población en su totalidad y los resultantes del recuento de los buques negreros. Lo que, en términos claros, significa que la cifra oficial de esclavos importados en buques franceses es totalmente insuficiente para explicar el crecimiento de la población global. Queda a nuestro alcance archivístico un primer elemento, pero resulta muy precario. En efecto, la importación de esclavos en buques extranjeros pudo completar, en una amplia medida, la población esclava. Primero, durante el período de puesta en marcha del sistema de la plantación de esclavos. No hubiese podido funcionar sin la aportación permanente de las importaciones (y exportaciones) por parte de los holandeses. La exclusiva con la que Colbert soñaba, es decir, la prohibición para las colonias de comercializar con los no franceses no podía cumplirse, por el simple hecho de que el negocio francés no se mostró capaz por mucho tiempo de suministrar, en calidad y menos aún en cantidad, los víveres, equipos y esclavos «necesarios». Es imposible imaginar la puesta en marcha del sistema antillano sin los holandeses. Sobrevinieron las guerras. Si los puertos franceses de la fachada atlántica y Marsella, a lo largo de las guerras de finales del reinado de Luis XIV, pudieron satisfacer en forma creciente las exigencias coloniales, no es menos cierto que hubo que recurrir al exterior para los «complementos». Y ello bajo un doble aspecto. Por regla general, no se piensa mucho en el primero, que es el corso. Corso y filibusterismo son la prolongación del «comercio a punta de pica» inicial del siglo XVI, y el corso antillano francés (e inglés) fue sumamente eficaz, en cualquier época, hasta la Revolución. Era un medio como otro cualquiera para proveerse de lo necesario. Pero, en un momento dado, el corso siempre acaba con la reinserción del producto «apresado» dentro de los circuitos comerciales «normales», o sea, de reventa directa de los cargamentos que no se pueden consumir *in situ*, bien

de reventa indirecta y diferida de un producto fabricado que se deriva, poco o mucho, de los beneficios del corso. De esta guisa, el contrabando, *volens nolens*, fue autorizado por las autoridades administrativas francesas. Se prolongó en tiempos de paz mediante circuitos sofisticados que escapan, en parte, a nuestra documentación. Estos circuitos fueron de dos tipos. Por un lado, el contrabando hacia el imperio colonial español (y portugués), fuente de ganancias —y de enormes riesgos— y, por otro lado, el comercio clandestino hacia las colonias inglesas. Este último tipo de contrabando no dejó de acrecentarse a lo largo del siglo XVIII a medida que la potencia comercial de las trece colonias, más adelante de los EE.UU., iba aumentando. Cabe la posibilidad, según parece, de que la importancia de ese tráfico clandestino se haya aproximado, en valor, al tráfico oficial, hacia la metrópoli propiamente dicha.

Sin embargo, la explicación del crecimiento de las poblaciones de las islas, mediante el recurso a las importaciones de esclavos por los «extranjeros» que servían de complemento a las importaciones de esclavos perfectamente conocidas a bordo de los barcos negreros, resulta insuficiente. Sigue existiendo una gran diferencia a la que no encontramos explicación, y que constituirá sin lugar a dudas uno de los temas de investigación de las futuras generaciones de historiadores.

Volvemos así de nuevo, necesariamente, a la cuestión del crecimiento de la población esclava, es decir, de la relación de sus tasas de mortalidad con las tasas de natalidad. En esto, quizá, resida uno de los mayores elementos de la «criollización». Limitémonos aquí, en esta aproximación preliminar, a las observaciones fiables. Las tasas de mortalidad a bordo de los barcos negreros son conocidas. Son importantes, pero no catastróficas, del orden del 7 al 12 % del cargamento como media. Por consiguiente, menos elevadas que la de las tripulaciones metropolitanas. Esas tasas son cuanto más notables que el hacinamiento y la promiscuidad a bordo de los barcos negreros ofrecían un terreno especialmente favorable para la propagación de las epidemias, que, cuando hacían su aparición, eran fulminantes, puesto que la medicina de aquellos tiempos no disponía de casi ningún medio de lucha. El único preventivo realmente eficaz era la corta duración del trayecto de ida África-Antillas. Se producen los dramas durante los viajes muy largos.

En función de lo que sabemos en la actualidad —y que resulta muy fragmentario— parece ser que la mortalidad en las plantaciones fue muy alta durante los dos primeros años. Consecuencia, quizá, del viaje, y

más aún del choque conjunto al que acabamos de referirnos y que se repite en todos los casos donde, en el transcurso de la historia, se produjo un traslado-choque de tipo similar: pontones de prisioneros de las guerras marítimas europeas del siglo XVIII, campos de concentración de nuestro siglo. La «selección natural» se revela, pues, muy fuerte, lo mismo que en los galeotes de Francia de la misma época. Y que en mucha mayor medida es propio de todas las poblaciones inestables trasladadas.

En el Caribe, el historiador se enfrenta no sólo a la deficiente formación y conservación de determinados tipos de archivos, sino, sobre todo, al fallo de todos los instrumentos de medida propios del Antiguo Régimen, de cara a las poblaciones emigrantes en general y a las del Caribe en particular. Ahora bien, Antillas «son precisamente el movimiento que hay que captar y describir» (M. Cottias).

Así se plantea la cuestión decisiva: ¿cuál es, en el aumento de las poblaciones, la parte correspondiente no sólo a las migraciones (lo que se puede cifrar) sino ante todo al desarrollo de las poblaciones que consiguieron adaptarse, «criollizarse», en una palabra, que sobrevivieron llegando a formar un nuevo tipo de cultura, intermedia entre las suyas propias, africanas, y el entorno de la plantación de esclavos, sin olvidar que ésta resulta, en parte, de una evolución y adaptación, y, por tanto, de una criollización propia del mismo europeo?

Capítulo I

LA FASE PRIMERA DEL CONTACTO: LAS POBLACIONES MÓVILES EUROPEAS

Después de acaecidos los descubrimientos, la «colonización» francesa se desarrolló según un ritmo propio muy peculiar. Sabemos que entre el «descubrimiento» oficial y el descubrimiento real transcurre un tiempo de «estado latente» que puede ser importante. Porque, en su conjunto, el descubrimiento oficial, debidamente registrado y cartografiado por unos descubridores especializados, pertenecientes en mayor o menor medida al mundo científico, fue precedido por el descubrimiento, no clandestino, como se llegó a decir, sino fortuito primero y luego voluntario, realizado por unos marineros analfabetos, que no tenían nada de científicos, y cuyo testimonio no se cotejó. Aquel descubrimiento «popular» constituye, por decirlo así, una especie de «rumor de fondo» en relación con lo que la Historia grabó en sus tablillas. No conseguimos captarlo sino, casi siempre de forma muy fugaz, a través de testimonios indirectos, tal como aquel procedimiento de los santos padres de la abadía de Beauport, cerca de Paimpol, de principios del siglo XVI, que intentaban que se les pagara el diezmo en pescado, en este caso bacalao de las tierras recién descubiertas desde hacía, reza el texto, unos cuantos años. Lo que nos retrotrae al final extremo del siglo XV. La pesca del bacalao vasca, inglesa y bretona tuvo lugar, casi simultáneamente, antes de los grandes viajes de descubrimiento oficiales, pagados por los reyes de Francia e Inglaterra.

Si referimos aquí aquel hecho, por sí solo imperceptible, es porque es típico de los primeros contactos entre franceses e indoamericanos. El pescador de Terranova, al igual que el negociante en madera de Brasil es, en efecto, un «emigrante temporal», que no hace sino pasar por América el tiempo necesario para realizar lo que pretende efec-

tuar. No crea establecimientos fijos —y, cuando lo hace, los abandona con la llegada de la estación invernal o lluviosa, para reencontrarlos, eventualmente, al año siguiente—. Las maderas de carpintería esculpidas que, en el museo de Ruán, nos hablan de la «recogida» de la madera de Brasil por los indios brasileños constituyen unos documentos de gran relevancia. Es necesario combinarlos con el testimonio de Montaigne para medir el grado de intimidad que aquellas relaciones estacionales pudieron establecer con los indios. Mientras que los portugueses proceden casi de inmediato a implantar un establecimiento agrícola definitivo, es decir, una expoliación de tierras que creían vírgenes e inocupadas, y que no lo eran en absoluto, ya que formaban parte de aquella agricultura sobre chamicera de extensísimo barbecho forestal que fue propia de las civilizaciones agrarias de los trópicos antaño, el francés, por su parte, no es más que un huésped de paso. Mientras que los anglosajones constituyen de entrada unos pueblos agrícolas, cortados durante mucho tiempo por la barrera de los apalaches, y densifican su ocupación haciendo retroceder a los indios, el francés se establece estacionalmente, al menos durante largo tiempo, como cazador, pescador o negociante de trata de productos semipreciosos. Ahora bien, se soporta, se acepta de mejor grado la alianza con el extranjero de paso, de quien se sabe por experiencia que, si bien es cierto que volverá, no se instala de forma permanente. No quiere decir que el francés «valga» más desde el punto de vista moral que cualquier huésped de otra nación: se convierte en enemigo lo mismo que cualquier otro, en cuanto que se transforma en agricultor o en dominante estable y permanente.

En las Américas podemos distinguir tres áreas de pasos estacionales no sedentarios, pero con establecimiento de relaciones diversas con los amerindios: 1) Canadá, mientras sigue siendo una costa pesquera, y, por extensión, un lugar de trata de pieles de foca y animales marinos primero, de pieles de castores y animales salvajes de los bosques después. 2) La zona caribe, donde los franceses, lo mismo que los ingleses, son en primer lugar el enemigo del español, piratas y filibusteros establecidos allá temporalmente, en caso de necesidad, en las islas marginales de las Pequeñas Antillas, de donde se había retirado el tropel de los «conquistadores» retrocediendo de isla en isla, o mejor dicho progresando de archipiélago en archipiélago, hacia Cuba primero, México, Panamá y Perú a continuación. 3) La costa de Brasil, descrita por

escritores como Montaigne, Ronsard, después de recibir testimonios de los participantes en los intentos fallidos de la época de Coligny, desde Florida a la bahía de Río de Janeiro. La simple enumeración que antecede prueba a todas luces que el porvenir de aquellas poblaciones móviles es de lo más variable, lo mismo que su duración.

Así, la pesca del bacalao perdura, alrededor de Terranova, en formas que van evolucionando, pero que, en su esencia, son constantes hasta nuestros días, con el problema de plena actualidad de Saint-Pierre-et-Miquelon y sus complejas relaciones con un Canadá preocupado por reservarse para sí mismo la totalidad de la zona de las 2.000 millas marinas. La determinación teórica (diplomática) de las condiciones de explotación de los ricos bancos de Terranova se fijó «definitivamente» en las cláusulas del tratado de París (1763). De hecho, el Antiguo Régimen dio siempre la mayor importancia a la conservación de los caladeros franceses. Cuando leemos los dosiers del Secretariado de Estado de Asuntos Exteriores, nos llama la atención la constancia, permanencia y, finalmente, eficacia de esas negociaciones: los resultados han sobrepasado los términos estrechos del tratado de París. Todo quedó, más o menos, regularizado por las convenciones de entendimiento franco-inglés de 1904. Bien mirado, no deja de ser uno de los grandes éxitos diplomáticos de Francia, a través de todos los tiempos, pero que permaneció también cuidadosamente secreto. El motivo de este celo es sencillo: la pesca del bacalao, con sus grandes barcos que alcanzan y sobrepasan las 100 toneladas (recordemos que, en 1789, el tonelaje medio nacional por barco es de unas 95 toneladas, ligeramente superior a la media inglesa de la misma época, lo que significa que en el siglo XVI los terranovas ya estaban entre los mayores buques de la época) emplea y suministra una parte importante de los marineros franceses; a primera vista, y para simplificar, un 10 % de los aproximadamente 50 a 60.000 marineros franceses que constituyeron el «stock» más o menos constante de Francia. Así, la pesca del bacalao de Terranova ocupa, un año con otro, a más de 6.000 marineros diversos. Las cifras son elocuentes. Recordemos que, en 1635, la marina holandesa —la más poderosa del mundo de aquel entonces— integraba a 45.000 hombres de mar, de los cuales 7.000 para la pesca más 1.500 para la pesca de la ballena. En 1680, esas cifras ya habían experimentado una ligera evolución: de un total de 50.000 marineros —o sea, casi tantos como Francia, y para una población de apenas 2 millones de almas, cuando

Francia tenía entre 20 y 22 millones—. La pesca de la ballena se había desarrollado considerablemente (mientras que en Francia su importancia era limitada y no daba empleo más que a 9.000 marineros, cuando el número de pescadores había bajado a 6.500). Es decir, que aquella población estacional «móvil» francesa de la zona de Terranova representa un volumen humano más o menos comparable al que ocupa la pesca propiamente dicha —con excepción de la de la ballena— de Holanda. Porque la pesca francesa siguió siendo la primera en importancia, hasta la Revolución, en los caladeros. No era la única. De hecho, se fue desarrollando al principio casi simultáneamente con la pesca del bacalao española (el Laboratorio de Historia Marítima del CNRS ha participado con universidades canadienses en las excavaciones muy recientes de un bacaladero vasco español del siglo XVI, por mediación de Eric Rieth) y la pesca inglesa. Después de la paulatina eliminación, a mano armada, de los pescadores portugueses y españoles a lo largo de todo el siglo XVII, pescadores ingleses y franceses se encontraron frente a frente, para asistir al surgimiento, lento pero inexorable, de la pesca del bacalao americana, que sirvió de punto de partida a la potencia naval americana. Eso quiere decir que los alrededores de Terranova, durante la temporada de pesca, o sea, durante el verano, son explotados por centenares de barcos de pesca, con una población anual más o menos constante de 25 a 40.000 marineros, es decir, si podemos calcular en estos términos, una «densidad» marítima media superior a la de muchas tierras, incluso mediterráneas.

Y, sigue siendo el caso en la actualidad, aunque la pesca del bacalao haya perdido una enorme parte de su importancia en relación con la economía mundial. No podemos, por tanto, en una Historia de América, descuidar ese hecho de constante relevancia, incluso si, en efecto, la pesca no es «pobladora», o lo es sólo de forma limitada o indirecta.

La pesca del bacalao es motor de descubrimiento, y en mucho menor medida, de colonias. Entre los dos principales tipos de pesca, la de salazón puede realizarse perfectamente en el mar, sin que sea necesario hacer escala en tierra, salvo para hacer «aguada», cargar agua. La pesca que (se trata de una innovación capital del siglo XVI, sin lugar a dudas, como todo lo que es instrumentación de la pesca) fue puesta a punto en los países vascos a la vuelta de los siglos XV-XVI, necesita la tierra para el secado-ahumado del bacalao. Requiere instalaciones bási-

cas: encañizado de secado, hornos, etc... que se pueden construir en unos días y, por supuesto, las instalaciones de hábitat humano, sumarias por obligación, que completan, en mayor o menor medida, según las necesidades, unos sitios de reparación de los «doris», incluso de las embarcaciones de mayor tamaño. En este caso, de nuevo, unas recientes excavaciones permiten que nos hagamos una idea. Dichas instalaciones son factores de conflictos. Existen lugares mejores o peores, bahías bien o mal protegidas, seguras abras o radas foráneas peligrosas, sin contar con la abundancia de las aguas, la proximidad inmediata de algún bosque, tan raros en Terranova, y rápidamente agotados, y tantos otros factores que el hombre civilizado de hoy difícilmente puede imaginarse: corredores de vientos dominantes que hay que evitar, exposición al sol que determina la prolongación o no de la presencia de la nieve y del hielo; corrientes de agua «cálidas» que liberan antes de los hielos determinada bahía y no otra; en una palabra, el caleidoscopio tan sutil que permitía, con la ayuda de la experiencia, sobrevivir en condiciones menos precarias que en otros lugares. Lo más importante era, sin lugar a dudas, el sitio geográfico, su situación en relación con los bancos, con el fin de reducir las distancias a recorrer, y la presencia de «marcas» fáciles de conocer, y más aún de adivinar, en aquellas regiones donde el acercamiento de las cálidas aguas del Gulf Stream y de la fría corriente del Labrador provoca tan terribles nieblas, que surgen en un momento, imprevisibles, obsesión de todos los marineros, incluso en nuestros días.

De ahí la carrera por llegar el primero, los choques, combates, sorpresas, de los que da testimonios directos, cualquier lugar de excavaciones. Es cierto que se van estableciendo, a tientas, procedimientos de arbitraje, incluso reglas tácitas, de las que poco sabemos, sólo a través de alusiones o algún que otro procedimiento. Significa, por tanto, que en alta mar alrededor de Terranova la pesca da sustento a un mundo peculiar, con sus propias reglas, que provee en abundancia de proteínas de origen animal a Europa.

Pese a todo, sea cual sea la importancia para Europa de aquella pesca, no tiene mucho que ver con América. Cuando, en 1713, el tratado de Utrecht cede Terranova a Francia, sólo viven allí unos centenares de almas, y la ciudad de Plasencia, tan disputada, no cuenta más que con el número de habitantes de un pequeño pueblo francés. En definitiva, la pesca del bacalao (como, por otra parte, la de la ballena

en el Spitzberg o más adelante en el Pacífico) hubiese podido seguir desarrollándose sin que de ello resultara la menor colonización. Desde el punto de vista financiero, sin embargo, se trata de un asunto muy importante. La sal para la salazón proviene en su mayor parte de Setúbal o del Mediterráneo, con fama de ser más blanca y más salina que la de las costas de la fachada atlántica francesa. A su regreso, los bacaladeros de Saint-Malo se acostumbraron rápidamente a poner en marcha el primer «tráfico triangular» de gran envergadura comercial, ya que sólo parte del bacalao tenía salida en la Francia del norte, y en su mayoría en la cuenca occidental del Mediterráneo, en España, Portugal y, sobre todo, a través de la feria de Beaucaire, en la Francia del sur e Italia. Durante mucho tiempo el flete de vuelta lo constituyó el alumbre de las minas pontificias de Tolfa, una de las mayores empresas industriales del mundo «moderno», exportado a través del puerto de Civitavecchia que, por eso mismo, gozaba de una considerable relevancia. Dichos cargamentos los completaban producciones mediterráneas típicas: jabón, aceite de oliva, textiles variados, incluso estatuas de mármol destinadas a los jardines de las mansiones de Saint-Malo. Así es cómo América, con poca implicación propia, contribuye a la total transformación de los circuitos comerciales europeos.

No podemos, por tanto, descuidar los problemas de la venta del pescado. Y es que, en efecto, todo viaje de descubrimiento, y a mayor abundamiento de colonización, plantea el delicado problema de su rentabilización. A este respecto, son mayoría las opiniones simplonas. En primer lugar, hay que apuntar, aunque les pese a las mentes contrarias, que la rentabilización es una preocupación legítima: hubo que realizar inversiones (en la pesca del bacalao éstas son importantes, cubiertas, por otra parte, por un procedimiento aventurado en el sentido pleno de la palabra: el préstamo a la gran aventura). Ese tipo de operación se divide en dos elementos: 1) el préstamo puro y simple de los capitales necesarios, y 2) el beneficio-seguro, no hay que perder de vista el peligro que encerraban los viajes transatlánticos. Cierto es que los procedimientos empíricos, y tan eficaces, de localización a ojeo de la proximidad terrestre (color de las aguas, sondeos para conocer la calidad de las arenas de los bancos, vuelos de las aves, etc.) que sería muy equivocado descuidar, forman parte de aquella sabiduría esencial, adquirida, es verdad, a costa de naufragios, con un número ínfimo de rescatados en aguas frías. Pero en la niebla repentina, las pequeñas em-

barcaciones no lograban siempre alcanzar el barco-matriz. En un gran número de ellas desaparecían personas y bienes, tras chocar con algún iceberg de noche y con niebla, lo mismo que ocurrió más tarde al *Titanic*, o desaparecían de otra forma sin dejar rastro. Sin hablar de las enfermedades sin posibilidad de tratamiento, y que llevarán, más adelante, a situar un barco vigía de la marina de guerra, cuya misión sería la de prestar un servicio de correo, noticias, incluso de alimentos, medicamentos y, sobre todo, que garantizaría la presencia de un médico. El buque *Ville d'Ys*, en el período entre las dos guerras mundiales, cosechó una fama envidiable como escuela de formación de futuros mandos. Esos peligros, esas pérdidas, esos préstamos, hay que rentabilizarlos. El préstamo a la gran aventura es también un seguro: si el barco se pierde, el armador no tiene necesidad de devolver su crédito. Pero si regresa, los tipos de seguro eran, y permanecieron hasta el siglo XIX, sumamente elevados, del orden de un 35 %. El pescado tiene que venderse. Para ello cuenta con dos ventajas: la primera es la cuaresma católica de los países latinos, prolongada autoritariamente en la Inglaterra anglicana y protestante por las obligaciones legales impuestas por la gran Isabel I; la segunda, menos conocida, tiene que ver con la fama de la carne de bacalao que, desde el punto de vista médico-dietético de la época, está a la par con la carne de gallina, es decir, reputada por ser la más ligera, más fácil de digerir, no nociva (lo que confiere a la expresión del rey Enrique IV de la «gallina a la olla» un significado político muy distinto).

En el terreno económico, sin embargo, todo descansa en el margen de beneficio. Ahora bien, con el hándicap de su corto período de conservación fuera del salado y ahumado, el consumo de pescado es cuestión de precio, e incluso para ser más exactos, de la relación entre el precio de la carne y el del pescado. Sin embargo, la evolución, a largo plazo, perjudica al pescado, que, paradójicamente, se ha convertido, en las ciudades mediterráneas, en alimento de los pobres (el pescado es fundamentalmente alimento urbano, por lo menos el pescado de mar).

En el siglo XVIII sobre todo, las salidas van limitándose en Europa, y el número de puertos bacaladeros no cesa de disminuir, concentrándose, mediante un proceso que sería demasiado largo de contar, en Saint-Malo y la bahía de Saint-Brieuc (Paimpol, Binic, Port-Rieux, etc.), mientras que el país vasco-francés está inmerso en una crisis desde

principios del siglo XVII. Ello se puede achacar a una situación geográfica que le priva de una región interior, encajado como está entre el Atlántico y los Pirineos. La crisis del bacalao se perfila en otros lugares, un poco más adelante, hacia los años 1650-1680, que marcan la concentración en unos puertos especializados. Sin embargo, la alimentación de los «talleres» de esclavos se realiza cada vez más con bacalao secado, que, junto con la carne secada, principalmente procedente de Irlanda, constituyen los alimentos básicos, impuestos por el Código Negro, de las plantaciones. Hubiese podido ser una importante salida, pero lo fue sólo en una reducida medida. Lo ideal, impuesto además por la geografía, un sueño acariciado por Maurepas, el secretario de Estado de la Marina cuasi inamovible desde 1725 a 1748, hubiese sido el ver surgir, en el propio Canadá, una pesca bacaladera que exportara directamente sus productos (al igual que el grano) hacia las Antillas francesas. Ahora bien, aquel sueño lo materializaron los puertos pesqueros de Connecticut, de Rhode Island, puertos, por tanto, de Nueva Inglaterra y de parte de los Estados de los *Middle States*. Sus productos, de contrabando, más baratos que los productos de Bretaña (y es comprensible, a la vista de las distancias a recorrer) se beneficiaron con una prima de coste absoluta.

Por tanto, nos podemos preguntar el porqué del fracaso del intento de Maurepas. ¿Acaso es suficiente con evocar las circunstancias geográficas? Los puertos del golfo de San Lorenzo permanecen bloqueados por los hielos durante casi un trimestre más, en relación con los puertos de la costa sur de Terranova y, a mayor abundamiento, los puertos mucho más meridionales ya de Nueva Inglaterra. Con la ayuda del Estado, que tenía gran interés en ello, nos parece, sin embargo, que ese hándicap se podía vencer. Ahora bien, faltó por completo la iniciativa canadiense. El hecho de que la población con un desarrollo limitado no ofreciera más que una salida mediocre es una excusa válida. Pero no lo explica todo. ¿Podría ser que Saint-Malo no estuviese tan deseosa de ver surgir un competidor? Pero si hubiese participado, hubiera podido esperar compartir los beneficios esperados y que no eran nada despreciables. En esas condiciones, la pesca bacaladera hubiera podido ser, en cierta medida, al igual que en Nueva Inglaterra, rentable, pero no lo fue. Por culpa, sin lugar a dudas, de las dimensiones demográficas del propio Canadá, ya que a la población se le ofrecía una gama tan amplia de posibilidades, en comparación con su reduci-

do tamaño cuantitativo, que no hacía falta buscar nuevos medios para ganarse la vida. Una población muy poco densa, que dispone de un espacio, aunque sea hostil en parte, no da muestras de dinamismo creador en materia económica.

Y, sin embargo, la pesca ha presidido de forma indirecta los inicios de Canadá y, por tanto, fue pobladora también de forma indirecta. Hay que distinguir claramente sus etapas. Las pieles de foca tenían un valor seguro, ya que eran fáciles de conseguir, bien mediante la caza, bien mediante el trueque con los indios, primero en el archipiélago de las islas de la Magdalena, luego en las costas de Nueva Escocia. Se producía así un paso inapreciable de la pesca hacia la caza. Por otra parte, cuanto más se adentraban en el golfo del San Lorenzo, más la densidad, muy baja por cierto, de la población india, daba pie a encuentros. De la piel de foca o de morsa pasaban así al trueque de las pieles de castor y de los animales de piel del bosque del San Lorenzo o de la meseta canadiense. La tentación iba creciendo, con la atracción del grano; de ahí que se establecieran puestos de troque, de los cuales el primero fue, en el propio San Lorenzo, Tadoussac, lugar donde la tradición canadiense reza que se edificó la primera construcción de fábrica del país. En relación con los establecimientos estacionales de pesca, Tadoussac es una etapa más de paso. Al principio implantado de cara a la estación de verano, y pese a su enclave muy poco alentador, el puesto pasó a estar ocupado durante todo el año como sitio de trata. De esta forma, se pasaba paulatinamente al establecimiento permanente y a la fundación de ciudades ubicadas más al oeste del San Lorenzo, en unos sitios progresivamente más «convenientes», entendamos menos duros durante el invierno, y con un verano más largo, tal como Quebec y sobre todo Montreal.

Y, no obstante, la población canadiense conservó, en parte, las costumbres de «movilidad» permanente, análogas, aunque trasladadas a tierra, al «vagabundeo» marítimo. Porque, una vez fijado el núcleo de población urbano estable, Canadá no cesó de extenderse hacia el oeste. Aquella epopeya, que no tiene parangón en la historia del mundo sino en la travesía-conquista relámpago de Siberia por los rusos, casi en la misma época, se asemeja, de alguna forma, al descubrimiento marino anterior que había sido, a la sombra de la oscura historia de aquellos que no dejaron huellas escritas «científicas», la otra gran epopeya desconocida, para siempre, de la inmensidad oceánica y continental ven-

cidas, de miedos dominados, de problemas de ida y vuelta resueltos a través de los avatares de las tempestades y de los accidentes.

La analogía de las situaciones salta a la vista. El mismo «vacío» relativo de los grandes espacios, grandes lagos, grandes llanuras, forestales al este del Misisipí, esteparias al oeste del río. Es verdad que ya existía el mundo indio. Pero también es aún profundamente móvil. Las poblaciones descritas y encontradas por Jacques Cartier en las orillas del San Lorenzo no habían dejado rastro un siglo más tarde, cuando llegó Champlain. Y dicha movilidad india no dejó de acentuarse. Porque de aquellos contactos sin historia, sin huella escrita, surgió un nuevo mundo indio. Antes de la llegada de los europeos, el mundo indio es el de una civilización de seminómadas fundamentalmente agricultores, que cultivan el maíz y los calabacines de agua, desplazándose sólo cuando los suelos se agotan. Es cierto que los complementos de alimentación los suministraba la caza y la recolección. Pero la eficacia del arco y de la flecha de un cazador a pie es, en suma, limitada. Ahora bien, el contacto y el trueque, a veces violentos, por una parte como por la otra, iban a dar a los indios dos elementos totalmente destructores de sus antiguos modos de vida y generadores de uno nuevo: el caballo y el fusil. Se los suministraron, en el sur, bien la conquista-sorpresa de algún que otro fortín integrando una red de protección del imperio hispano-indio de las mesetas mexicanas, bien, al norte, el intercambio con los franceses. El indio adoptó el caballo de forma inmediata. En cuanto a las pocas armas conseguidas en unas emboscadas y ataques por sorpresa se les sumaron rápidamente, además del destructor agua-de-fuego, fusiles de trata, pólvora y plomo. A medida que se iba asentando el complejo sistema de la trata de pieles, que los recursos animales se iban agotando (y se agotaron con gran rapidez) en el valle del San Lorenzo y sus mesetas adyacentes, hubo que abastecerse cada vez más lejos tierra adentro. El caballo le dio al indio la necesaria movilidad y la posibilidad de penetrar mucho más allá de los linderos de la selva misisipiana por las estepas del Far-West. Así se estableció un equilibrio, muy ecológico por cierto, entre el cazador y los rebaños de bisontes convertidos en importante fuente de subsistencia. El fusil de caza, por malo que fuese, brindaba además la posibilidad de disponer de cantidades cada vez mayores de animales de piel que los tradicionales cepos y trampas no hubiesen podido suministrar. Nos suele costar medir el alcance de las transformaciones que dichas

innovaciones originaron. A partir de entonces, la bahía del Hudson se volvió accesible, por lo menos en verano, con sus ricas reservas de animales de piel. También a partir de entonces, el indio se liberó del bosque que, por protector y alimenticio que fuese, también limitaba mucho los desplazamientos. Sin saberlo, el europeo dio al indio la posibilidad, un buen día, de replegarse masivamente hacia el oeste y prolongar así su supervivencia-agonía. Con esto, el caballo, completado por la antigua canoa, permitió la penetración hacia el oeste. Ya no era necesario, además, esperar las aleatorias cosechas de una agricultura seminómada, de hecho un barbecho forestal o no, de larguísima rotación. El modo de vida «regresó» hacia la caza y el nomadismo del cazador. Caza de subsistencia para hacer frente a sus propias necesidades, con la consiguiente y rápida transformación de una alimentación donde, a partir de entonces, predominó la carne y las proteínas animales, en vez de los alimentos vegetales que antaño la caracterizaban. De ahí, por consiguiente, las transformaciones de la cocina india. Sin duda alguna, todo esto no ocurrió en un día pero, sin embargo, fue muy rápido. Así, se estableció una pareja difícil de separar: el indio convertido de nuevo en cazador nómada, y su salida, el «corredor de los bosques», que llevó, por lo menos durante algún tiempo, el mismo tipo de vida, aclimatado a menudo por el hecho de tomar una esposa india, y que intercambiaba su aguardiente (a menudo mortal), sus fusiles, su pólvora, su plomo, sus baratijas, sus perendengues, sus telas, contra las preciadas pieles. Y el fusil hizo posible la guerra de las pieles, primero, entre indios, entre indios y europeos después, cuando éstos tomaban partido —y lo hicieron desde Champlain— por una u otra etnia, entre europeos finalmente, realmente por las pieles, pero también por el espacio y las mil y una razones que acompañan a la expansión de los países conquistadores.

La analogía con el mundo móvil de los marineros «habitantes» temporales de los espacios líquidos ricos en pescados es la misma adaptación del francés, más que otras naciones europeas, a aquella otra inmensidad que son los grandes bosques y llanuras del oeste. Los medios son distintos. El caballo para el verano tiene su complemento en el trineo para el invierno, y sobre todo, durante la buena estación, en aquel ingenio indio por excelencia que es la canoa de corteza de abedul. Los misioneros jesuitas la describieron repetidas veces. El invierno, pese a sus ventiscas y sus temibles nieves en polvo, favorece, sin em-

bargo, en aquellos países de rápidos y saltos, de paisajes de morrenas y de hundimientos glaciares por el hielo, los transportes. Si, en tierra, las raquetas permiten, bien que mal, adaptarse a la nieve, por profunda que sea (el esquí sólo llegará mucho más adelante, en el siglo xx), el trineo por los ríos helados permite, con buen tiempo, unas progresiones rapidísimas. En cuanto al caballo, es el animal por excelencia y ningún pueblo en la historia, a buen seguro, tuvo más caballos en comparación con el número de habitantes. De hecho, desde finales del siglo xvii, las estadísticas oficiales arrojan la cifra de casi un caballo para tres, luego uno para dos habitantes, hasta el punto de que los intendentes, acostumbrados a las normas francesas, se quedan atónitos. Y cuanto más que el caballo es aún un animal ostentoso (estamos en la época barroca); llegar el primero a la puerta de la iglesia, antes de misa, con sus caballos, tras auténticas carreras con el trineo o el coche, es el deporte por excelencia. Porque, como veremos más adelante, lo que llamamos la «agricultura» canadiense es primero y ante todo la cría de ganado.

Todo esto, sin embargo, para la exploración y la penetración terrestre, se ve superado por aquella invención genial que es la canoa. Su origen indio no tiene lugar a dudas, como lo demuestra, por otra parte, la propia palabra. El padre De Galinée cuenta:

> La navegación río arriba de Montreal difiere por completo de la río abajo. Esta última utiliza grandes barcas, chalupas y botes, porque la profundidad del San Lorenzo es muy grande a lo largo de 200 millas; pero... (a la altura de Montreal) se encuentran unos rápidos... llenos de grandes rocas, que impiden el paso de cualquier barco. Por tanto, hay que utilizar canoas. Se trata de unas pequeñas barcas de corteza de abedul, de 20 pies de largo y 2 de ancho aproximadamente, consolidadas por dentro con unas débiles armaduras y plaquetas, de tal forma que un hombre puede llevar sin problemas una canoa, mientras que ésta puede llevar a 4 personas y hasta 800 ó 900 libras de equipaje. Las hay que pueden transportar hasta 10 ó 12 hombres, pero que sólo requieren 2 ó 3 para llevarlas... Con todo, hay que decir que en estas embarcaciones a uno sólo le separa de la muerte el espesor ya no de un dedo, sino de 5 ó 6 hojas de papel. Aquellas canoas (en 1669) proceden de un francés, quien las compró a un indio por 9 ó 10 escudos, pero entre franceses cuestan mucho más. La mía me costó 80 libras. Los únicos que construyen correctamente dichas canoas

> son los indios que hablan el algonquino. Los iroqueses utilizan canoas de todo tipo de cortezas, y por este motivo construyen unas embarcaciones pesadas, que duran un mes a lo sumo, mientras que las canoas de los algonquinos, cuando se las mantiene en buen estado, pueden durar de 5 a 6 años.

Viene a continuación la descripción de la pagaya y

> se utiliza de manera que se empuja el agua detrás de sí, sin tocar la canoa con el remo... Es obligado permanecer todo el tiempo arrodillado o sentado en la canoa, teniendo mucho cuidado de conservar el equilibrio. Estas embarcaciones, de hecho, son tan ligeras que un peso suplementario de 20 libras de un lado puede hacerlas zozobrar, y de forma tan rápida que no hay tiempo de reaccionar. Son tan frágiles que una piedra puede hacer un agujero... Tal agujero, sin embargo, es fácil de calafatear con pez (greda)... No sé de ninguna obra de los salvajes más digna de llamar la atención de los europeos que las canoas y los «zapatos para la nieve» con los cuales corren por la nieve. No existe, por otra parte, coche mejor y más rápido que la canoa...

De rápida construcción (pero se necesita una especial «habilidad» manual), utilizando sólo materiales muy abundantes (la tundra y el bosque del San Lorenzo rebosan de abedules), la canoa es de una extrema ligereza. Es fácil de llevar a hombros, si se trata de una canoa individual. Como los ríos canadienses se ven cortados y entrecortados por rápidos, éstos ya no constituyen unos obstáculos insalvables. Se descarga río abajo, se pasa la canoa, luego el cargamento y vuelta a cargar y se reemprende el camino. Sólo es cuestión de tiempo. Es cierto que el manejo de una canoa, a primera vista, no es tarea fácil, y zozobra con facilidad si no se tiene cuidado. Pero uno aprende enseguida cómo evitarlo. Así, de rápido en rápido, de ramal en ramal, de cabeza de valle en otra cabeza de valle, lo mismo que en Siberia, pero mejor que con las barcas siberianas, demasiado pesadas, se va progresando de verano en verano hacia el norte y el oeste. Y alcanzados (desde Champlain) los grandes lagos y descubiertos los atajos para alcanzarlos, los pastos guían la progresión. Los Grandes Lagos constituyen, en efecto, una especie de *dispatching* natural. Si los afluentes procedentes del oeste son bastante cortos (en comparación con los inmensos países) y el clima se vuelve cada vez más seco, los ramales entre el lago

Michigan y el valle de Wabasch, o mejor aún la corta distancia, a la altura del futuro Chicago, entre el lago y el río Illinois, que conduce directamente al Misisipí, permite desviar el recorrido hacia el sur, es decir, hacia la perspectiva lejana de desembocar en alguna parte a proximidades o al contacto de los Eldorado españoles con los que se sigue soñando, aunque no se diga. La relación norte-sur, de la bahía del Hudson al golfo de México, se establece, por así decirlo, por sí sola. En dirección hacia el oeste, en cambio, la naturaleza se muestra mucho menos propicia. Los afluentes del lago Superior son cortos y, llegada a la altura del lago Nipigon al norte, el lago de los Bosques al oeste, la canoa no encuentra fácilmente el uso que es el suyo al este. La penetración hacia el interior se realiza mucho más cómodamente, y más naturalmente, a partir de la bahía de Hudson, a lo largo del río Nelson primero —y más al norte del río Churchill— hasta el lago Winnipeg, y desde allí por los dos ramales (norte y sur) del Saskatchewan, se llega, efectivamente, al pie de las Rocosas. Último obstáculo, pero de tal magnitud, antes de los horizontes del Pacífico.

Se había soñado tanto, no obstante, con aquel Pacífico, hasta el punto que en Montreal, el rápido de Lachine lleva todavía el nombre de las ilusiones-programas que elaboró Champlain: establecer allí una aduana sobre el transporte directo desde China a Europa, que hubiera dado a la colonia en sus inicios los recursos indispensables para su desarrollo. Por la gran impresión que dejó en las mentes el éxito de Balboa. Verrazano ya había imaginado que detrás de la barrera de las lenguas litorales que cierran con flechas arenizas los pantanos de Florida, el espejeo del agua era de los... espejismos del Pacífico. La naturaleza, no obstante, dicta sus leyes: lejos de extenderse más allá hacia el oeste, los ríos conducen hacia el sur, en una gigantesca media luna estratégica, que remató en los años 1681-82 el genial pero medio loco descubridor que fue el normando Cavelier de La Salle (1643-1687).

Midamos en un mapa la distancia Quebec-Nueva Orleans y podremos hacernos una idea de la magnitud de la hazaña, en parte en contra de la voluntad de Colbert, luego con la entusiasta aprobación de Seignelay, que realizaron gentes anónimas, misioneros jesuitas como el padre Marquette, descubridor oficial del Misisipí, en 1677, negociantes de pieles, oficiales del rey, mitad militares, mitad diplomáticos, mitad desolladores de «corredores de los bosques», en la más completa ilegalidad pero con todo al servicio del rey... y tantos otros. Población

«flotante» sumamente móvil, animada por el gusto de la aventura, el lucro, pero quizá, sobre todo, por la imposibilidad de adaptarse a la sociedad europea (pero también india) de marginales en el sentido propio de la palabra, que practicaban la aclimatación y la aculturación al revés, bastante profundamente indianizados, pero no lo suficiente como para no seguir siendo, en su fuero interno, franceses. Buen ejemplo, por otro lado, de población híbrida, en parte «mestizada», que rechazaba parte de la civilización europea y encontró un refugio, escogido e impuesto al mismo tiempo, en la *Wilderness*, el «estado salvaje» que permite tantas cosas prohibidas, incluido Cavelier de la Salle, ese ex jesuita incapaz de adaptarse sino a los indios. Lo aprendió demasiado tarde, a expensas suyas —el crimen directo y el salvaje asesinato del indio desembocó en el del europeo—. Caso extremo, pero hubo muchos otros. Los marineros de Terranova se fueron allí a buscar el sustento de sus familias, y su curiosidad no fue más allá de lo que su mirada podía alcanzar en esas costas desnudas y áridas. Nuestros exploradores, por su parte, estuvieron muy interesados —mucho más que los marineros de Terranova—, inmersos en una naturaleza de bosques gigantes, sorprendidos por las inmensidades esteparias y desérticas, pero que, para ver sus bellezas —el Ohio, antes de llevar el nombre de Colbert, se llamó el «bello río»— atravesaron los pantanos forestales o los de la tundra infestada de mosquitos hasta el punto de volverse locos, o la desesperanza de los caminos perdidos en una selva sin señales, naturalmente salvaje como ya no existía en Europa desde hacía varias generaciones. Y que dieron a Francia, por un tiempo, a sabiendas y con una voluntad creciente, una inmensa extensión de terrenos de recorrido, de reservas de pieles, cuyas salidas cerraron mediante la realidad concreta de los puertos obstruidos, o mediante la implantación de un fuerte en todas las posibles salidas de los puertos y pasos de los Apalaches. Lo que se llama un «imperio militar» que será objeto de la historia oficial de la larga lucha franco-inglesa por las tierras vírgenes y las «pocas fanegas» de nieve de Canadá. Al final de la epopeya, el viaje, aunque ficticio en parte, de Chateaubriand, cuando se había desencadenado la Revolución, inaugura el romanticismo francés, original paralelismo con los Alpes, también conquistados, pero por la imaginación de Jean-Jacques Rousseau. Pero la poesía de la gran prosa romántica, la de ultratumba, nace de los natchez y es americana, magnífico don de las inmensidades aún vírgenes, por tan poco tiempo, de los bosques

más allá de los Apalaches que, en vida misma del Encantador, desaparecerán bajo el empuje de la ola de inmigrantes y colonos anglosajones. Tuvieron, y tendrán, con los indios, otro tipo de relaciones.

Filibusteros y bucaneros del Caribe

A la loca epopeya norteamericana de los fundadores de Toronto, Detroit o Pittsburg se corresponde, en el Caribe, la leyenda mucho menos honrosa de los filibusteros y bucaneros de las islas. El cine, siempre al acecho de lo espectacular, ha idealizado, con la ayuda de Hollywood, las dudosas «hazañas» de aquellos que, al principio, no eran nada más que simples piratas en las grandes vías de agua de los galeones españoles y de su Armada que transportaban sus cargamentos de metal precioso. Empezó muy pronto, desde la conquista de México a los aztecas por Cortés. En Brujas y Amberes, el pintor Durero anotó en su carné de apuntes lo que pudo contemplar de las maravillas saqueadas en la capital de Moctezuma. Procedían del pillaje de una nave española por un corsario francés. Corría el año 1520, mucho antes de que se pensara seriamente en Canadá, pese a Jacques Cartier. La historia resulta difícil de contar. Carecemos de documentación directa y lo que se sabe procede de fuentes españolas y bajo la forma muy seca de cuadros estadísticos como los que muestra, en su conjunto, el libro *Sevilla y el Atlántico* de Pierre Chaunu. No destaca y desde hace muy poco, más que el anónimo de Carpentras, descubierto y publicado por J. B. Moreau. Este documento, cuyo autor debió de ser un militar que tomó parte en la aventura de la nave pirata de Dieppe, describe por vez primera la cruel realidad (en todos los sentidos de la palabra) de lo que pudo ser uno de esos incontables viajes de pura piratería y de su trágico destino, ya que los miembros no encontraron ni riqueza ni menos aún gloria, por haber vivido durante meses en el «reino del más allá del hambre», para, después de naufragar, verse recogidos, y con qué gentileza, por aquellos caribes de tan temible fama, los «indios flecheros» de los mitos españoles. Para regresar luego, en estado de total pobreza, a la Dieppe de donde salieron. Aquello ocurría allá por el año 1610. ¡Habrá tantos testigos que podrían revelarnos tantas cosas! Tal y como aquel informe de un tal Malherbe, oriundo de Vitré, que después de dar la vuelta al mundo en más de veinte años, regresó para

contar al rey Enrique IV, corroborada por un informe, su exploración de todas las fuentes de riqueza del planeta, después de visitar —como «ingeniero» facultativo— las pesquerías de perlas de Bahrein, las fabulosas minas de diamantes de Golconde, para ir a conocer las minas peruanas, espejismos todos explorados, comprobados, propuestos a su rey... no se sabe qué, como tampoco se sabe lo que fue de él. Lo más evidente es el espejismo que suscitó, ante la mirada deslumbrada de todos los europeos, la conquista de México, y la de Perú después. La envidia impulsó el robo, la piratería. De entrada, se lanzaron al asalto de las naves de regreso de América, el enjambre multicolor y abigarrado de los corsarios, piratas, gentes de mar, hermanos de la costa, filibusteros y corsarios de todas las nacionalidades marítimas. Los franceses participaron en ello precoz, abundantemente, de forma privada —sin ningún tipo de escrúpulos— y se llevaron una buena tajada, aunque a menudo reducida.

Barcos sorprendidos de noche, por abordaje, ciudades saqueadas, altares de oro y plata desmantelados: el botín resultó enorme unas veces, nulo otras, ya que no hubo siempre sorpresa, y la respuesta española fue a la medida de la crueldad de esos marginales, a menudo «heréticos», o considerados como tales. Una historia terrible, confusa, de valor y crueldad, en medio del oro, la plata, la disolución, el lucro y el estupro, la sangre casi siempre. ¿Una hermosa historia para contar? No es muy seguro, pero América es también, y ante todo, esto: el espejismo de los Eldorado, el oro, la plata, las perlas de la costa de Venezuela, en una palabra, las riquezas. Fue el primer objetivo, aunque tardío, de la instalación francesa en las Antillas. Y cuando el espejismo resultó, por fin, una vez integrado en la gran política, inasequible, hubo la posibilidad de volverse hacia la otra «riqueza», el hombre convertido en simple mercancía. Historia cruel, pero que constituye también el punto de partida de la «epopeya» de otros marginales.

Si es relativamente fácil de cifrar el número de pescadores de Terranova, no disponemos de muchas indicaciones cualitativas, a no ser las propias memorias de los «piratas», que son objeto de controversia, y menos aún cuantitativas. El pirata anónimo de Dieppe habla de una nave de unas cien toneladas, llevada por una tripulación mixta, compuesta por una minoría de marineros y una pequeña mayoría de soldados auténticos. El entendimiento entre ambos grupos no resistió mucho tiempo las dificultades de la empresa. Un caso entre otros de

esos amotinamientos, de esa discordia permanente que no sólo afectó a marineros y soldados, sino que tuvo lugar incluso entre las tripulaciones más sólidas. Su origen urbano no deja lugar a dudas. Aparecen los nombres de algunas ciudades, siempre las mismas: Dieppe, Honfleur, Granville, Saint-Malo, La Rochelle, Royan, además de, por supuesto, unos cuantos pequeños puertos de segundo orden. Y esto desde el principio. No figuran las grandes ciudades del gran comercio europeo: no suministran aparentemente fuertes contingentes ciudades tales como Nantes, Ruán, Burdeos. Con la ascensión del protestantismo francés y del calvinismo en particular, aquel grupo de ciudades se disgrega: Dieppe, La Rochelle y su satélite Royan son protestantes, y como tales, aquellas ciudades y sus armadores no tienen ningún escrúpulo en atacar al español, sobre todo después del asunto de Florida. Es una guerra santa, sin cuartel. Saint-Malo y Granville eran, y siguen siendo, en cambio, católicas. En casos extremos, cuando surge la ocasión, ni los unos ni los otros tuvieron reparo en hacer desaparecer algún barco francés sin dejar rastro. El apoyo real era ocasional, en todo caso teórico, aunque estuviera bien visto el debilitar al español, por el medio que fuese. Sabemos que el calvinismo francés experimentó su espectacular empuje en los años 1555-1565, para luego estancarse. No parece que los acontecimientos internos afectaran de manera notable al «corso» francés en el Caribe.

En nuestra opinión, no hay que sobrevalorar, ni tampoco infravalorar, la importancia de aquel corso. En su inicio, requiere unas inversiones bastante importantes, porque la travesía del océano Atlántico, ida y vuelta, y las largas estancias en el Caribe exigen, para unas tripulaciones mucho mayores que las de un barco mercante tradicional, unas reservas importantes de víveres. Puesto que las estancias pueden prolongarse, y la sola travesía del golfo de México exige, en tiempo real, y pese a distancias geográficas relativamente cortas, un tiempo de travesía igual al de la ida Europa-Pequeñas Antillas, la financiación, en parte, fue suministrada por el acostumbrado contrato a la gran aventura, y parece que el tipo de financiación de «partes de naves» haya podido ir evolucionando hacia sociedades de acciones. Pero todo ello sigue siendo bastante impreciso, en función de algunos que otros contactos documentales puntuales. Nos gustaría poder contestar a la siguiente pregunta: ¿cuántos corsarios, filibusteros y demás piratas franceses operaron en el siglo XVI, luego en el siglo XVII, en las Antillas y

en las otras costas de América? Porque piratearon por doquier, con razón o sin ella, estimaron tener algún botín que coger por sorpresa. El embajador de Francia en Lisboa, Nicot —que pasa por haber introducido en Francia «la hierba de Nicot», es decir, el tabaco (de ahí el nombre de nicotina)—, señala, en la costa brasileña, embarcaciones bretonas que operan como piratas. Éstos lo venían haciendo, desde fechas antiguas, en las costas de la península Ibérica: pero ampliaron su radio de acción. En líneas generales, operaron entre Florida y las Bahamas hasta la altura de la bahía de Río de Janeiro. Eran oriundos de ciudades portuarias medianas, que a nivel político eran semiindependientes, a veces organizadas en auténticas pequeñas repúblicas. Las guerras de religión les dieron, hasta la toma de La Rochelle por Richelieu (en 1629), una amplia autonomía de elección, que no poseían ciudades mayores. Nos podemos preguntar entonces en qué medida el filibusterismo no llegó a representar, de alguna forma, una actividad sustitutoria, en un «espacio libre» ambiguo, más o menos tolerado, por la fuerza de las circunstancias y por un consentimiento tácito por parte de la monarquía, de un comercio que, en pleno crecimiento, tiende a la concentración. Ésta, por ejemplo, perjudica en gran medida a la Baja Bretaña; en el siglo XVI, la pesca del bacalao y la trata, en su primera fase, de las pieles de foca constituyeron la actividad de un montón de pequeñas abras, simples playas de varadero, o rada foránea, que no pudieron resistir el más mínimo aumento de tonelaje medio. Entre la centralización castellana al sur, y el esfuerzo de racionalización inglés al norte, la expansión dinámica de Holanda al nordeste, Francia aparece como una potencia comercial fragmentada, disgregada en un gran número de Estados-ciudades —desde el punto de vista, la Edad Media no queda muy lejos— sobre los cuales la autoridad real sólo tiene poderes restringidos. Es, a la vez, una ficción política cómoda (para ambas partes) y una semi-realidad variable en función de la cronología política. Sólo hubo un gran esfuerzo de intervención real, y plantea un enorme problema de información. En 1582, por consiguiente en pleno rebrote de las guerras de religión, una década después de la masacre de San Bartolomé, Francia intentó una operación de envergadura para contrarrestar la unión política de Portugal con España. Por tanto, se armó una escuadra, con la ayuda de las referidas ciudades marítimas, y a las órdenes —hecho revelador— de Philippe Strozzi. Se trataba de conquistar el archipiélago de las Azores. No hace falta añadir que el

objetivo final era poder controlar, en el lugar más estratégico, en el momento en que tripulaciones y naves se encontraban cansadas por las largas tempestades del Atlántico norte, el punto táctico en la gran ruta de llegada de los tesoros americanos. Aquel esfuerzo, por ahora, no ha suscitado el interés de los historiadores franceses. Y cuanto menos que fue una total derrota: el marqués de Santa Cruz aplastó la escuadra francesa en la batalla de Punta Delgada. Aquello ocurría seis años antes del intento de la «Armada Invencible». La batalla, sin embargo, resultó capital: eliminó la marina real francesa hasta la llegada al poder de Richelieu, pero fue también la primera gran batalla naval, en el verdadero sentido de la palabra, por el dominio de las rutas marítimas españolas con América en medio del océano Atlántico, hasta los futuros encuentros en las propias Antillas.

Ello explica que se haya recurrido en mayor medida a las libertades de actuación de las repúblicas marítimas, cuyas condiciones eran muy especiales. Las Pequeñas Antillas fueron, desde el principio, prácticamente dejadas de la mano de Dios por los españoles. De entrada, la población inicial se fue concentrando en las Grandes Antillas, es decir, en Santo Domingo, primer descubrimiento de Cristóbal Colón, y en Cuba. Estas Grandes Antillas, sin embargo, resultaron ser simples trampolines-etapas, y el imperio azteca por una parte, y luego el istmo de Panamá, etapa intermedia hacia la conquista de Perú, fueron sometidos por una amplia parte de dicha población española de las islas. Una vez agotados los recursos en oro, la densa población de Santo Domingo, basada en el conuco de mandioca, abandonó esas islas por el continente. Las Pequeñas Antillas nunca se integraron de verdad en el imperio poblado: La Martinica, la Guadalupe y las islas intermedias, pese a haber sido las primeras abordadas cuando la toma de contacto con las Américas por la ruta de los Alisios del nordeste, no sirvieron más que para realizar la aguada. Las relaciones con los «indios flecheros» no fueron afortunadas. Del lado francés, el segundo viaje de Verrazano acabó de una manera catastrófica y se atribuye la muerte del descubridor al canibalismo de los caribes. Leña y agua: los dos únicos recursos de las escalas rápidas, lo necesario para proseguir el camino. Por otra parte, esas Pequeñas Antillas no controlan más que la ruta de acceso, la menos interesante, ya que las naves van cargadas de productos europeos de uso corriente. Mucho más importante es apostarse en alta mar próximos a la isla de Cuba, cerca de las tempestuosas Ber-

mudas, a la salida del cuello de botella de La Habana o, más sencillamente, mucho menos lejos, cerca de las Bermudas, punto de reagrupación de las «armadas» del transporte de la plata. Allí es donde hay mejores oportunidades para sorprender alguna nave aislada del resto del convoy por una tempestad. Pero también se corre el riesgo de tropezar con las contraescuadras fondeadas en Cádiz y que van al encuentro de los ricos cargamentos tan indispensables para la política europea de Felipe II y de sus sucesores. Merodear por el dédalo de las islas antillanas permitía ansiar otras presas: las grandes ciudades, y las menos grandes, del litoral, con sus conventos, sus ricas iglesias y las múltiples oportunidades de francachela y de pillaje sin ningún tipo de escrúpulos, ni de límites, a no ser que, por la amenaza de un peligro, se limitasen a exigir un rescate. Lo que suponía que fuesen dispuestos a un desembarco masivo y que, por tanto, dispusieran por lo menos de una numerosa tripulación.

El relato del anónimo militar de Carpentras (se lo debemos a un obispo coleccionista, en el siglo XVII, de relatos de viajes de todo tipo) nos permite tener una idea de esa piratería, tan a menudo infructuosa. Esos merodeadores piratearon primero por las costas brasileñas. Bien por mala suerte, bien porque eligieron la mala estación, no encontraron nada y agotaron sus víveres. De ahí que remontaran hacia el norte e hiciesen intrusión en el golfo del Caribe. Prosigue la mala suerte: la densidad del tráfico marítimo, y su concentración en convoyes, para los más importantes de ellos, limitaban las oportunidades de encontrar un botín valioso. Se apoderaron, eso sí, de algunos pequeños barcos con un cargamento corriente de sal, madera, etc., pero nada que les permitiera enriquecerse, lo justo para prolongar la campaña. Fueron merodeando, por consiguiente, alrededor de las ciudades de Honduras, Nicaragua, sin lograr nada. Reinaba la discordia, y los soldados empezaron a desconfiar del capitán que, según decían, era gafe, puesto que la superstición nunca andaba lejos. Y empezaron a sufrir penurias, las raciones progresivamente reducidas, cada semana que pasaba más pobres. De la escasez pasaron al hambre, y según la hermosa expresión del autor de dicho relato, entraron en el reino del «más allá del hambre». Quizá sea el título que habría que dar a toda la historia de marginales, mezcla heterogénea, a imagen y semejanza de los primeros intentos de colonización en el siglo XVI francés. Sed de oro, o para ser más exactos, de plata, de perlas, de los «tesoros indígenas», ésas eran

las motivaciones principales; las realidad: el hambre, y la sed a secas. Que sobreviniese una tempestad, esos huracanes de la estación húmeda cuya línea de fuerza se desplaza desde las Pequeñas Antillas hasta México a lo largo de la costa sur de Santo Domingo y Cuba, y era el desastre, a menudo fatal: nave, en el mejor de los casos, demasiado dañada para que no fuera preciso una reparación en tierra, al alcance de los caribes. Este fue el caso de nuestro protagonista. Interviene aquí un episodio fundamental, que contradice en gran medida muchos otros relatos.

Nuestros héroes (si se les puede calificar como tales) cansados, agotados, se ven recogidos —estamos al inicio del siglo XVIII, o sea, cerca de un siglo largo después de los primeros encuentros europeos-caribes— y de qué manera, por los indios caribes. Nuestros náufragos de tierra encuentran en esos «salvajes» todo lo que les hacía falta: alimento, madera, ayuda material. Se dedicaron a una especie de agricultura completada por la recolección, la pesca y la caza, al estilo indio. Un relato extraordinario, el primero de tal alcance, que corresponde a un contacto prolongado durante varios meses, sin demasiadas dificultades. Lo que nos da un documento excepcional sobre la vida de los caribes, con una ampliación muy notable del vocabulario del que disponíamos hasta entonces. A todas luces, el objetivo final de los indios caribes era integrar a los europeos, con su *savoir faire*, a su propio estilo de vida. Y puesto que ningún prejuicio científico viene a perturbar a nuestro autor anónimo, nos da una descripción ingenua (salvo en el aspecto religioso), y que sitúa el tema de las relaciones marginales europeos-caribes en un contexto muchísimo más complejo, y por consiguiente más humano, que las acostumbradas simplificaciones de tipo cinematográfico. Es evidente que el objetivo final de algunos náufragos del reino del más allá del hambre es, sencillamente, regresar directamente a Europa, mientras para otros era intentar hacer fortuna volviendo a la piratería. El grupo acabará por disgregarse, para ser objeto a la llegada de una manipulación financiera y judicial en la cual parece que el capitán y el armador tuvieron algo que ver... Hermoso relato, que ofrece la ventaja de esclarecer, por una vez, los contactos anteriores a la toma de posesión, apenas dos décadas antes de los acontecimientos decisivos de los años 1630-1640.

¿Cuáles fueron los resultados de esa caza de la plata española? Pierre Chaunu los ha reducido a lo verosímil. En porcentaje, esos pin-

chazos de alfiler, ese parasitaje de las rutas de comunicación del imperio español, representan, distribuidos a lo largo de todo un siglo, poca cosa en sí: unos porcentajes apenas equivalentes a las pérdidas resultantes de los acontecimientos meteorológicos a los que tenían que enfrentarse. Lo que es comparable con los resultados obtenidos por el corso berberisco en el Mediterráneo. Así que estamos muy lejos de los extraordinarios resultados relatados por la historiografía de lo sensacional cueste lo que cueste. Conviene, sin embargo, matizar dicha observación global con dos reservas. La primera es que el balance no incluye en absoluto el resultado de las ciudades saqueadas. No obstante, aquellas ciudades asaltadas sufrieron mucho y el balance moral nunca se puede cuantificar. Sociedad de hombres solos, que han vivido durante meses sin mujeres, sociedad, por tanto, donde la homosexualidad ciertamente tomó proporciones importantes, la toma de una ciudad sin cuartel liberaba la libido: el pillaje iba acompañado a veces de una orgía de sangre y violación, episodios especialmente trágicos. Entendemos por qué la población de las ciudades del litoral prefería huir, porque las torturas destinadas a hacer confesar a la gente, quienquiera que fuese —con un tratamiento aún peor reservado al rango o estado religioso— eran expeditivas y sin cuartel. Es el equivalente, puntual, de lo que ocurre en la Europa central de las guerras de religión, y sobre todo de la guerra de los Treinta Años. Como para renegar del romanticismo barato que abunda en tantos y tantos seudorrelatos y tebeos. Así es la cruel realidad de las ciudades forzadas o de las naves capturadas. La respuesta, por supuesto, está plenamente a la altura de esas bárbaras costumbres.

Segunda reserva: el robo distribuido a lo largo de más de un siglo no constituye más que una media. Hubo momentos en los que la piratería tuvo un peso enorme, primero a nivel de la realidad bruta, luego por el juego multiplicador del «rumor», por los efectos psicológicos que origina. En la década de los años 1550, el robo de la piratería sobrepasa el 5 % del tráfico total, lo que es considerable. La situación provocó el pánico primero en la América española, luego en la propia España. La gente empezó a ver piratas por doquier y, de hecho, podían surgir, de madrugada, en la niebla, en cualquier sitio. Hubo que apresurarse a multiplicar las fortificaciones avanzadas, prever guarniciones, educar a los vigilantes, implantar pequeños arsenales, ejercitar a los habitantes en el manejo de las armas. O sea, todo un esfuerzo mul-

tiforme, dispersado, del que se descubren por doquier los rastros, destinados en la actualidad al turismo, monumentos históricos de un tiempo pasado. Todo aquello no se hizo sin dinero. La amenaza omnipresente provocó un esfuerzo financiero que pesó en las finanzas de las órdenes religiosas, las ciudades y, en resumidas cuentas, de las provincias. Y esto no fue todo, ni siquiera lo esencial. No sólo hubo que multiplicar las escuadras de protección y de acogida de convoyes en las proximidades de las Azores y de la desembocadura del Guadalquivir, sino también crear, en las propias Antillas, una pequeña escuadra de intervención marítima, integrando algunas galeras (necesarias para actuar en aguas poco profundas donde se refugiaba, a salvo de los fondos profundos, más de un pirata) y potentes galeones. Finalmente todo ello pesó mucho. En cuanto a los efectos del pánico, repercutieron en las especulaciones basadas en la llegada anual de la plata americana. El pánico financiero desempeñó un papel, y puede que importante, en las sucesivas bancarrotas del Estado español. Efecto clásico de los pinchazos de alfiler asestados por el más débil contra el coloso, obligado a movilizar, al fin y al cabo, a mucha más gente y potencia que el que ataca.

Pero, ¿se benefició realmente el más débil con ello y en qué medida? *In situ*, piratas y filibusteros no empezaron a pensar en una instalación definitiva más que en fecha tardía. La violencia de las reacciones españolas daba miedo. Por tanto, buscaron algún abra aislada, apartada de las grandes rutas, de cuello estrecho, y que el ojo no descubriera desde alta mar, y mejor aún, con una entrada estrecha, fácil de defender con algunos cañones situados en tierra. Sin embargo, la mejor defensa de este tipo puede convertirse en trampa fatal. En cuanto a la amistad de los pueblos indígenas, la inestabilidad de humor atribuida a los caribes no tiene nada que envidiar a la, muy real, de las heterogéneas tripulaciones constituidas al azar en los «bajos fondos» de los puertos. Preferían, y con mucho, volver a casa, compartir el botín, cuando lo había, y dilapidarlo para volver a empezar; o bien, con la fortuna hecha, vivir el resto de sus días una existencia normal. En este caso, el episodio de la vida al margen de las leyes y costumbres no fue más que un intermedio temporal. ¿Cuántas tripulaciones, sin embargo, acabaron sus días no sin múltiples razones colgadas de las vergas de las naves de guerra españolas?

Nos gustaría poder dar aquí, al menos, unas magnitudes, decir que tal puerto armó, en tantas décadas, a tal cantidad de corsarios filibus-

teros, y que para tal número de tripulaciones, cuál pudo ser el posible enriquecimiento. Ésta es una tarea que nadie ha emprendido en serio nunca y en parte imposible de realizar, en vista de la escasez de documentación.

Que la piratería haya sido, en una amplia medida, un derivativo y una válvula de seguridad para la sociedad europea es lo que se desprende de una vieja observación. A bordo de los barcos, las costumbres estaban a menudo autorreguladas y dicho uso alcanzó su máximo exponente en los «Hermanos de la Costa». Igualdad entre todos los miembros, siendo provisional la autoridad del capitán en algunos casos, en función de sus éxitos, pero cuya obediencia es ley sagrada durante el combate. Igualdad, también a veces, en el reparto de los despojos; igualdad, evidentemente, en los sacrificios que había que aceptar en las largas travesías, en las que el agua iba escaseando progresivamente. Intentemos hacer una estimación, que sólo es provisional, y en gran medida sujeta a caución. O sea, una veintena, a veces una treintena de barcos al año, y esto a partir del siglo XVI, más de un centenar de personas a bordo. Incluido el corso antillano de los últimos años del reinado de Luis XIV, que conseguimos cifrar, puesto que existe una documentación administrativa; esto significa que, en un siglo y medio, unos 3.000 barcos franceses practicaron la piratería, o algo parecido, con unos efectivos globales que sobrepasaron las 300.000 personas. Lo que es, a la vez, considerable e irrisorio. Considerable por el movimiento que supone, e irrisorio en la medida en que dicha «población» móvil no se fijó sino en una mínima parte y contribuyó poco al «asentamiento» colonial.

Por otra parte, el corso de finales del siglo XVII, lo mismo que la piratería pura y simple, que sobrevive algún tiempo después del tratado de Utrecht, ya son de una naturaleza distinta de lo que acabamos de describir. El corso antillano, que nace durante la guerra de Holanda (1672-1678) y se desarrolla en una amplia escala durante las guerras en la Liga de Augsburgo (1688-1689) y la guerra de Sucesión de España (1702-1713) se basó, de hecho, en los puertos y las poblaciones ya asentadas *in situ*. Es cierto que volvió a movilizar a parte de una población sedentaria, o en vía de serlo, y la volvió a transformar, por algún tiempo, en «población móvil». El fenómeno fue especialmente patente en Santo Domingo, en 1694, cuando De Pointis hizo un llamamiento a la población local para completar sus tripulaciones. Des-

pertaron los viejos instintos y cayó una avalancha sobre Cartagena, que acabó con un saqueo «ejemplar», realizado con todos los procedimientos propios del género. Se trata, no obstante, de episodios últimos, que trataremos más adelante.

Y, sin embargo, la piratería contribuyó al «asentamiento» de las islas. No faltaron episodios intermedios, el principal de los cuales es el de la «bucanería». Se trata, para los bucaneros, de una forma muy peculiar de adaptación a la vida, no de los indios, de quienes utilizaron, sin embargo, procedimientos de supervivencia, sino de adaptación al «desierto humano» de las islas. Hemos visto en qué medida las islas fueron unos trampolines de población, los españoles abandonando las Grandes Antillas para conquistar los reinos de las mesetas amerindias, pero los ingleses, en especial de las Barbados, dejando, en el momento del triunfo de la plantación azucarera de esclavos, una isla superpoblada donde ya no tenían futuro... por el continente norteamericano. No se produjo vacío humano, puesto que las *West Indies* evolucionaron rápidamente hacia el total éxito del azúcar. En cambio, en Santo Domingo, el vacío dejado por los españoles permitió el establecimiento de los bucaneros. La palabra probablemente sea de origen indio: «bucan»-carne secada. Es una especie de carne seca: la carne «bucanada» es secada, y de esta forma se conserva muy bien y además con un peso reducido. Ahora bien, los rebaños de bovinos abundaban en las islas que antaño fueron ocupadas por los españoles. Éstos habían importado los animales domésticos europeos, entre ellos el cerdo y las vacas. Abandonados a sí mismos, habían proliferado, volviéndose salvajes, lo que constituyó una auténtica ruptura del equilibrio biológico. Antiguos piratas habían aprovechado para crearse un estilo de vida muy especial. Los cueros representaban una de las pocas mercancías americanas que, aparte de los metales preciosos, tenían un valor bastante considerable bajo un volumen muy reducido. Por tanto, eran fáciles de vender.

Los bucaneros solían «emparejarse» —vieja costumbre del filibusterismo—. Llevaban una existencia muy dura, matando grandes cantidades de animales, casi únicamente por sus pieles. Dejaban que la canal y la carne se pudriesen en el lugar, reservándose sólo los mejores trozos para secarlos.

Impregnados de sangre seca, con un olor apestoso, cubiertos con andrajos sórdidos y rudimentarios, en parte de pieles de animales, armados de su largo fusil y sus múltiples cuchillos para el despiece, los

bucaneros tenían un aspecto desastroso. Excelentes tiradores, inspiraban temor a pesar de todo. Por ello, los españoles intentaron deshacerse de ellos, aunque eran difíciles de apresar, por estar muy diseminados. Por este motivo acabaron pura y simplemente por arremeter contra los rebaños salvajes, organizando cazas sistemáticas de aniquilamiento. Obtuvieron resultados y obligaron a los bucaneros a ir reciclándose paulatinamente. Abandonaron su estilo de vida, en parte, para volver a la piratería, pero dejando Santo Domingo y Puerto Rico. Así, algunas de las Grandes Antillas, como Cuba, no pudieron ser conquistadas por los franceses; en Santo Domingo, en cambio, los bucaneros convertidos de nuevo en filibusteros contribuyeron al primer asentamiento francés.

Ahora bien, los filibusteros-piratas formaban un medio muy internacionalizado. Allí se encontraban, además de los franceses, holandeses e ingleses. Buena parte de esos aventureros desapareció sencillamente por naufragios, de muerte natural: escorbuto, privaciones, hambre y sed, caídos en combate o por heridas, por no hablar de las epidemias. La vejez era poco frecuente. Aquellos que tuvieron más suerte prefirieron volver a casa, bien con su fortuna hecha (raras veces), bien por simple hastío. No fue hasta mucho más tarde, hacia la tercera década del siglo XVII, cuando empezó a iniciarse un movimiento de sedentarización. Puede que debido al debilitamiento español, estando el país comprometido en las interminables y costosas guerras europeas. Puede ser que por la aparición de algo que empieza a asemejarse a un apoyo estatal, por lo menos a un interés creciente, en especial de los omnipresentes holandeses. Puede simplemente que fuera porque, a fuerza de ver las islas, acabaron por quererlas...

El comercio con América del Sur

El comercio «normal» constituyó la tercera forma de aproximación de los franceses, sobre todo de cara a América del Sur. La madera de brasil, conocida de muy antiguo, formaba parte de los colorantes clásicos en la Edad Media. Procedía del Oriente. Ahora bien, no resulta imposible que los negociantes de Ruán hayan sabido, pronto, quizás antes del propio descubrimiento oficial de Brasil por los portugueses, que existía, en el suroeste, un país productor de madera de brasil. Es una hipótesis, por supuesto, pero la madera de brasil hizo muy pronto

su aparición en el mercado de Ruán y es poco probable que procediera de Oriente. En cuanto a fijar una fecha, de momento, y quizá para siempre, resulta imposible. ¿Acaso hay que tener en cuenta el secreto profesional, el monopolio que el descubridor del maná tiende a guardar para sí? No fueron sólo los portugueses quienes callaron lo que, en semejante país, podía serles de alguna utilidad. Y la madera de brasil permitía equilibrar las inversiones y obtener, incluso, sustanciosos beneficios.

El procedimiento era sencillo: «Bastaba» con abatir los árboles y transportarlos a la orilla, desde donde se embarcaban. Más rápido de decir que de hacer. En las selvas tropicales y ecuatoriales eran tan numerosas las especies que el número unitario de cada una de ellas quedaba reducido, *a fortiori*, cuando se trataba de grandes árboles. Primero había que localizarlos y resultaba mucho más cómodo utilizar para ello el conocimiento de los lugares que tenían los indios, lo que ya suponía unas excelentes relaciones. Al principio, los árboles no se encontraban muy alejados de la orilla. Pero a medida que los recursos próximos al mar iban agotándose, la penetración en el interior, es decir, en la selva ecuatorial al norte, tropical más al sur, se imponía, con los obstáculos que podemos imaginar. Es verdad que no faltaban los ríos, y había la posibilidad de proceder mediante armadía: por estos ríos inaprovechados era necesaria una vez más la ayuda de los autóctonos. En cuanto a la carga a bordo de las naves, su buena voluntad no era inútil. De todos modos, siempre es más cómodo proceder a cargar, cuando no hace falta defenderse. Y puesto que, lo mismo que en cualquier tipo de comercio, se vuelve, las buenas maneras siempre son provechosas. La explotación de la madera de brasil implicaba necesariamente, por tanto, el establecimiento de relaciones amistosas con los indios. Lo principal era el poder volver. No se trata en absoluto aquí de un establecimiento duradero: el comercio de la madera lo excluye, al igual que excluye todo lo que pueda perturbar la «trata». Eso mismo es lo que nos cuentan las vigas de una casa destruida en Ruán del siglo XVI, pero cuyas vigas de adorno se conservan en el museo de la ciudad. Podemos observar en ellas a los indios que cortan los árboles, los arrastran bosque a través, los cargan a bordo de las naves. Así se estableció, durante mucho tiempo, una tercera forma de migración «móvil», no definitiva: después de la de los pescadores de bacalao y la de los filibusteros, la de los negociantes. A decir verdad, los negociantes de pieles

de Canadá no tenían mucho interés en el asentamiento sedentario colonizador. Y por los mismos motivos: la colaboración con los indios se hacía indispensable, por lo menos con parte de ellos. Lo que constituía, frente a los portugueses, una importante ventaja. Los indios prefirieron, tanto tiempo como pudieron, los franceses a los portugueses, por la sencilla razón de que no se instalaban, no robaban tierras. Simplemente, volvían cada año a buscar su madera, proceder al trueque.

Sin embargo, no hay que idealizar en exceso. Las buenas relaciones entre indios y franceses venían determinadas, en buena medida, por el interés recíproco. Frente a los portugueses que se instalaron como «dueños de molinos», quienes desde las islas del golfo de Guinea, Santo Tomé, isla del Príncipe y Fernando Poo trasladaban la vieja tradición mediterránea del cultivo de la planta de azúcar, buscaban, por tanto, *in situ*, esclavos, los indios, apoyándose en los franceses, podían esperar enfrentar a los blancos entre sí y disponer de este modo, si no de aliados, sí por lo menos de una transferencia de tecnología de guerra. Por su lado, los franceses tampoco tenían ningún interés por ver a unos sedentarios instalarse en el lugar y, a mayor abundamiento, unos roturadores de bosques, que aniquilaban progresivamente el principal recurso que obtenían de la economía de trata. Entonces llegaron a las alianzas, incluso al envío a Francia, a Ruán o a la corte francesa de unos hijos de jefes, en cantidad limitada. De hecho, la economía de trata, que es sólo una forma de recolección, no tenía ninguna posibilidad de subsistir mucho tiempo frente a una agricultura de producción especializada. La trata de la madera de brasil estaba por otra parte demasiado estrechamente ligada a Normandía, y en especial al puerto de Ruán, para que las repercusiones de las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XVI no replantearan todos los tráficos tan lejanos, que descansaban en una especulación frágil al fin y al cabo, una especie de monoespeculación de trata.

El precedente análisis, por largo que sea, tiene como objetivo el subrayar una de las originalidades más profundas de la historia de los franceses en América. La colonización propiamente dicha fue precedida y acompañada de una oleada de población móvil que, si bien abordó en las costas de América, se limitó, sin embargo, bien a permanecer en el mar, bien a abordar puntualmente a las orillas. Ni la pesca, ni el trueque de pieles, por lejos que se trasladó tierras adentro, ni el intercambio por productos europeos de la madera de brasil, resultaban «po-

bladores». En cierta medida, aquellos migrantes incluso se mostraron más o menos hostiles a la colonización. Ahora bien, las cifras de marineros y de gentes de negocios que pusieron en marcha esos tres tipos de dinamismo son bastante importantes, pese a todo. Lo prueban, por ejemplo, en los antiguos mapas de América, y sobre todo de Nueva Francia, la multitud de radas, abras, puntas, golfos, marcas y otras señales naturales de localización, que llevan nombres del oeste de Francia. Champlain descubrió muchos rastros de aquella familiaridad de gentes que entraron en la historia. Aquel tipo de preola sin duda alguna existe, lo mismo que la economía de trata, en otras naciones colonizadoras. Pero en ningún otro sitio de forma tan relevante, tan sistemática, nos atreveríamos a decir, como en Francia. De ello resultó un tipo de contacto especial con las poblaciones autóctonas que permitió, por un lado, una mayor familiaridad, y por el otro, la existencia en la propia colonización de una franja de población contraaculturada, raras veces en su totalidad, siempre en fuerte proporción. Lo que no existe con aquella amplitud en ninguna otra parte.

Sin embargo, la colonización francesa iba a realizarse, con más de un siglo de retraso en relación con la de España, e incluso con un ligero desfase en relación con la de Inglaterra.

Capítulo II

LAS DIFICULTADES DE LA PRIMERA COLONIZACIÓN: LOGROS Y FRACASOS

De cara al problema fundamental que planteó América, la Francia culta ocupó una posición muy específica. Fue enorme el interés del mundo culto español, de los Países Bajos (Holanda y la actual Bélgica), el del mundo inglés e incluso alemán. Se puede decir que existieron en la Europa de aquel entonces dos grandes centros de interés geográfico: Italia, donde el papado seguía estando muy bien informado, el mundo ibérico en su conjunto, y el mundo anglosajón y alemán (este último, por ejemplo, por los primeros globos terráqueos que se conservan en el Germanisches Museum de Nuremberg, por citar un ejemplo entre tantos). Ahora bien, Francia sólo ocupó una posición intermedia: ya que no fue un centro de información preponderante sobre aquel nuevo mundo. El padre De Dainville pudo demostrar en su *Geografía de los Humanistas* que los humanistas franceses seguían manejando los tópicos existentes, heredados de la Baja Antigüedad, y sólo con reticencias habían incorporado los nuevos resultados geográficos. El número de ediciones dedicadas a la descripción de América era inferior al de los Países Bajos y España. Incluso en el siglo XVII, Francia no poseía el equivalente de los pintores holandeses que se especializaron, como Mostaert, en la muestra, por muy convencional y estereotipada que fuera, de América y sus habitantes. Lo que corría parejas con la ausencia, o al menos la escasez, de una pintura marina popularizada. Todo parecía indicar que Francia estaba, ante todo, replegada sobre sí misma y sus problemas internos y no poseía esa válvula de seguridad que, de alguna forma, representa cualquier colonización. Atrás quedaban los tiempos de la «Gesta Dei par Francos» de la Edad Media de las cruzadas y de los reinos latinos de Oriente. Igual observación para los ma-

pas marinos y las representaciones de las costas del Nuevo Continente. De alguna forma, podemos «justificar» ese retraso cronológico y cualitativo en cuanto a la segunda mitad del siglo XVI se refiere; la explicación, por parcial que sea, no puede aplicarse al reinado de Francisco I, a no ser que consideremos las guerras de Italia como un movimiento «de compensación».

Si, pese a todo, existieron intentos de colonización en el siglo XVI, todos fracasaron, unos por sí mismos, los otros por culpa de intervenciones extranjeras. Sin embargo, cabe preguntarse si, incluso en ausencia de esas «represiones», hubieran podido mantenerse. El siglo XVI es ante todo el relato de esos fracasos sucesivos.

Mediante el análisis, encontramos, tanto en el Canadá de Jacques Cartier como en la Florida de mitades de siglo, como por último en Brasil, las mismas razones de fracaso. En ninguno de aquellos lugares, los franceses de aquella época pensaron, de hecho, en América, sino en términos utópicos por una parte y de enriquecimiento rápido por otra, y ello basándose en el modelo de la conquista española. Siempre fueron en busca de fabulosos tesoros, con la esperanza de repetir los sueños despiertos de la conquista que dormitaban en todos los corazones de los «Amadis» de las Galias. Encontrar oro, plata, diamantes, era el objetivo primordial, único la mayoría de las veces, bien mediante la explotación de minas en países «medio vacíos», bien mediante la conquista de reinos imaginarios. La ilusión en parte tiene su explicación en la puesta a punto ultrarrápida de los contornos de la América del Sur y Central. Desde los años 1620, se conocen con una precisión a menudo asombrosa. Del globo terráqueo de Martin Behaim/R. Kolberger de 1490-1510, donde todavía faltaba América, al de Jean Schöner de Bamberg, los progresos en los conocimientos geográficos americanos son fulgurantes. Para el segundo, fechado en 1520, la América del Sur era perfectamente conocida, la del Norte casi nada, con excepción de Cuba, que cobraba contornos absolutamente sin proporción con la realidad. Por tanto, todos los sueños estaban permitidos, y eran de dos tipos. Podían albergar la esperanza de que esa América del Norte no fuera más que una delgada franja, un obstáculo en la antigua obsesión de las Indias y de «Cipango», el sueño de Marco Polo. Entonces, bastaría con un paso hacia el oeste o el noroeste para canalizar el comercio de Extremo Oriente hacia Francia. En el fondo, fue el sueño de Jacques Cartier como de Champlain, que perduró en Francia

durante más de un siglo, hasta los albores del XVII. El otro sueño era encontrar, como lo hicieron Cortés y Pizarro, gigantescos y maravillosos imperios indios, con tesoros de metales preciosos análogos a los de Moctezuma. Sueños de niños mayores, en los que subsistían los de la Edad Media, con grandes cabalgadas heroicas donde se propinarían algunos que otros arcabuzazos y muchos espadarazos. Sueño también, lo mismo que en las novelas de caballería, de combatir a los demonios que se encarnaban en esas turbadoras civilizaciones. ¿Acaso supieron distinguir, y en qué medida, entre los indios de Brasil, que la corte pudo observar, al principio del reinado de Enrique II, en las grandes fiestas «exóticas» celebradas en Ruán, en el Sena, con algunos indios auténticos y muchos extras «vestidos» al estilo indio, y aquellos de los grandes imperios de tipo azteca o inca? América era, ante todo, el país de los sueños, donde el mito rápidamente forjado de Eldorado obsesionó durante tiempo a los espíritus. Y para dar a Francia la misma riqueza que permitió al imperio de Felipe II hacer frente a Europa toda, no hacían falta, en su opinión, agricultores, sino soldados, hombres de hierro y lo que fuera menester para su mantenimiento.

La composición de aquellas expediciones (uno no se atreve a calificarlas de asentamiento, ya que se trata de oro, plata y no de hombres) es reveladora. Que fuera en Canadá o en el resto de América, los organizadores no reparaban en la necesidad de alimentar durante las hibernaciones —frías o lluviosas y cálidas— la colonia naciente. ¿Podríamos decir que se trataba de sueños semicultos? Ya que, si el reclutamiento de soldados-aventureros, dispuestos al sacrificio de su vida, nunca planteó problemas, el de la mano de obra humilde sí que los planteó. De ahí que existiera una extravagante mezcla de capas sociales y que, una vez más, no existió, por lo menos en tal grado, en las demás naciones de la Europa atlántica. Hasta tal punto el pueblo hizo oídos sordos al llamamiento, que fue necesario reclutar a la fuerza: parte de las futuras tripulaciones salió directamente de las cárceles, asesinos incluidos. Los conquistadores, por su parte, eran nobles, y a veces de gran alcurnia. Y entre ellos, algunas que otras grandes damas que, en vista de su reducido número, plantearon graves problemas, codiciadas como eran, por muy legítimamente casadas que estuviesen, por esa sociedad de espadachines, sin demasiados prejuicios y con una rapidez de reacción que siempre nos asombrará. Para rematar, algunos artesanos y unos cuantos representantes del clero. Su presencia no so-

lucionaba nada: estaban, al igual que los restantes «colonos», divididos a mitades del siglo entre «creyentes viejos» (todavía no se hablaba de católicos) y «evangelistas», que se inclinaban hacia lo que no se daba todavía en llamar protestantes. En medio, algunos, y no de los más humildes, dudaban, pasando de un clan al otro. Y muy pocos campesinos, que hubiesen tenido que constituir la mayoría de las colonias.

En resumen, nada que pudiera asegurar una cohesión, que pudiera constituir una cierta «argamasa». Al contrario: coexistían todos los ingredientes para unos aglomerados sin consistencia y muy explosivos.

Más grave aún: todas las planificaciones que fueran semiestatales como las de Coligny en América del Sur y Florida, se concibieron con visos estratégicos audaces, que expusieron a las nacientes colonias a las violentas reacciones de los españoles y portugueses, y ello cuanto más que los «malos creyentes» eran legión. Mucho han hablado los historiadores de un «plan Coligny». Según dicen, éste hubiese asumido deliberadamente el riesgo de un conflicto con España, con la esperanza de arrastrar al ejército francés hacia Flandes, de echar así una mano a los holandeses sublevados y de dar, al mismo tiempo, algo más que navajazos al imperio español. Y como telón de fondo, la posibilidad de reconciliar a protestantes y católicos en una lucha común en contra del odiado Habsburgo y de España. De hecho, ¿obsesionaron esas ideas a Coligny? Fue, sin duda alguna, el instigador de los intentos sur y centroamericanos. Y se trataba de colonias que, en el aspecto religioso, eran «mixtas». Sin embargo, ¿acaso pudo pensar por un momento Coligny que lograría verdaderamente imponer, a la monarquía y a la Francia de aquellos tiempos, una guerra de este tipo, una guerra nacional? La historia de las guerras de religión se encontraba en plena renovación y la masacre de San Bartolomé (1572) es objeto de nuevas interpretaciones muy recientes que cuestionan por completo las explicaciones «clásicas». Es cierto que la Monarquía pensó, con Carlos IX, en una reconciliación de los franceses con la superación del problema religioso: el matrimonio de Enrique de Navarra, el futuro Enrique IV, parece haber sido el indicio y el símbolo de aquélla. Mas, si en la década de 1550 y hasta 1565 aproximadamente, el calvinismo había hecho unos progresos que parecieron fulgurantes, parece también evidente que, a partir de 1565, la suerte estuvo echada. El pueblo de París, en especial, que se había adherido mayoritariamente a la liga, nunca hubiera admitido durante largo tiempo una guerra antiespañola, por lo

menos en aquella fecha. Y ello, cuanto más que la situación financiera de la monarquía —a la que nunca se alude— era tan mala que el rey, en determinados momentos, no podía asegurarse la fidelidad de su propia guardia. A mayor abundamiento, el Estado no disponía de los capitales necesarios para emprender una gran expedición colonial.

Por otra parte, corrían ideas y representaciones que perdurarán. América aparecía, por lo menos exceptuando a Canadá, como un país de exuberante vegetación, lo que justificaba el viejo mito de la antigüedad de la fecunda Naturaleza, que siempre se renovaba y ofrecía al hombre todo lo que necesitara. Por lo demás, la caza podía suministrar un suplemento. En resumen, que no se tenía la más mínima idea de los inviernos canadienses, de la necesidad de contar con abundantes reservas de alimentos, y en especial, de alimentos que pudieran evitar el escorbuto. Ni la más mínima idea tampoco de que los indios de Florida podían suministrar, durante la buena estación, un complemento de alimentación capaz de mantener a una pequeña colonia durante unos meses; y no sabían que no lo podrían hacer durante varios meses al año, por la simple razón de que ellos mismos tenían lo justo para su sustento.

El gran fallo de todas las expediciones francesas reside, por tanto, en el avituallamiento. La escasez en esta materia, sin el recurso de una agricultura *in situ*, es temible e incluso fatal. Salieron, pues, con unas existencias de alimentos inapropiadas, a la vez que terriblemente insuficientes. Además, consistían en salazones, y se seguía ignorando cómo hacerlas lo bastante duraderas como para resistir al enmohecimiento y a la pobredumbre que ofrecen los climas muy calurosos.

Último escollo. Concebidas como desafíos lanzados a España y Portugal, dichas colonias constituían unas provocaciones permanentes frente a un imperio que estaba en pleno apogeo de su poder político. Ya que instalarse en Florida era colocarse en la ruta de salida de las «armadas» cargadas de metales preciosos y, por tanto, apostar por los naufragios provocados por las tempestades de las Bermudas de un lado, y por otro, sobre todo, darse la posibilidad, una vez que se hubieran dado cuenta de lo ilusorio de un enriquecimiento rápido, de hacer pura y simplemente el corso. Y ello a partir de bases localizadas sin demora, actuando como puntos de fijación, cuando el corso en el Caribe descansaba en buena parte en la esquivez de los corsarios que no disponían, ni querían disponer, más que de bases provisionales, «secretas» y fáciles de despejar.

En el entorno real, no faltaban sabios consejeros para hacer observar que lo mejor, en materia de una eventual colonización, era instalarse en un lugar apartado de los dos grandes imperios coloniales, en unas zonas donde su acción no podía hacerse notar, de evitar las provocaciones, como era en el caso de Canadá.

La elección de Canadá como colonia de asentamiento no será, sin embargo, la mejor. Disponía, por cierto, de una ventaja aparente importantísima: el tajo del valle del San Lorenzo permitía desembocar directamente en el conjunto de los Grandes Lagos, de donde se podía bifurcar hacia el sur, el norte y el oeste. Las trece futuras colonias americanas se encontraban, en cambio, tras sobrepasar el débil obstáculo de la Fall Line, bloqueadas por las cadenas paralelas de los Apalaches, donde escasean los puertos. Así se explica una de las diferencias fundamentales entre Canadá y Nueva Inglaterra. Canadá no se presta a la manifestación del asentamiento: la llamada del «vacío» del *Far West* es demasiado fuerte y demasiado fácil. Mayor peso aún tienen los datos climáticos: entre Boston y el futuro Washington se encuentra el lugar del mundo por donde el paso de los climas fríos, poco propicios a la agricultura, y los climas cálidos con un matiz de monzón se realiza con la mayor rapidez. Los ingleses escogieron la buena opción climática, quizá porque sus exploraciones fueron más profundas. Por tanto, dispusieron, en un espacio restringido, en una llanura a pie de monte con poca anchura al fin y al cabo, de una variedad de climas y de recursos muy valiosos, que reproducía, después del desbroce del bosque, los paisajes europeos rurales. En Canadá, nada igual: un invierno muy duro en relación con la latitud (es lo propio de las fachadas este de los grandes continentes), una estación «agrícola» corta y muy calurosa, nada que se pudiera comparar con Europa. Hubiera sido necesaria una rápida adaptación, y todo estaba por experimentar.

Es verdad que las civilizaciones indias ofrecían diversos procedimientos. Recurrieron a ellos como último extremo: como por ejemplo, en primer lugar, al polvo de corteza de abedul, muy eficaz en verdad contra el escorbuto. Pero había que ir mucho más lejos y revisar los buenos procedimientos agrícolas europeos de toda la vida. La agricultura sobre chamicera de los indios ofrecía más de una técnica. La más importante era, en la etapa del desbroce, el poner cercos a los árboles, con mayor eficacia cuando eran de metal: al debilitarse rápidamente el árbol, se aceleraba su secado. No era esto, sin embargo, lo fundamen-

tal. Se había traído, pese a todo, unos granos y semillas desde Europa. Resultaron decepcionantes, bien porque se habían estropeado durante el transporte marítimo o porque el frío mató a una parte, bien, y sobre todo, porque no estaban adaptados al clima. En Canadá son necesarias unas especies de cereales tardías, resistentes a las heladas; en las Antillas, los cereales europeos pronto degeneraron; fue necesario que la selección natural y artificial adaptara las plantas al clima cálido y húmedo que, en general, no es favorable al crecimiento de los cereales. Ahora bien, el pan era la base de la alimentación europea. Como no había tiempo para esperar, también hubo que recurrir al mundo indio. Disponía por suerte de una solución idónea, cuyo largo historial de aclimatación había permitido cultivar, tanto en esos climas de las proximidades del San Lorenzo como en los de las Antillas: el maíz. Fue el cereal «salvavidas» de todas las colonias europeas. En las Antillas otras plantas podían sustituirlo, como la batata y la mandioca.

Poco sabemos de aquella historia apasionante, que requeriría la intervención de los genetistas, como fue el caso de la patata. El historiador sólo puede captar fragmentos. En Canadá, según parece, se necesitó más de un siglo hasta disponer de cereales —centeno y cebada principalmente— verdaderamente «adaptados». Con todo, no escapaban siempre las cosechas a las heladas tardías, y el hambre fue frecuente, no sólo en los inicios difíciles de la colonia sino prácticamente hasta el siglo XIX cuando la explotación de las grandes llanuras del oeste. No contó nunca Canadá con verdaderos excedentes de grano exportables, como ocurrió en los *Middle States*. Y si la agricultura se hubiese limitado únicamente a los cereales, la situación hubiese resultado desastrosa. Existieron plantas de substitución, entre las que se encuentra la patata. Su itinerario es algo paradójico. Planta de origen peruano, ganó rápidamente Andalucía, donde sirvió de alimento para el ganado y los pobres. Volvió a principios del siglo XVII hacia las Bermudas, cuyo clima era propicio a su cultivo, y luego, de allí (¿o desde Inglaterra?) llegó a Canadá. Sin embargo, los documentos administrativos hacen muy poca referencia a ella, por la gran obsesión de los europeos por el único alimento que contara: el pan, si acaso las tortas. No obstante, cuando en 1763 parte de los canadienses regresaron a Francia, precedidos de algunos acadienses por otro lado, fueron ellos quienes introdujeron las patatas tanto en Poitou como en Bretaña y el Belle-Île. Con un número de cepas muy limitado y, por tanto, con pocas posibilidades de desarrollo de tipo de

selección, aquellas patatas eran pequeñas y probablemente de sabor poco compatible con nuestras sensaciones gustativas, lo mismo que con las de los europeos de aquel entonces. Fue necesario importar nuevas cepas de Perú, en el transcurso del siglo XIX, con el fin de proceder a selecciones más satisfactorias desde todos los puntos de vista.

Por consiguiente, el desarrollo de la agricultura canadiense no podía ser, en vista de la escasez de la población, más que limitado, y no sería objeto importante de exportación. Afortunadamente, la cría de ganado permitió, rápidamente, compensar esa mediocridad, tanto cualitativa como cuantitativa. Resulta cuanto más patente para nosotros que los administradores, tanto los de las primeras sociedades como los administradores reales, se mostraron muy sorprendidos por este hecho. Nos hemos referido más arriba al papel del caballo, símbolo de la ostentación y del éxito individual así como de la habilidad personal. Pero los demás rebaños no quedaban atrás. Poco más o menos, desde finales del siglo XVII, los bovinos y ovinos, y en mayor medida los porcinos, resultaron ser tan numerosos como los... habitantes, o sea un bovino y un ovino per cápita. Aquella situación se mantuvo ampliamente hasta el siglo XIX. A decir verdad, semejante relación raras veces se dio en la historia, y permitió una alimentación láctea y cárnica a niveles análogos a los de nuestras sociedades actuales. Esto, combinado con los recursos propios del bosque (por ejemplo, siendo el azúcar sustituido por el azúcar de arce, recogido por sangría lateral de los troncos a la manera de los pinos europeos), con la caza y los diversos productos de la recolección (el bosque del San Lorenzo es rico en bayas rojas) compensó, en cierta medida, el inconveniente de un clima frío que requería muchas más calorías que los países de clima más templado. Sin olvidarnos de los ríos canadienses, que durante largo tiempo fueron ricos en peces. Y el frío constituye un excelente conservador.

Aquella complementariedad natural se materializó en el paisaje específico que se derivó, y que lleva el nombre de «hilera». Las casas se escalonaban, como en cualquier lugar, a lo largo de las vías de comunicaciones. Eran, por definición, los ríos y cauces, con sus barcas y naves durante el verano, sus trineos en invierno. El hábitat, por tanto, se desarrollaba perpendicular al río: no habrá «auténticas» carreteras, un poco ordenadas, más que entre Quebec y Trois-Rivières, mucho más tarde, en el siglo XVIII. A lo largo de la vía de agua se extendían las praderas naturales, eventualmente inundables. En la primera terraza se

levantaban las casas, con la granja formando un complejo que separaba estrictamente la vivienda de las cuadras, establos, granjas y graneros, con el fin de limitar los posibles incendios, ya que todo estaba construido en madera, cortada *in situ*. Detrás de la explotación se extendían los campos de cultivo, con los vergeles plantados de manzanos: frecuentemente eran las mujeres quienes cultivaban aquellos campos, ocupación estival mientras sus maridos eran «corredores de los bosques» o dedicados a otras faenas. Luego, paulatinamente, se pasaba al bosque, reserva inagotable de madera para la construcción, a la vez que de leña. Cortar, serrar y partir madera eran ocupaciones de otoño, de aquel maravilloso otoño indio que hace llamear bosques y selvas con todas sus tonalidades, en un espléndido manto jaspeado de corta duración, después del verano indio. Tenemos testimonios de que los habitantes no eran insensibles a aquel espectáculo. Semejante paisaje aislaba. Escaseaban los pueblos. Los que llevaban ese nombre eran, en realidad, una especie de rosario de casas diseminadas a lo largo del agua, bastante distantes unas de otras. El inconveniente de ese aislamiento salta a la vista: implicaba paz y daba lugar a cualquier sorpresa. Éstas fueron a menudo crueles, y las guerras indias marcaron profundamente la colonia, limitando con ello, de forma drástica, su desarrollo. Habrá que esperar a la restauración colbertiana para que el paisaje agrícola, que tan admirablemente se adapta a la naturaleza, lo haga también al hombre y a sus celadas. Todo esto deja entrever una sociedad sensiblemente distinta de la europea: la mujer permanecía a menudo sola, y para defenderse comprendió rápidamente la necesidad de saber manejar sus escopetas. El hombre, por su parte, acostumbrado al bosque y a sus trampas, era un excelente tirador. Por tanto, existieron todas las condiciones para que la sociedad en su conjunto estuviera preparada, tanto para el ataque como para la defensa. No era una sociedad militar propiamente dicha, pero la ayuda mutua era sólida. También estaba organizada y el jefe de la parroquia, a veces llamado como en el oeste de Francia el «general de parroquia» (en realidad, se trataba allí de la asamblea municipal de parroquia, que agrupaba a todos los habitantes teóricamente) disponía de una especie de poder militar.

Obligada a menudo a apañárselas como bien pudiera, la mujer disponía de una libertad de movimientos y de aspecto raras veces alcanzada, a no ser (y aun así) en las sociedades norteamericanas anglosajonas, que la convierte en un caso sin precedente. La autoridad de la

madre de familia, casada muy joven, era considerable. Los niños, por su parte, estaban acostumbrados desde temprana edad a todos los trabajos y más pronto aún al manejo de las armas.

Veremos más adelante cuáles eran las particularidades demográficas, también excepcionales por su muy elevada natalidad y que hicieron de la demografía franco-canadiense una demografía explosiva, y durante mucho tiempo. El espacio, de hecho, no faltaba como en Europa, y las jóvenes parejas sólo tenían que alejarse para establecerse de la misma forma que sus padres.

Así, la adaptación, y la «americanización» fueron un hecho general en Canadá, válido tanto para las plantas domésticas (en menor grado para los animales, que no tuvieron que adaptarse mucho) como para los hombres. De ello se derivó una mentalidad que condicionó profundamente el devenir histórico de una colonia muy especial, y ello sobre todo, por estar marcada, además, por una religiosidad que se hizo inherente a la propia naturaleza de los canadienses y a la que hay que reservar un lugar especial.

Añadiremos que todo aquello transcurrió dentro de una rusticidad, marcada por las largas veladas invernales, que privilegiaban una tradición oral muy fuerte, que hacía las veces de historia familiar, y capitalizada en los «pueblos», por así decirlo. Las «hileras» subrayaron su individualidad. Historias del bosque, historia de las relaciones con los indios, héroe familiar, desastres invernales (extravío en medio de las «polvorosas»), esas tempestades de nieve que cegaban totalmente y mataban), desastres de los ataques de los indios, y luego más adelante, lucha contra los ingleses y sus aliados los iroqueses: todo aquello acabó por dar un folclore específico. Las manos no permanecían inactivas: esculpían la madera, y pronto se desarrolló una escuela de retablos barrocos para las iglesias y capillas, lo mismo que se desarrolló, lentamente primero, y luego más rápidamente en el siglo XVIII otra escuela de escultores de mascarones de proa para las naves. No se descuidaba la lectura: como las mujeres eran, en un principio, de origen urbano y, por su condición de huérfanas, alfabetizadas, la población canadiense leyó, al menos hasta el siglo XIX, más que en la metrópoli: el naturalista sueco Peer Kalm, un discípulo de Linée, estimó haber observado, en los años 1740, en sus *Viajes en América del Norte* una «urbanidad» fuera de lo normal (adquirida en los libros de urbanidad en los que se aprende al alfabeto a la vez que el catecismo).

Todo esto tuvo como resultado una sociedad orgullosa, difícil de llevar, que no se dejaba engañar, bastante igualitaria al fin y al cabo, en la que las mentes originales no eran motivo de asombro, y bastante solidaria en las peores dificultades. La influencia india se reflejó menos en el número –limitado– de «sangres mezcladas», que permanecieron, en su mayoría, en sus tribus maternas, como en numerosas costumbres: más adelante las ejercerán en detrimento de los anglosajones, ya que muchos canadienses practicaron el «arte» de arrancar la cabellera al estilo de los indios...

En las Antillas, la americanización fue de naturaleza muy distinta. En vez de una evolución bastante continua como en Canadá, aunque fuese de tipo teóricamente «regresivo», desde la ciudad-refugio a una pronunciada ruralización, basada en un policultivo con predominio del ganado, pero no de tipo *ranch*, estamos en presencia de varias «criollizaciones» sucesivas y contradictorias en determinados momentos. A primera vista, se pueden distinguir tres mutaciones relevantes, lo que no excluye en absoluto otras, menos importantes pero centradas en el cambio de tipo de cultivo, como en la segunda mitad del siglo XVIII la «masiva» adopción del café. La primera mutación, estrechamente ligada a la «toma de posesión» de las islas consistió en el dificultoso paso del estilo de vida de los filibusteros y de sus derivados directos o indirectos a la vida, no nos atrevemos a decir campesina, digamos mejor «agraria». No transcurrió sin vueltas atrás. La segunda mutación fue, lo mismo que en Canadá, de orden político: el paso de una colonización vacilante y quisquillosa de las Compañías al firme mando real, lo que pudiéramos llamar la «monarquización» de colonias vinculadas al Secretariado de Estado de la Marina. No se hizo sin desgarramientos y revueltas, como la del Galloué, que pronto dejó patente una fuerte tendencia a la autonomía de los elementos blancos. Pero la colonia antillana se concebía, en aquel momento todavía en la línea de Richelieu –como en la de Colbert–, igual que una base ofensiva en las grandes rutas marítimas españolas, cuya agricultura al «estilo europeo» garantizara el sustento y el avituallamiento, es decir, fundamentalmente como suministradores de víveres. Y por consiguiente, una colonia de asentamiento de pequeños blancos, bien independientes, bien «contratados» temporalmente al servicio de un dueño, y teóricamente recompesados, al cabo de su servidumbre voluntaria y provisional, por un lote de tierra que les permitiera instalarse a su vez. Ocurrió la ter-

cera mutación una década apenas después de la segunda: el paso, «definitivo» esta vez, por más de dos siglos, a la gran plantación azucarera de esclavos, de tipo brasileño (holandés-brasileño).

Por resumida que sea, dicha descripción plantea una cuestión subyacente fundamental: ¿cuál era el papel de las colonias? Es evidente que, al inicio, las inversiones de partida eran enormes para aquella época, sobre todo para personas privadas. Una vez más tenemos que insistir en que el problema de la rentabilización era capital y plenamente justificado. Sólo que la época moderna no concebía la rentabilización de la misma forma que la nuestra. Podía ser en primer lugar de orden espiritual, como lo fue, con los «Padres peregrinos», la anglosajona. Según palabras del Apocalipsis, como en el Antiguo Testamento de Isaías, se trataba de reconstruir, en el marco, ya sea de la Reforma, ya sea de la Contrarreforma, una «nueva Jerusalén», es decir, una sociedad que no presentara los vicios y taras, tantas veces vilipendiados, de la europea. ¿Acaso estuvieron tan alejados de Cristóbal Colón?: «entonces vi un nuevo cielo y una nueva tierra, ya que el primer cielo y la primera tierra se habían ido, y no quedaba mar. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajar del cielo cerca de Dios, dispuesta cual novia adornada para su esposo. Luego oí, procedente del trono, una voz fuerte que decía: He aquí la morada de Dios junto con los hombres; permanecerá con ellos y ellos serán su pueblo, y Dios en persona morará con ellos» (Apocalipsis, XXI, versículos 1 a 3). Lo que viene a ser un eco de Isaías. Canadá fue concebido bajo la doble estrella del programa económico de Samuel Champlain, que nunca será plenamente llevado a cabo, y bajo la de la colonia querida y mantenida por María de Médicis (ello explica que hubiera continuidad entre la política canadiense de Enrique IV y la de su viuda, uno de los pocos terrenos donde existió aquella continuidad) exclusivamente por y para razones religiosas: la Compañía del Sagrado Sacramento no andaba muy lejos.

La rentabilidad económica de Canadá y de sus dependencias fue siempre, bajo el Antiguo Régimen y hasta finales del siglo XIX, una ilusión pura y simple. Necesitó siempre la colonia muchísimas más inversiones militares de lo que su economía reportó como beneficios. De modelo religioso, Canadá se convirtió en «imperio militar» para desempeñar hasta la guerra de los Siete Años un papel relevante de estrategia de diversión. También es otro tipo de cálculo de rentabilidad.

No se puede negar la importancia estratégica de las Antillas. Pero con la tercera mutación lo que se convirtió en fundamental fue su papel económico, hasta el punto de que podemos tachar las guerras marítimas franco-inglesas de todo el siglo XVIII, Revolución e Imperio incluidos, de guerras del azúcar y, en mucho menor grado, del café. Esta vez sí que andamos en plena rentabilidad en el sentido más contemporáneo (actual) de la palabra, o sea, en balance de cuentas de cara al exterior, y en términos de rentabilidad interna, que los intereses de los capitales invertidos superaban con creces el coste de funcionamiento y de defensa de las «islas del azúcar».

En los inicios, el azúcar no resultó ser la planta milagrosa que se creía en las Antillas. Colbert y sus antecesores pensaron primero en dar ese papel al tabaco, al «pétun». Como ya vimos anteriormente, fue un fracaso. Para entender la ilusión en la que descansaba aquella apuesta, hay que recordar que la situación de las primeras colonias inglesas en América del Norte estuvo estrechamente ligada al milagro del tabaco. Sin él, Maryland y Virginia hubieran estado económicamente desamparados. Es lógico que, con apenas 50 años de distancia, los dirigentes franceses lo hayan recordado, y ello sobre todo porque el consumo de tabaco experimentó un desarrollo extraordinariamente rápido en todas las categorías europeas, creando, en el espacio de unos pocos años, en parte bajo el impulso de la publicidad holandesa, un inmenso mercado. Lo que prefigura la expansión económica del consumo del siglo XX. Buena prueba de ello, el inicio del *Don Juan* de Molière con el famoso parlamento de Sganarelle: «el tabaco que todo lo iguala».

Ahora bien, el tabaco estaba poco adaptado al clima insular antillano, como tantas otras plantas habituales para los europeos. Es un clima variado, de tipo tropical, con una débil amplitud anual, una fuerte pluviosidad, que no conviene, por tanto, a determinadas plantas. El tabaco requiere algunas semanas de descanso y en la humedad ambiental del aire se seca con dificultad, con el consiguiente riesgo de podredumbre y enmohecimiento. Así, el tabaco de las islas, al menos de las Pequeñas Antillas (distinto es el caso de Cuba) siempre tuvo poca fama, cuidadosamente mantenida más adelante por la Recaudación General, que, por su estrecha vinculación con el negocio escocés, prefirió siempre el de Maryland y de Virginia. En el mejor de los casos, su calidad era «mediana». Puede ser que por el hecho de que los cuidados dados al tabaco siempre fueron menores que en las colonias

americanas. Fuese cual fuese la razón, ese clima, a veces catalogado con el nombre de «hawaiano», presenta una gran variedad de microclimas, que plantearon ingentes problemas a la agricultura de aquella época. En general, la pluviosidad es muy fuerte, pero las islas bajas y las costas resguardadas, «bajo el viento» son una excepción: se trata de las costas del oeste en la Martinica y la Guadalupe. Las costas «al viento», por tanto, las que se ven golpeadas de lleno por el alisio, son muy húmedas. Existe una corta estación seca coincidiendo con nuestra primavera: su simultaneidad con la cuaresma católica hizo que se llamara la «cuaresma». La estación de lluvias es la más larga, con dos máximas en Santo Domingo y en las Pequeñas Antillas una máxima de otoño. Pero en esta época lo más notable es el paso de ciclones que van barriendo la cara sur de las islas en dirección general sureste/noroeste, desde marzo a noviembre para el conjunto de las colonias francesas del Caribe. Desplazándose de 700 a 1.000 kilómetros al día, esos ciclones provocan vientos de extraordinaria violencia y lluvias torrenciales que a menudo sobrepasan los 1.000 mm en 24 ó 48 horas. De cara al viento, la pequeña Guadalupe recibe de 8 a 10 metros de agua, por lo menos en las cumbres, con un número de días de lluvia inverosímil. Pero la vertiente bajo el viento puede sufrir auténticas sequías y, en cualquier caso, una limitada pluviosidad. Así la vegetación natural es lo que los especialistas llaman el bosque tropófilo tropical: es decir, un bosque seco caduxifoliado (con caída de hojas) que puede ser considerado como la auténtica selva monzónica. Bajo el viento, la península del Lementín era casi una sabana, con formaciones pluviales saladas como el río Salado. Si a esto añadimos que, al menos las Pequeñas Antillas, forman parte de un arco volcánico con una actividad excepcional, tendremos una idea de los accidentes que pueden ocurrir. Únicamente la Guayana, con su clima de tipo guineano, y su selva virgen en aquel entonces, se aproximaba a los países de donde procedían la mayoría de los esclavos.

Pero, tanto para el europeo como para los africanos, el clima, la biogeografía y la morfología de las islas antillanas plantearon un sinfín de problemas de adaptación, muchos más, de hecho, de los que planteó el desafío del clima canadiense. Este último es duro a primera vista; el clima antillano es, en un primer momento, seductor, pero para el nivel de la tecnología sanitaria, médica, agrícola o simplemente tecnológico de la época, multiplicaba los desafíos.

Los más aparentes son los daños provocados por el paso de los ciclones y los terremotos. No hubo accidente volcánico catastrófico hasta el año 1909, fecha de la catástrofe del monte Pelée, que aplastó bajo su nube ardiente la principal ciudad de la Martinica: Saint-Pierre. Hasta ahora, el volcán de la Soufrière en la Guadalupe no ha sido tan peligroso. Pero los frecuentes terremotos perjudicaron mucho las ciudades construidas con materiales ligeros. Sin embargo, ése no era el mayor problema.

La biogeografía de las islas es muy peculiar. A consecuencia de su aislamiento, cualquier irrupción de animales y vegetales hace correr el riesgo de provocar una ruptura del equilibrio biológico. Ocurrió en los inicios del descubrimiento.

Los españoles intentaron introducir masivamente las plantas mediterráneas y europeas: el éxito fue diverso. El olivo no logró implantarse; sin embargo, los cítricos se abrieron paso enseguida. Los cereales europeos dieron lugar a inmensos descalabros, mientras que las plantas africanas se adaptaron con mejor o peor suerte, y algunas, como el plátano, lo hicieron rápidamente y sin ningún problema. Los franceses, todo hay que decirlo, no tuvieron mucho que ver en ello, con la tardía excepción, en la época de la Regencia, del café, prometido al éxito que ya conocemos. Las plantas que lograron adaptarse, en cambio, se desarrollaron muy rápidamente, rompiendo los ecosistemas, y ello con unas velocidades fulgurantes. La historia sólo registró poco y mal la mayoría de aquellas transformaciones. Apenas si apuntó la deforestación ultrarrápida de las llanuras y vertientes más accesibles: algunos años de ocupación y el arbolado forestal sufrió una profunda regresión. Desde mediados del siglo XVII, la flora antillana empezó a tomar su actual aspecto, mezcla de plantas africanas, mediterráneas y europeas: palmera, mandioca, algodón, plantas colorantes, de las cuales la principal era el añil, caña de azúcar, plataneros, cítricos y plantas de clima del sur de China, afroasiáticas, llegadas como la caña de azúcar tras un larguísimo periplo de Insulindia.

Ahora bien, no se ha demostrado que aquellas aclimataciones, unas espontáneas, otras impulsadas por la nostalgia del principio y las costumbres alimenticias de unos y otros formaran una parte esencial de la criollización. Al principio sobre todo, mucho se ganó con ello: así los cítricos que, procedentes de los vergeles españoles de las Grandes Antillas, durante el salto-trampolín hacia México, Panamá y Perú,

volvieron al «estado salvaje», suministraron un complemento alimenticio muy importante, rico en vitaminas, del cual nadie o casi nadie habla, hasta el extremo de que las frutas caídas al suelo son pasto de animales errantes.

La medalla, no obstante, tuvo serios reversos. Si eran poco frecuentes los terremotos de magnitud 6 en la escala de Richter, innumerables eran en cambio los accidentes provocados por los ciclones. La navegación fue la que se vio más perjudicada, con incontables naufragios, empujados los ingobernables barcos hacia los arrecifes de coral de los «jardines del escollo». Lo que no dejó de influir profundamente en el ritmo de la vida marítima. Se evitaban al máximo ciertos parajes, como las Bahamas, por ejemplo, de los que más valía conocer al dedillo los pasos. Lo que, durante la guerra de Independencia americana, permitió al almirante De Grasse sorprender al adversario, al pasar por donde nadie imaginaba que se pudiera pasar. Se evitaban aún más las estaciones de los huracanes y tornados tropicales. Las rutas marítimas variaban en función de las estaciones. Durante los meses peligrosos (que difieren algo de un extremo al otro del Caribe), si se tenía la obligación de navegar se prefería la ruta que bordea la costa norte de Santo Domingo antes que la ruta normal de la buena estación marítima. Existe así un desfase entre el ritmo de la producción terrestre y el de los cargamentos, de las llegadas y salidas de las naves. Todo ello formó un «capital» de experiencias de las cuales muchas eran de origen español y, más adelante, holandés. Se constituyó así una, o para ser más exacto, varias flotas mercantes propiamente antillanas. Había que asegurar, dentro del radio de dominio de las diversas naciones europeas, las relaciones esenciales de isla a isla, al establecerse una auténtica jerarquía portuaria. Las naves procedentes de Europa descargaban en los grandes puertos: Fort-de-France en la Martinica, Basse-Terre en la Guadalupe (mucho menos frecuentado ya) y los grandes puertos de Santo Domingo, como Port-au-Prince, etc. Desde allí, los barcos locales distribuían parte de los cargamentos, hacían reparto «puerta a puerta», al disponer muchas plantaciones próximas al litoral de sus propios malecones o, por lo menos, de su rada de frecuentación. Esto en cuanto al comercio oficial se refiere, incluido dentro de las respectivas «exclusivas». En la realidad cotidiana, el contrabando, vieja institución antillana, nacida del «comercio a punta de pica» (la palabra dice exactamente lo que representa, un poco a la manera homérica, de oficio «honora-

ble», y en cualquier caso, admitido) no cesó nunca, pese a todas las prohibiciones, de florecer, incluso de desarrollarse. Esas flotas inter-islas estaban teóricamente constituidas por barcos «venidos a menos», buques de comercio declarados no aptos para volver a cruzar el Atlántico y condenados a permanecer en las islas. Y frecuentemente, esa es la pura verdad, ya que el calafateo de las «costuras» de las naves no será durante largo tiempo todo lo perfecto que sería de desear, pese a unos incontestables avances que, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVIII, garantizaron una mayor seguridad. Así, esas naves eran objeto en mayor proporción que las demás de naufragios repentinos. Pero la proximidad de unas islas con otras tranquilizaba. Algunas de esas naves «condenadas» no estaban, de hecho, en tan mal estado: el procedimiento de la condena no era entonces más que un procedimiento cómodo para disponer de navíos. En ambos casos, se trataba de naves de un tonelaje relativamente grande, las cuales eran aptas para cruzar el Atlántico, aun cuando hasta los años 1720 todavía hubo cascarones de nuez que realizaron la gran travesía. Por otra parte, las aguas tropicales encierran sus propios peligros. El mayor es el de las tarazas, esos gusanos de agua cálida que perforan los cascos, los van minando desde dentro, con lo que un buen día la madera se deshace, por sorpresa, en polvo. Ahora bien, las tarazas, adhiriéndose a las maderas (y retrasando la marcha al disminuir la velocidad, junto con las conchas y hierbas marinas que proliferan bajo la línea de flotación) se propagaron con gran velocidad en Europa, obligando a las marinas, de guerra sobre todo, a elegir sus arsenales en función de las precauciones a tomar con las tarazas. Porque las tarazas no soportan el agua dulce: la mezcla de agua salada con agua dulce protege las naves. Lo descubrieron rápidamente en las Antillas, por lo mucho que padecieron, desde mitades del siglo XVII, esa propagación catastrófica, que es otra forma de ruptura del equilibrio biológico.

Y luego, los antillanos al fin y al cabo, y sobre todo de cualquier nacionalidad, crearon sus propios astilleros, sus propios tipos de barcos. En este caso también, la adaptación, es decir, la «americanización» desempeñó un papel relevante. Sobre todo para el filibusterismo, deporte antillano por excelencia: y el contrabando no difiere fundamentalmente del filibusterismo. Se necesitan barcos ligeros, fuertemente arbolados, rápidos, pero de débil calado, de manera que puedan deslizarse por los grandes fondos lo mismo que por las radas foráneas, o que fuera fácil

encallar el barco, por espacio de una noche, en la playa de arena, bien camuflado desde alta mar para escapar a la vista de las escuadras oficiales. Todo un arte de la mar, todo un arte de construcciones muy específico, similar al de las 13 colonias. A partir de los años 1670, los observadores apuntaron las imitaciones que las marinas europeas hicieron de las «flotas» de las Antillas. Astilleros diminutos, naves de pequeñas dimensiones, porque no abunda la madera, tras la desaparición del bosque de origen, salvo en las costas del Yucatán (Campeche), o de Honduras, dominado por el comercio inglés, pero donde acudían, en contadas ocasiones, a escondidas, a buscar algún que otro cargamento. Un único puerto dará un verdadero arsenal al estilo europeo, y se trata de uno español: La Habana, que, en el siglo XVIII producía casi la mitad de la flota de línea española.

Si eran grandes los peligros del mar, los de tierra no lo eran menos. La propia naturaleza manda alternar terribles tandas de lluvias torrenciales con meses, limitados en número, de sequía. Ésta, por otra parte, es necesaria para la maduración de plantas como el algodón. Y más aún, algunos años son anormalmente secos mientras otros sufren las peores inundaciones. En todas partes existe el problema fundamental del agua, ya sea que haya demasiada o demasiado poca, debido a que el cultivo de la caña de azúcar tiene que ser irrigado en la mayoría de las llanuras de sotavento, lo cual requiere obras importantes: pequeñas presas en la desembocadura de los valles de montañas, canales de derivación, de irrigación en los «bancales» de caña de azúcar y a menudo canales de evacuación. Todas esas obras cuestan caro y gravan la rentabilidad de las plantaciones. Y a cada inundación hay que renovarlo todo, o parte.

Los propios cultivos no están al abrigo de los cataclismos. Los ciclones pueden destruir el 100 % de las cosechas y exigir dos o tres años para que se recupere una producción media normal. Las cabañas, pequeñas o grandes, vuelan, se derrumban, provocando víctimas o lisiados. Otros años, la sequía seca los ríos, aniquilando todos los esfuerzos. Si las lamentaciones de los dueños de plantaciones pertenecen a menudo a lo que se dio en llamar la «literatura miserabilista», destinada a apiadar a autoridades o acreedores, no es menos cierto que se basan en unas realidades muy tangibles. Nos cuesta medir los efectos psicológicos, en especial en los europeos, y vivir semejantes catástrofes desanimó a más de uno y provocó algunos retornos a Europa.

No es sólo el clima. La rentabilidad comercial, la preocupación legítima de rentabilizar las inversiones consentidas, desembocan, poco o mucho, en el monocultivo de la caña de azúcar. Y ocurre en «las Islas» lo que ya había ocurrido en la Edad Media en las plantaciones francas de los Lusignan en Chipre, venecianas de Creta, italianas de Sicilia, árabes o de los Hohenstaufen, y en las islas atlánticas españolas, en Madeira o las Canarias, incluso en las islas del golfo de Guinea. La plantación de caña es una enorme consumidora de leña: hay que calentar grandes cubas. Es verdad que siempre se dispone del recurso de los «bagazos», los tallos secos de la caña. Cuando hay donde elegir, se opta por la leña. El cultivo de la caña de azúcar actúa como un tornado desestabilizador de toda la naturaleza y expone a todos los peligros del monocultivo. A veces es una invasión de hormigas gigantes que lo devora todo, o una oruga que destruye todas las esperanzas, o bien una mutación genética cualquiera que transforma de repente un insecto inofensivo hasta entonces en una plaga destructora. Este tipo de cultivos, por otra parte, dejan el campo libre a las malintencionadas intervenciones humanas: los bancales de caña arden muy bien. Por tanto, se trata de cultivos-loterías, los cuales presentan el inconveniente añadido de hacer retroceder, incluso desaparecer, los cultivos de plantas alimenticias.

Ahora bien, el problema alimenticio fue la base misma de las dificultades de las Antillas francesas. Con una población global que alcanzaba, en 1789, unos 700.000 habitantes por lo menos, el avituallamiento de las islas había entrado, desde fechas remotas, en competición con los cultivos exportadores. El famoso «Código Negro» (1685) fue el fundamento jurídico en el que se basó la alimentación de los esclavos. Ha dado pie, sobre todo por parte de los sociólogos, a muy divergentes «lecturas». Algunos lo han considerado como especialmente representativo de la desgracia que constituyó la esclavitud. Es la lectura «miserabilista» que no relativiza lo suficiente las cuestiones frente a lo que ocurre en otros lugares y desconoce, con demasiada frecuencia, las realidades de la época; constituye a menudo el prototipo de la interpretación anacrónica. Fue concebido el Código Negro por los colaboradores de los dos Colbert, padre e hijo (Seignelay) en estrecha cooperación, como la garantía mínima que había que dar a los esclavos. Limitémonos aquí a considerar las cláusulas alimentarias (y vestimentarias, de forma accesoria). En líneas generales, la alimentación de

los esclavos debe consistir en carne o bacalao salado. Se trata de dos alimentos básicos. Dichos productos proceden de la importación a las islas de toneles de salazón que, en su mayoría, provienen de la Francia del oeste, pero también, y cada vez más, en el transcurso del siglo XVIII, de Irlanda, que ofrece la mejor calidad. En cuanto al bacalao secado o salado, es suministrado por la pesca bacaladera francesa y por Bretaña de forma cada vez más exclusiva. De ahí que se derivara una dependencia cada vez más manifiesta de las importaciones procedentes de la metrópoli, dependencia acentuada aún más por la estrecha imbricación del sistema de producción irlandés con la comercialización francesa. Los negociantes católicos irlandeses, instalados en minoría muy influyente en los grandes puertos mercantes franceses de la fachada atlántica, servían de intermediarios. Muchos de ellos, en efecto, tenían parientes que se habían quedado en Irlanda, instalados incluso en las Antillas francesas, y más aún inglesas, así como en las trece colonias norteamericanas anglosajonas.

Ahora bien, el antagonismo colonos-plantadores, que constituyó una de las tramas fundamentales de la historia colonial francesa, descansa, en parte, en la cuestión de aquellas importaciones alimentarias. Con la fuerza que les aseguraba su privilegio monopolístico basado en el sistema de exclusiva, los negociantes franceses se aprovecharon, a veces de forma muy abusiva. Por un lado, los precios franceses eran más elevados que los de sus competidores holandeses o ingleses; por otro lado, la calidad de los productos dejaba a veces mucho que desear. Y por último, el avituallamiento suministrado por la metrópoli nunca fue del todo suficiente. Principalmente ocurrió en los inicios de la colonización estatal cuando Colbert intentó imponer el cumplimiento íntegro de la «exclusiva» (1665-1675); luego mejoró el avituallamiento, pero fue constantemente cuestionado durante los conflictos marítimos franco-ingleses, tanto a finales del reinado de Luis XIV como durante los que tuvieron lugar entre 1742 y 1815. Por ello, el recurso al contrabando, que durante mucho tiempo fue «privilegio» exclusivo de los holandeses, y, en menor medida, de la marina mercante inglesa, se convirtió en una necesidad vital ante la cual, en tiempos de guerra, la administración metropolitana no pudo más que inclinarse. A mayor abundamiento, cuando, el desarrollo de los *Middle States* y de los de la costa sur de la fachada atlántica de los futuros Estados Unidos, los colonos norteamericanos tuvieron la capacidad de suministrar, cada vez más, el

grano y las harinas, los bacalaos de todo tipo, así como la carne secada o ahumada, y en unos plazos mucho más cortos, por consiguiente con grados de frescura mucho más altos y con precios cada vez más competitivos. Al revés de lo que ocurrió en el Canadá francés, que nunca fue capaz de suministrar productos alimenticios en cantidades importantes, las posesiones inglesas constituyeron, a partir de los años 1690-1715, el complemento natural de las *West Indies*. Es ésta una de las ventajas más relevantes del sistema inglés.

El negocio es el negocio, y como en todas partes, encerraba abusos. La correspondencia de los gerentes de plantación está llena de recriminaciones de los plantadores contra el negocio europeo. Numerosos eran los procedimientos de fraude en la calidad: toneles de carne salada que, en superficie, tenían buen aspecto, pero en cuyo fondo incorporaban grandes huesos para aumentar el peso. Éste era mayor, el precio también, pero constituían para el plantador una sorpresa con graves consecuencias, ya que perjudicaba y cuestionaba la supervivencia de sus «talleres». No hay que infravalorar, ni tampoco sobrevalorar este tipo de engaños, que, sin embargo, eran parte integrante de la vida cotidiana.

No dejó de agravarse esa situación a medida que fue aumentando la población total de las islas. Lo que determinó una creciente «colonización» de toda una parte de la economía de la metrópoli, especialmente marcada en el oeste, y sobre todo el suroeste. Las colonias francesas: vinos, aguardientes, granos, harina (y para la ropa de los esclavos, telas de lino del noroeste, que constituye, con el imperio hispánico, el gran cliente de esas regiones, un cliente cada vez más exclusivo). Gracias a la red fluvial del Loira, y sobre todo del Garona, la economía agrícola del suroeste, dominada por Burdeos, entró así en la economía monetaria, hasta el fondo mismo del Macizo Central.

El papel creciente de aquellas importaciones, a las que se suman las del contrabando, contradice, por tanto, en parte, las afirmaciones relativas a la mala alimentación. No obstante, es cierto que una alimentación tan exclusivamente basada en conservas de salazones se traduce en una notable carencia de vitaminas y de productos de cobertura. Es necesario, por ello, completarla en el propio lugar recurriendo a una alimentación de productos frescos, a ser posible procedentes de la propia plantación. Por regla general, la mayoría de los dueños o sus sustitutos daban a los esclavos unos huertos que explotaban por sí mis-

mos y cuya producción consumían. Al principio de la evolución, cuando la densidad de ocupación de los suelos no era aún demasiado elevada, aquellos huertos se ubicaban en las proximidades inmediatas de las cabañas de los esclavos. Con la escasez de los suelos y la extensión del monocultivo azucarero los «huertos» se fueron alejando de los lugares de habitación para quedar emplazados en los lugares de explotación comercial más difícil. Lo que exigía una mayor pérdida de tiempo. Por consiguiente, el sistema de «huerto» levantó muchas críticas por parte de los observadores y administradores. Agotarían a los esclavos, que se verían en la obligación de dedicar sus escasos momentos de ocio a satisfacer sus propias necesidades alimenticias y permitirían que muchos dueños no cumplieran sus obligaciones legales impuestas por el Código Negro.

Las críticas de la época a todas luces se fundamentaban en unas observaciones muy ciertas. No obstante, requieren unas matizaciones. Numerosos dueños actuaban de esta forma mucho menos por motivos de ahorro que por otras razones perfectamente «válidas». Primera preocupación: el esclavo no tenía que extrañar demasiado su nuevo modo de vida y era preciso que se construyera, a su modo, un entorno que le recordara su país de origen. Aquella preocupación era también de orden alimenticio: no romper las tradiciones alimentarias corría parejas con esa otra preocupación por variar dicha alimentación y asegurar así el complemento vitamínico indispensable. Lo ideal era que el negro se construyese él mismo su cabaña como mejor le pareciera, y como sabía hacerlo, con un huerto próximo que también integrara plantas de origen africano. Por parte de numerosos plantadores, se trataba de uno de aquellos métodos «psicológicos» antídoto de los estados de desesperación, y con lo que se trataba de evitar lo que más temía el colono, a saber, la «melancolía», que desembocaba frecuentemente en el rechazo de vivir, incluso en el suicidio. Lo que tuvo como consecuencia y facilitó una «africanización» de la botánica doméstica, a la que se sumó muchas veces la aportación de la cría de algunas aves de corral, que los inventarios de particiones o de sucesiones dejan traslucir en algunas ocasiones. Cerca de las ciudades, otras veces, obtenían pequeños excedentes que iban, clandestinamente o con el permiso tácito del «dueño» a vender a la ciudad, para conseguir algún que otro dinerillo que, acumulado a lo largo del tiempo, facilitaba la recompra y permitía el acceso a la libertad.

Aquel era el caso ideal, bastante extendido, que, sin embargo, se veía confrontado a un enorme escollo: el tiempo necesario para el mantenimiento de los «huertos». El esclavo, teóricamente, no disponía de ningún tiempo que fuese suyo: se lo debía por completo a su dueño. Algunos dueños concedían ese tiempo —eran los que favorecían la formación de las parejas, si no regulares por lo menos temporales—, pero otros se negaban a ello, permitiendo, sin embargo, el trabajo en el huerto. Teóricamente, bajo la presión de los preceptos religiosos (respecto del domingo), los dueños tenían la obligación de no hacer trabajar a sus esclavos en domingos y días festivos. Y en función de la orientación preferencial de cada uno, siempre encontrará el historiador motivos para ilustrar la tesis de la «libertad» concedida para unos en este terreno y para los otros unas posturas de total negación.

Con todo, resulta difícil generalizar en esta materia. Sólo disponemos de juicios globales que nos llegan de los administradores metropolitanos, que no son simpre fiables. Como veremos más adelante, habría que multiplicar los estudios individuales acerca de determinadas plantaciones: los pocos estudios llevados a cabo por G. Debien y la escuela histórica francesa han llevado a la conclusión de que los tipos de plantaciones eran muy contrastados y que resulta difícil hacer una generalización.

Sólo nos es posible hacer unos cuantos comentarios, también contradictorios. Es cierto que la situación se fue agravando a medida que la densificación de la economía de plantación fue invadiendo, primero todas las superficies de llanuras «equipables», luego, con el café, parte de los «mornes» de los contrafuertes de la sierra, a menudo muy escarpada. Pero el esclavo es un «capital» y si nos indignamos fundadamente de verle tratado en los inventarios después de un fallecimiento como un «mueble» o como las mulas y los aperos de labranza, ello conlleva una contrapartida nada despreciable. Si uno es razonable, no puede destruir su propio capital, al revés de lo que ocurre con los «contratados» de origen europeo. Se trata en este caso de un sistema de dependencia provisional, y el dueño sabe que el contratado se le escapará al cabo de cierto tiempo. Por tanto, no tiene ningún interés en tratarlo con miramientos, sino todo lo contrario. Al fin y al cabo, el contratado recibe un trato mucho peor que el esclavo propiamente dicho. Al esclavo hay que cuidarlo, ya sea doméstico o esclavo de trabajo, «de taller» propiamente dicho. El inconveniente de aquel sistema,

al que los historiadores aluden frecuentemente, es que aquel «capital» humano se va devaluando con la edad. Y por consiguiente, el dueño desalmado bien se deshace de él cuando tiene la oportunidad de venderlo, bien se desentiende de él. Todo depende de la mentalidad del dueño. Los hay de tres tipos: aquellos que dan prueba de «humanidad», los que simplemente quieren preservar su «capital» y los sádicos. Los hay en todas partes, y la mentalidad colonial permite ciertamente todos los abusos. Sin embargo, por regla general, los franceses tienen la reputación de tratar bien a sus esclavos, mucho mejor que los demás pueblos, y algunos economistas ingleses de aquella época opinaban que ésa era una de las razones del mejor rendimiento y del más bajo precio del azúcar francés. En cualquier caso, ése era uno de los «topoi» corrientes en aquella época. Como todos los tópicos relativos a la psicología de los pueblos, éste es más «impresionista» y constituye a veces una cómoda cortina para darse buena conciencia. Pese a todo, se viene repitiendo con demasiada frecuencia para no tener algún fundamento en la realidad. Todo es cuestión de tiempos y de lugares. El huerto de los esclavos, en numerosos casos, reproduce parte del paisaje africano «de origen», con un microrrecorte parcelario de aquella panorámica, muy monótona por lo demás, de la explotación azucarera.

Sin embargo, nos olvidamos con demasiada rapidez de que existe una última fuente de alimentación: el azúcar y los productos derivados. Mascar tallos de caña de azúcar, en caso de necesidad, y también azúcar (durante las guerras) forma parte de unas costumbres tan cotidianas que no se las menciona en el papel. Ahora bien, el azúcar es un alimento energético donde los haya que, si no aporta nada más que calorías, por lo menos compensa, en la época de la recolección y de la explotación instantánea del producto, la insuficiencia puesta de manifiesto en la alimentación de cada día.

En las mejores plantaciones, el dueño sigue suministrando los alimentos básicos: pescado salado y carne salada, dejando al cuidado de los esclavos el añadir a su gusto los productos que extraen de su trabajo. En cambio, existen dueños —y gerentes de plantaciones sobre todo— que niegan ese suministro básico y dejan a sus esclavos el cuidado de proveer por sí mismos a la cuasi totalidad, o la mayoría por lo menos, de sus necesidades.

Finalmente, nos queda por ver una última postura: la que consiste en sustituir la totalidad, o a menos parte, de los alimentos básicos por

el suministro de alcohol obtenido mediante destilación de la caña de azúcar: tafia y demás aguardientes. Ese sistema dio lugar a numerosas denuncias y podemos hacernos cargo de los resultados en cuanto el sistema fue tomando alguna expansión.

No nos quedemos en lo abstracto. Existe una clara relación entre la cantidad de trabajo a suministrar y la alimentación recibida y producida. Ahora bien, el trabajo en los «bancales» de caña de azúcar varía mucho en función de la estación. El trabajo es tremendo en la época de la recolección. Como es necesario, a cualquier precio, «estar pendiente» del momento idóneo, es decir, el momento preciso en que la caña ofrece la mayor cantidad de azúcar, y que hay que tratarla lo más rápidamente posible, entonces las prisas son mayúsculas, y larga la jornada de trabajo; todo ello es agotador. Agotador el trabajo en los bancales, donde, provistos de machetes, los esclavos van cortando, del exterior hacia el interior, las cañas de más de dos metros de alto, con el peligro permanente de ser mordidos por las serpientes que abundan por allí. Por ello, es costumbre dejar en el centro del bancal una mata importante de cañas con el fin de que los reptiles, huyendo del ruido (hay que armar el mayor ruido posible) se refugien en ella. Las largas cañas se cargan en los *cabrouets*, tirados por bueyes o mulas, hasta la «azucarera», centro del trabajo. Los tallos van pasando a través de los molinos, aplastados y machacados con el fin de recoger el jugo. Trabajo peligroso para quien «introduce», ya que en todo momento corre el riesgo de que la mano, incluso el antebrazo, quede cogido entre ambas ruedas. En el mejor de los casos, es decir, cuando se dispone de ríos permanentes, el conjunto lo accionan unos molinos hidráulicos, raras veces molinos de viento, que carecen de la potencia necesaria, y la mayoría de las veces simplemente unos animales. A continuación viene por último —en medio del calor de los hornos, debajo de unos cobertizos abiertos de par en par pero la temperatura es ya de por sí elevada— la cocción y sus etapas sucesivas. El calentamiento se realiza por medio de los bargazos, lo que exige una mano de obra numerosa. Los accidentes son frecuentes... El otro gran momento de presión lo determinan las obras de mantenimiento de las redes de irrigación, la construcción de los diques de los bancales, el trabajo de traslado de la tierra y de la excavación de los fosos, mientras que en el punto de partida el desqueje se efectúa en líneas, unos cavando los agujeros con azadas o picos de escarbar, los otros colocando los esquejes y asentándolos con la tierra. Un trabajo que esta

vez se realiza en cadencia, arropado por los cantos de circunstancia, africanos, variados según el origen y los grados de mezcla de las procedencias étnicas. Es decir, que incluso los esclavos de taller que trabajan directamente la tierra se ven, a lo largo del año, solicitados de forma desigual y, por tanto, cansados de forma desigual. Por consiguiente, las apreciaciones globales tienen muchas posibilidades de resultar inapropiadas.

Este trabajo en común se realiza «a la africana»; instintivamente, vuelven a encontrar los ritmos, las melopeas y los cantos del suelo natal. La mezcla de las etnias, sin embargo, provoca que, en los campos, lo mismo que en las fiestas que se celebran —los dueños «benevolentes» les dejan hacer, estimando que son derivativos necesarios— se improvisan cantos y bailes no ya sólo en los idiomas africanos, sino en este nuevo idioma que se deriva del francés y que es el «criollo». Es ésta una faceta poco conocida, ya que la colonización francesa no ha dado lugar, paradójicamente, a una música específica muy definida, como los «negro-spirituals» de los esclavos norteamericanos y sus derivados posteriores, prometidos a una fama y extensión mundial, ni siquiera al folclore muy específico, y tan apasionante, mucho menos conocido, de Cuba. Quizá la ruptura que significó la Revolución, incluso en las Pequeñas Antillas, tenga algo que ver (pero no es más que una hipótesis).

Así nació, por la mezcla de las floras sobre todo, en mucho menor medida de las faunas (a excepción de los animales domésticos) un paisaje totalmente nuevo, un entorno florístico y «natural», cada vez en mayor medida creado, de hecho, por el hombre. Y como de islas se trataba, la transformación resultó mucho más profunda que en el continente. El retroceso, y en muchos lugares la destrucción, del bosque conllevaron un abarrancamiento y una erosión acelerada. Ésta fue generadora de una agravación de las condiciones del flujo hidrográfico: parece que las crecidas se hubieran vuelto mucho más violentas. Deforestación, por otro lado, en parte motivada por razones sociales: los esclavos cimarrones encontraban, de hecho, su refugio más seguro en los bosques.

En las llanuras, el aspecto del paisaje conoció una rápida y total transformación. Las descripciones de las primeras plantaciones del siglo XVII dadas por el padre Labat y lo que nos revelan los inventarios notariales después de un fallecimiento son dos mundos distintos.

Dejemos a Jean-Baptiste Labat, un dominico que estuvo en las Antillas de 1695 a 1705 (se sabe que los dominicos formaron, con los

jesuitas y los capuchinos, una de las tres órdenes religiosas a las que se encargó la evangelización de las Antillas) que hable. Su libro *Nuevo viaje a las islas de América* (París, 4 volúmenes, 1742) ha sido objeto de varias ediciones y constituye, sobre todo para la vida cotidiana de finales del siglo XVII, una fuente insustituible. Con una buena formación científica y un interés demostrable por la técnica, notable organizador, desinteresado, es un valioso testigo. Después de detallar los requisitos jurídicos para tomar posesión de una plantación, la describe, tal como le parecía deseable en su época que todavía era en parte pionera. Después de tomar todas las precauciones jurídicas indispensables, aconsejaba buscar para la gran cabaña «un lugar elevado» que permitiera gozar de buen aire y hermosa vista, y para poder vigilar cómodamente el trabajo de la plantación. «Que se aleje lo menos posible» de un río o un cauce con agua corriente o de la fuente, a fin de disponer de importantes cantidades de agua para los negros y el ganado y para combatir los posibles incendios. Hay que empezar por construir unas cuantas chozas de ramitas, que se cubren con hojas de palmera o cañas. Después, se abatirán los árboles necesarios para la construcción de la gran cabaña. Y es que la mayoría de los habitantes, lo mismo que los propios caribes, tenían la mala costumbre de desbrozar por completo, cortando todos los árboles y quemándolos cuando estaban secos. Con mucha razón, Labat veía en ello un abuso perjudicial para los futuros acontecimientos. Hay que seguir el sentido correcto y conservar los árboles que, más adelante, servirán para la confección de tablas o de tablillas (unas tablas muy delgadas imprescindibles para la carpintería), las maderas de construcción «ya que todas estas maderas, en el momento presente, son... muy caras». Sólo hay que cortar estos árboles cuando se necesitan, pero únicamente en los días de luna «descendiente»; hay que conservarlos bajo techo, para protegerlos de la lluvia, durante el tiempo necesario para un buen secado. No se quemará más que los pequeños ramales que no tienen otra utilización. Cuando se haya limpiado el suelo se construirán chozas y casas, cuyos pilares irán anclados entre ellos en el suelo. Los pequeños pilares están curvados en su extremo y tallados de forma que puedan soportar el armazón del tejado, así como la base del mismo. El conjunto se rodea de una empalizada o de cañas entrelazadas con hojas de palmera. Los mismos materiales se utilizarán para los tejados.

Se empieza a cultivar de inmediato mandioca, patatas, ñames, así como unas «hierbas-legumbres», porque el suelo virgen es de una fe-

cundidad asombrosa. No hay que olvidar tampoco el traer naranjos o limoneros. Los plantadores experimentados prefieren las naranjas chinas, porque sirven de alimento a los niños de los negros, así como a los viajantes, que pueden aplacar su sed. Tampoco las desprecian los caballos y demás animales y se ceban con ellas. Además, estos árboles se prestan perfectamente a la formación de vallas, ya que están provistos de los pinchos más largos y duros de todas las plantas. Se entremezclan fácilmente, se puede hacer cercados, incluso bosques impenetrables tanto para los hombres como para los animales.

Este resumen demasiado breve pone de manifiesto las preocupaciones fundamentales de los inicios. Primero hay que asegurar la plantación con títulos de propiedad legales, debidamente registrados. Luego tiene que ser capaz de defenderse fácilmente: las incursiones, en tiempos de guerra, de los filibusteros de Jamaica y de los españoles hasta 1699 constituyeron otros tantos golpes de mano que, por su corta duración, no pudieron dar lugar a un desastre en cuanto que la resistencia podía hacerse fuerte en un punto elevado, bien defendido por cercados. Cabe preguntarse si no se trata de una adaptación de origen africano: los reinos negros del interior, que representan el mayor objetivo de los mercaderes de esclavos, respondieron a las incursiones y raids de los esclavistas mediante la fortificación «natural» de sus pueblos por unas líneas de vallas espinosas, de las cuales encontramos un excelente ejemplo en *Robinson Crusoe*. En la actualidad, la etnobotánica está reconstituyendo y cartografiando aquellos tipos de pueblos fortificados. Si nuestra hipótesis se revela exacta, se trataría de un caso perfecto de adaptación con transferencia de tecnología primitiva africana «criollizada» por los dueños.

Volvemos a encontrar en aquellos textos unos cuantos rasgos de aquella sociedad «de improvisación». A la inversa de lo que ocurrió en Canadá, donde el reparto de las tierras estuvo estrictamente regulado a favor de los «señores» (pero en la realidad era otro cantar), la distribución de los lotes en las Antillas nunca pudo controlarse con semejante rigor. Durante mucho tiempo la gente se instaló sin títulos y fue sólo en la segunda etapa cuando, las compañías mercantiles primero y la autoridad real después, «institucionalizaron», en mayor o menor medida, las tomas de posesión, no sin violentos conflictos. Aquella incertidumbre, típicamente americana, se prolongó hasta los albores del siglo XVIII. Lo que confirió a la administración real, con su habitual característica

de poder desdoblado, y rival con demasiada frecuencia, entre el intendente (de la marina) y el gobernador. Con pocas garantías de larga vida en las colonias, ya que las epidemias no dejan a nadie a salvo y, por tanto, preocupados por regresar lo antes posible con el máximo de beneficios, esos representantes reales eran, por naturaleza, accesibles a la «corrupción». La ley que imponía, teóricamente, el vivir y cultivar por sí mismo la plantación adquirida de este modo, de no revenderla con fines especulativos, de desbrozar tan rápido como fuera posible, bajo pena de confiscación real, por supuesto, se vio infringida y desviada de sus objetivos iniciales. Vista desde París, la colonización tenía que distribuirse ampliamente (por tanto, mediante un hábitat muy diseminado) por todo el paisaje: ello significaba ir al encuentro de la tendencia natural de la economía de plantación que, racionalmente, desemboca en la gran propiedad. Ahora bien, los administradores se integraron muy rápidamente, en mayor o menor medida, en dicha economía de plantación. Así los pequeños plantadores de tabaco se encontraron sometidos a una presión cada vez mayor por parte de los plantadores de caña de azúcar. Esta concentración de tierras, en beneficio de la caña y de la gran propiedad, se inició en la Martinica y la Guadalupe a contar desde los años 1665-1670, pero se fue perfilando con más lentitud a partir de la década de 1670 a 1680.

El panorama que las llanuras de las islas ofrecen, a finales del siglo XVIII, es totalmente distinto. La red de las plantaciones es a partir de ahora muy densa y el centro de la plantación depende de la configuración geométrica de la propiedad. En todas partes los pantanos han ido retrocediendo, y la malaria con ellos. El habitante está a menudo ausente y sus representantes familiares no viven allí más que el tiempo necesario para restablecer el orden alterado por un gerente con poca honradez. Éste es el caso, sobre todo, en Santo Domingo, ya que en las pequeñas islas las grandes familias de los «béké» están a menudo presentes en el lugar, sin perjuicio de que establezcan, como en Francia, un ir y venir estacional entre la ciudad más cercana y la plantación.

La gran cabaña ha cambiado de aspecto. De ahora en adelante, es levantada en construcción de fábrica. De alguna forma, hay que dar muestras de cierta ostentación. Desde Francia se traen ladrillos, pizarras y tejas, como lo prueban tantos cargamentos de *droiture*. Sin embargo, el mobiliario sigue siendo espartano. Es cierto que existen algunos muebles valiosos, importados también con grandes gastos. Pero son es-

casos. La gran cabaña, por tanto, ha crecido, pero no ha generado una determinada «arquitectura colonial», como en otros lugares. Como si supieran, en Santo Domingo sobre todo, que se trata de un campamento más o menos provisional.

Los llanos se caracterizan por sus recortes geométricos, una formación catastral (que valdría la pena estudiar) muy «americana», en su delimitación entre sí, a la vez que en su división interna impuesta por el cultivo y la renovación, cada tres años, de una parte, casi diríamos del «añojal», pero sólo sería una falsa impresión, de la tierra en función de la sustitución de las cepas agotadas. De ahí que se origine una especie de ciclo. En cuanto a plantar la gran cabaña en algún que otro alto está descartado. La ubicación más cómoda para los molinos y hornos es la que impone planos y elección de los sitios. Este panorama sin fantasía sólo se ve interrumpido por los «mornes». En los valles no aptos para el cultivo (de la caña), a menudo surcados por la erosión provocada por el hombre, crecen los plataneros de los esclavos: allí es donde ocupan el menor sitio. En cuanto a los cobertizos, salas de calderas, establos, etc., muestran frecuentemente unas imponentes dimensiones, en función del tamaño de las plantaciones, muy variable a decir verdad.

Sin embargo, la «revolución del café» ha permitido extender las superficies cultivables hasta los primeros «mornes» de la sierra, puesto que el cafeto prefiere las alturas medias y se adapta muy bien a las pendientes y contrapendientes. Por otra parte, el café va adquiriendo un carácter «aristocrático»: tiene la reputación de ser menos «plebeyo» —allí es donde la nobleza interviene...— que la caña de azúcar de antigua implantación.

En suma, todo se ha transformado, y se trata de una de las mayores mutaciones del paisaje natural de la época moderna. Y aquello no se parece en nada a Europa, y menos aún a África. Surge, más que en Estados Unidos, incluso más que en Brasil, un nuevo mundo, que impone su sello en el hombre —blanco o negro— lo mismo que éste le impuso su huella. Existe una «americanización» de la Naturaleza, o si se prefiere, una «criollización» muy profunda. Incluso en la ciudad, que no posee el orden aparente que reina en el campo de las plantaciones. Ha nacido una civilización propia, «criolla», cuyo idioma, en el fondo, que tiene mucho que ver con el francés, es el signo y el símbolo...

Capítulo III

UN NUEVO HOMBRE: UNAS SEMEJANZAS MÁS PROFUNDAS DE LO QUE SE QUIERE VER

Los metropolitanos que llegaron a «las Islas» en el siglo XVIII, por el motivo que fuera, se vieron trasladados sin tiempo para reponerse y adaptarse a un extraño entorno, que no se parecía en nada a lo que conocían y que les causó un profundo choque. En la metrópoli, el «americano» tenía mala prensa, con una inquebrantable fama de mal pagador, con una mente rebelde, en una palabra, una fama de contestatario difícil de gobernar. Primer motivo del choque sufrido. Más lógica fue la segunda reacción: era la inmensa distancia que separa a blancos de negros. El racismo, consciente o inconsciente, siempre se basa en criterios simples. Ahora bien, la sociedad criolla era más compleja de lo que podemos imaginar, y el historiador, a poco que profundice en la documentación, se encuentra con una sorpresa tras otra. En todas partes existía entre blancos y negros la categoría de los «hombres libres», de los «hombres de color», o más sencillamente de los «libertos». Los papeles notariales, a poco que se les lea, dejan ver, en vísperas de la Revolución, en Santo Domingo sobre todo, una auténtica burguesía negra, de clase baja o media, que iba escalando alegremente los peldaños sociales. Existían burgueses negros que poseían, a título individual o en propiedad colectiva, plantaciones, y por consiguiente esclavos negros. No eran siempre los mejor tratados.

Dicho esto, es preciso evitar los prejuicios en la materia y estar dispuesto a matizar al máximo. Primero, atengámonos a las evidencias. Mientras que la sociedad canadiense experimentó una auténtica explosión con una natalidad extraordinaria, no ocurrió lo mismo entre los blancos de las Antillas. Al contrario, su número conoció una evolución singular. Tras un rápido arranque en el siglo XVII, el movimiento

ascensional, en las Pequeñas Antillas sobre todo, se volvió vacilante, evolucionó por tirones contradictorios y luego acabó bajando. En cambio, en Santo Domingo, la población de esclavos aumentó, a un ritmo cada vez más acelerado en vísperas de la Revolución, mientras que en la Martinica y la Guadalupe se ralentizó. Por tanto, se plantea en primer lugar, en todo su alcance, la cuestión de la evolución demográfica. Los propios contemporáneos se inquietaron por ella y sus respuestas cambiaron rápidamente. Al principio, no dejaban de alabar la facilidad con la que daban a luz las mujeres negras y lo interpretaban como una señal de alta fecundidad. Estamos de lleno dentro del mito de la naturaleza fecunda: «el sol calienta la sangre», el parto se realiza sin dolor; y las mujeres son capaces de trabajar unas horas después.

Pese a todo, las evidencias vinieron a contradecir rápidamente aquel discurso. Se comprobó que la población no aumentaba por sí sola y que era preciso importar nuevos esclavos para mantenerla y acrecentarla. Ante este fenómeno surgieron distintas explicaciones a lo largo del siglo XVIII. La más evidente, que ya apuntamos, era la insuficiencia de alimento. Hemos visto que el Código Negro obligaba a suministrar a todo esclavo mayor de diez años dos libras de carne de buey salada o, en su defecto, tres libras de pescado a la semana, además de «dos botes y medio de harina de mandioca o, en sustitución, tres cazaves». Los niños menores de diez años tenían que recibir la mitad de estas raciones. Los decretos del siglo XIX eran todavía más exigentes. El del prefecto de la Martinica de 1846 contemplaba, para los esclavos mayores de 14 años, 1,5 kilos de bacalao o de carne salada más 6 kilos de arroz o 7 kilos de maíz, que se podía sustituir por 6 litros de mandioca.

Pese a todo, los textos administrativos achacaban la fuerte mortandad de los esclavos a una alimentación insuficiente: muchos de los esclavos sólo podían sobrevivir robando víveres en las plantaciones vecinas. Desde mediados del siglo XVIII, Thibault de Chanvallon apuntaba la importancia del azúcar (es uno de los pocos que lo subrayarán): pese al prejuicio que antaño pesó sobre el azúcar, este producto era un verdadero alimento y era muy sano.

> Era el sustento de la casi totalidad de nuestros negros, quienes a menudo no tenían otros. Apenas era el único recurso de los que huían de casa de su dueño y que iban a esconderse en los bosques.

La mortandad, sin embargo, no era la única culpable. Acabaron comprobando que también otro factor era la natalidad. Se evocó el trabajo demasiado duro al que se veían sometidas las mujeres embarazadas y las que amamantaban a sus hijos. Pero fueron mucho más lejos, y el propio sistema de la esclavitud fue considerado como generador de esterilidad. El hombre es el único animal, apuntaban, que no se reproduce en cautividad. La esclavitud «les quita la facultad y el deseo de reproducirse» (citado por M. Cottias). En resumen, los envenenamientos voluntarios de niños nacidos, pero a los que sus madres no querían ver sobrevivir dentro de la esclavitud, los malos tratos, la escasez de alimentos, la melancolía propia de determinadas etnias africanas que rechazan la esclavitud, las concepciones malogradas voluntariamente, el clima caluroso, la mortalidad infantil que provoca: todo lo evocaron. Conclusión:

> La esclavitud se consume por sí misma... Se diría que no ha querido Dios que tal azote se perpetuara y que, para ponerle fin, cambió el orden de la naturaleza y afligió de esterilidad a las mujeres que tenían que alimentarla eternamente con nuevas generaciones.

Aquellas conclusiones intelectuales, que están estrechamente relacionadas con el problema de la rentabilidad de la esclavitud planteado por los fisiócratas, puede que nos parezcan incoherentes, y de hecho lo son. Tuvieron al menos la ventaja de generar una legislación protectora exhaustiva, en especial de las mujeres embarazadas, tanto antes como después de 1789, cuyos efectos difícilmente se pueden medir, pero que dio algunos resultados.

¿Cuáles son los datos con los que contamos para abordar el problema fundamental de la demografía, tanto de la población blanca como la «de color» o la de los esclavos? Ya que, a la inversa de lo que ocurre en Canadá, donde las investigaciones demográficas descansan en un enorme volumen de documentos (puede que la mejor del mundo) y ninguna otra población se conoce mejor en toda la historia que la canadiense, mientras que la de las islas deja muchísimo que desear. La espantosa guerra civil que siguió, durante cerca de dos décadas, a la rebelión negra de 1792 en Santo Domingo no respetó la documentación archivística. El clima, la inseguridad y la impericia hicieron el resto en Santo Domingo. En cuanto a los archivos privados, corrieron la

suerte común a este tipo de archivos, que depende en estrecha relación del destino económico de las familias.

Por tanto, sólo disponemos de algunos tipos de documentación, y ello cuanto más que el ínfimo nivel del clero antillano repercutió en la tenencia (mediocre) de los registros a la vez que en su conservación. Hasta aquí, pues, las bases de cualquier estudio demográfico son restringidas: 1) unos fragmentos de registros parroquiales, y en el siglo XIX los registros del Estado civil, mejor llevados y conservados a todas luces y que permiten la recogida de series completas, lo que resulta del todo imposible, incluso en las Pequeñas Antillas, para los registros parroquiales; 2) unos censos realizados por las autoridades administrativas (recordemos que sólo existen parcelas de ellos en la metrópoli antes de 1789); 3) las estadísticas de las importaciones de esclavos negros, que son el elemento estadístico más fiable de toda aquella documentación dispar; y, por último, 4) los inventarios de las plantaciones, que sólo se encuentran en los fondos privados, bien depositados en los archivos estatales, bien conservados en archivos particulares. Estos documentos plantean numerosos problemas, sobre todo porque, concebidos para la metrópoli, no están muy adaptados a las realidades locales. Ahora bien, la cuestión de la familia y del matrimonio es primordial.

Los más antiguos documentos utilizados, y que de momento siguen siendo los más sugestivos, son los censos administrativos, publicados desde hace mucho. Dividen a la población en tres categorías: 1) los blancos, 2) los hombres libres calificados de libertos y de hombres de color en algunas ocasiones, y 3) los esclavos. Una simple mirada a las cifras demuestra que los criterios de delimitación de la segunda categoría fueron variando en el tiempo (por el cambio de modalidad administrativa) a la vez que en el espacio, de una isla a otra. Ahora bien, el grupo intermedio es fundamental para la evolución social y política de las islas. Nos podemos preguntar si esas diferencias corresponden o no a una realidad distinta de la puramente administrativa. Parece ser, en efecto, que en Santo Domingo se haya practicado mucho más que en otras islas la liberación de los esclavos. En cambio, la formación de dicho grupo se tuvo que enfrentar a varios obstáculos, en especial en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVII. Además, fue variando la propia definición según la cual se computaron a los «blancos»: en la correspondencia administrativa de las oficinas del Secretariado de Estado de la Marina podemos ver claramente la orientación, en particular

la de determinados altos funcionarios, racistas a todas luces, mientras que la definición metropolitana sólo se aplicó con reticencias *in situ*, demorando al máximo los plazos. Lo que significa que el color de la piel no tuvo, por lo menos hasta mediados del siglo XVIII, la importancia que le quisieron dar algunos etnólogos al apoyarse en unas definiciones ultraprecisas de matiz de mestizaje que pertenecen a una época tardía. Fue de hecho en el transcurso del siglo XVIII cuando surgieron, a continuación de la clasificación lineal, los «criterios» de definición racistas esbozados, hacia mediados del siglo XVII, por los viajeros europeos, tal como Tavernier en especial, que define las cuatro razas fundamentales: la blanca, la negra, la amarilla y el indio de América. Estas observaciones podrán aparecer como «detalles». Sin embargo, dejan traslucir, o sospechar, la existencia en la vida cotidiana de otros criterios de aproximación. Del lado europeo, la familia monogámica de tipo europeo sigue siendo, es cierto, la oficial; en la realidad, la noción de «clan familiar» integrando a parte de los ilegítimos de sangre mezclada es, sin duda alguna, tan importante, aunque sujeta, por la fuerza de las circunstancias, a variaciones individuales evidentes. Del lado del mundo de los esclavos, las cosas resultan más difíciles de discernir. En su tesis todavía inédita, M. Cottias ha tenido el gran mérito, en nuestra opinión, de extraer un método original de aproximación y puede que decisivo. Ha analizado las listas de esclavos, ya sea, y sobre todo, en los censos parciales de los inventarios de plantaciones, partiendo de la hipótesis que el paralelo entre los apellidos de mujeres y los de niños correspondía, en ausencia, en su gran mayoría, de apellidos de hombres, a otro tipo de familia, o para ser más exacto de grupo familiar. De ello ha sacado la conclusión, basándose en otros elementos que sería demasiado largo de enumerar aquí, la profunda aversión del mundo de los esclavos martiniqueses hacia el matrimonio de tipo europeo. Alrededor de la madre, y de la sola madre, es donde se agrupan los «criollos» nacidos en las Antillas y, por consiguiente, donde se realiza la «criollización». Este rechazo al matrimonio requiere unas explicaciones que no son tan evidentes. Lógicamente, es posible adelantar unas cuantas hipótesis: el miedo a ver a una pareja separada por las ventas, pese a estar casada legalmente, es una realidad cuya explotación fue bastante generalizada en el siglo XIX, tanto en las Antillas como en Europa, por los grupos anti-esclavistas (lo mismo en los EE.UU.). Ya dijimos anteriormente que numerosos colonos no veían con buenos ojos

la formación de una pareja de esclavos. Puede que dichos argumentos sean válidos; no obstante, no pueden explicar un fenómeno de tal importancia. Lo mismo ocurre con las «explicaciones» dadas para justificar la noción de clan. No cabe duda que el amor paterno existe, sobre todo en una sociedad donde el número de mujeres blancas estuvo reducido durante mucho tiempo: en su ausencia, el recurrir a la ilegitimidad era una comodidad a la vez que una necesidad y una garantía de supervivencia. La modalidad jurídica que regulariza la vida institucional privada, tanto de las Antillas como de todas las demás colonias francesas, tuvo que desempeñar también un papel, e incluso mayor. Colbert, en efecto, impuso el derecho consuetudinario de París, tanto en Canadá como en las Antillas (y lo mismo en las islas y posesiones del océano Índico). Numerosos historiadores se han mofado de ello y han querido ver la prueba del ultracentralismo monárquico. No compartimos dicha opinión. ¿Qué normativa jurídica podía constituir la regla básica en unas regiones donde las poblaciones procedían de horizontes tan dispares? Los propios colonos no eran oriundos de las mismas regiones francesas: ahora bien, en esos casos, en la metrópoli (y la cuestión se planteó desde mucho antes con la distribución, por toda Francia, de las fincas de la gran aristocracia parisina, versallesca y provinciana), el uso era recurrir al derecho consuetudinario de París, incluso si desde el punto de vista jurídico no era necesario: una solución lógica, por la extraordinaria disparidad de las costumbres francesas y con una lógica interna contradictoria a menudo. En cuanto a las costumbres jurídicas africanas, hubiera hecho falta conocerlas primero, estudiarlas, y no se disponía de los medios para ello. Por otra parte, sus realidades no eran las de las colonias de plantaciones: es un eufemismo. Ahora bien, la partición de tipo igualitario del derecho consuetudinario de París (incluso en temas relativos a la nobleza) presentaba el riesgo de llevar a la parcelación de las propiedades. Lo que no querían los herederos europeos, poco deseosos, en Francia, de ver dividirse un recurso del que todos se beneficiaban; y menos deseosos aún se mostraban los descendientes de la «familia»: el «clan» pasaba antes que la «familia», la realidad económica antes que la aplicación jurídica de una norma, inadecuada por cierto, sencillamente porque la realidad colonial constituía una absoluta novedad, es decir, una forma específica de lo que M. Cottias llama la «criollización», digamos para simplificar la formación de normas y «valores» nuevos, propios de las Antillas, con

los mismos matices «isleños» que varían de un archipiélago a otro, e incluso de una isla a otra. Examinemos un caso extremo, que existe en otra parte (en la Reunión, en las «Hauteurs»), el del archipiélago de Saintes. Sigue desentonando, incluso en nuestros días, dentro del mundo antillano. Representa un residuo conservador de la primera colonización. Todavía hoy su población es «blanca» en su mayoría. Es una población pobre, con un modo de vivir zafio y sobrio hasta la reciente invasión del turismo, destructor y nivelador, aquí lo mismo que en todas partes. Los orígenes geográficos de dicha población se sitúan en la Francia del oeste, con una fuerte connotación bretona. Población de pescadores, para la que el pescado constituye la base misma de la alimentación, que se complementa con los escasos recursos de los huertos... cuando hay agua. Una sociedad profundamente original que ha ido evolucionando casi en completo aislamiento, pese a estar al alcance de la vista de la Guadalupe, y pese a ver desfilar ante sus ojos la gran historia, el día 12 de abril de 1782, cuando la batalla de Saintes, a ver el triunfo de Rodney sobre el almirante De Grasse. Como si nada hubiese ocurrido desde que, en la década de 1660 a 1670, la instalación de la plantación azucarera hubiera sumergido con su ola de esclavos al resto del mundo antillano. Buena prueba de que en las Antillas todo es posible y que aquí existen mundos-refugios, blancos inclusive, y no sólo los bosques dominicanos, donde grupos de esclavos cimarrones resucitaron, o lo intentaron, entre dos cazas del hombre, algunas costumbres africanas, pero dentro de una mezcla inconsciente de «criollización» y de recuerdos de tradiciones ancestrales.

El problema fundamental subsiste, y hasta ahora sin resolver. El rechazo al matrimonio no emana sólo del mundo de los dueños, sino, en su inmensa mayoría, del de los esclavos. Y no tenemos todavía respuestas válidas. Son de todos tipos: 1) por un lado, es preciso que exista cierta igualdad de la «sex-ratio» dentro de las etnias, pero más aún entre las etnias. Para esta cuestión no existe una respuesta general, ya que se trata de la política (o de la falta de política) de los dueños y gerentes de las plantaciones, así como de los flujos de llegada de los esclavos; 2) es preciso que conozcamos las tradiciones africanas relativas al matrimonio (la «poligamia» existe...) a la vez que, y en mayor medida aún, a las posibles relaciones, o no (papel de los tabúes) interetnias. Otras tantas preguntas cuya respuesta está en África y entre los africanistas.

Las condiciones de los archivos que hemos descrito no nos permiten, pues, sacar conclusiones relevantes. Al menos, podemos abordar la cuestión desde dos vertientes opuestas: por una parte, el análisis «macrodemográfico», utilizando los resultados de los censos con las salvedades y las críticas derivadas de su imprecisión y, por otra, mediante el análisis microdemográfico a partir de los inventarios de plantaciones. Es evidente que dichos inventarios siguen siendo poco numerosos; su distribución geográfica depende aún en gran medida de la conservación histórica. Es imposible generalizar las conclusiones, ya que siempre es posible pensar que se trata de casos particulares, y por último, porque los datos se refieren a cifras limitadas: los porcentajes no tienen, por consiguiente, un auténtico significado, a no ser a escala local. En estas condiciones, nos vemos obligados a cruzar aquellos datos que están en los extremos opuestos de la gama estadística. Unos censos de alcance más bien limitado, como el de los hombres en edad de llevar armas: en este caso de absoluta necesidad, y pese a las reticencias que podemos imaginar por parte de los dueños de plantación (se prometió la libertad a aquellos esclavos que aceptaran llevar armas y defender las islas de los ingleses), se pueden confirmar algunos resultados parciales con los citados anteriormente. De esta forma empieza a perfilarse una imagen todavía muy imprecisa en cuanto a los detalles, pero que deja traslucir unas tendencias muy acusadas.

Tomemos el caso de la Martinica:

> El hecho criollo se ha ido constituyendo a lo largo de los años. La historia de la sociedad martiniquesa está hecha de confrontaciones y contradicciones entre sus principales actores. (Pero) los blancos, los negros y la población libre de color nacida del mestizaje y revelador físico de un mundo menos dicotómico de lo que imaginamos.

La criollización es mucho más que una simple «mezcla de razas», cuyo alcance cuantitativo es limitado necesariamente. Ya que la fecundidad atribuida a los «dueños» blancos forma parte de esos mitos que, partiendo de unos cuantos hechos auténticos, generalizan engañosamente. Más aún que en ninguna otra parte, es el gran peligro que amenaza la historia colonial, y la americana en especial.

En lo que a los blancos se refiere, los inicios de las colonias estuvieron marcados, y más en Santo Domingo que en ninguna otra parte,

por la presencia de una importante población flotante, para la que América no significaba otra cosa que un rápido enriquecimiento. El saqueo de Cartagena (1694) es uno de los últimos y más importantes episodios. Gran parte de aquella población desapareció en los albores del siglo. Existe, es cierto, a lo largo de todo el siglo XVIII una notable emigración, pero también una contracorriente cuya importancia es difícil de calibrar. Entre aquella población blanca inicial hay que incluir a los «contratados». Aquellos que formaban parte del plan de asentamiento inicial, cuando el gobierno monárquico contemplaba las islas como base de un pequeño asentamiento blanco.

El procedimiento de contratación se deriva, de hecho, del aprendizaje. Las formas notariales son por otra parte muy similares. Sin embargo, difieren en una modalidad esencial: el coste del transporte a través del Atlántico. El contratado, en la inmensa mayoría de los casos un pobre, «se compromete» con un dueño que le asegura el desplazamiento de un mundo hacia el nuevo, sin perjuicio, eventualmente, de «ceder» al contratado a otro dueño. Lo que constituyó otra forma de tráfico de hombres. A ese precio del pasaje, elevado de por sí porque incluía la comida, se añadía el regalo de una pequeña cantidad de dinero y de ropas nuevas. No hacía falta más para seducir a un pobre desgraciado, pero esto sólo se distinguía del aprendizaje por el hecho de que el contratado no pagaba nada, mientras que los padres del aprendiz abonaban una pensión. Ésta se veía «compensada» por la «contratación» formal para trabajar al servicio de su dueño durante un período de tiempo que variaba de 4 a 7 años (la mayor parte de las veces 7 años) con comida y «alojamiento». Pero el alojamiento en las islas ya sabemos lo que encierra. Nada que nos pueda sorprender en todo esto, y en Inglaterra encontramos la misma forma de «contratación», que representó incluso una de las modalidades importantes del asentamiento de las trece colonias. Pero la contratación significa «propiedad provisional»; al término del contrato, el dueño estaba obligado, en teoría, a suministrar algunas fanegas de tierra con el fin de que el contratado pudiera, a su vez, instalarse para fundar su propia pequeña empresa, o el equivalente en dinero. Como el dinero «contante y sonante» era escaso en las colonias no españolas, también se podía pagar en materias primas: por ejemplo, con tabaco. Aquella costumbre, sin embargo, comprometió el sistema de contratación, el pago en tantas y tantas libras (peso) de tabaco resultando sumamente aleatorio, en fun-

ción de las fortísimas variaciones de las cotizaciones (bajistas lo más frecuentemente). Más grave aún, como el dueño sabe que su contratado no lo será por mucho, se trata, por tanto, de un «capital» temporal destinado a esfumarse al cabo de un determinado tiempo, y que tiene interés en «explotar» al máximo, sin preocuparse de lo que pueda ocurrir al final del contrato. En el papel y las intenciones jurídicas, el sistema rozaba la perfección; en la cruel realidad de una sociedad carente de excesivo sentimentalismo resulta no sólo poco atractivo, sino peor en algunas de sus modalidades que la propia esclavitud. Se concibe sin dificultad, por consiguiente, que los supervivientes, al cabo de siete años, bien intentaran, sin grandes éxitos, utilizar su dinero, que rápidamente resultaba insuficiente para poder pretender instalar alguna plantación importante, o bien, desesperados, intentaran regresar a Francia. Pero ¿cuál fue la magnitud del aquel flujo de regreso?

Teóricamente, podríamos cifrar con un margen de incertidumbre el flujo de ida, ya que los armadores y capitanes de buques debían, de conformidad con la ley, un transporte mínimo de contratados. Hace falta aún que los registros portuarios se hayan conservado. Se pueden suplir, aunque de forma muy parcial, recurriendo a los contratos notariales: además del hecho de que no dan más que indicaciones puntuales —describen en detalle, en cambio, las obligaciones legales de los dueños de contratados— todo depende todavía del grado de conservación de aquellos archivos.

No tenemos, en efecto, indicaciones relativas a la importancia del flujo migratorio que representaban los contratados más que para el único puerto de La Rochelle, que, sin embargo, no era el más importante. De 1680 a 1715, el número de contratados que transitaron por el puerto de La Rochelle se estima en 6.000 para las Antillas francesas y 4.000 para Canadá. En cambio, se tienen muy pocas indicaciones sobre el flujo de regreso. En la medida, muy discutible, en que se puedan extrapolar dichas cifras, ello significaría que considerando los puertos similares de Nantes, Ruán, Burdeos, los únicos que, con toda probabilidad hayan registrado tránsitos importantes, y cuyos flujos posiblemente no hayan sobrepasado en mucho los de La Rochelle, y con Saint-Malo, esto daría, para el reinado de Luis XIV (1661-1715) un total bastante considerable de 50.000 contratados, más o menos. Ahora bien, el efecto de asentamiento dista mucho de corresponderse con aquella «masa». En mayor medida aún que los demás aflujos colonia-

les, siempre caracterizados por un «sex-ratio» masculino muy pronunciado, el movimiento de los contratados es casi exclusivamente masculino, y corresponde, por tanto, a una población flotante especialmente inestable, que refuerza una de las debilidades congénitas de la colonización francesa: el desequilibrio entre los sexos. Por otra parte, desconocemos por completo la proporación de los contratados fallecidos, y menos aún cuántos de entre ellos prefirieron regresar a la metrópoli. Asimismo, los relatos de los «reaparecidos» produjeron un desastroso efecto en la «opinión pública» y contribuyeron a ralentizar de forma muy sensible al movimiento. Así, Colbert impuso, por decreto del Consejo fechado el 14 de julio de 1670, un drástica limitación de las condiciones de la contratación. Es interesante volver a leer sus «justificativos»: para el ministro, muchos candidatos a la contratación se hubieran visto desanimados por el miedo a estar sometidos durante tres años a personas que no conocían y de las que temían los malos tratos. Por esto es por lo que se podía tolerar todavía aquella forma de trabajo durante los períodos en los que los emigrantes eran pocos. Y mencionar aquí los engaños de los capitanes de buques, de los mercaderes. El intento de limitar la duración de esa servidumbre temporal fracasó por completo y hubo que restablecer el período de tres años (los «treinta y seis meses»). De hecho, los plantadores «necesitaban» una mano de obra sin cualificación, negra y servil, lo que tuvo como consecuencia que carecieran siempre las Antillas de una mano de obra cualificada blanca. La penuria de artesanos constituyó siempre una de las debilidades de la colonización francesa en las Antillas, mientras que la «civilización de la madera» norteamericana anglosajona está en gran parte fundada en la aportación de artesanos de la madera ingleses que, a lo largo de varias etapas, constituyeron el contingente más importante de los «contratados» ingleses que transitaban por el puerto de Londres.

Vamos a comparar estas cifras y extrapolaciones atrevidas con el asentamiento militar de Canadá. En 1665, Colbert mandó trasladar a Canadá el regimiento de Carignan con sus 1.000 hombres. Hicieron retroceder a los iroqueses y, si en un principio sufrieron pérdidas importantes en la guerra de los bosques, la destrucción sistemática de los pueblos y más aún de las reservas de alimentos, a la que se sumó una epidemia de viruela, obligaron finalmente a los indios a una paz de 20 años (1667-1687) que posibilitó el posterior desarrollo de Canadá. Como la inmigración de franceses en Canadá fue siempre reducida, el

intendente Talon —una de las grandes figuras de la administración francesa en las colonias (beneficiándose simpre Canadá, en la materia, con muy grandes administradores de la marina tales como Hocquart a mitades del siglo XVIII, futuro intendente de marina en Brest)— propuso un asentamiento militar. Para los oficiales, el rango y prerrogativas de señores, con las correspondientes concesiones territoriales; para los suboficiales y los hombres de clase de tropa, el arrendamiento de las tierras, habiendo recibido a la salida cada uno de ellos un pequeño capital. Estamos en plena tradición romana de la *praedia militaria*. Talon tuvo el apoyo del comandante en jefe de las tropas francesas, Alexandre Prouville de Tracy y del gobernador De Courcelle, uno de los pocos casos de colaboración a lo largo de la historia colonial francesa. La concesión de dichas ventajas, reforzadas por la atribución anual de una soldada militar, o de una parte, posibilitaron la instalación de 25 oficiales y 500 soldados. A quienes se marcharon los sustituyeron varias compañías de soldados a las que se otorgaron las mismas ventajas. En resumen, un asentamiento de tipo militar, respecto del cual los historiadores no se ponen de acuerdo para «evaluar» el grado de «remilitarización» y, para unos, de esa «refeudalización» de Canadá. Otros piensan que los oficiales convertidos en señores en el fondo no eran sino «burgueses gentileshombres». De hecho, no hay que confundir las planificaciones y los deseos de la administración con la realidad. Numerosas concesiones «señoriales» permanecieron en la teoría, puesto que las inmensas concesiones de algunos carecieron por completo de campesinos y, por tanto, no pudieron explotarse. Por supuesto, no ocurrió nada igual en las Antillas, que vieron llegar un número mucho mayor de soldados que Canadá. Pero fueron tales los estragos causados por las epidemias que el número de supervivientes, a juzgar por las estadísticas del siglo XIX, tanto en lo que se refiere a las tropas inglesas como francesas, debió de ser reducido.

En resumen, la comparación Canadá-Antillas, por sumaria que sea, pone de manifiesto los contrastes y resulta difícil imaginar más diferencias de naturaleza entre estos países, que, sin embargo, pertenecían al mismo «imperio». La legislación fue la misma, pero los resultados fueron totalmente distintos. Por supuesto, tenían preocupaciones comunes: los contratados (apuntaremos, de paso, la débil diferencia numérica entre Canadá y las Antillas, el flujo procedente de La Rochelle hacia la primera representando un 40 % del total de los contratados) y

la carencia de mujeres. La preocupación de Colbert por la «población» le impulsó a propiciar la emigración de delincuentes menores, en especial defraudadores de la gabela —siendo otra parte de ellos condenados a galeras—. Siendo poco conocido, el tema es objeto de controversias, lo mismo que el del origen de las mujeres. Y es porque no existieron más que medidas puntuales cuya eficacia resulta difícil de evaluar. A partir de 1665, Colbert mandó instalar en Canadá a niños encontrados, unos niños abandonados del Hospital General de París. Aquellas medidas se extendieron a otros hospitales generales, tales como los de Ruán, Rennes y otros. También intentó enviar algunas campesinas: dirigiéndose, en 1670, al arzobispo de Ruán, señor de Champvallay, le pidió que mandara a Canadá aquel año a «50 ó 60 jovencitas o mujeres para casarse». Ya que las chicas del Hospital General «de París» no habían resultado «lo suficientemente robustas como para soportar el clima y el trabajo del campo». Por tanto, hacían falta jóvenes del campo más resistentes. Por consiguiente, Colbert encomendó al arzobispo que cada cura designara en su parroquia a «una o varias chicas»... Y, en efecto, aquellas jóvenes «encontraban» rápidamente «comprador». Talon, en 1670, apuntaba algunos éxitos: durante el año pasado, todas las mujeres que llegaron se habían casado, exceptuando a 15 de ellas.

Talon elaboró incluso una legislación anti-soltería muy eficaz por su mismo rigor. Los solteros empedernidos se vieron privados de todo derecho de caza, pesca y comercio. Cualquier hombre mayor de 18 ó 19 años soltero, cualquier mujer de 14 a 15 años de edad que estuviera aún soltera, se vieron agobiados de multas. Era preciso que las recién llegadas se casaran dentro de los «15 días». Lamentablemente, es muy difícil averiguar cuál fue el impacto de aquel flujo de mujeres. La única cifra de la que disponemos es la del Hospital General de París, de donde mandaron trasladar, entre 1665 y 1669, a unas 661 personas. Aquellas «chicas del rey» dieron lugar, de entrada, a una natalidad muy alta. Los padres casados entre 1665 y 1670 tuvieron, durante aquel corto período de tiempo, más de 2.000 niños.

Aquellos métodos no eran innovadores, y Richelieu había intentado la misma experiencia para los filibusteros del Caribe. El resultado nos es desconocido, lo mismo que la amplitud de la medida, que tuvo que ser muy puntual. Encontramos la prolongación de aquellos métodos, en especial en el momento del asunto de Law, en las compañías

comerciales integradas en el «sistema». De ahí que hubiera unas confusiones inextricables que hayan dado lugar a virulentas polémicas: ¿las «chicas del rey» eran huérfanas, o eran auténticas «chicas» en el sentido negativo de la palabra, cogidas en unas redadas de la policía real, y cuyo ejemplo literario encontramos en *Manon Lescaut*? Sin duda alguna es preciso hacer una distinción en función de los orígenes. Los niños de los hospicios son niños encontrados o huérfanos. En cambio, ¿cuál fue la proporción de las deportaciones de las «chicas de mala vida»? Nadie lo puede decir, ya que sería preciso disponer de los archivos judiciales y estudiarlos. Sin embargo, parece verosímil, a título de simple hipótesis, que el número de estas últimas haya sido exagerado en gran medida por la mitología literaria...

Para tener una visión global vamos a reproducir aquí las cifras, generalmente aceptadas en la actualidad, referentes a la emigración europea en América. Desde el siglo xv a finales del xviii, de un total de 6 millones de emigrantes europeos, hubiera habido 3,5 millones de españoles, 1.750.000 de ingleses e irlandeses, 1.500.000 polacos, apenas 250.000 alemanes (del sur de Alemania sobre todo) y unos 100.000 franceses y 100.000 holandeses. Si admitimos estas estimaciones —y se las puede refutar—, la emigración francesa sólo hubiese representado un pequeño porcentaje del total. Considerando el conjunto, la emigración francesa aparece de verdad como un fenómeno especialmente marginal y su debilidad intrínseca es, en estas condiciones, cuanto más sorprendente. No sabemos a qué se deben esas enormes diferencias. No podemos evocar el gradiente de la presión demográfica: era tan débil en España. En la actualidad, no existe una síntesis comparable a los trabajos realizados por Magalhaes-Godinho para Portugal o por Hansen para Inglaterra... En cuanto a la presión política, era real, pero tampoco hay que sobreestimar su relevancia: su eficacia puntual existió, pero la continuidad en dicha materia no fue patente. Añadamos que la política real prohibió siempre la emigración de los protestantes a las colonias, sobre todo a partir del año 1685. Y, no obstante, en los inicios, es decir, durante la primera mitad del siglo xvii, fueron bastante numerosos los protestantes y, sobre todo, los «recién convertidos»: puede que infravaloremos su número, puesto que no tenían ningún interés en figurar como tales. En el fondo, la cuestión fundamental reside en la constatación de que la ausencia de impuestos en las colonias francesas no bastó para generar una emigración importante...

Se habla menos, a no ser como anécdota, de otra categoría de población flotante molesta. Las islas fueron, en efecto, el receptáculo de gentes diversas de las que la metrópoli quería deshacerse. Y no es que hubiera, al igual que en las trece colonias, un «presidio» sistemático que, después de la guerra de Independencia americana, se trasladó, en medio de grandes polémicas, a Botany Bay, punto de origen de la actual Australia. La idea de un presidio, destinado primero a prisioneros políticos, no se llevó a cabo hasta la Revolución, cuando el Directorio, ante la imposibilidad de utilizar la guillotina a gran escala, estableció lo que se dio en llamar la «guillotina seca» (la expresión no necesita comentarios) ubicado en la Guayana. Esto en relación con los opositores, y de los monárquicos en especial. Lo que nos ha valido, por parte de aquel gran periodista desconocido que fue Ange Pitou, un notable libro de acusación contra la propia esclavitud. Esto fue el punto de partida de una larga tradición, puesto que la Guayana, y en especial el establecimiento de Cayena, con sus antenas en el pequeño archipiélago de las islas del Diablo —que sirvió de lugar de encarcelamiento al famoso Dreyfus (1894-1897)— y del San Lorenzo adquirieron así una reputación muy sospechosa, que contribuyó en mucho a las dificultades de asentamiento. Tanto, que el clima se utilizó como un medio implícito de eliminación física, en primer momento de opositores criminales, posteriormente de criminales comunes. Esa idea encuentra su explicación en gran parte en el sonado fracaso de la gran tentativa de asentamiento de la Guayana en tiempos de Choiseul que, mal organizada, acabó en un total desastre; las fiebres y enfermedades tropicales, sumándose a la escasez de avituallamiento, pudieron con 10 a 15.000 «colonos» voluntarios, entre los cuales muchos eran oriundos de Alsacia y del este de Francia (1764-1767).

La idea de utilizar a los «criminales» como mano de obra colonial no es específicamente francesa. Para deshacerse de sus *convicts*, Inglaterra, desde mediados del siglo XVII, los exportó hacia Maryland y las demás colonias del «Sur» americano: su sistema de plantaciones tropicales era lo más parecido a las «Islas». Muchos tribunales ingleses, de forma sistemática, transformaron la pena de muerte en deportación a América. Para comprobarlo, sólo hace falta leer las novelas de Defoe, y las estadísticas judiciales extendidas por algunos condados ingleses son harto elocuentes (*Moll Flanders, Coronel Jacques*). Nada parecido en Francia. Aquí reina el pragmatismo sin continuidad política, a tirones.

Existió primero la «deportación voluntaria a petición de las familias», comparable con la «carta real» de destierro o encarcelamiento y bastante similar. Se trataba fundamentalmente de hijos pródigos de buena familia, o que se habían dado a conocer por alguna acción «infamante», por crímenes o delitos atentando al «honor de las familias», a veces simplemente por un «matrimonio desigual», o «rebajándose». El comparecer ante los tribunales ordinarios era considerado como una pérdida del honor de la familia; por tanto, se solicitaba discretamente, primero ante un subdelegado, luego ante el intendente provincial, que lo comunicaba a las oficinas de Versalles, la deportación amistosa. A veces, se trastocaba el procedimiento habitual. A la oveja negra así separada de la metrópoli se le brindaba la oportunidad de «rehabilitarse», incluso de rehacer fortuna. Puesto que a la sociedad colonial no le entorpecían escrúpulos análogos a los de la sociedad metropolitana, eso ocurría a veces. Pero, una vez más, resulta imposible cifrar la importancia verdadera del flujo que ello representó, y menos aún del contraflujo de regreso, que debió de ser bastante escaso.

La deportación por la fuerza, sin pasar por el aparato judicial, se remonta casi a los inicios de las colonias francesas en América. Adoptó formas harto variadas, y como suscitó en la sociedad metropolitana una ola de indignación acompañada por una auténtica fantasmagoría —que tuvo mucho que ver en el descrédito de la política parisina, en especial en el siglo XVIII, y de rebote, del gobierno del Antiguo Régimen— conviene ser muy prudente y separar lo que pertenece al mito de lo que pertenece a la realidad. En lo que a las sociedades coloniales se refiere, es lógico que, incluso en nuestros días, no les guste evocar a semejantes antepasados, sospechosos, *a priori*, de todos los crímenes. Ello se remonta casi a la toma de posesión de las Pequeñas Antillas: Richelieu habría mandado a los filibusteros —sociedad masculina en su cuasi totalidad— varias naves «cargadas» de mujeres. Durante la Regencia (1715-1723), la Compañía de Law intentó sistematizar el procedimiento a bastante gran escala, en especial para Luisiana. De ahí las repercusiones literarias: el abad Prévost describió la suerte de una de esas deportadas por razones de mala vida en su famosa novela, que cosechó un éxito inmediato y por largo tiempo: *Manon Lescaut* (1731). Sobrepasamos aquí la realidad para encararnos primero con un mito de dimensión, al fin y al cabo, internacional, y una obsesión en especial parisina a lo largo de todo el siglo XVIII.

Aquella obsesión es la del secuestro clandestino. La temática siempre es la misma. Un coche con un comisario o un inspector de policía secuestra al pasar por un barrio a una chica, o un chico, joven, aparentemente solos, que mandan a continuación «a las islas» de forma más o menos clandestina. La obsesión, con algún núcleo verídico, se convierte en un potente y temible mito, hasta el punto de que es, hasta los años 1760 aproximadamente, uno de los motivos de las contadas sediciones parisinas.

Por tanto, resulta sumamente difícil separar lo verdadero de la obsesión. ¿Quiénes eran esas «chicas del rey»: unas huérfanas, unas niñas abandonadas? ¿O ambas cosas a la vez, como puede que fuera lo más probable? Carecemos de estudios serios al respecto. El hecho es que el problema del «sex-ratio» es la constante de las colonias nacientes, y que, por definición, la «población flotante» es fundamentalmente masculina. No sólo la trata negrera crea y descansa de entrada en el desequilibrio inicial, y que se fue prolongando durante mucho tiempo, de los sexos. La implantación de los soldados del rey de los regimientos enviados durante la década de 1665-1675 a Canadá forma parte de aquel tipo de asentamiento, el cual se remedió, en Canadá por ejemplo, mediante una política de fuerte cariz natalista, basándose en la inducción –forzada la mayoría de las veces– al matrimonio secundado por la incitación a la natalidad a través de diversas medidas fiscales. Tomemos el caso de Canadá, donde los recientes estudios permiten decantar los puntos de vista. Ya a mediados del siglo XVIII, Peer Kalm apuntó una componente particularmente notable de la población canadiense, a la cual nos hemos referido anteriormente. Para él, los campesinos canadienses eran oriundos del centro-oeste de Francia en su gran mayoría, así como Normandía y Bretaña; unos medios rurales atraídos hasta allí por diversas razones que correspondían a unos canales de reclutamiento específicos. Poblaciones rurales que trajeron consigo sus tradiciones de culturas y comportamientos, que se adaptaron al tiempo y a los lugares infinitamente mejor que a las islas. En cambio, sus esposas, según él, eran oriundas de París, y disponían de un nivel de alfabetización muy alto, así como de una «urbanidad» notable y comprobada, poco frecuente en las Américas. Una opinión que, en líneas generales, puede verificarse a través del detalle de las genealogías y de los resultados de la investigación demográfica. Nos gustaría disponer de medios de comparación con las Antillas. No son posibles: a finales de la Restauración, el Ministerio

de Hacienda publicó una serie de gruesos volúmenes dando el total de las indemnizaciones concedidas a los plantadores desposeídos de Santo Domingo. El referido documento dista mucho de ser perfecto: faltan las familias desaparecidas, ya sea por integración en estados y sociedades próximos de Santo Domingo: la parte meridional, sureste de Cuba, que sirvió, entre 1792 y los años 1830, de trampolín provisional entre Santo Domingo y EE.UU., y sobre todo, el sureste de EE.UU.: pensemos en el caso de la familia del pintor Degas, con su conocido cuadro sobre la Bolsa del Algodón de Nueva Orleans. Otro rasgo específico de aquel censo fiscal *a posteriori*: se refiere al mundo de los dueños, y no da detalles sobre el de los esclavos más que para la evaluación de las indemnizaciones satisfechas. En ausencia de un auténtico análisis estadístico, tenemos que conformarnos con algunas impresiones superficiales. La primera, que no contiene una gran información, es que toda Francia está representada, a finales del siglo XVIII, en Santo Domingo. Los lazos con la nobleza de la corte son patentes: las plantaciones son uno de los elementos de la riqueza de muchas familias de la corte, que no despreciaron aquel tipo de inversión.

El caso más famoso es el de la familia de Beauharnais. Joséphine y los suyos tuvieron un gran peso en la fatídica decisión de Napoleón de intentar reconquistar Santo Domingo y restablecer pura y simplemente la esclavitud. Una decisión cargada de consecuencias: ya que arrastró allí a parte del ejército francés, los mejores elementos constituidos por residuos de la expedición de Egipto y de las grandes campañas revolucionarias. Todo esto al mando del general Leclerc, próximo a los Beauharnais. Ese deseo de reconstituir el imperio colonial antillano fue, además, una de las principales razones del reinicio de la guerra marítima. De hecho, la campaña, con sus peripecias, revela lo que pudo ser la mortandad para unas tropas y, en general, para unas poblaciones europeas trasladadas a unas islas que, según imaginamos en nuestros días, eran salubres. Incluso sin la intervención inglesa, que no hizo sino acelerar el proceso, la malaria (no se efectuó el mantenimiento de los fosos de evacuación entre 1792 y 1801), y sobre todo la fiebre amarilla hubiesen diezmado el ejército francés. Las tasas de mortalidad fueron extraordinariamente elevadas, y la sustitución de Leclerc, quien sucumbió a las enfermedades, por el hijo del vencedor de Yorktown, Rochambeau (1802), no cambió nada en la pendiente fatídica y desembocó en un completo desastre sanitario.

Los dosiers referentes a las indemnizaciones revelan, pues, una población «residual», compuesta de supervivientes inmunizados, adaptados al ecosistema antillano, o que regresaron a Francia. Aquella población demuestra en qué medida la sociedad de propietarios de plantaciones fue móvil, «flotante», con unos flujos de regreso sumamente importantes, en cuanto «funcionaba» más o menos la plantación. Preferían volver a Francia, aunque sólo fuera por la educación de los niños. Porque la sociedad colonial no disponía, en realidad, de instrumentos ni redes de integración educadora e intelectual que, normalmente, hubiesen tenido que existir. Nada comparable con las redes educativas anglosajonas con sus universidades que rápidamente se hicieron famosas, ni con las del imperio americano de México, Guatemala o Perú. Las ciudades de Santo Domingo no respondían a las definiciones de la ciudad que jerarquiza todas las actividades mentales. Les faltó en gran medida la función educativa, empezando por los conventos femeninos, en los que poder «formar» a las jóvenes. Y ello, pese a su tamaño. Qué diferencia con las ciudades canadienses: mucho más pequeñas (son ciudades muy medianas en comparación con las aglomeraciones de las Antillas francesas) que disponían, a este respecto, con excepción de las universidades (pero las universidades francesas de aquella epóca no desempeñaban más que un papel poco relevante en la vida intelectual), de todo lo equivalente a una ciudad media de la buena provincia francesa normal. Tanto es así que los niños educados en Francia, a menudo bajo la tutela de un negociante amigo, perdían progresivamente el contacto con las realidades coloniales y existió un verdadero foso entre sus puntos de vista, a menudo «filantrópicos» y los brutalmente realistas de sus representantes locales. Así la propiedad no fue sino un revelador «abstracto» de la capa superior que, aparte de los lazos con la sociedad cortesana, incluía una pequeña, pero notable, mayoría de «dueños» residentes o no, procedentes de la mediana o pequeña burguesía portuaria de los grandes puertos de la fachada atlántica, o de las ciudades, pequeñas o medianas, del valle del Loira, del Garona o del Dordoña. Ninguna provincia francesa quedaba excluida. Era un auténtico corte del conjunto de la Francia del Antiguo Régimen. Aunque relajados, los lazos se mantenían bajo formas diversas. Primero unas formas de «ostentación» colonial típica, que perduraron durante largo tiempo, hasta la primera guerra mundial. Algunos ejemplos anecdóticos pueden subrayar a la vez la precariedad, el esnobismo, pero también la viabilidad de aquella forma. Era costumbre, en

determinadas familias, mandar la ropa sucia una vez lavada para blanquearla en Santo Domingo, cuyas aguas tenían fama de ser más puras y el blanqueo al sol tropical más eficaz que en la metrópoli. Una valiosa indicación sobre la oposición típicamente colonial (que ya no existe en nuestros días) entre la relativa superpoblación de la llanura y el vacío de las montañas: la contaminación humana, tan característica de los ríos y cauces europeos, no existía allí, el asentamiento general asemejándose al de las civilizaciones asiáticas que oponían la humanización de las partes bajas al «estado salvaje» de las «alturas», refugios de los esclavos cimarrones. Otra costumbre ostentatoria: enviaban sus toneles de vino del valle del Loira, de la cuenca de Aquitania o de las afueras de París a cruzar el Atlántico dos veces de manera que el vino «madurase», no sin pérdidas, incluso lo enviaban a dar la vuelta al mundo. Aquel vino se convirtió en el foco de interés de las mesas de los días de festín, en donde de lo que se trataba era de «epatar» a los convidados, cuidadosamente escogidos. En cuanto a los muebles, confeccionados en París, en el «Faubourg» Saint-Antoine por los mejores ebanistas de la época, los enviaban a veces a China para mandarlos lacar como era debido y desde allí, a su regreso a las «islas», en la gran cabaña, ser el centro del juego del «parecer» de una sociedad integrada ampliamente por nuevos ricos. Lo que no impedía en absoluto, sino todo lo contrario, disponer, aparte de aquel mobiliario de parada, de unos muebles normales de uso corriente muy sumarios. A través de aquellos detalles, es así como se manifestaba una sociedad «americana» muy especial, «criollizada»: sólo que el fasto de los dueños no era exactamente el mismo que el de las gentes de color y *a fortiori* de los esclavos.

En total, un grupo de «dueños» (hay que incluir entre ellos a los gerentes, parte de los cuales pertenece a la amplia «parentela» de los propietarios llegados para restablecer una situación financiera comprometida por una mala gestión anterior) sumamente mezclado, de origen social no menos diverso, con numerosos «nuevos ricos» y «hombres nuevos» que contrasta con la sociedad metropolitana. Y sobre todo, un grupo de auténtica población «flotante», en diversos grados, es cierto. En cuanto a los «grandes» propietarios se refiere, la residencia, exigida en un primer momento, constituye cada vez menos la norma, sin que podamos determinar su porcentaje, pero oscilaba entre los puertos y la capital de la metrópoli, la plantación rural y la ciudad colonial. En el grupo de blancos «medios»: abogados, el mundo heterogéneo de los

«gerentes» y afines, donde lo mejor coexistía con lo peor, el fiel y el honrado de los que existían casos, y la frecuente falta de honradez, a veces elevada a la categoría de símbolo, el modo de vivir mixto evolucionó entre la(s) plantación(es) y la(s) ciudad(es) local(es). En cuanto a la propia ciudad, segregaba buena parte de los «pequeños blancos» que integraban desde la ruina-esponja empapada en alcohol y tafia hasta el recién llegado que buscaba la forma de elevarse en la escala social, tan peculiar, de la colonia.

Por sumario que resulte dicho análisis, nos permite entender mejor la evolución demográfica. El número de blancos creció rápidamente en los inicios de la colonia, por excedente de inmigración en relación con la emigración-regreso a Francia, a la vez que por la natalidad. Así fue creando un medio estable de aquellos que se «quedaron *in situ*, implantados en la tierra antillana» —lo que no bastaba, porque era preciso además y era lo único decisivo, «integrarse» en la red y la mentalidad «de las relaciones criollas»—. En una palabra, aquellos que se instalaron en un mundo y una sociedad nueva, sin pensamiento de regreso a una sociedad europea de la que, de ahora en adelante, se diferenciaban en exceso. Aquellos que vivían de las hierbas que valorizó la cocina local: coles caribeñas, plátano, papaya, guayaba, palmitos, hojas de batata, corazón de los «caobas de jarin» y, por supuesto, la piña. A ellos se sumaban las verduras europeas, las «hierbas» achicoria, acedera, melones, incluso la lechuga, etc. Pero la criollización quizá residiese en primer lugar en el recurso, por parte del grande o pequeño blanco, a las plantas de los esclavos, tales como la mandioca (harina de mandioca), ñames, batatas, etc. Así se creó una cocina «béké», con poco pan, y naturalmente, mucho azúcar. Salvo en el aspecto de la cantidad, el «menú» de los blancos de la plantación se asemejaba al de sus talleres: fue disminuyendo la parte de los alimentos originarios. ¿Acaso se debiera simplemente a que toda la superficie del suelo estuviera reservada únicamente a la caña? El argumento parece poco convincente, ya que un huerto al estilo europeo no ha ocupado nunca mucha superficie. Era más bien que los huertos y los vergeles los cuidaban unos esclavos, de igual forma que nodrizas negras criaban a los niños.

Hagamos un breve resumen con algunas cifras. En la Martinica, las tasas de crecimiento anuales de la población blanca, que se situaban por encima del 2 % anual hasta principios de la guerra de la Liga de Augsburgo, registraban una primera disminución (1 %) entre 1692 y

1715, prueba de que las guerras tuvieron consecuencias; para luego experimentar un rebrote a un 2 % hasta 1735 aproximadamente. Esta fecha de 1735 marcó una profunda ruptura. El excedente, notable por tratarse de una población tropical, cayó bruscamente a partir de 1735 por debajo de la tasa de mantenimiento al mismo nivel de la población. A partir de 1735 hasta el año 1848, aquella tasa de crecimiento fue permanentemente negativa, baja hasta principios de la guerra de los Siete Años, luego muy fuerte (—0,6 %) entre 1755 y 1775, para remontar a —0,1 % con la esperanza recobrada durante la guerra de Independencia americana, y caer de nuevo a —0,6 % durante el período revolucionario e imperial. Entre 1815 y 1848, fue de nuevo positiva con +0,4 %. En cuanto al movimiento de los contratados, el número total no alcanzó nunca los mil (censados) y experimentó un estiaje acusado durante las guerras finales del reinado de Luis XIV, prueba de que el grupo se mantenía sólo por una constante aportación externa, lo que supone una muy importante mortandad (naturalmente, con el déficit provocado por la transformación del estatuto de los contratados al término de su contrato y algunos regresos a la metrópoli). Lo que, en cifras «absolutas» (nos limitaremos a dar aquí únicamente unas órdenes de magnitud) da una población blanca que culminó hacia los años 1735-1740 en 15.000 aproximadamente, punta absoluta de la curva hasta mediados del siglo XIX. En la práctica, la cima de los años 1736-1740 fue seguida de un lento «descenso» que acabó por estabilizarse ligeramente por encima del nivel más bajo de 10.000. Esto, frente a una población total en el seno de la que fueron representando un porcentaje en continua disminución.

Número total de esclavos importados a las Antillas por naves francesas (1701-1810)

Martinica	Guadalupe	Santo Domingo
259.000	240.000	790.000

Total general: 1.390.000, o sea el 18,6 % para la Martinica, aproximadamente lo mismo para la Guadalupe, que, por tanto, no suman más que alrededor del 36 % del total de las importaciones francesas

(son las cifras de Curtin, un tanto bajas sin duda alguna, y que no toman en cuenta las importaciones clandestinas de esclavos por el comercio extranjero). Santo Domingo se lleva la mejor parte, con un poco más de un tercio de las importaciones. Lo que traduce de forma errónea el predominio absoluto de la segunda mitad del siglo XVIII, en la que prácticamente el 90 % de la trata se hacía hacia Santo Domingo. Por sumarias que sean, dichas cifras plasman un hecho que no se tiene lo bastante en cuenta: la rebelión de 1792 interviene después de un período de considerable crecimiento de la población esclava en un espacio de tiempo muy reducido, lo que significa que la «criollización» de Santo Domingo no pudo extenderse a lo largo de un período de tiempo suficiente. Las Pequeñas Antillas, en cambio, tuvieron la suerte de disponer de un tiempo de aclimatación mucho más largo.

De esta forma se plantea la cuestión fundamental de la evolución propia de la población esclava y posibles comparaciones con las tasas demográficas de los otros dos grupos. M. Cottias las ha calculado con una probidad digna de elogio, pero a partir de datos cuya fragilidad se mencionó más arriba. Lo que describe en el caso de la Martinica, basado en los inventarios de «un determinado número de datos entrecruzados» permite, sin embargo, entrever una problemática especialmente interesante.

Las tasas de fecundidad de los blancos son, en líneas generales, medianamente elevadas (alrededor de un 300 por mil) desde los años 1670 hasta 1740 aproximadamente. Interviene entonces una caída brutal por debajo del 200 por mil hacia el año 1760, seguida de un lento declive continuo hasta 1815 (momento en que la curva se aproxima a la de los esclavos, e incluso cae ligeramente por debajo de ésta, alrededor de menos del 50 por mil).

Las tasas de fecundidad de los esclavos son muy simples de describir: es una línea casi plana que se mantiene extrañamente estable en una cifra muy baja y constante.

Únicamente la curva relativa a la gente de color ofrece una extraordinaria originalidad. A partir del momento en que empezamos a poder interpretarla (no siendo su número suficiente como para establecer series sobre cifras globales demasiado débiles), o sea hacia 1700, la curva es harto elevada, alrededor de 10.000, y esto hasta 1760 aproximadamente, cuando interviene una caída vertiginosa hasta el nivel de 300; la caída se interrumpe entonces para transformarse, de 1760 a

1775, en un lento repliegue que, en vísperas de la Revolución, se va acelerando sin cesar hasta alcanzar la curva de los otros dos grupos.

El modelo dominante de fecundidad y natalidad, por consiguiente, no es el modelo blanco, como rezaba el mito, sino el del negro, que «atrae» literalmente. La tasa de natalidad de los esclavos se encuentra muy por debajo de la de la metrópoli. Todo ello no se puede explicar lógicamente más que por un recurso masivo a todos los procedimientos de contracepción conocidos en aquella época. Y eran peligrosos, con la posibilidad de provocar una esterilidad duradera o definitiva de toda una parte de la población negra. La comparación con la demografía (mucho mejor estudiada) de las islas inglesas arroja como resultado que la Martinica tenía la tasa de reproducción (negativa) más baja de todo el Caribe.

Dichas cifras cobran pleno sentido con la comparación con las tasas de mortandad. Si nos atenemos a los cálculos de M. Cottias (especialmente frágiles en este punto, porque se basan en unas cifras absolutas muy bajas, lo que les priva de buena parte de su valor demostrativo y no permite utilizarlas sino a título de hipótesis, pero de hipótesis verosímil, añadiremos), las cifras serían como sigue: de 1661 a 1715 la tasa de mortandad media sería de 14,5 %; luego baja, de 1720 a 1786, a un 7,5 %; posteriormente, en vísperas de la Revolución hasta mediados del siglo XIX, a un 4,7 %. En realidad, dichas tasas con toda probabilidad serán más elevadas aún. Es decir que, en relación con una tasa de natalidad sin variación y especialmente baja (menos del 3 %), el excedente de mortantad, enorme antes de 1700 (entre un 15 y un 20 %) cae hacia 1720 a un nivel estabilizado con sobresaltos alrededor de un umbral que se sitúa cerca del 8 % hata 1770-1780, aproximadamente, para experimentar muy paulatinamente el nivel de la curva de los nacimientos (por un corto período) hacia el año 1840. Una comparación con las islas inglesas vecinas muestra que las tasas de mortandad de la Martinica eran las más elevadas.

Dichas estimaciones, por discutibles que sean, son del todo verosímiles. Y pueden extenderse, sin grandes riesgos de equivocarse, a las demás Antillas francesas. En cualquier caso, permiten eliminar ciertas hipótesis. Aunque sea preciso profundizar en los «detalles».

Como era de esperar, el número de nacimientos está infrarregistrado, lo que aumenta en la misma proporción las tasas de mortalidad. Son tan elevadas como era de temer, y no bajan con la edad, como

ocurre (pero en proporciones inferiores a las de la metrópoli) entre la población blanca: la influencia del dueño resulta, en esta materia, preponderante: en las habitaciones en las que se procupa de los que de él dependen es donde se alcanzan tasas de reproducción positivas. El elemento fundamental sigue siendo, sin embargo, el mismo en todas partes: únicamente la población de esclavos negros nacidos en las Antillas (los auténticos «criollos») llega, tras un régimen demográfico de transición, a un sistema paulatinamente excedentario que no empieza a asomar de verdad sino a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Las primicias hicieron su aparición en los años 1830 antes de la supresión oficial de la esclavitud. Podríamos decir que ésta se impuso en los hechos antes que por la ley. Y a partir de ese momento, y gracias sobre todo a los progresos en la aplicación de la medicina de la época post-Pasteur, se entró en otra lógica demográfica.

Es decir, ante todo, que la criollización demográfica fue dictada y determinada incluso para los blancos por la alineación de todas las tasas de natalidad sobre la muy baja de los esclavos negros. Aquel modelo muy peculiar estuvo vigente hasta mediados del siglo XIX. Y como los esclavos constituían la inmensa masa de la población, marcaron el ritmo de toda la demografía isleña. Esto en cuanto a las Pequeñas Antillas, ya que en Santo Domingo independiente la «recogida» demográfica de la población es del dominio, hasta el siglo XIX, de la ilusión. ¿Existió allí una evolución particular?

En resumen: el hecho sobresaliente fue la baja natalidad negra, estrechamente ligada por una parte al masivo rechazo del matrimonio y, por otra, al recurso, masivo también, a los contraceptivos naturales procedentes de África. La caída de las tasas de mortalidad estuvo ligada a la lenta, pero segura, progresión del número de criollos nacidos en las Antillas. Frente a ello, el comportamiento de los blancos «se explica» con toda probabilidad, por unas «estrategias de preservación del patrimonio de las haciendas», es decir, mediante la práctica de una drástica limitación de los nacimientos, mucho más importante que la que se practicó en la metrópoli durante el siglo XIX. Y paradójicamente, la población libre de color posee una actitud profundamente contradictoria a lo largo del tiempo. Lo propio de la liberación es provocar una explosión de natalidad, que tiene como consecuencia, pese a una elevada mortandad, el hacer literalmente explosionar al grupo, tendiendo por otra parte el número de libertos oficiales a aumentar con

rapidez, sobre todo en Santo Domingo. Esta actitud, que supuso el abandono de los abortos y de los procedimientos contraceptivos (sin hablar de la desaparición de algunos malos tratos) se prolongó hasta la guerra de los Siete Años. Y brutalmente, por algún motivo que hasta ahora se nos escapa por completo, las tasas de natalidad del grupo de las gentes libres se alinearon sobre las de la población blanca... de primera mitad del siglo XVIII para coincidir con la de los esclavos, en el nivel más bajo, sobre todo en los años 1830, en el momento mismo en que cesó la trata negrera.

En esa fecha, los comportamientos demográficos se confundieron por completo con el modelo dado por los esclavos negros... Luego empezó, de forma muy lenta al principio, y después, a partir del período entre las dos guerras, una historia totalmente distinta, que desembocó en un modelo inverso, con una muy fuerte natalidad negra, acompañada de tasas de mortandad muy bajas y, por tanto, excedentes de nacimientos cada vez más altos. Para dar lugar a la actual situación:

	Guadalupe		Martinica		Haití		Guayana Francesa	
1980	N.	M.	N.	M.	N.	M.	N	M
	28,8	17,3	27	14,5	7	7	38,7	28,3

N: Tasa de natalidad (por mil)
M: Tasa de mortalidad

De 1960 a 1980, la población de la Guadalupe pasó así de 257.000 habitantes (o sea, una densidad de 144 habitantes por km^2) a 340.000 en 1974 (191 por km^2) y 320.000 en 1980. Las cifras correspondientes son para la Martinica respectivamente de 264.000 en 1960, 340.000 en 1974 y 320.000 en 1980, o sea, una densidad media de 244 por km^2 en 1960 y de 308 por km^2 en 1980. Comparemos con Haití, que contaba con más o menos 2 millones y medio de habitantes en 1930 y ha sobrepasado, en la actualidad, los 5 millones. Qué destino para unas islas al fin y al cabo de muy reducidas dimensiones: Guadalupe tiene 1.102 km^2, Martinica, algo mayor, 1.779 km^2, mientras que Haití tiene 27.740 km^2 (más de 100 habitantes por km^2).

Capítulo IV

EL PAPEL DE LA ECONOMÍA Y DE LA POLÍTICA

No se puede imaginar un destino más opuesto al de las posiciones francesas continentales, cuyo centro es Canadá, que el de las islas, ya que existe una curiosa paradoja: en 1763, las colonias más caras, que nunca dieron beneficios y cuyos recursos eran más mediocres, y que, probablemente, hubieran sido las más difíciles de desarrollar, fueron las que se cedieron a Inglaterra, mientras que las islas tan diminutas, pero tan «ricas», han permanecido francesas hasta nuestros días. Y más aún. En 1774, en vísperas de la guerra de Independencia americana, el alto funcionario del Secretariado de la Marina, Saint-Didier, llegó a pensar que la suerte de las Antillas francesas estaba virtualmente echada y que, tarde o temprano, estarían abocadas si no a la Independencia, al menos, y con toda probabilidad, a su incorporación a la gran República naciente. Por consiguiente, propuso, para compensar, la conquista de Egipto, cuyo intento se llevó a cabo en 1796, con el fracaso que sabemos. Vanidad de las predicciones racionales: nunca se produjo la incorporación a EE.UU., como tampoco la Independencia. Es preciso comprender el porqué.

En primer lugar, recordemos, pues, las fechas. En 1555 fue cuando el almirante de Coligny mandó al almirante la Villegagnon establecer un puesto en América del Sur; y fue Fort-Coligny, en la bahía de Río de Janeiro, una colonia dividida a nivel religioso que, en un desastroso estado «social» ya en 1559, destruyeron los portugueses. El episodio de Florida de Fort-Carolina, creado en 1562, corrió la misma suerte: esta vez, los españoles acabaron con cualquier amenaza de filibusterismo en el camino de vuelta de los galeones. No tuvieron más éxito los posteriores intentos en América del Sur. En 1604, De la Tou-

che de la Ravardière implantó una tercera colonia en la Guayana, en las peores condiciones de adaptación climática. El cuarto intento, el de los hermanos Razilly, los futuros consejeros marítimos de Luis XIII y de Richelieu, se situó en 1612, en la isla de Maranho, próxima al estuario del río Amazonas. Los portugueses arrasaron la colonia en 1616.

Así, los intentos de asentamiento en América del Sur tuvieron lugar en dos épocas: al inicio de las guerras de religión y durante el reinado de Enrique IV; estamos en presencia de dos políticas «coloniales», la última de las cuales se prolongó a lo largo del reinado de María de Médicis. No se produjo un hiato en la materia entre Enrique IV y la regente.

En Canadá, la toma de posesión, sumamente teórica, de Jacques Cartier, está fechada en los días 20 de abril de 1534 y 24 de julio del mismo año. Sus posteriores viajes tuvieron lugar en 1535, 1536 y 1541. El intento de colonización de su subordinado Jean-François de la Roque et Roberval, que llegó en 1542, cuando Cartier ya se había ido, fracasó a causa del escorbuto —la falta de preparación y la inadaptación a las condiciones americanas una vez más— y la expedición fue repatriada en 1543. Las tentativas canadienses se reanudaron en 1587, en medio de un auténtico embrollo de luchas encarnizadas entre los sucesivos titulares de los privilegios de la trata de pieles otorgados sin espíritu de continuidad, y según la buena o mala fortuna de los sucesivos favores, y los mercaderes de Ruán y Saint-Malo, que allí se encontraban nada dispuestos a compartir con quien fuera los beneficios de aquella trata. Por ese motivo, los Troilus du Mesgouez (marqués de la Roche), los Chauvin, los Pontgravé y demás Des Monts no pudieron conseguir sino resultados irrisorios, de poca monta.

A partir de 1603 fue cuando las cosas empezaron a ponerse serias. De (o Des) Monts se hizo nombrar lugarteniente por el rey de Acadia, en 1604, y fundó la ciudad de Port-Royal. Por bueno que fuera el lugar, mayor era la hostilidad de los indios. Fue uno de los amigos del lugarteniente de Des Monts, Samuel Champlain, quien llevó a cabo la etapa decisiva, al fundar, en 1608, Quebec, que venía a sustituir al sitio muy poco propicio de trata de Tadoussac. El único inconveniente de aquel lugar era la prolongada paralización debida al hielo del golfo del San Lorenzo, que limitaba las condiciones de acceso a la ciudad y al puerto a los pocos meses de verano. Champlain amplió sin demora la cabeza de puente así creada, y mediante una serie de raids atrevidos se

llegó hasta los grandes lagos, reconociendo, de paso, el futuro emplazamiento de Montreal. Ahora bien, lejos de verse abandonado cuando la muerte de Enrique IV, siguió beneficiándose del apoyo real. Estimaba, en efecto, María de Médicis que el asentamiento francés en Canadá se encontraba lo bastante lejos del imperio español de América como para no inquietarle, y que, más aún, podría contrarrestar el de los ingleses en América. Mientras que Enrique IV había esbozado sin grandes precisiones una auténtica política colonial, María de Médicis seguía manteniendo, al menos sobre este punto, la herencia tanto en América del Norte como del Sur. El asesinato de Concini (1617) constituyó una ruptura por unos años de aquella continuiudad. Al menos los establecimientos franceses existían, en estado vegetativo, todo hay que decirlo, lamentable, con unos pocos centenares de personas.

Con Richelieu, todo se reinició, pero el Estado, inmerso en la guerra antiespañola, que iba a durar treinta años, no disponía de fuerzas y finanzas suficientes para intervenir de forma directa: intentó, por tanto, constituir unas grandes compañías mercantiles que se encargaran de la colonización. Política doble, hecha por completo de oportunidades aprovechadas, con métodos que variaron en función del tiempo y del lugar. En las Antillas, los filibusteros franceses andaban, desde el año 1620, por la isla de San Cristóbal. El anónimo de Carpentras prueba que la frecuentación del Caribe era algo bastante usual, y menos hostil y difícil de lo que se dijo durante mucho tiempo. En 1624, Urbain de Roissy y Pierre Belain d'Esnambuc sobre todo, ambos filibusteros-piratas, propusieron a Richelieu la fundación de una compañía mercantil encargada de la explotación de San Cristóbal... y de la Barbados. Dicha compañía de San Cristóbal se fundó en 1626 en una extraña mezcla de concesión señorial y de espíritu mercantil. Veámoslo un poco más en detalle.

Pierre Belain d'Esnambuc (1585-1636), padre y fundador de las colonias francesas en las islas caníbales (la expresión es del padre Dutertre), procedía de una familia noble normanda venida a menos. Excelente marinero, se había convertido en capitán de navío. En 1625 equipó, a su costa, con el capitán de Roissy, una nave filibustera con 40 tripulantes. Tras un combate con un galeón español, fondeó por casualidad en la isla de San Cristóbal donde algunos filibusteros se encontraban instalados ya desde el año 1622. A su regreso, D'Esnambuc, no sin unas cuantas faltas graves a la verdad, se dirigió a Richelieu con

el fin de obtener su protección y desarrollar una colonia. Así fue cómo la carta real patente de 1626 constituyó, de alguna forma, el certificado de nacimiento «oficial» de las Antillas francesas (citado por Jean-Baptiste Dutertre en su *Historia General de las Antillas* (París, ed. Jolly, 1661-1771). D'Esnambuc fue presentado así como aquel que estaba realizando desde hacía 15 años, es decir, desde 1620-21, intensos esfuerzos para «encontrar países cultivables ubicados bajo un buen clima» (la alusión negativa a Canadá es poco probable) y había encontrado desde «hacía poco tiempo» San Cristóbal y la Barbados, una con un perímetro de 35 leguas, la otra de 45, así como otras islas próximas a la entrada de Perú, desde los 11° a los 18° de latitud norte del Ecuador. D'Esnambuc se vanaglorió de haber permanecido en tierra más de un año «para adquirir un conocimiento profundo». «Vieron y comprobaron que el aire allí era muy suave y templado, el suelo muy fértil», y por consiguiente que se podía sacar mucho provecho y «muchos beneficios» para las necesidades de los hombres. Llegaron incluso a sugerir, atractivo supremo, que los indios que allí vivían habrían mencionado minas de oro y plata; por lo que nuestros dos cómplices habrían decidido fundar allí una colonia (lo que era totalmente falso, ya que el pequeño asentamiento de filibusteros les había precedido). Más aún, con el fin de introducir las leyes de Su Majestad, habrían implantado dos fuertes y puertos (sin comentarios...). Habrían dejado a 80 hombres con un capellán «para celebrar misa y dar los sacramentos», sin olvidar «los cañones y demás municiones» por si los indios de aquellas islas les atacaban. Y, por consiguiente, el alto dignatario, jefe y superintendente de Comercio de Francia, «habiendo sido debidamente solicitado e informado, se les concede todas sus peticiones, cuanto más que nada cuesta al Tesoro Real: ya que nos complace favorecer la propagación de la fe y el fomento del comercio... y puesto que dichas islas se encuentran fuera de la línea de paz» (se había fijado dicha línea en 1634, sobre el antiguo meridiano cero de los mapas ptolomeicos, es decir, que pasaba por la isla de Hierro en el archipiélago de las Canarias, línea al este de la cual estaban plenamente vigentes los acuerdos europeos, pero al oeste de la que reinaba, de hecho, la ley del más fuerte) «otorgamos... a los susodichos... el derecho de poblar las islas de San Cristóbal y la Barbados, así como las islas vecinas, de fortificarlas y de llevar a sacerdotes y seculares para convertir a los indios..., de cultivar el suelo y descubrir minas... Todo ello válido por un período de 20 años». Se

añadía el derecho de armar naves a partir del puerto del Havre de Grâce y de Port-Louis.

Observemos simplemente que la Compañía, como todas las demás, tenía la obligación de suministrar a la población —ambiciosa— de «todas las islas deshabitadas» del mar Caribe. Al principio, las cosas resultaron bastante bien y se alcanzó rápidamente los mil habitantes, que sobrepasaban la escasa población canadiense, a costa, todo hay que decirlo, de un gran número de muertos. En 1629, la isla de San Eustaquio fue, a su vez, ocupada: eran unas islas muy reducidas, con muy limitadas posibilidades de extensión. Puesto que el asunto no había ido del todo mal, la Compañía adoptó un nuevo nombre: el de «Compañía de las islas de América», con un mirífico programa de asentamiento de 20.000 colonos a lo largo de 20 años. Ya se hablaba de esclavos negros: llegaron muy pocos.

La etapa decisiva fue la instalación en la Martinica. Pierre d'Esnambuc se convirtió en su propietario el 15 de septiembre de 1635. Aquel mismo año, la Compañía se instaló en la Martinica y la Guadalupe. El éxito fue más patente que en Canadá y justificaba, en 1639, la integración en el sistema gubernamental francés, con la recepción en las islas de un gobernador general «de islas de América», título que le fue otorgado a De Poincy. A partir de 1633, otra compañía oriunda de Ruán había recibido el monopolio de la explotación de la futura Guayana francesa, lo que no se materializó hasta diez años después, en 1643.

En lo que a Richelieu concierne, su sueño dorado era la creación de compañías tan potentes como la V.O.C. En 1626 impulsó la fundación de la Compañía —parisina— denominada de los «Cien socios» —encargada de la colonización de la Nueva Francia— pues tal era el nombre oficial de Canadá. El éxito fue mediocre, ya que el futuro de Canadá, en el aspecto comercial, no parecía nada seguro. Presionados por el poder político, determinados cortesanos y mercaderes de París habían invertido sin desbordante entusiasmo en esa sociedad que no les parecía tener un porvenir muy asegurado; la única garantía era la de la hostilidad de los mercaderes especializados de Ruán, Dieppe, Saint-Malo y, en menor medida, después del sitio de 1627, de La Rochelle. A esa Compañía la relevó la de «Nacelle de Saint-Pierre fleur-delisée», hermoso nombre para una pobre realidad. Luego, le tocó el turno a la Compañía de la «Nouvelle France».

Por consiguiente, Richelieu tuvo una auténtica política colonial cuyos objetivos, sin embargo, permanecen bastante imprecisos: para él, se trataba pura y simplemente de poner un pie en América, de aprovecharse de las oportunidades, como por ejemplo, la de otorgar la protección oficial a los filibusteros reasentados (después de que los españoles los echasen en un momento dado) en la isla de la Tortuga. No parece tan evidente que aquello tuviera que ver con la creación de una verdadera marina de guerra. Los objetivos de esta última estaban en Europa, y pese a los éxitos cosechados, seguían siendo modestos y limitados los medios. Parece ser que el papel del Estado haya sido el de instigación, de privilegios y monopolios, de protección oficial; pero el estado de las finanzas no daba para mucho más. Por consiguiente, el futuro, el de Canadá sobre todo, se perfilaba como incierto. Los colonos, atraídos por las islas, no iban a Canadá. Por lo demás, la situación allí era difícil. Desde sus primeros viajes, Champlain se había comprometido, o se había dejado comprometer, en las luchas intertribales indias, tomando partido por los algonquinos y los hurones, en contra de los iroqueses. Se trataba fundamentalmente del comercio de las pieles. Sin olvidar, al mismo tiempo, con el apoyo dado por María de Médicis, y luego por la Compañía del Sagrado Sacramento, la muy marcada connotación católica dada a la colonia de Canadá. Ello facilitó algo el asentamiento: el origen normando y percherón de algunos colonos parece derivarse de la pertenencia a los señores del lugar. Éstos no eran numerosos. Jesuitas y recoletos habían multiplicado el envío de misioneros, y al revés que los anglosajones, llegados para fundar una «nueva Jerusalén celestial» reservada al uso cuasi exclusivo de los «padres peregrinos» y de sus émulos, los misioneros franceses no habían emprendido la conversión de los indios. Empezaban a tener algún que otro resultado con los hurones, agrupando a los indios en poblados próximos a los puestos de defensa. Lo malo es que, al reagruparse, los hacían muy vulnerables también a las epidemias de gripe y de viruela, que les diezmaron, con todo provecho para los iroqueses que, paulatinamente, fueron controlando cada vez más las pistas de trata de pieles. Al atacar a los indios aliados a Francia, los iroqueses acabaron por atacar a su vez a los franceses, provocando una serie de crueles guerras franco-iroquesas. Masacraron a los aislados, martirizaron a los misioneros, y esa inseguridad generalizada no sirvió para dar un mayor atractivo a la colonia. Así, en 1661, al advenimiento de Luis XIV, la

colonia se encontraba en una situación prácticamente desesperada. Quebec, por su parte, se había visto, en un momento dado, en 1682, ocupada por los ingleses durante la guerra del sitio de La Rochelle.

La situación se anunciaba mejor por la parte de las islas. Se puede estimar que, hacia los años 1640-1650 había más de 5.000 colonos franceses, casi diez veces más que en Canadá. Es obvio que las revueltas de la «Fronde» y la prolongación de la guerra franco-española, hasta la Paz de los Pirineos (1659), no mejoraron para nada la situación, salvo en las Antillas. Progresivamente, se hacía patente que la era del filibusterismo independiente había llegado a su fin con el crecimiento de los potentes medios de las grandes marinas. Y no es que su «capacidad de carga» y su «radio de acción» fueran suficientes ya como para permitir trasladar la gran guerra de escuadras a las Américas: las múltiples batallas navales todavía se desarrollaban, fundamentalmente, en aguas europeas.

Cuando Colbert, en 1661, se encuentra en el poder y en 1664 ejerce la totalidad de las funciones relacionadas con la Marina y las Colonias (el Secretariado de la Marina se creó en 1669) fue preciso restablecer la situación, «monarquizando» todos los sectores donde el clima se había vuelto crítico. Una de las primeras compañías creadas fue la de las Indias occidentales: heredaba los derechos sobre la isla de la Tortuga (Du Rousset cedía sus derechos); se ligaba con los temibles «hermanos de la costa», franceses en su mayoría. Así fue cómo nació, en la sombra y en la ambigüedad, la colonia de Santo Domingo, colonia de hecho, puesto que oficialmente seguía siendo española, y que la soberanía francesa sólo sería legalizada por los tratados que pusieron fin a las dos guerras, de la Liga de Augsburgo y de Sucesión española. Los filibusteros, prácticamente, pasaban bajo la protección francesa. De esta forma Francia disponía *in situ* de una fuerza nada despreciable frente a España.

Canadá se perfilaba como una ciudadela aislada sitiada: frente a la ola de los iroqueses, las compañías se mostraban impotentes. Así fue cómo Canadá se convirtió en la primera colonia «real» en el sentido propio de la palabra. De inmediato se envió allí refuerzos y, por una vez, Colbert propició la «población». Era una excepción. Colbert y sus colaboradores opinaban, en efecto, que el reino se estaba despoblando y que, por consiguiente, era inapropiado favorecer la emigración, que lo debilitaría. Solamente Canadá constituyó la excepción. Los regimientos mandados allí echaron raíces y contribuyeron en gran medida al asentamiento. La década de 1665 a 1675 vio llegar el «mayor» flujo de in-

migrantes de toda la época francesa. Por ridículas que nos parezcan unas cifras limitadas de hecho, aquella emigración, que se ralentizó sensiblemente durante la guerra de Holanda, prosiguió lentamente hasta 1715. Hemos mencionado cómo la fuerte natalidad explosiva acrecentó la extensión de la colonia. Si, en 1660, la población canadiense sólo contaba con un millar de habitantes, en 1715 sobrepasaba los 20.000. Los iroqueses, que tardaron mucho en ser dominados, y que, gracias al apoyo inglés, seguían constituyendo una amenaza, se habían visto, sin embargo, ampliamente rechazados. Ya no constituían sino un peligro accesorio, en caso de guerra con Inglaterra. Un excelente intendente, Talon, y un gran gobernador, De Frontenac, hicieron de Canadá una colonia «estructurada». Con su apoyo tácito, y una actitud ambivalente por parte de Colbert y de Seignelay (este último respaldando mucho más que su padre a los exploradores) los canadienses se adentraron en los bosques. En 1674, el padre Marquette descubrió el «río Colbert», es decir, el Misisipí. El «hermoso río», el Ohio, se convertía en una de las mayores rutas de las pieles. Hemos visto más arriba que el ex jesuita normando Cavelier de la Salle alcanzó, el día 9 de abril de 1682, el delta del Misisipí y desembocó en el golfo de México.

¿Acaso hubo una evolución contraria a las voluntades ministeriales? Algunos pretendieron que Colbert hubiera preferido que se desarrollasen las Antillas. De cara a la exploración interior, la actitud ambigua resulta obvia. Parece ser que, de hecho, la toma de posesión oficial de los valles de la cuenca del Misisipí no despertó más que un limitado interés: no se vislumbraba su utilización. En cambio, existe un punto sobre el que no cabe discusión alguna: una vez más, el sistema de las grandes compañías mercantiles había fracasado. Es conveniente, en nuestra opinión, distinguir tiempos y fechas.

Fue sólo entre 1665 y 1675 cuando el interés de las Antillas resultó patente a ojos del Secretariado de Estado de la Marina. Todavía en 1664, unas instrucciones dirigidas al gobernador Le Bas insistían únicamente en el pequeño asentamiento blanco con una auténtica política de incitación a la natalidad, unos matrimonios precoces y obligatorios para las mujeres, que, de igual modo, se aplicaba a Canadá. Según parece, fue en el transcurso de la segunda mitad de la década de 1660 cuando se manifestó el interés por la gran plantación de esclavos, importante productora de artículos tropicales que Francia no tendría que importar de su principal competidor holandés. El resultado de dicha observación fue

un giro completo de la política real en las Antillas. Sabemos que la gran plantación azucarera surgió en las Antillas coincidiendo con el final del intento holandés de constituir un Brasil holandés. Aquel intento había proseguido a lo largo de más de un cuarto de siglo. En las rutas de regreso, las naves holandesas habían bordeado las orillas de las Pequeñas Antillas. Cuando los holandeses, a partir de 1625 aproximadamente, tuvieron que abandonar el lugar ante la reconquista portuguesa, los marranos portugueses, que estaban aliados con los comanditarios holandeses, se instalaron en las Antillas, en las colonias holandesas especialmente (poco numerosas: Curaçao, Aruba, etc.). Con ellos trajeron, si no la propia caña, que fue introducida por los españoles, sí el conjunto de las técnicas de los «dueños de molinos» brasileños, las relaciones financieras y mercantiles inglesas. Nunca insistiremos demasiado en que, a lo largo de todo aquel período, y hasta los años 1680, nada hubiese sido igual sin la marina mercante holandesa, omnipresente, trayendo a los esclavos negros y exportando los productos semiacabados, ya que la francesa todavía no tenía la suficiente capacidad para satisfacer, ni mucho menos, las necesidades de las colonias.

Con la guerra de Holanda, las islas antillanas se perfilaron como unos objetivos, ya no tan sólo económicos, sino militares de hecho, relevantes. Fue entonces cuando se iniciaron las expediciones geoestratégicas de largo alcance. En realidad habían empezado a partir de 1664, cuando los ingleses atacaron, al principio de la segunda guerra anglo-holandesa, en plena paz, los establecimientos holandeses de la costa africana, es decir, los lugares de trata, así como los establecimientos holandeses en las Antillas. El objetivo perseguido era, sin duda alguna, el de provocar una reacción por parte holandesa, que no se hizo esperar. La escuadra holandesa del Mediterráneo, al mando de De Ruyter, reconquistó rápidamente los establecimientos africanos perdidos durante algún tiempo y luego se lanzó a por las Antillas. Su misión consistía en la conquista de las islas inglesas; pero la segunda guerra tuvo un mal inicio para los holandeses, ya que la escuadra de De Ruyter hizo cruelmente falta en aguas europeas. Ahora bien, la operación antillana disponía de medios insuficientes para lograr algún resultado. Escaseaban los víveres, y más aún los hombres, y las islas holandesas eran demasiado pequeñas y pobladas para suplir las carencias de la escuadra. De Ruyter se dio rápidamente cuenta de la situación y regresó a Holanda.

Si nos paramos a pensar, nos daremos cuenta que a partir de mediados del siglo XVII, las posesiones correspondientes de las naciones implantadas en el Caribe estaban prácticamente fijadas, y ello hasta finales de la guerra de los Siete Años. Ahora bien, de 1664 a 1760 más o menos, ingleses, franceses, españoles y, al principio, holandeses, fueron multiplicando las grandes tentativas de captura de las islas del adversario. Recurrieron a medios cada vez más importantes, expediciones cada vez más costosas. Su número, hasta 1763, fue de 74, una cifra enorme, que da la justa medida del interés que de ahora en adelante las grandes naciones mercantiles concedían a la posesión de las «islas del azúcar». El azúcar se convirtió en el objetivo fundamental de las guerras. Ahora bien, aquellos ingentes esfuerzos no tuvieron resultados hasta finales de la guerra de los Siete Años y en beneficio de los ingleses. La tercera guerra de Holanda, la que emprendió Luis XIV tras la retirada de los ingleses contra Holanda sola tuvo, por ejemplo, su episodio antillano. En mayo de 1676, una escuadra holandesa al mando del almirante Binkes se apoderó de la isla de Tobago (francesa): aquella toma se vio enseguida contrarrestada por la llegada de una importante escuadra francesa al mando del almirante D'Estrées, que traía consigo el doble de naves francesas. En la batalla de Tobago, con fecha 3 de marzo de 1676, las pérdidas de ambos adversarios se equilibraron, perdiendo cada uno de los dos almirantes la mitad de sus efectivos (5 de cada 10 del lado francés, 3 de cada 6 del lado holandés). Y durante algún tiempo, la isla de Tobago volvió a ser francesa. A decir verdad, era minúscula. Lo mismo ocurrirá con las demás guerras. A mayor abundamiento cuando se trata de Cayena, perdida en repetidas ocasiones, reconquistada otras tantas. ¿Qué podemos decir de aquella formidable adecuación de los esfuerzos europeos, franceses incluidos, y de los escasos resultados conseguidos? El único acontecimiento decisivo fue la conquista de Jamaica, cuando la guerra hispano-inglesa de 1654 a 1659, que, sin embargo, pasó desapercibida (1655). Para Inglaterra, la isla de Jamaica desempeñó el mismo papel que más adelante Santo Domingo para Francia. (Tiene 10.991 km^2 comparados con los 27.750 km^2 en la parte occidental de Santo Domingo). Ahora bien, Jamaica pudo ser conquistada sólo por el hecho de estar casi totalmente desierta. Bastaba, en aquel entonces, que una isla estuviera poblada, aunque fuera poco, para que su conquista definitiva resultara difícil: era posible únicamente con la utilización de grandes medios.

Lo que significaba primero, en este caso, una presencia suficiente de las escuadras europeas en aguas antillanas. Con la desesperante lentitud con la que se hacían, fuese cual fuese la nación, los armamentos materiales, lo mismo que la constitución de tripulación suficiente, la llegada durante la buena estación sin epidemias ni tifones se veía siempre comprometida. Únicamente la estancia prolongada de las escuadras posibilitó, a partir de la guerra de los Siete Años, la victoria decisiva. Este es el punto a partir del cual asistimos a un giro estratégico completo, y que el asentamiento de las trece colonias se convirtió, por fin, en «rentable», tras un siglo y medio de colonización. La Inglaterra de la guerra de los Siete Años era primero un sistema logístico basado en las trece colonias, lo que permitía hacer llegar antes que los demás, tanto franceses como españoles, tropas frescas, bien de origen inglés, estacionadas durante la mala estación en los climas templados de los Middle States o de Nueva Inglaterra, bien de origen americano (por una minoría, ya que los americanos no tenían motivos de lucha sino contra los canadienses). Las trece colonias ganaron así en todos los frentes: venta de sus productos y municiones «navales», tales como las harinas y los esclavos, a la Royal Navy, lo mismo que a las colonias inglesas de las West Indies y a las colonias francesas y españolas.

En cuanto a lo que ocurría un siglo antes, en tiempos de Luis XIV, era muy diferente. La explosión canadiense en el espacio norteamericano dio al pequeño asentamiento canadiense una «fuerza de persuasión» militar sin proporciones con lo que juzgamos posible. Hay que referirse al testimonio de Peer Kalm y de los viajeros europeos en América del Norte: no eran, incluso al inicio de la guerra de los Siete Años, los canadienses quienes temían a los norteamericanos, sino al revés, y con razón, pese a una relación de fuerza numérica que era de 750.000 habitantes (hacia el año 1775) por 80.000. Durante largo tiempo, esa desproporción no tuvo consecuencias. El imperio continental franco-canadiense se había convertido en una fuerza militar considerable. Para comprenderlo, observemos que la explosión demográfica canadiense no tuvo lugar en la «Prairie», dominios del indio a caballo, ligado a los rebaños de bisontes, sino en la zona forestal que se extiende poco más allá del Misisipí hacia el oeste. La *Wilderness* americana era el bosque, y el bosque era el terreno por excelencia del canadiense. Allí se perdía, se sumergía, se diluía, podía surgir en cualquier momento, en una emboscada, acosar las columnas en marcha, sin que éstas pudieran defenderse.

Y la sorpresa se basaba en las largas caminatas a pie, con el «pemican» de carne secada como provisión, al estilo indio: el cazador se abalanzaba allí donde nadie le esperaba, muy adentro de la zona enemiga, en plena región desbrozada, acercándose a veces hasta los aledaños de las ciudades anglosajonas. Y como era un tirador sin par, las pérdidas del adversario eran siempre enormes. La guerrilla es el tipo de contienda contra la cual es difícil defenderse. Y sabemos por experiencia en el siglo xx que, para vencer una guerrilla, es indispensable contar con una superioridad numérica considerable de tropas.

La guerrilla canadiense sólo tenía dos talones de Aquiles. Toda guerrilla ha de avituallarse, un día u otro, tiene que disponer en alguna parte de bases, si no de salida, por lo menos de avituallamiento. Hay que defenderlas. Cuando faltan hombres, es necesario suplirlos por piedras. Los fortines de «disuasión» exigen, sin embargo, una guarnición adecuada. La piedra sólo sustituye en parte al hombre. Segundo punto débil: aquellos defensores eran campesinos. Ahora bien, es preciso hacer en casa la recolección y, por consiguiente, dejar el campo libre. La guerrilla al estilo antiguo era estacional, lo mismo que, durante la Revolución, la guerrilla «campesina» de Vendée.

Por tanto, la guerrilla puede llegar a ser incomprendida por los suyos, lo mismo que se la puede minar en sus fundamentos. El tipo de guerra así llevada a cabo era totalmente distinta de las guerras europeas. El envío de tropas europeas como refuerzos no resolvía el problema, o mejor dicho, creaba otros nuevos. Las tropas se tenían que acostumbrar a los métodos de combate propios de los habituados al bosque, como era el caso de las viejas tropas enviadas por Colbert y que, en su mayor parte, permanecieron allí como campesinos, cuyos descendientes eran los dignos herederos. Las milicias de las trece colonias, al igual que las tropas regulares inglesas, no lo eran, y no lo serán nunca de verdad. Igual constatación para las tropas francesas enviadas como refuerzo al inicio de la guerra de los Siete Años. Pero que aquellos refuerzos retomaran sus costumbres de combate europeo, que sus oficiales y sus estados mayores recordaran o conservaran las «lecciones» que se les enseñó, y entonces la superioridad numérica, la del entrenamiento también, recobraban, en los combates ordenados en campo abierto, todos sus derechos.

Y en cuanto es incomprendida por los refuerzos que llegan de Europa, la guerrilla se vuelve vulnerable. Sobre todo cuando la superiori-

dad numérica permite atacar las bases de salida, de avituallamiento, en una palabra, eliminar la base logística, por limitada que sea, que toda operación militar exige, aunque fuera una guerrilla.

En 1758 incluso, nada estaba decidido de antemano, y la resistencia canadiense hubiese podido durar mucho más tiempo. Varios factores intervinieron. El primero, contra el cual nada se podía hacer, era la retirada de los indios. Estaban muy próximos a los franceses, pero iban sufriendo derrotas. Una vez perdido todo prestigio, los indios no podían, en su propia lógica de supervivencia, sino intentar reconciliarse con el vencedor, tomando partido por él. Los demás factores son bastante obvios como para que se conozcan y sobre todo que se los subraye. La navegación río arriba del San Lorenzo hasta Quebec era sumamente difícil. Los especialistas de la marina francesa la estimaban imposible. Creían haber tomado todas las precauciones al quitar las balizas que delimitaban en canal. Ahora bien, hubo un desertor de la marina francesa, un oficial que aceptó traicionar, y permitió a la marina inglesa navegar río arriba hasta Quebec. Y, al revés de lo que se dijo y escribió, nada estaba aún perdido. La línea de defensa improvisada era muy fuerte: fue necesaria la inatención y la traición, también en este caso, para que el general inglés Wolfe pudiera aventurarse a intentar la escalada de un lado sin vigilancia. A Wolfe, por otra parte, no le sobraban escrúpulos. Había empleado masivamente el terror en contra de la población civil canadiense, quemando las granjas y pueblos, bombardeando sin cuartel Quebec que, a decir verdad, era una plaza fortificada. Sin grandes resultados aparentes, a no ser el estado de extrema penuria en la que el bloqueo naval inglés había sumido a la colonia entera, un lento e insidioso desgaste. Y, sin embargo, aún nada estaba perdido. Moncalm, por motivos que se nos escapan, decidió arriesgarse a una batalla ordenada ante los muros de Quebec, cuando le hubiera bastado con atrincherarse detrás para colocar a su adversario en una posición delicada, incluso obligarle a retirarse, ya que la estación invernal se acercaba. La muerte de Moncalm en el campo de batalla, al igual que la de su adversario Wolfe, permiten ahorrarse todo tipo de comentarios. Allí queda aquella apuesta, perdida de antemano. La desproporción de las fuerzas regulares era demasiado grande, y la milicia canadiense no estaba adaptada a aquel tipo de combate.

Existen ciertamente muchas otras razones que podemos evocar, siendo la primera el no infravalorar la hazaña técnica que constituía,

para una escuadra, navegar río arriba por el San Lorenzo. Estamos en la época de la vela. Poco importan aquí las restantes razones.

Este análisis, por sumario que sea, nos permite comprender mejor lo que ocurrió en guerras anteriores. En tiempos de Luis XIV, Canadá había respondido perfectamente a las exigencias estratégicas del rey: representaba una diversión especialmente lograda, tan lograda que, a decir verdad, en 1713 los ingleses se habían visto prácticamente batidos en todas partes dentro del espacio continental norteamericano. Mejor aún, Canadá sirvió, en el momento del tratado de Utrecht, de moneda de cambio. Al ceder Acadia (mal delimitada) y Terranova, el rey se beneficiaba en el marco europeo. Los ingleses podían esperar que el control de la entrada del estuario del San Lorenzo les permitiera vigilar también Canadá, sobre todo porque la pérdida de Acadia hacía difícil el avituallamiento de Quebec, en la medida en que el San Lorenzo estaba libre de hielo aproximadamente dos meses y medio después que Acadia.

La larga paz que transcurrió entre 1713 y 1742 no fue del todo perdida para Canadá. Se habían invertido ingentes sumas de dinero para sustituir, al menos en parte, a los hombres por piedras. Habían intentado anular técnicamente los resultados del tratado de Utrecht, con la construcción de una fortaleza-nueva base, en aguas rápidamente libres de hielo: Louisbourg. A decir verdad, en material militar, el ahorro se ve siempre penalizado. Ya que la fortaleza había requerido unas considerables inversiones, Maurepas se vio en la obligación, mal que les pesara a los ingenieros del rey, de conceder las obras a los mejores postores. Y la reconstrucción arqueológica de la fortaleza ha demostrado hasta qué punto los contratistas se habían resarciado de su mala fortuna «dando gato por liebre» en lo que a los materiales y la solidez de la obra se refiere. Aquello costó caro: la fortaleza se vio sorprendida por primera vez cuando la guerra de Sucesión de Austria (1745), fue devuelta luego en aplicación del tratado de Aix-la-Chapelle (1748), para verse tomada, esta vez definitivamente, por los angloamericanos a principios de la guerra de los Siete Años (1758).

Las bases de retaguardia se convirtieron de esta forma en bases avanzadas. El tratado de Utrecht, implícitamente, dejaba a Francia las extensiones vacías del interior del continente, así como una estrecha ventana abierta al Atlántico. Y era menester aún que se pudiera cruzar el Atlántico. Y con una relación referente a los buques de línea de 1 a

3, en vez de 1 a 1 en la época de Seignelay, los resultados de la marina de guerra francesa se asemejaron a veces a una hazaña.

No se rebajó nunca la calidad del «imperio militar» canadiense. En cambio, el problema se planteó al tratarse del conjunto antillano. En un principio, el valor de los filibusteros y bucaneros no se cuestiona, pero sí su crueldad. Y nos olvidamos con demasiada frecuencia de las hazañas, calladas con demasiada rapidez, de los corsarios antillanos (lo mismo que los de Louisbourg) y es, por otra parte, una de las razones fundamentales que incitaron a las gentes de Boston a realizar grandes esfuerzos para sitiar la fortaleza: hicieron maravillas a expensas del comercio inglés. Es verdad que los corsarios de Jamaica no se quedaban atrás. La lealtad de los plantadores, en cambio, nunca fue total. Existen muchas razones para explicarlo. Cuando el «metropolitano» llegó a las islas, durante los primeros años del reinado de Luis XIV, le llamó la atención la evolución muy diferenciada de lo que se llama las «mentalidades». Los valores antillanos se iban diferenciando cada vez más profundamente de los de Francia e iban asomando cada vez más actitudes «americanas». Bien mirado, éstas se diferenciaron incluso entre sí hasta los años 1720, para después de esta fecha desembocar en una uniformización relativa de las actitudes hacia la vida. De ahí la variedad de los juicios de los observadores externos en función de las fechas. ¿Acaso cabe la posibilidad de uniformizar dichos puntos de vista, al menos en cierta medida?

La fidelidad hacia la metrópoli se debe al pragmatismo comercial a la vez que militar. Pragmatismo comercial: es preciso que esté asegurado el avituallamiento de las islas, en tiempos de guerra o de paz, al menor costo y de forma regular. El recurso al contrabando, a los ojos de todo el mundo, se considera como completamente normal, y los intentos de la metrópoli para imponer la estricta aplicación del régimen de exclusiva da siempre lugar a graves conflictos políticos.

En este punto, aquellas actitudes recuerdan por completo las de los colonos anglosajones de las trece colonias. En el terreno militar predominaba el juicio frío de las realidades. En cuanto la marina francesa fue capaz de asegurar el avituallamiento regular, aunque el régimen de los convoyes comportara inconvenientes —que por otra parte atañen más a los negociantes que a los colonos— estaban dispuestos a participar en la defensa de las islas. Pero cuando aquella marina no fue capaz de hacerlo, y la fuerza naval inglesa se afianzó, la fidelidad de los colonos dis-

minuyó en las mismas proporciones. He aquí una diferencia fundamental entre el período de finales del reinado de Luis XIV y las guerras de mediados del siglo XVIII, así como una diferencia cada vez más acusada con la situación en Canadá. Ahora bien, fueron los ingleses los primeros que pusieron en práctica, a mediados del siglo XVIII, después de la guerra de Sucesión de Austria, el sistema de la «estación naval». La marina francesa no implantará aquel sistema hasta después del tratado de Versalles, es decir, de 1783. Y aún así no podrá competir con el de los ingleses. Porque las Antillas inglesas se beneficiaron de dos auténticas bases navales: una al este, en la Barbados, la menos potente, destinada al control de la ruta de acceso por el «rail» de los alisios; la otra, la más potente y con mucho, en Jamaica. El sistema consistía en posibilitar el que, por turno, la renovación de los buques se hiciera de tal forma que en cualquier época, de paz o de guerra, se conservara un número determinado de buques. Alrededor de una nave con 50 cañones (una o varias) se agrupaba un conjunto de fragatas y corbetas poco numerosas, pero en la medida de lo posible escogidas entre las mejores, así como el «polvo naval» adaptado a los tiempos y lugares. En caso de guerra, se ahorraba así un tiempo valioso. Aquella fuerza podía, por supuesto, verse sumergida por la aparición de una escuadra enemiga. Entonces se replegaba hacia sus bases, que ofrecían la ventaja de estar bastante bien equipadas y merecían plenamente el nombre, si no de arsenal en el sentido propio de la palabra, sí por lo menos de bases avanzadas. El enlace con Inglaterra estaba asegurado por medio de las trece colonias, y después de la guerra de la Independencia americana (y no hay que olvidar tampoco que, durante su desarrollo, Inglaterra conservó hasta el final unas bases bien avitualladas en Nueva York y puertos próximos de Rhode-Island, etc.) por los «inicios» económicos de Canadá y de la Acadia inglesa. Lo importante, sin embargo, era que desde la guerra de los Siete Años, el Almirantazgo inglés, al descentralizar ampliamente su logística y sus mercados de avituallamiento, supo dar una fuerza estratégica excepcional, muy adelantada en relación con el sistema francés y, además, menos cara, más rápida, más eficaz que el recurso a las reglamentaciones de arrendamiento de la marina francesa. Y conocemos cuánto sufrió la marina francesa por las demoras en los pagos, que acumularon las deudas, disminuyeron su crédito, contribuyeron a elevar considerablemente los tipos de interés, por tanto, a gravar cada vez más los costes globales. Ahora bien, no hubo nunca un auténtico arsenal francés en las

Antillas. Fue Fort-de-France en la Martinica el que desempeñó ese papel: era una rada suficiente para los buques mercantes, relativamente fácil de defender, pero que carecía por completo de infraestructura, aunque fuera básica. El problema del abastecimiento de agua, por sí solo, planteó los problemas más acuciantes, y el instalar un sistema de acueductos al estilo romano, que permitiera traer el agua directamente desde la fuente hasta la nave, hizo merecedores de las cartas de nobleza a varios «notables» antillanos.

Ahora bien, de todo aquello ambas partes estaban perfectamente enteradas. Por tanto, la acción de las grandes escuadras franceses siempre fue estacional, limitada por consiguiente, incluso si se mantenía, gracias a un sistema de convoyes, la «regularidad» del avituallamiento de dichas estaciones. Lo que no podía ser cuando la inferioridad de la flota francesa era demasiado evidente, como ocurrió durante la guerra de los Siete Años. Durante la de Sucesión de Austria, no pesó una auténtica amenaza sobre las Antillas francesas. Se había pensado muy bien la estrategia francesa y el sistema de convoyes fuertemente custodiados resultó muy eficaz hasta el año 1746. Por ello, los ingleses cambiaron su estrategia al intentar cortar el cordón umbilical, con la caza sistemática de los convoyes, previamente localizados por un espionaje muy eficaz, en aguas europeas. Aun así, aquellas grandes batallas (3 de marzo de 1747, primera batalla del cabo Finisterre; luego el 14 de octubre de 1747) no constituyeron siempre éxitos indiscutibles para los ingleses. Las dos escoltas francesas se sacrificaron, perdiendo respectivamente, primero 5, luego 6 naves de línea, mientras que ambos convoyes pasaron con pérdidas poco relevantes (6 mercantes del primer convoy), de suerte que la derrota táctica, conseguida por una fuerte superioridad inglesa, que permitió evitar el combate ordenado, Anson, y luego Hawke pudiendo practicar y ordenar la «caza general» fue, sin embargo, para los franceses un éxito estratégico a medias. A ese ritmo, la fuerza militar francesa se iba agotando, pero sólo a finales de la guerra. Las consecuencias, que hubiesen sido con toda seguridad graves, no tuvieron aquella vez tiempo de notarse y puesto que las islas no se vieron amenazadas, excepto por el corso adversario, no se puso a prueba su fidelidad.

No ocurrió lo mismo durante la guerra de los Siete Años. Recordemos los hechos. Se había iniciado la guerra terrestre norteamericana mucho antes que las demás hostilidades. Ninguno de ambos adversarios era, por otra parte, de buena fe. No cabe duda que por el lado

francés, las negociaciones relativas a los límites de Acadia, llevadas a cabo por el gobernador interino, el almirante Barrin de la Galissonière, un oficial culto de la marina (uno de los organizadores de la oficina de los mapas y planos, y vencedor, al principio de la guerra de los Siete Años, de la batalla y de la toma de la isla de Menorca, el día 20 de mayo de 1756), estuvieron marcadas por una duplicidad bastante notable y un arte de la manipulación diplomática que no dejaron de influir en los acontecimientos posteriores. Por otra parte, hacia mediados de siglo, los colonos norteamericanos empezaron por fin a pasar más allá de los puertos y pasos de los Apalaches, desembocando, principalmente por el valle del Hudson y la depresión Mohawk, en el lago Ontario y el lago Erié, y por allí en el valle del Ohio, a lo largo del cual se alineaban los fuertes franceses. Seguía a cierta distancia el frente pionero de los desbrozadores-agricultores del bosque. El mismo movimiento de cruce de los Apalaches se producía más al sur, a través de la larga depresión entre los Alleghany propiamente dichos, al noroeste, y las montañas azules al noroeste de la cabeza de los valles del Tennessee y de los ríos que desembocan en la bahía de Chesapeake. Fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido en Europa, aquel choque entre el frente pionero inglés de campesinos-desbrozadores y los franceses «tramperos» cazadores de pieles diseminados a lo largo de una amplia extensión tachada de vacía se hubiera producido.

A principios de la guerra de los Siete Años, pudo parecer que el guión de la anterior iba a repertirse. Es preciso, de paso, refutar las tesis comunes, muy popularizadas en aquel entonces, que solían apuntar que las colonias francesas hubieran sido abandonadas. De hecho, al inicio de la guerra, la marina francesa logró trasladar, tanto a Canadá como a las Antillas francesas, todas las tropas que pudiera transportar. Puesto que en los períodos intermedios de paz se habían realizado enormes esfuerzos de cara a las fortificaciones, ello representaba, en total, unos desembolsos enormes: la mitad, e incluso más, determinados años, de los créditos del Secretariado de Estado de la Marina. El esfuerzo de fortificación —de disuasión al pie de la letra— también se había hecho patente en las Antillas. Los diversos intentos de sitio de las ciudades antillanas habían permitido experimentar, en situaciones concretas, los métodos de defensa y ataque de los sistemas defensivos.

Era fundamental disponer de una ciudadela lo bastante cercana a la orilla, pero colocada de tal forma que la artillería de las naves, tan

potente, no pudiera alcanzarla. Para compensar el hecho de que la ciudadela, por su parte, no podía tampoco impedir una llegada «anfibia» a tierra, era preciso: 1) rodear la ciudad de una defensa lineal reforzada, y 2) disponer de baterías muy potentes para constituir un «frente de mar» que permitiera afrontar las potentes andanadas de los ejércitos navales, y más aún dificultar el desembarco al máximo y, en cualquier caso, bastante lejos de la ciudad que se pretendía defender. Como, además, la casi totalidad de las ciudades importantes estaban rodeadas de pantanos, el desembarco se convertía en una empresa sumamente arriesgada, ya que se tenía que realizar la maniobra de aproximación lejos de la ciudad que se pretendía tomar posibilitando los ataques laterales de tipo guerrilla; el sitio formal, a poco que durara, exponía a las tropas asaltantes a enormes pérdidas provocadas por epidemia. Se inauguraron auténticas tácticas con unos «planos de fuego» preestablecidos y a veces regulados de antemano, lo mismo que del lado inglés, una auténtica estrategia de desembarco con barcos *ad hoc*, y sobre todo de guerra «anfibia», que suponía de entrada, por otra parte, una total superioridad en el mar.

Desde el inicio de la guerra naval, acometida por la famosa actuación del almirante inglés Boscawen operando en el Atlántico y de Byng en el golfo de Vizcaya, quien se apoderó, en pleno período de paz y sin declaración de guerra, de todos los buques mercantes franceses (más de 6.000 marineros prisioneros de guerra, o sea, la décima parte de los efectivos marineros franceses), las oficinas de París habían recuperado la táctica de los convoyes protegidos. Por importante que hubiese sido el esfuerzo, no podía compensar, sin embargo, la insuficiencia del sistema fortificado de las islas. Porque si en alguna medida puede la piedra, sobre todo colocada detrás de los pantanos, sustituir a un gran número de hombres, es preciso aún que la artillería costera se vea provista de sus sirvientes y municiones. Ahora bien, la fatalidad enseguida hizo su aparición en medio de la guerra. Si bien es verdad que pasaron los primeros convoyes, en especial hacia Canadá, con irrelevantes pérdidas que no comprometían el futuro, la enfermedad, en este caso la superposición clásica al fin y al cabo del tifus, de la fiebre tifoidea y del escorbuto se convirtieron en un completo desastre: las escuadras francesas afectadas regresaron a Brest sin ser interceptadas y hubo una mortandad horrible, que se prolongó desde 1757 a 1759 y acabó con la vida de más de una tercera parte de los efectivos de los marineros

franceses. Frente a esta situación (catastrófica en cualquier caso a nivel financiero, Francia se vio obligada a conducir la guerra en dos frentes: el continental y el marítimo) el gobierno de Choiseul cambió de estrategia. Muy pronto, a partir del año 1757, fue cuando, según parece, decidió abandonar las colonias a su suerte, primero Canadá, para concentrar sus esfuerzos en Europa al intentar un desembarco en el archipiélago inglés. Conocemos el resultado sobre el cual no hace falta insistir. Tras una primera derrota en el cabo Lagos (destrucción de la escuadra del Mediterráneo encargada de reforzar la de Brest, los días 18-19 de agosto de 1759), la flota de Brest, salida pese a una gran tempestad para reunirse con la flota de transporte del ejército del duque de Aiguillon agrupada en el Morbihan, fue aplastada en el transcurso de una batalla, decisiva esta vez, llamada batalla de las islas Cardenales, el día 20 de noviembre de 1759. Al haber reducido casi por completo aquellas dos luchas el cuerpo de batalla francés, el dominio, tanto de las Antillas como del estuario del San Lorenzo, cayó automáticamente en manos de las escuadras inglesas.

Desde el año 1758, Boscawen se había apoderado de Louisbourg, después de un sitio en regla, buena prueba de un perfecto conocimiento del lugar, y que le permitió ajustar las cuentas a seis naves de línea francesas, sin contar el rico botín de varios buques de la Compañía francesa de las Indias, que regresaban de Asia después de buscar allí refugio. Aquel botín de varios millones le permitió a la «Navy» acrecentar, mediante una serie de afortunadas especulaciones, sus recursos propios. Desde el año siguiente, la navegación río arriba del San Lorenzo tuvo como resultado la caída de Quebec. Aquel mismo año, el comodoro Moore se apoderó de la Guadalupe. El año siguiente, Montreal se rindió a su vez, después de que el ejército francés hubiese estado a punto, por unos pocos días, de lograr la hazaña de decidir la campaña. En 1760, el comodoro Douglas tomó la Dominica; luego, finalmente, en 1762, el almirante Rodney la Martinica. La campaña antillana llegó a su término entre el mes de junio y el de agosto de 1762, con el ataque y el sitio logrados del gran arsenal de La Habana por el almirante Pocock y el 13 de agosto cayó la ciudad, con pérdida de 12 buques de línea por los españoles. Sabemos que el tratado de París dio a Inglaterra Canadá y Luisiana, así como la Florida, ganada a expensas de los españoles, pero devolvió la Martinica y la Guadalupe (aunque no la Dominica y Tobago).

Aquellos acontecimientos requieren unas cuantas explicaciones. La caída de la Guadalupe y de la Martinica se realizó prácticamente sin combates, ya que la población de los colonos, a decir verdad, se negó a luchar, o para ser más exactos, a pasar de una resistencia más simbólica que real. Y estaba completamente dispuesta a entrar en el regazo inglés. Así, Choiseul pudo considerar como un éxito diplomático relevante —que la Francia «pensadora» aplaudió durante largo tiempo— la conservación de las islas del azúcar. Ahora bien, sabemos que los franceses antillanos no eran menos valerosos en el combate que los canadienses; por otra parte, el éxito de los corsarios franceses de las Antillas explica en buena medida el esfuerzo inglés acordado a la conquista de las islas. Por tanto, resulta preciso, aparte de las consideraciones militares propiamente dichas, que no son de despreciar, intentar comprender la mentalidad «blanca» de las islas.

Porque, bajo el calificativo de blancos, la sociedad colonial encerraba una jerarquía de hecho muy acusada: ahora bien, la actitud frente a la conquista de las islas fue muy unánime. Aquella sociedad se convirtió en «americana», es decir, «criolla», con reacciones muy dispares de las que hubieran podido ser las de otras poblaciones europeas. Un primer hecho extraño: la nobleza, tomada en el sentido de un segundo orden, no ejercía sino una influencia muy limitada, y su papel, como tal, era casi nulo. A este respecto, nos encontramos ante una sociedad igualitaria (entre «blancos») muy adelantada en relación con lo que ocurre en la metrópoli. Y no era porque despreciaran los honores. Lo demuestran, por ejemplo, los registros de «nobleza» complacientemente otorgados por la corte soberana local de la Martinica y que son, en su mayoría, ennoblecimientos en forma de «reconocimiento de una antigua nobleza». Pero puesto que las colonias se vieron exentas de impuestos sumamente distintivos entre nobleza y plebe, tal y como la talla, todo aquello pertenecía más bien al terreno de las «vanidades». La base de la sociedad, y el fundamento del «valor» de la gente (incluido en el sentido financiero) es el éxito. Buena parte de las distinciones de la sociedad europea no encontraba aquí, pues, aplicación alguna. Lo que resulta bastante lógico dentro de una sociedad cuyos elementos constitutivos eran tan dispares: el éxito amalgama a nobles, burgueses, gente del pueblo, de forma cuanto más segura que los modos de vivir no se diferenciaban mucho. Excepto contados detalles, el modo de habitar la plantación, de llevar un doble modo de vivir, en parte urbano,

en parte «rural» era en todas partes el mismo. Las diferencias se debían más a los cultivos a los que se dedicaban: el café elevaba más en la consideración social que el azúcar. Pero fue un fenómeno tardío de la segunda mitad del siglo XVIII.

Y no era porque el «parecer» no tuviera importancia. Al contrario, pero era un parecer que poco se dejaba traslucir en el mobiliario o la cultura intelectual. Estamos en una sociedad práctica. El «parecer» asoma primero, ante todo, en la suntuosidad de las ropas, y por si acaso, se frecuentaba la misa del domingo; era también y quizá, para algunos por lo menos, para «exhibirse» con sus ropas, mostrarse en medio de la pompa, con el fin de superar y «epatar» al vecino. Aquella actitud repercutió por ósmosis en todas las capas de la sociedad, esclavos incluidos y, a mayor abundamiento, entre la gente de color. Los viajeros extranjeros se asombraban, y a veces se indignaban, por los trajes vistosos, multicolores, los perendengues con los que se adornaban, en cuanto podían, los más humildes de los esclavos. Naturalmente, traslucían los gustos ancentrales heredados de África. Eran sobre todo los esclavos domésticos, al contacto reiterado con el dueño, y más aún con las dueñas, quienes se aprovechaban de su vida más cómoda que la de los esclavos de los «talleres». Ellas se emperifollaban con viejas ropas de sus dueñas: era una forma de recompensa muy apreciada, que les hacía vestir unas indianas, bien importadas directamente de las Indias, bien traídas de Francia (estampados) en vez de las telas de lino que constituían la base del tejido de los esclavos, cuya ropa, para el trabajo, se reducía al mínimo indispensable. En lo que se refiere a los libertos, en cuanto podían, gracias a los recursos obtenidos de su trabajo, compraban, a veces muy caro, lo que les gustaba. Así las Antillas ofrecieron al negocio francés una salida capital, cuya importancia fue creciendo, contribuyendo de esta forma a lo que algunos dieron en llamar la «colonización» de la economía francesa a finales del Antiguo Régimen.

En una sociedad basada en el «parecer» de ese tipo, muy diferente del «parecer barroco», con ese parecer chillón, llamativo, de mal gusto con frecuencia, los «valores» son los del hombre nuevo, es decir, del nuevo rico. La buena fe en los negocios no era necesariamente lo que destacaba en los plantadores obligados a menudo a aceptar unas mercancías más o menos adulteradas: por tanto, ellos pagaban con la misma moneda, pujando más aún. Los pagos se demoraban cuanto más que el dinero efectivo escaseaba. Los cargamentos de esclavos se com-

praban a crédito. La regla era la siguiente: una parte se abonaba inmediatamente en efectivo, otra parte en letras de cambio, pero cuyos vencimientos demoraban al máximo; y, finalmente, mediante promesas de pago en especie, en mercancías. El endeudamiento, entendamos el recurso tanto razonable como abusivo al crédito, formaba parte de la vida cotidiana. No siempre era por mala voluntad. No faltaban, en efecto, razones creíbles, verosímiles, para demorar el pago de los vencimientos. Ello no impedía que los escrúpulos comerciales se vieran condicionados por la utilidad... o la necesidad.

La religión ocupaba un lugar bastante secundario, y pese a los justificativos morales de la esclavitud, el catolicismo de las islas era muy superficial: estamos en una sociedad ya sumamente laica. El clero no tenía, en cualquier caso, más que una influencia muy reducida... cuando la tenía.

En estas condiciones, la defensa de las islas contra los ingleses caía por su propio peso, con un sinfín de segundas intenciones, cuando resultaba fácil de asegurar. Se trataba de sacar el mayor provecho posible de una situación de guerra que era generadora de malos negocios. Los precios de compra se disparaban, tanto los de los esclavos como de los productos metropolitanos, y en cambio, el precio de venta de los azúcares y demás producciones se derrumbaba. No fue, pues, por falta de patriotismo o de valor por lo que se recurrió a todas las posibles soluciones, fuesen o no conformes al interés general. Eran partidarios de las «Luces», y a menudo en un grado elevado, menos en lo que a la esclavitud se refería, considerada como una institución perfectamente natural. Así, la compra y venta a Neutrales, que por cierto el gobierno francés empezó a decretar «legal» al inicio de las guerras, era una solución indispensable. Alardeaban de ello. Menos alardeaban del recurso, esta vez perfectamente clandestino, al comercio con el «enemigo». Durante las dos guerras de mediados del siglo XVIII, los americanos de los puertos de Nueva Inglaterra eran bienvenidos. Comerciaban, de forma masiva, con la parte española de Santo Domingo, en tiempos de paz lo mismo en tiempos de guerra: ellos mismos carecían, de igual forma, de cualquier escrúpulo. Las bahías próximas de la frontera de Santo Domingo eran el escenario de asombrosos encuentros. De allí salían las pistas, tan poco clandestinas, a lo largo de las cuales las mulas transportaban a la ida los azúcares brutos, el café, el añil, eventualmente el algodón; a la vuelta, eran los cargamentos de productos america-

nos: bacalaos y carnes secados, indispensables a los «talleres» de esclavos; telas de lino de Irlanda, etc. Las Pequeñas Antillas, a este respecto, eran menos favorecidas. Pero las islas están tan cercanas unas de otras, las posesiones inglesas y francesas tan entremezcladas que, pese al bloqueo de las naves de guerra, era un constante ir y venir de pequeñas embarcaciones de ambas partes. Existían, bien es cierto, en tierra, unas patrullas. Pero, incluso con la ayuda de perros, los resultados eran escasos, porque todo el mundo era cómplice. El que hiciera falta, para satisfacer la fachada administrativa, y cubrir a todo el mundo, una víctima de vez en cuando, formaba parte del sistema, a computar en la rúbrica de beneficios y pérdidas.

Durante la guerra de los Siete Años, los ingleses no escatimaron los medios utilizados. La zanahoria tenía su complemento en el empleo del bastón. Los isleños manifestaron algún intento de defenderse e incendiaban las plantaciones, secuestrando a los esclavos y destruyendo las cosechas y los stocks, cuando no era peor aún. Ya fuera en Canadá, o en las Antillas, nadie, de ninguna parte, tenía miramientos. A la menor amenaza seria, preferían capitular, o para ser más exactos apañárselas para salvaguardar las apariencias, fingiendo (y obligando realmente a los recalcitrantes) forzar a gobernadores e intendentes a capitular.

Y en todos esos aspectos, todo el mundo estaba de acuerdo. Los «grandes» blancos de las plantaciones, lo mismo que los «pequeños» blancos de las ciudades. Extrañas aquellas ciudades coloniales de las Antillas. Se habían desarrollado mucho y alcanzaban en Santo Domingo, y en la Guadalupe o la Martinica, respetables cifras de población, superiores a 20.000 habitantes. Lo que no difiere mucho del tamaño de las mayores ciudades de las trece colonias. Pero la apariencia, el olor y la tesitura de aquellas ciudades resultaban muy peculiares. Eran ciudades nuevas, que brotaron al azar en gran parte, litorales —toda la implantación urbana de las Antillas francesas era periférica, a no ser el interior montañoso propicio para la instalación de ciudades—. Por tanto, se han ido ubicando en las pequeñas llanuras, preferentemente en la proximidad de algún altillo tocado con una ciudadela; unas ciudades próximas a pantanos, con todas las consecuencias que de ello se derivan. Allí se concentraban los pequeños blancos, y más aún, gentes de color liberadas que ejercían todos los oficios indispensables. Eran, por otra parte, los esclavos-artesanos, ya fuera que hubieran conservado o desarrollado su especialización africana (como los herreros), o que hu-

bieran aprendido de hecho un oficio «a la europea» quienes, gracias al dinero que lograban reunir —aunque daban a su dueño, que les autorizaba a ejercer en la ciudad, una «renta» que podía ser importante— podían comprar su libertad. Porque ésta tenía, en líneas generales, dos orígenes: la descendencia de algún que otro dueño que concedía la libertad a su o sus progenitura(s); y la libertad mediante compra o servicios prestados. Se fue constituyendo de esta forma una sociedad de «pequeños burgueses» negros, que hacían una dura competencia a los blancos de la misma condición, quienes, a veces sólo tenían su «estatuto» de blanco para distinguirse de aquella capa social en ascenso. Ésta adoptó los mismos «valores» y la misma ausencia de valores que los blancos. Una sociedad dura, con una fuerte mortandad: aquellas ciudades que, en el centro, adquirían un aspecto de trazado hipodámico, y en los barrios de mediana altura tenían reputación de paradisíacas y, de hecho, las casas estaban sumidas en el verdor y las flores, eran espantosas en su periferia. Los barrios «populares» se ubicaban bien en la proximidad del puerto —o de la rada foránea que hacía las veces de puerto—, cercanos, por tanto, a las aguas estancadas de los pantanos, o en vertientes demasiado inclinadas para que la gente acomodada colocara allí su casa. Ninguna calle trazada: era un dédalo de rejilla de carreteras sin pavimentar que se transformaban en pantanosas o en corrimientos de terreno a la menor tormenta. Las «casas» eran chozas ligeras, que barrían los grandes vientos. Todo vegetaba, siempre, en un estado provisional. El suministro de agua era desastroso y el llenado de los toneles de las naves también, incluso más difícil en esas ciudades presuntamente portuarias que en las «aguadas» marinas. Enfermedades y epidemias era el castigo ineludible a una ausencia total de higiene pública, que los escasos médicos, sin embargo, predicaban con tanta insistencia como falta de resultados. Unos focos de epidemias que se propagaban a las naves mediante nubes de mosquitos. Nada idílico sino la visión de alta mar, paradisíaca, que desmentía desde lejos ya el olor a aguas corrompidas. Ninguna recogida, o muy deficiente, de basura: un ambiente mefítico, «el calor dejándolo todo en estado de podredumbre». «Parece que la naturaleza segrega la podredumbre que corrompe todas las almas»: este era el comentario de un sacerdote que no formaba parte del sistema.

De todo ello rezumaba un enorme aburrimiento. Los valores intelectuales estaban casi ausentes. Sólo contaba el dinero. En cuanto a

los placeres, eran los de los puertos: brutales, buenos para los marineros de juerga. Los barrios de mala fama abundaban, y la prostitución, con su contrapartida de enfermedades venéreas, podía paralizar a toda una flota. De ahí una detestable reputación, no siempre merecida, de la criolla, negra o blanca, presuntamente lasciva (por naturaleza), falsa, codiciosa y que al fin y al cabo despreciaba al hombre. De hecho, los archivos judiciales —los que quedan— desvelan unas asombrosas situaciones: es verdad que lo habitual era tapar las cosas que podían comprometer a las familias y que, por tanto, no figuran, de algún modo como espejo de aumento, más que los escándalos menos fáciles de ocultar. Se leía poco, y las escasas bibliotecas estaban poco nutridas. En cambio, se bebía mucho, y no sólo los marineros, para quienes la tafia de las islas era un maná celestial, en el cual gastaban toda su paga. Los pocos teatros urbanos ofrecían las obras más fáciles: se acudía a ellos, ante todo, para exhibirse. El lujo supremo, y el más alcanzable, reside en la servidumbre. Cuanto más numerosa, mejor (y peor tratada resulta a menudo). Lo que redunda en suntuosas fiestas, muy pintorescas, en el calor húmedo de las noches que la brisa del mar apenas si refresca. Al menos, aquella sociedad estaba alejada de toda hipocresía: todo se decía, y todo se sabía, y si era necesario, todo se callaba ante quien no tenía que saber. Y puesto que se conocía bien a los plantadores ingleses, que no eran muy diferentes, se avendrían sin problema a la dominación inglesa...

Y no obstante, la dominación inglesa duró el espacio de una corta ocupación. Pese a todos los intentos, no se encuentra mucha explicación. Cansancio de la guerra, rechazo de los impuestos, miedo de los plantadores ingleses de ver surgir dentro del sistema comercial inglés temibles competidores: todo esto se ha dicho y repetido, sin ser de verdad convincente. La Martinica, la Guadalupe vuelven a Francia, y Santo Domingo no fue conquistado. Todo ello ¿a qué precio? Los historiadores navales ingleses han avanzado, sólo para la «Royal Navy», sin contar las tropas, 1.500 muertos en combate y 10.000 por epidemias. Lo que exigiría una comprobación, pero da una idea de magnitud verosímil. Las pérdidas francesas, mucho más elevadas en combate, también resultan aplastantes a consecuencia de las grandes epidemias de los años 1756-1760.

Capítulo V

ENTRE DOS CICLONES: DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS A LA REBELIÓN DE SANTO DOMINGO (1763-1792)

Reabramos unos viejos manuales de historia colonial francesa. 1763: el «desastroso» tratado de París, que consagró una vez más la hegemonía inglesa sobre Europa (y el mundo) y acabó destruyendo la obra colonial del Antiguo Régimen. Marcaba el fin del «primer imperio» colonial francés, fundamentalmente americano. 1792: la rebelión de los esclavos negros de Santo Domingo, conducidos y rodeados por los hombres de color a los cuales los blancos negaron la igualdad cívica, puso fin a la dominación francesa en Santo Domingo, la «joya» de las Antillas. Esas eran las apariencias, y en buena parte, las realidades.

Sin embargo, ¿aquel ensamblado heteróclito de pequeñas islas (Santo Domingo ni siquiera tiene la superficie de Bélgica, y su superficie útil apenas si es la de dos departamentos metropolitanos) e inmensos espacios vacíos era de verdad un «imperio»? Demasiado énfasis para designar un conjunto de poblaciones que en América ni siquiera alcanzaba un millón de hombres (los cinco establecimientos de las Indias no andaban lejos, pese a su pequeña superficie, de tener el mismo «peso»). En Santo Domingo, la densidad media matemática no era más que una veintena de habitantes por km^2; en 1789, mucho más, es verdad, en relación con la superficie utilizada. Las cifras eran claramente más elevadas en las dos «grandes islas» de las Pequeñas Antillas. Pero tampoco eran nada del otro mundo. Estamos lejos de las tasas de superpoblación actuales. La densidad de la Martinica en aquel entonces debía oscilar entre 130 y 140 habitantes por km^2. Lo que, en aquella época, era mucho. La densidad de la Guadalupe era ligeramente inferior, pero del mismo orden de magnitud. Por tanto, un ensamblaje de

inmensos vacíos, de cuasi desiertos humanos con parcelas de pequeños universos que, para aquella época, ya estaban superpoblados. Aquel seudoimperio no se había planificado, ni querido como tal; se había construido, al azar de las circunstancias, con el menor coste estatal, la iniciativa privada desempeñando el papel de detonador del conjunto. El Estado había llegado después, había «asegurado» y «desarrollado», sin más. Aún así, había intentado imitar a los holandeses con la creación de compañías mercantiles. A buen seguro, habían prestado algunos servicios, pero la constatación decepcionada que Colbert creía, y con razón, tener que hacer en 1661: «todas las compañías creadas en tiempos del difunto rey Luis XIII están muertas o a punto de morir», se podía aplicar lo mismo a las que había intentado poner en pie. Las delegaciones del poder real a las compañías rápidamente resultaron ser un fracaso. Las razones eran fundamentalmente de orden interno en Francia. No porque, como dicen los historiadores de poca monta, Francia no fuera una potencia marítima, lo que es totalmente falso, ya que la flota mercante francesa de principios del reinado de Luis XIV era, poco más o menos, el equivalente de la flota mercante inglesa, sustancialmente acrecentada ya por la captura de las naves holandesas durante la primera guerra anglo-holandesa (1652-1654), sino porque los negociantes y mercaderes de los puertos miraron con malos ojos a las compañías francesas, creaciones estatales, por la buena razón de que no disponían de los capitales necesarios, y que sus negocios, numerosos pero de pequeñas dimensiones, no podían soportar la competencia de grandes empresas semiestatales. Lo que obligó a las compañías a recurrir a los capitales de la nobleza de la corte o a préstamos, en realidad, forzados. Administradas de forma cada vez más burocrática, aquellas compañías se vieron finalmente en la incapacidad de llevar a cabo su misión. Así, desde Enrique IV a Colbert, se habían probado todos los métodos con el fin de evitar comprometer demasiado al Estado. Lo que ofrecía ciertamente la ventaja de poder, en caso de fracaso, desautorizar la iniciativa privada intempestiva, pero no desembocaba más que, a nivel comercial, en la quiebra en tiempos de guerra, y a nivel colonial en la creación de situaciones totalmente imposibles de administrar, como en el caso de Canadá sitiado por los iroqueses. En la época de Luis XIV fue cuando el Estado se comprometió realmente en la vía de la colonización, o al menos cuando ésta se vio protegida por el Estado.

Sin embargo, la lección de las «grandes» compañías había servido en algo: en el caso de América, no se repitió la dudosa aventura de las compañías y la Compañía de Occidente llevó una existencia sin brillo ninguno. La iniciativa privada desbloqueó la situación. Cuando, merced al gran corso de la guerra de la Liga de Augsburgo, después del tráfico de los mares del Sur durante la de Sucesión de España, se constituyó un gran «estrato» de importantes negociantes portuarios bastante dinámicos como para engendrar por sí mismos sus propios sucesores y, retrospectivamente, justificar la adquisición de colonias americanas. No hablamos de la de Canadá, que siguió siendo un asunto privado del comercio de La Rochelle, sino de la de las Antillas.

Siempre hay que desconfiar de las visiones retrospectivas: no sólo encierran una buena medida de olvidos, sino unas deformaciones *a posteriori* más o menos destinadas a probar que existía algún objetivo. En realidad, no existía ninguno, y el conjunto ha tomado después sentido, gracias al justificativo colonial. Cuando, entre 1784 y 1790, aquel colonialista por excelencia (de Santo Domingo) que fue Moreau de Saint-Merry, el demasiado famoso (y muy útil) autor de las *Leyes y Constituciones de las colonias de América bajo el viento* escribía:

> El objetivo principal y fundamental de los establecimientos de ese tipo es asegurar a la metrópoli una ventajosa salida de sus productos y manufacturas, mediante el intercambio de sus mercancías con las producciones coloniales destinadas a su propio consumo, o a pagar lo que compra en el extranjero.

Sabemos también que para una potencia marítima, las colonias tenían un enorme valor, porque en la marina mercante era donde se formaban los marineros destinados a la marina militar.

> Proteger las colonias y fomentar su crecimiento era, por tanto, acrecentar las riquezas a la vez que las fuerzas del Estado,

pensaba sin lugar a dudas lo mismo que muchos contemporáneos suyos y que la mayoría de nuestros historiadores, refiriéndose a la teoría del «mercantilismo». Sin embargo, esas aserciones no tienen mucho en cuenta la realidad inicial. Incluso para Colbert, las Antillas de los años 1664 no estaban destinadas en absoluto a equilibrar el comercio francés:

se trataba, simplemente, de colocarse en la ruta del dinero español de forma que se pudiera, eventualmente, cortarla. El reconocimiento del valor económico llegó sólo en los años posteriores. Volvamos a leer las cartas de Richelieu (1663) que daban las islas en señorío con el objetivo

> de instituir, crear y establecer para el descubrimiento de los países lejanos, todo lo que se considerara adecuado para el crecimiento de la monarquía francesa.

Esto, en un marco estrictamente señorial, y por esa razón las colonias deberán legítimamente al rey «fe y homenaje». Lo que permitirá vincular, tanto a los eventuales colonos como a los autóctonos, a esa misma monarquía francesa:

> Su Majestad concederá a todos los descendientes de los franceses, habituados de dichas islas, y a los salvajes que se convirtieran a la fe y la profesaran, ser censados... franceses naturales... sin verse obligados a tomar cartas de declaración o de naturalización.

Hermoso programa, y que da testimonio de la preocupación por el indio. Sin embargo, estos dos textos se pueden refutar. El respeto hacia el indio no impidió en absoluto la importación de indios de Brasil. Y fue en 1642 cuando Luis XIII, tras vacilar mucho e incluso rechazar, autorizó la esclavitud de los negros en las colonias francesas, y con ésta, la trata de esclavos. Aunque ésta sea atestiguada por el padre Dutertre (*Historia general de las Antillas habitadas por los franceses*, París, 1667-1671), desde la época del «capitán Pitre Cotté» para la isla de San Cristóbal, la gran trata francesa no se implantó hasta finales del reinado de Luis XIV: todas las cifras del censo dan fe de ello. Permanecerá, sin embargo, en el programa de 1663 un hecho de sociedad, paradójicamente de tipo «racista»: los descendientes de los indios caribes considerados como «brasileños» no se verían sometidos al mismo desprecio que los descendientes de los esclavos negros...

Volviendo al seudoprograma de Moreau de Saint-Merry, cada una de sus afirmaciones merece ser discutida. Cuando se constituyó Canadá en colonia real, la exportación de los excedentes de la agricultura y manufactura francesa no era en absoluto la causa, sino la simple supervivencia de algunos centenares de franceses amenazados de destrucción

total por los iroqueses. Y lo mismo cuando el señorío de la Martinica se concedió a D'Esnambuc, no se trataba para nada de todo aquello, sino de acrecentar la gloria de la monarquía. Los objetivos primeros de Enrique IV, de Richelieu, lo mismo que de Colbert, eran imprecisos; eran oportunidades que había que aprovechar «por si acaso». Puede que no hayan faltado las preocupaciones militares a largo plazo; y en medio de todo aquello, hay que decir que el proteger a filibusteros y piratas quizá pertenezca a «la historia épica» posterior, pero en aquella época, frente a la monarquía española y lo que podríamos llamar la «opinión pública» europea, no encerraba el mismo grado de seducción. Hay cosas que resultan difíciles de confesar en un documento oficial.

El justificativo económico mercantilista no apareció sino después. La protección y la gloria de la bandera flordelisada costaban caras: era preciso, de algún modo, rentabilizarlas. En cuanto a la gloria de los descubrimientos, hacía mucho tiempo que ya se habían producido los grandes momentos. Y la teoría, aunque calcada de una realidad anterior, se ha comprobado. De igual modo, la creación de la marina militar obedeció a muchas otras motivaciones que la de proteger las colonias. El argumento de Moreau de Saint-Merry resulta anacrónico: es válido a partir de los años 1690 aproximadamente, y aún así. No fue sino con las nuevas naves de línea del siglo XVIII, las cuales necesitaban tripulaciones muy reforzadas, cuando se planteó la cuestión de las tripulaciones. E incluso este argumento tiene un alcance limitado. De los 55 a 60.000 marineros franceses, el 10 % procedía de la pesca de Terranova, que se realizaba sin colonización, y un poco más del 10 % (quizás el 15 %) procedía en efecto del gran comercio colonial. En cambio, hay una evidencia que, paradójicamente, Moreau no apunta: y es que todas las guerras del siglo, la segunda de las cuales de cien años, entre Francia e Inglaterra, son guerras coloniales o, más exactamente, comerciales. «Sabéis, Majestad, que todas las guerras que ha llevado Francia desde hace cien años», subrayaba Choiseul al dirigirse a Luis XV en 1763 «tenían su razón de ser en el comercio».

El supuesto imperio colonial francés del Antiguo Régimen era de naturaleza comercial y no implicaba una verdadera colonia de asentamiento, no recibiendo Canadá, al fin y al cabo, más que un puñado de inmigrantes, sin comparación con la gran emigración anglosajona, o irlandesa, o germánica, hacia América. Y aquel «imperio» se derrumbó, en 1763, en su parte territorial. Subsistió y se consolidó incluso,

para conocer una prosperidad sin precedente después de 1763, y más aún después de 1783 y ello hasta el año 1792. Lo que contribuyó a dar al Antiguo Régimen un brillo aumentado todavía más por la guerra de Independencia americana (1775-1783), para Francia, de hecho, sólo de 1777 a 1783. La victoria parcial de Francia, la independencia de EE.UU., empezaron a modificar en profundidad todos los datos geopolíticos y económicos de América en su conjunto. Para Francia, sin embargo, la rebelión de los esclavos de Santo Domingo desembocó en una era de ruptura que finalizó, en realidad, por completo en el momento en que, en 1803, la amenaza de Inglaterra sobre el imperio napoleónico condenó el gran intento de reconquista de Santo Domingo emprendido por Napoleón al amparo del corto período de paz instaurado en marzo de 1802 por la Paz de Amiens.

Así, de 1777 a 1803, los seis años de paz armada primero (paz naval armada), después de guerra abierta, dieron lugar al desmantelamiento de la totalidad del «imperio francés» de América, materializado en los tratados de París que no dejaron a Francia más que la Martinica y la Guadalupe con sus dependencias más próximas.

La Paz de París marcaba, pues, el abandono total de todas las posesiones francesas en el continente americano. El argumento utilizado por Choiseul ante Luis XV, en el momento de la ratificación de las cláusulas de la paz, era sencillo, y se integraba en la línea de pensamiento de muchos viajeros europeos en América del Norte desde los años 1730-1740, a saber, que el único lazo que unía las trece colonias a Inglaterra era el miedo a los franco-canadienses. Para luchar contra ellos, las trece colonias tenían urgente necesidad de la ayuda de la «madre patria». En cuanto desapareciera ese miedo, desaparecería también la razón profunda de su fidelidad, ya precaria por otra parte, hacia Inglaterra. P. Kalm lo había escrito en repetidas ocasiones, y muchos otros con él, prediciendo, por otra parte, desde mitades del siglo, que el porvenir sería de los EE.UU. y de... Rusia. No era tan genial Tocqueville, ni tampoco Custine, que no hacían sino recuperar las ideas omnipresentes. Kalm se equivocaba simplemente en cuanto a la fecha de aquella independencia: la estimaba posible desde los años 1750-60: no ocurrió hasta el año 1783. Por supuesto, el ejemplo de EE.UU. sería contagioso, y América en conjunto seguiría, tarde o temprano. Mientras tanto, la firma del tratado de París significaba introducir en el imperio británico una bomba de relojería, que provocaría una lucha armada entre las trece co-

lonias e Inglaterra, lucha que permitiría a Francia, rearmada en el campo naval, emprender una guerra de revancha en las mejores condiciones posibles, sobre todo en cuanto que se beneficiara con el apoyo español. Y ello, sobre todo, porque la «Navy», algo embriagada en efecto por sus éxitos, no emprendió su propia renovación en las proporciones que le hubieran permitido dominar los mares. Y si hubo alguna vez, por el lado francés, una guerra deseada, y cuidadosamente preparada, fue la de la Independencia americana. Es obvio que, en el fondo, la independencia de las trece colonias entraba muy poco en esos cálculos, sino a título de diversión militar. No faltaban, tanto en la Corte como en la ciudad, mentes previsoras que opinaban que era «amoral» apoyar a sujetos rebeldes en contra de su rey legítimo y que esto se volvería frente a Francia. Opinaban lo mismo los embajadores de Venecia y lo decían a quien quisiera escucharles. Sin embargo, se constituyó en Francia un potente *lobby* proamericano, respaldado por los allegados más próximos al duque de Orleans, sus banqueros, como Le Ray de Chaumont, un francmasón, estrechamente ligado a través de su hermano, Le Ray de la Clartais, al gran comercio antillano nantés.

Predominaron dos teatros de operación: las Antillas y la costa americana. Por vez primera, los buques de línea ingleses se vieron obligados a estar presentes un poco en todas partes contra las rebeliones americanas, con su base de Nueva York, como en las Antillas, donde, aprovechándose de su debilidad, los franceses atacaron inmediatamente en Santa Lucía (15 de diciembre de 1778) —sin resultados— y, sobre todo, en Europa. En esas condiciones, la estrategia de Sartine —el secretario de Estado de la Marina— consistía en concentrarlo todo en la Mancha e intentar un desembarco masivo con el apoyo de la flota española de alta mar. Las divergencias franco-españolas y, en especial, la voluntad española de reconquistar Gibraltar a cualquier precio, los plazos de armamento de las flotas, hicieron que la batalla en alta mar a la altura de Ouessant (27 de julio de 1778) fuera indecisa (exclusivamente franco-inglesa, ya que España sólo entró en guerra en 1779). Para nuestro propósito, es importante, sin embargo, subrayar que esos fracasos, compensados en parte por la toma de varios grandes convoyes mercantes ingleses procedentes de las *West Indies* (1780-1781) tuvieron como resultado, por una parte, el despido de Sartine y su sustitución por el mariscal de Castries y, por otra, un cambio de estrategia. Se volvió, por tanto, a la estrategia llamada «periférica»: más que en

ninguna otra guerra, las Antillas y las costas americanas se convirtieron en el escenario fundamental de operación. Las fuerzas navales en presencia se enfrentaron, pues, duramente en una serie de batallas sucesivas: 6 de julio de 1779, batalla de Granada, donde el almirante D'Estaing infligió severas pérdidas a su adversario Byron, pero, demasiado prudente, y aunque disponía de una clara superioridad numérica, dejó pasar así la oportunidad de destruir por completo una escuadra enemiga; luego, la batalla de la Martinica (17 de abril de 1780), de Guichen contra Rodney, una batalla indecisa, donde el mal funcionamiento de las transmisiones inglesas les hizo perder una ruptura de la línea enemiga; después, el segundo encuentro de la Martinica (29 de abril de 1781) durante el cual el almirante De Grasse impidió, con unas fuerzas claramente superiores, una acción inglesa en la isla pero no aprovechó su superioridad para aplastar a Hood.

Lo principal, sin embargo, se desarrollaba en otra parte. Las tropas de desembarco francesas, agrupadas en Normandía y cerca de Saint-Malo, fueron trasladadas primero a Brest, luego transportadas a América del Norte (1779-1780). Se trataba de regimientos del ejército regular de tierra. El número de voluntarios nobles no sobrepasaba los 200; los únicos que de verdad despertaban el interés de Washington eran La Fayette, que llevaba consigo más de 600.000 libras de su fortuna personal, y De la Rouerie, maestro en la táctica de la guerrilla. Aquellas tropas regulares estaban al mando del general Rochambeau. El acontecimiento decisivo fue el asunto de Yorktown, a la entrada de la Chesapeake Bay, sitio estratégico por excelencia. El general inglés había convertido la ciudad de Yorktown en su base de retaguardia, estimando que nada tenía que temer por el lado del mar. Sin embargo, el 18 de marzo de 1781 había tenido lugar a la entrada (estrecha) de la rada una pequeña batalla naval entre el almirante Arbuthnot y Des Touches, indecisa como ocurría tan a menudo a lo largo de dicha guerra, al equilibrarse más o menos las fuerzas.

En septiembre de 1781 el golpe mortal cayó sobre los ingleses. Y se debió por completo al sentido estratégico del almirante De Grasse. Había intentado, y en parte lo había logrado, convertir la Martinica en una especie de base estratégica, volviendo contra los ingleses su estrategia de la guerra de los Siete Años. Estimando que el elemento esencial era el reunir por sorpresa una fuerte superioridad, tanto naval como terrestre, en un punto-objetivo que no podía ser otro que Yorktown,

utilizó la sorpresa al máximo, y las precauciones adoptadas intoxicaron los servicios de información del adversario. Al actuar en septiembre (mala estación) y pasar por el jardín de corales de las Bahamas, que nadie utilizaba, se encontró, a principios de ese mes, a la entrada de Chesapeake Bay, trayendo consigo tropas de desembarco. Durante ese tiempo, en una marcha forzada de largo alcance, las tropas americanas y las de Rochambeau se concentraron en Yorktown, donde Cornwallis acababa de regresar tras una campaña terrestre triunfal gracias a los «lealistas» (al menos una tercera parte de los americanos, y especialmente numerosos en el sur), pero también una campaña agotadora a causa de las reiteradas «picaduras de mosquito» de la guerrilla. El 5 de septiembre de 1781, la escuadra inglesa de Grawes se encontraba en la bahía para ver llegar, en vez de la pequeña escuadra de Barras esperada, la fuerza de De Grasse. Aunque estaba en una excelente posición (la flota francesa se vio obligada a levar anclas a toda prisa, mientras que parte de sus tripulaciones se encontraban en tierra, y obligada a desfilar, nave tras nave, a través del estrecho paso de la entrada), no supo aprovechar la posibilidad de batir a la escuadra francesa en el detalle y aceptó la tradicional batalla en línea. Batalla tan indecisa en el plano táctico como las demás, no perdiendo la escuadra inglesa, al fin y al cabo, más que un barco, pero victoria estratégica francesa total. Sitiado en Yorktown, Cornwallis se vio obligado a capitular el día 19 de octubre de 1781: de hecho, la guerra estaba decidida y desde entonces asegurada la Independencia americana.

Se trasladó finalmente la guerra a las Antillas. Un desembarco francés en San Cristóbal desembocó, los días 25-26 de enero de 1782, en un nuevo encuentro naval entre Hood y De Grasse, en el que éste perdió una vez más la oportunidad que el azar le brindaba de batir a su enemigo en firme. Los ingleses tuvieron su revancha tardía, cuando los franceses intentaron el desembarco en Jamaica: hubiese sido el golpe decisivo. Pero, estorbado por su convoy, mal servido por el comandante de una de sus naves, quien se permitió dos abordajes sucesivos en dos días, De Grasse aceptó la batalla a la altura de las Santas (el 12 de abril de 1782), precedida por el encuentro del 9 de abril de 1782. Tras un encarnizado combate, durante el cual los ingleses utilizaron por primera vez ese instrumento mortífero que era la carronada, cortando la línea del adversario; el encuentro se saldó con la pérdida de cinco naves de línea francesas, y entre ellas el buque insignia con De

Grasse. Poco importa aquí lo que aconteció después. En cualquier caso, los ingleses no sólo habían salvado el honor, sino que habían empezado a cambiar de táctica y a introducir de forma masiva algunas nuevas técnicas, como la carronada y el refuerzo de los cascos con placas de cobre, técnica esta última que había sido probada durante la guerra de los Siete Años, no sin desavenencias. El tratado de Versalles (1783) consagró la Independencia de los EE.UU., España recuperó la Florida (y Menorca), Francia... la pequeña isla de Tobago. Paz gloriosa pero poco decisiva para Francia, que se encontraba con dos mil millones de deudas de préstamos y una complicada situación financiera, de la que iba a surgir una de las causas de la Revolución francesa.

Pese a todo, el período 1783-1790 marcó el apogeo de las Antillas francesas. El comercio francés había sufrido pérdidas, es cierto, pero al revés de lo ocurrido durante la guerra de los Siete Años, que casi había interrumpido totalmente el comercio colonial, éste no cayó sino en proporciones limitadas. Volvió a subir como una flecha, con un desarrollo prácticamente exponencial, y ello, sobre todo, en beneficio del puerto de Burdeos. Si disminuyeron los beneficios individuales en relación con la situación anterior, el número de negociantes implicados en el comercio colonial no hizo más que acrecentarse, atrayendo hacia él a negociantes de origen alemán (del sur de Alemania en especial), suizos, incluso israelitas. Si miramos con atención comprobaremos que la fachada es brillante, pero las realidades encierran muchas decepciones.

El esfuerzo tendente al dominio de los mares no acabó allí: entre 1783 y 1795, el ritmo de construcción de los buques y fragatas franceses, iniciado en el año 1774, sobrepasaba al de los ingleses, reforzando constantemente una flota de guerra francesa en cabeza de la innovación tecnológica. Francia jamás había dispuesto de una potencia naval tan enorme como en 1790. La contrapartida era que la marina se había visto obligada a vivir, en tiempos de paz, con una creciente carga de deudas: en 1789, cerca de 400 millones de libras, el equivalente de los ingresos anuales del país. Calonne lo había recordado en su discurso inaugural en la Asamblea de Notables.

Más grave había sido la inmensa desilusión que provocó la guerra de la Independencia americana. Uno de los principales objetivos de la guerra de América había sido el de sustituir el gran comercio inglés con las trece colonias por el comercio francés. Era el señuelo utilizado al particular por Franklin. Pero, desde el mismo año 1780, antes inclu-

so de que Yorktown diera la decisión política y militar, se vislumbraba que se trataba de un sueño. Los intentos de establecer un comercio regular, en especial con los comerciantes americanos de Baltimore, Annapolis, no consiguieron más que resultados limitados, sin ser, sin embargo, del todo despreciables. Una vez restablecida la paz, el tráfico angloamericano se reinició con más fuerza, batiendo todos los récords. Los consumidores americanos preferían los productos ingleses, a los que estaban acostumbrados. Utilizaron, sobre todo, y de forma masiva, el arma discreta del crédito para contrarrestar todos los intentos de penetración francesa. De hecho, se había perdido una gran batalla mercantil. Una cuestión —poco estudiada aún— había contribuido, por otra parte, a envenenar el ambiente. Durante el período de preguerra, el apoyo de los «insurgentes» había sido asegurado mediante el suministro de armas «clandestinas» por unas sociedades en menor o mayor medida bajo el mando de Beaumarchais. Había agrupado a su alrededor a grandes negociantes, entre los cuales había numerosos nanteses, que anteriormente se habían lanzado, en el momento de la supresión de la Compañía francesa de las Indias Orientales, al comercio libre con Extremo Oriente. Aquello distó mucho de ser un éxito, y ese grupo se lanzó, pues, a la guerra americana, con la esperanza de sustanciosos beneficios. Y como el joven gobierno americano se veía obligado a no escatimar medios, aceptó sin discutir las condiciones que se le imponían, sin perjuicio de que, tras la proclama de la paz, las desautorizara. De tal forma que, después de 1783 y hasta 1785, se produjeron una serie de quiebras de grandes (como los De Luynes) y pequeños negociantes, quienes experimentaron una gran amargura y constituyeron la minoría activa prorrevolucionaria de los puertos mercantes en 1789.

En cualquier caso, bien defendidas, las Antillas no habían tenido la oportunidad de ver su fidelidad a Francia puesta en tela de juicio. Y ello a pesar de que, a consecuencia tanto del movimiento de las ideas como de las necesidades de la guerra, se habían suavizado mucho las condiciones de la exclusiva. Ésta, de hecho, se había extinguido, por lo menos en su forma más opresiva. Por otra parte, el secretario de Estado de la Marina, el mariscal De Castries, además de ser un excelente estratega, pertenecía en cuerpo y alma al clan «liberal», incluso en el aspecto «racial» propiamente dicho. Fueron sus oficinas, y sobre todo sus altos funcionarios, quienes impusieron unas reglamentaciones y una jurisprudencia cada vez más hostiles a la gente de color, lo mis-

mo que a los esclavos, mientras que él mismo impulsaba la corriente en dirección contraria, si no hacia la supresión de la esclavitud, al menos hacia una política evolutiva que estimaba indispensable. Otra historia que habría de revisar casi por completo.

Último elemento de ese embrollo subterráneo, ocultado por el crecimiento triunfal del número de naves. Este crecimiento planteaba problemas individualmente. Los capitales franceses, solos, no eran suficientes. Es verdad que la gran generación de los iniciadores, la de los años 1690-1715, se había visto singularmente reforzada por los pingües beneficios acumulados a lo largo de las décadas más faustas, y en especial, entre 1730 y 1740, década que sirvió de trampolín para el comercio colonial lo mismo que para la trata negrera. Aquella generación había sido sustituida antes, y sobre todo después de la guerra de los Siete Años. En primer lugar, por renovación natural, siendo asegurada la continuidad, en parte, por los yernos tanto y a veces más que por los hijos. Más fastidiosas fueron luego las pérdidas comerciales sufridas durante la guerra de los Siete Años; sólo los prudentes que habían asegurado previamente sus cargamentos con compañías de seguros holandesas e inglesas habían podido salir a flote. Así el grupo de negociantes irlandeses, que había desempeñado un papel tan principal antes de 1755, perdió su relevancia. Por fin, como cualquier comercio con una evolución normal, los márgenes de beneficio, extraordinarios en determinados momentos de la primera mitad del siglo XVIII, tendieron a normalizarse a la misma altura que los comercios tradicionales. Si se había acelerado aún más la duración de la rotación de los capitales invertidos, existían límites pese a todo. El sistema de «línea» comercial regular que, con sus comisionistas y sus depósitos, estaba instaurándose en la relación inglesa de Inglaterra-Estados Unidos, no podía, por diversas razones, imponerse aún en la de Francia-Antillas. El capitán de navío seguía siendo fundamentalmente un comerciante, obligado a vender su cargamento de ida y a reunir su cargamento de vuelta. De ahí unas prolongadas, y costosas, estancias en los puertos. De esta forma, el comercio marítimo acumulaba retraso en el mismo momento en que parecía el más brillante. Esa insuficiencia de capitales se tradujo, en el plano de la financiación, en el recurso a los capitales holandeses. Representaban, en 1789, cerca de la tercera parte de las «aportaciones de fuera» de los buques mercantes bordeleses y se habían introducido en el comercio nantés... Se iba perfilando de esta forma

una internacionalización del gran comercio marítimo, que fue objeto de los amargos reproches de los revolucionarios entre 1793 y 1795.

Finalmente, en las propias colonias, la situación social iba empeorando. El rápido aumento de las importaciones de negros no criollizados, como también, en Santo Domingo principalmente, el de los libertos, su importancia númerica y económica creciente, planteaban cada vez más la cuestión de su estatuto jurídico, es decir, de la igualdad con los blancos. Acaloradas discusiones surgieron entre ambos grupos que, en Santo Domingo, eran iguales en número, a nivel estadístico, lo que dejaba entrever que en un corto plazo el grupo de los blancos se vería sobrepasado por el de la gente de color. Es probable que, en realidad, el número de libertos fuera superior de lo que registraban las estadísticas. En esas condiciones, era inevitable que la querella de las ideas encontrara en la Revolución francesa un trampolín idóneo, ya que toda la sociedad criolla habían entrado en una fase de desarrollo económico y social acelerado. Algunos de los grandes blancos estaban muy comprometidos con las nuevas ideas. Recordemos, simplemente, que un Moreau de Saint-Merry, el hombre que nos ha conservado tanta documentación antillana, había tomado parte muy activa en la jornada (algunos dirían en el «montaje») del 14 de julio de 1789, encabezando el Comité de los electores de París. Y esto cuanto más que la prosperidad comercial valoraba cada vez más a aquella «clase» media de gente de color artesanos-mercaderes-plantadores que de ahora en adelante formaban parte integrante del sistema, y que en los inicios no deseaban para nada la supresión de la esclavitud, de la que se iban beneficiando cada vez más. La prudencia política hubiese aconsejado que se formara una alianza política de hecho entre los «blancos» y las «gentes de color», lo que suponía un reparto de los poderes políticos locales. Y no obstante, los «blancos» no se avenían a ello, en total contradicción con las ideas de autonomía que, por otro lado, predicaban. Contradicción fundamental y fatídica. La realidad era que muchos plantadores se encontraban en una situación financiera difícil. Parecían multiplicarse las quiebras. Sobre todo porque el gran negocio de los puertos franceses, cansados de prestar y de acumular retrasos en los pagos, incluso los impagados, se había vuelto a menudo en contra de los plantadores y había empezado la integración de las plantaciones hipotecadas haciéndose cargo de ellas. Tal era el caso, por ejemplo, de la compañía de los hermanos Chaurand, provenzales convertidos en nan-

teses, que se habían resarcido así de sus anteriores pérdidas. Habían introducido en sus recién adquiridas haciendas una nueva gestión de tipo metropolitano: estricto control de los gastos, supresión tanto de los múltiples intermediarios como de los privilegios abusivos institucionalizados por la «antigua» usanza, intento de no mantener los talleres mediante la compra de nuevos esclavos, sino fomentando las tasas de natalidad, e intentando obtener, en esta materia, una «criollización» que desembocara en unos excedentes de natalidad que hicieran inútil el recurso a la trata a largo plazo.

Porque lo más importante, que todavía nos cuesta medir, era «subterráneo». La criollización se impuso de hecho, y en aquellas plantaciones fue donde su población era predominante y hubiera podido aparecer, y apareció localmente, un excedente aún muy débil de nacimientos. A este respecto, es probable que las Pequeñas Antillas, abandonadas por el comercio de esclavos (no representaban, en 1789 más que el 10 % de las ventas de esclavos llegados de África) se diferenciaron mucho en Santo Domingo, en donde el porcentaje de negros de trata, «de africanos», sobrepasaba, y con mucho, el «stock» de negros criollizados. Porque la situación de las islas variaba mucho de una a otra. Las Pequeñas Antillas se habían visto abandonadas a causa del descrédito que pesaba en los plantadores. Al pagar mal, y con mucha demora —mientras que los de Santo Domingo habrían sido (?) mejores pagadores—, se les habría negado progresivamente las facilidades de pago conseguidas en épocas anteriores. Añadamos (y en nuestra opinión, ésta es la razón principal) que esas islas, de dimensiones muy reducidas, no ofrecían tampoco grandes oportunidades de desarrollo: la población total empezó a estancarse, o al menos a crecer con menor rapidez. De hecho, el régimen democrático seguía siendo mediocre. Los criollos rechazaban el matrimonio tanto como los esclavos negros, y hemos visto cuánto tendían las tasas de natalidad a alinearse sobre las más bajas.

Con razón o sin ella, nos parece que esa inestabilidad de la solución colonial se haya visto reforzada por la gran discusión moral en torno a la esclavitud, llevada ante la opinión francesa en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVIII. Este debate siguió al de Inglaterra, y estuvo lejos de ser tan puro, en sus fuentes, como se pretendió durante el siglo XIX. A decir verdad, la cuestión de la legitimidad de la esclavitud se había planteado desde el siglo XVII, en especial en los manuales de confesión para uso de los confesores. Las respuestas dadas

dan fe del malestar de aquellos sacerdotes quienes, muy pronto, llegaron a considerar la esclavitud casi como un crimen. Pero no se habían atrevido a dar realmente aquel paso. La actitud de los jesuitas, más adelante, resultó bastante ambigua, ya que se habían incorporado al sistema y poseían sus propias plantaciones. Sabemos que, al haber puesto en dificultad sus plantaciones, las pérdidas sufridas durante la guerra de los Siete Años provocaron que recurrieran a los tribunales, lo que posibilitó, y fue la ocasión soñada por los Parlamentos de tendencia jansenista, el plantear la cuestión de la legitimidad misma de la existencia de la orden. Su supresión no tuvo repercusiones coloniales tan graves como en América del Sur, por estar limitado el número de jesuitas franceses en las Antillas (¿cuáles hubiesen sido las repercusiones en Canadá?; pero Canadá había pasado ya a ser inglés). Ahora bien, no está probado que el ataque contra los jesuitas no se derivara también, en parte, de su actitud cada vez más rígida de cara al principio mismo de la esclavitud. Ejemplo revelador de actitudes contradictorias que son propias de cualquier tendencia a favor o en contra de la esclavitud. En cualquier caso, el movimiento filosófico francés puso en tela de juicio la esclavitud, esto más o menos relacionado con otro debate, menos visible, pero tan relevante, referido a la propia rentabilidad de la esclavitud. Esta tendencia se inserta a la vez en la anglofilia o anglomanía dominantes en los medios ilustrados, como en el «moralismo» reaccionario que surge con motivo del debate sobre Esparta y Atenas. La virtud se convierte en un modo de pensar, una cómoda coartada. El debate, con todas sus contradicciones, se resume en la querella Voltaire/Jean-Jacques Rousseau. La mencionamos aquí, porque tendrá consecuencias sobre el posterior desarrollo de América del Sur.

Voltaire, como buen hombre de negocios, había invertido parte de su fortuna en la trata negrera. En especial, mediante sus amigos Montaudouin, que se contaban entre los más antiguos y potentes «negreros» nanteses. Uno de sus barcos se llamaba el *Voltaire*. Por otra parte, en su poema *El Mundano*, que había cosechado un considerable éxito, Voltaire había tomado partido, según la célebre fórmula, por el «lujo, aquel superfluo necesario». Y dentro de aquel lujo, el consumo del café y del azúcar. Pero cuanto más crece éste, más se va reforzando, lógicamente, la esclavitud. Al menos, tuvo Voltaire el mérito de hacer estallar la contradicción entre moral y progreso, o por lo menos de algunas modalidades de este último. Rousseau es menos explícito, y

su condena mucho menos clara, aunque más firme en el fondo. Conocemos las fórmulas contundentes de Montesquieu en su forma suntuosamente irónica. Viejo debate, la tradición francesa remontándose hasta aquel bueno de Montaigne y su inolvidable capítulo «de los caníbales» y su descripción de los indios brasileños. El abad Raynal, y su famosa *Historia filosófica de las Dos Indias* (título abreviado), que constituye la suma de todos los argumentos tanto antiesclavistas como anticoloniales, recuperó el conjunto de la propaganda literaria. Dicho abad Raynal, por otra parte, no fue el único autor de aquella obra: Diderot tomó amplia parte en ella, demasiado contento de difundir sus ideas sin correr riesgos, y le debemos algunas de las páginas más mordaces. El impacto de la obra, singular mezcla de informaciones muy útiles para el historiador y de los mitos anticristianos más desgastados en particular, tuvo un enorme éxito entre el público francés. Lo que no impidió en absoluto al joven Jean-Jacques Rousseau proseguir su educación en las Charmettes, a la sombra tutelar de la señora de Warrens, aficionándose al café con leche y azúcar, señal inequívoca de ascensión social en aquella época. Y el café con azúcar era la síntesis misma de la colonización y del comercio «negro».

El movimiento antiesclavista, con más adelante la famosa sociedad de los «Amigos de los Negros», se inserta, sin embargo, en el gran debate de fondo: ¿Son más útiles o más nocivas las colonias para la metrópoli? y ¿en qué medida es rentable el trabajo de los esclavos? Ambos debates habían vuelto a surgir hacia mediados del siglo XVIII a través del movimiento fisiócrata. Bien es cierto que, para la mayoría de sus miembros, las plantaciones pertenecen a la agricultura, único sector productivo de la economía. Pero en un agricultura de lujo, que desemboca en el gran comercio marítimo, un lujo tan poco compatible con el ideal del ciudadano pequeño propietario, que se satisface con poco, justo lo necesario. Ya que la ciudad es lujo, y la plantación, fuera de cualquier consideración moral, es una empresa mucho más cercana a la «industria» que a la agricultura. A esa argumentación de principio se añade otra consideración, menos abiertamente marcada en los franceses que, por ejemplo, en Arthur Young. ¿Son rentables las colonias? Singular debate que ha vuelto a surgir, casi en los mismos términos, apenas modernizados, entre los políticos lo mismo que entre los historiadores. Porque la historia colonial es también la historia de sus mitos y de sus contramitos, es decir, el campo, por excelencia, de lo pasional.

La argumentación «cartesiana», anticipada, de Arthur Young, escribiendo sobre la Francia de los inicios de la Revolución, es sencilla. Las colonias cuestan caro al gobierno francés, primero por sí mismas, su administración, y más aún por su defensa: construir fortalezas, mantener guarniciones y, sobre todo, asegurar una flota. Y entre todas las guerras, las marítimas son las más onerosas. Por consiguiente, con la supresión de las colonias y de la marina, el Estado ahorraría importantísimas sumas que se podrían, bien descontar de los impuestos aliviando así la suerte del campesino-contribuyente, bien gastar en inversiones más rentables. Y Young se dedica a acumular los cálculos tendentes a demostrar sus aserciones. Es cierto que no se deja del todo engañar por sus propias ilusiones y utiliza, en mayor o menor medida, por el lado positivo, unos aumentos de rentas del Estado procedentes directa o indirectamente de las colonias.

Ese primer debate encaja, como en el caso de las muñecas rusas, en el centro del otro debate, el que se refiere a la esclavitud. Porque ¿qué valor tienen las colonias sin la esclavitud? Ahora bien, uno de los argumentos que más peso tendría sería el de poder demostrar que el trabajo del esclavo es de dudosa rentabilidad y que no se puede comparar con el rendimiento del obrero europeo asalariado. Ese debate ha ido adquiriendo una gran relevancia, en un momento dado, con la escuela brasileña que, con Celso Furtado, quiso demostrar, hace relativamente poco tiempo, que el trabajo del esclavo en las plantaciones azucareras no era rentable y, dentro de una visión más amplia, que en general, los «términos del intercambio» en el siglo XVIII, y sobre todo en el XIX, habían evolucionado de forma especialmente desfavorable para los antiguos países colonizados. Problema fundamental en el debate de las razones de la formación de los países del Tercer Mundo.

Toda esa filosofía vuelve a asomar en la ideología liberal de Adam Smith. A decir verdad, las oficinas de control general, en la medida en que, en la actualidad, se pueden conocer (la casi totalidad de sus archivos desaparecieron durante la Revolución), como las de París, después de Versalles, tuvieron unas posiciones muy divididas. Podemos discernir dos corrientes singularmente opuestas entre sí: por una parte, una fuerte resurgimiento de la corriente colbertista, auténtico neocolbertismo, y por otra parte la corriente liberal, que, según se cree, con un poco de precipitación, ha triunfado con el tratado de libre cambio firmado con Inglaterra (1786). El principal representante de la corriente

neocolbertista es Pindinsart de Mairobert, a quien debemos, en este contexto, la meticulosa recopilación, en varios volúmenes, de todas las ordenanzas de Colbert, un extraordinario instrumento de trabajo, demasiado desconocido por los historiadores tanto del siglo XVII como del XVIII. Para él, como para la mayoría de los administradores responsables, incluso si eran partidarios de las reformas necesarias, resultaba obvio que no se podía, cualquiera que fuera la opinión que se tuviese, pasar bruscamente de un sistema a otro. Y ello, simplemente, porque los impuestos indirectos representaban casi las dos terceras partes de los ingresos, y que buena parte de ellos dependían, directa o indirectamente, del comercio colonial. No se tenía ninguna idea precisa a este respecto, pero se sabía por instinto. Lo que, en cambio, era mucho más patente era que el «cambio», es decir, el excedente de lo que llamamos «balance de cuentas», procedía, en una parte cada vez más importante, del comercio colonial, dando a la libra una posición sumamente sólida en todos los mercados europeos. Todo el oeste agrícola resultaba vivificado por las exportaciones de granos, harinas, aguardientes, telas de lino, vino, etc..., hacia las colonias (e incluso hacia el imperio español a través de Sevilla: el liberalismo de la Administración española —estamos, con Carlos III, en pleno régimen de despotismo ilustrado— estaba evolucionando profundamente).

El segundo debate, el de la rentabilidad económica de la esclavitud, deja perplejo. Numerosos historiadores, y entre los mejores, intentaron subirse al carro de los principios de no rentabilidad del trabajo esclavo. Esta petición de principio forma parte del discurso ilustrado. La contabilidad de determinadas plantaciones brasileñas perteneciendo a comunidades religiosas parece confirmar dichas hipótesis. Se me permitirá ser un tanto escéptico al ver el número tan reducido de contabilidades existentes y utilizables, de tal forma que estamos una vez más ante la ley de los pequeños números: nunca probaron gran cosa. En un sondeo, primero es preciso asegurarse que la «población-muestra», es decir, la documentación que se posee, es rigurosamente representativa de la realidad en su conjunto. Lo que, en esta ocasión, compete a la petición de principio. Y por otra parte, ¿no resulta anacrónico este debate? Esto en la medida en que ningún plantador estimó que un esclavo no fuera rentable, y menos aún que la plantación tropical pudiera prescindir del esclavo. Y en las condiciones sanitarias de aquella época, la «criollización» del europeo como trabajador encargado de tra-

bajos pesados deja perplejo. La genial idea del inglés Wilberforce consistió en orientar el debate hacia una posible salida rápida: la prohibición de la trata. Cortar la esclavitud de raíz era condenarla, ya que, si no se renovaba, acabaría por desaparecer. Lo que era otra petición de principio, descansando en la constatación provisional (en materia de demografía, las cosas son, por definición, provisionales) de que el esclavo no se renueva por excedente de nacimiento.

Fuera como fuese, de hecho, era la propia existencia de las colonias y de la potencia marítima lo que se cuestionaba. Renunciar a la marina, a las colonias, y centrarse en la tierra: esta es aún la idea de numerosos historiadores franceses. Lo que significa desplazar el problema de admitir que la «revolución industrial» hubiese podido realizarse en Francia en las mejores condiciones sin la sangría en inversiones para la marina y las colonias. Dicha cuestión, en verdad, nos parece bastante discutible, y probablemente indemostrable, tanto en un sentido como en otro. En cuanto a Arthur Young, sabemos que no destacaba por su estabilidad de ideas: a finales de su vida, se apuntó con entusiasmo tanto a las colonias como a las teorías de su rentabilidad. Lo único importante aquí es la unión de dos ideas básicas: 1) las colonias no están destinadas a permanecer como tales, sobre todo las colonias de asentamiento. Tarde o temprano, se verán abocadas a la independencia. El caso de los EE.UU. había reforzado aún más esas ideas, y las había orientado hacia Egipto. Porque conquistar Egipto sobre el Imperio otomano decadente, típico del «despotismo oriental», era liberar al poble *felá* egipcio, que estaría demasiado contento de trabajar y producir café y caña de azúcar (no se tenía todavía mucha información sobre los datos climatológicos) para la exportación. Así la mano de obra, ya sea asalariada, ya sean campesinos independientes, sustituiría a los esclavos. Matar dos pájaros de un tiro y salvaguardar la moral. 2) Los revolucionarios, en su inmensa mayoría, tenían un conocimiento muy deficiente en cuanto a los problemas coloniales y los del gran comercio. Ambos resultaban profundamente sospechosos de inmoralidad y, cuando se imponga el gobierno de la Virtud, habrá que suprimir la esclavitud lo más rápidamente posible, sin haber asegurado las necesarias transiciones. Es cierto que los partidarios del mantenimiento de la esclavitud se mostraron tan torpes, tan faltos de inteligencia y con tal ausencia de escrúpulos, que perdieron toda credibilidad, tanto de cara a la metrópoli como de los hombres de color y, por supuesto,

de sus esclavos. Así es cómo, entre dos intransigencias, confrontado a una pesada herencia de problemas morales, el bien se convierte en mal, hasta el acaecimiento de catástrofes demasiado previsibles. Cuando, en el calor pegajoso del verano de 1792, brotaron los primeros incendios de plantaciones, empezó uno de los «episodios» más espantosos de la historia, no sólo colonial, sino de la historia a secas, que no honra a ninguna de las partes y que no encierra excusa para nadie...

Recordatorio:

Producción de azúcar en el conjunto de las Antillas francesas: 73.500 toneladas; producción de café: 43.000 toneladas.

Capítulo VI

EL VIRAJE DECISIVO: 1792-1815

«La Revolución y las guerras napoleónicas causaron una caída catastrófica del comercio exterior. Con la Restauración, la relación entre las exportaciones y el producto físico empieza a crecer, pero sin superar el nivel de 1787-1789 hasta el año 1855», apuntaba, en 1965, el economista Jean Marczewski. En 1780, la parte correspondiente a Francia dentro del comercio mundial era casi igual a la de Inglaterra: cerca del 12 %. Hacia el año 1820, el porcentaje inglés era casi tres veces superior al francés. La gran perdedora era, por supuesto, España, cuyo porcentaje del 10 %, alrededor de los años 1750 había caído tras un siglo al 1 %. Es sintomático que la parte de América Latina durante el mismo espacio de tiempo había permanecido idéntica: el 8 %, lo que significa que el comercio sudamericano fue progresando al mismo ritmo que el comercio mundial. En una perspectiva mundial convendría, pues, ampliar el debate al tratar conjuntamente todo el período que abarca desde el año 1792 al año 1855 aproximadamente. En la perspectiva de la presencia francesa, es indispensable, sin embargo, apuntar claramente lo que significaron las grandes fechas. Con la entrada del Canadá francés en el imperio inglés, la influencia francesa en América del Norte es, de ahora en adelante, la de un país extranjero como cualquier otro. Es cierto que Francia conserva algunas ventajas, incluso si se desinteresa casi por completo del ex Canadá francés. Goza de la simpatía de la joven República americana, a la que llevó a la pila bautismal. Aquel recuerdo no se borrará nunca del todo, pero el realismo de toda política raras veces permite reaccionar en función de sus sentimientos, sino más bien de sus intereses. Éstos a menudo fueron divergentes. A decir verdad, el Canadá francés no respondió a las expectativas de los americanos; tanto durante

la guerra de Independencia como durante la anglo-americana de 1812 a 1815, los ingleses pudieron contar con una «neutralidad» canadiense casi total. A los canadienses no se les ocurrió nunca volver a coger las armas a favor de Francia, y menos aún a favor de EE.UU. Estos últimos habían albergado la eperanza de integrarle en su confederación, mientras que los canadienses franceses fueron el medio más seguro para los ingleses de conservar Canadá. Sin los canadienses franceses, el Canadá inglés, aunque integrado, en parte, por los 100.000 «lealistas» refugiados o expulsados de EE.UU., instalados en el Ontario, hubiera sido desestabilizado. Otra paradoja: los franceses van a contribuir en muy poco al asentamiento y al crecimiento de los Estados Unidos.

En lo que a EE.UU. se refiere, ese contencioso callado se verá acompañado de muchas otras quejas. La principal se solucionó con bastante rapidez: se trataba de la Luisiana. En virtud del tratado de París de 1763, los EE.UU. habían recibido el conjunto de las tierras ubicadas entre los Apalaches y el Misisipí, y en compensación de las pérdidas que sufría España, Francia había cedido a ésta, a modo de resarcimiento, el resto de las grandes llanuras entre el Misisipí y, digamos para simplificar, las Rocosas. Aquel territorio incluía, en particular, el bajo valle del Misisipí con la desembocadura del río y su delta. Esa cesión había provocado en los referidos territorios unos episodios de tensión entre franceses y españoles, y ello cuando más que la Luisiana había permanecido, hasta el año 1763, inviolada, y constituía la única parcela del antiguo «imperio» canado-luisiano que, sin la ayuda de la metrópoli, había conseguido permanecer libre e, incluso, infligir algunos reveses a las tropas anglo-americanas. Después recuperó Francia a Luisiana, en el Tratado de Amiens (1802), pero sin poder explotarla, y menos aún, protegerla en caso de guerra. Ahora bien, después de la cuasi guerra naval franco-americana bajo el Directorio, sobre la cual será preciso volver, la Luisiana constituía una grave manzana de la discordia entre la Francia de Napoleón y EE.UU. De tal manera que, cuando quedó rota la Paz de Amiens y que, por consiguiente, el gran sueño (más que proyecto) napoleónico de reconstituir un imperio (esta vez en el sentido propio de la palabra) colonial americano se hubo desvanecido, antes que correr el riesgo de un nuevo conflicto con la República americana, el emperador prefirió vender, por un precio módico, a decir verdad, la Luisiana a los americanos (1803). Aquella compra, realizada por el presidente Jefferson, el 30 de abril de 1803, por

80 millones de francos, duplicaba la superficie de los EE.UU., al mismo tiempo que suprimía el principal obstáculo entre ambos países. Si a esto añadimos la solución de la cuestión fronteriza entre el Canadá inglés al noroeste del lago Superior (1818) y la compra de la Florida a España, en 1819, desaparecían los motivos de conflicto entre las antiguas potencias coloniales, al menos los motivos directos.

Frente al mundo caribeño, la actitud de los sucesivos gobiernos franceses es mucho más ambigua. La derrota napoleónica frente a Santo Domingo crea una situación que nunca se aceptará del todo y la renuncia no será efectiva hasta Carlos X, en medio de un regateo que nada tiene de glorioso y, en el fondo, bajo la presión silenciosa de EE.UU. Así, las posesiones coloniales francesas en América se reducen a dos «grandes» islas de las Pequeñas Antillas. Pero su lugar dentro de la economía mundial experimentará pronto un giro total. Era uno de los centros de la economía mundial, y no será ya más que una prolongación artificial en el plano de la economía nacional, fuertemente protegida por barreras arancelarias. Las consecuencias de esa evolución económica resultarán muy graves. El derrumbamiento económico de 1792 (la guerra europea no fue el origen, pero hubiera desembocado seguramente en el mismo resultado unos meses más tarde) constituyó para el oeste de Francia en su conjunto, y más especialmente, para el suroeste, un enorme choque que sacó a buena parte del campo francés de la zona oeste de la economía de mercado. De esta forma, la rebelión y la independencia de Santo Domingo contribuyeron, en una proporción considerable, con la evolución económica en fuerte regresión de la época revolucionaria, a «descentrar» la propia Francia, acelerando el proceso de desplazamiento del centro de gravedad económico del oeste hacia el nordeste. Dicho desplazamiento hacia la frontera del nordeste tiene muchas otras razones, pero no hay que despreciar ésta.

Es lógico, por tanto, que después de 1815 hayan ejercido una considerable influencia los sueños e intentos de restablecimiento de la anterior situación y, retrospectivamente, una influencia nefasta, en la medida que los resultados conseguidos, si bien restablecieron en parte la situación anterior a 1789, en las Pequeñas Antillas no tuvieron, ni mucho menos, el mismo impacto económico mundial que antes de la Revolución. En una palabra, los puertos del oeste francés dejaron de ser unos depósitos mundiales para no ser más, y con dificultades a menudo, que unos puertos regionales tan sólo a escala nacional.

De cara a América del Sur, convertida poco a poco en independiente, la actitud de Francia es muy difícil de definir. Es preciso recordar que, a partir de 1765, el monopolio de los negociantes de Sevilla se había visto muy disminuido. Lo que reducía en la misma proporción la potencia de la colonia mercantil francesa de Cádiz, que irá desapareciendo rápidamente en los años posteriores. Por último el comercio entre la América española y la metrópoli se liberó ampliamente en 1778, permitiendo a todos los puertos españoles comerciar libremente con el imperio colonial español. Los acontecimientos revolucionarios, la dura lucha contra la Francia revolucionaria, entre 1792 y 1795, más tarde la desastrosa alianza con la Francia revolucionaria, desembocaron en 1797 en cierta liberalización del comercio de las colonias con las potencias «neutrales». En realidad, la medida benefició ampliamente a EE.UU. e, incluso, a Inglaterra que disponía en el Caribe de puertos francos que podían prevalecerse de su «neutralidad». Así, América se dirigía, primero en el terreno económico, y luego, a partir de la invasión napoleónica de 1807, en el político, hacia la Independencia.

Lo que plantea la cuestión fundamental del papel de Francia en la Independencia de América. Este papel, que está muy claro en el caso de los EE.UU., lo está mucho menos para los imperios ibéricos. Numerosos historiadores franceses subrayaron la importancia de las ideas revolucionarias para las «guerras de liberación» sur y centroamericanas. Se evoca, en especial, al general Miranda, participante de la batalla de Jemmapes (6 de noviembre de 1792) al lado del duque de Chartres, el futuro Luis Felipe. Podemos resaltar también las influencias de las ideas filosóficas del Siglo de las Luces en los intelectuales suramericanos y la formación de las literaturas nacionales. Bolívar se habría visto así muy influenciado. Si bien estos hechos no son discutibles, conviene, en nuestra opinión, no exagerarlos. Parece mucho más probable que el gran detonador de todo aquello haya sido la Independencia de los EE.UU. De forma todavía más prosaica, la reacción española frente a la invasión de 1807 tuvo un doble efecto: 1) provocó el arranque nacional español, de fuerte connotación religiosa (lo que no fue el caso, sino todo lo contrario, para los criollos políticos de América Latina), pero cuya forma, las Juntas, sirvió de modelo; 2) cortadas las relaciones con la metrópoli, América del Sur que, en el momento del bloqueo continental decretado por Napoleón, sirvió de compensación, en bastante amplia medida, al

comercio inglés por la pérdida de algunos de sus mercados europeos, vio progresivamente como abusivo el peso político de la metrópoli. En suma, la «criollización» desembocó allí en la independencia, lo que no se hubiese podido producir en Santo Domingo.

Ahora bien, frente a esta evolución, la política francesa de todos los regímenes carece de transparencia. Los medios económicos marítimos franceses impulsaban, una vez restablecida la paz en 1815, una política exclusivamente comercial:

> Es preciso... (que el gobierno) se esfuerce por abrirnos nuevas salidas, apresurándose a reconocer la independencia de los nuevos Estados de América del Sur y a establecer ante ellos a unos agentes (diplomáticos)

escribía, en 1826, la Cámara de Comercio de... Lyon. No era la única. No nos engañemos, sin embargo. La tendencia antifrancesa que existe, lo mismo que en EE.UU., trasluce con toda claridad en los informes de los representantes franceses:

> Los habitantes de este país sienten un odio hacia todos los extranjeros, y hay que admitir que la gran masa de los que se ven no está hecha para que la quieran y respeten...

En las calles de Santiago (de Chile), durante el pillaje, se oyó gritar: «hagamos una ensalada con los franceses para comer con el rosbif inglés» apunta, en 1829, un oficial de marina respecto del saqueo del consulado francés. Un inspector francés observa, por su parte, «la acusada aversión de las clases subalternas de la sociedad hacia todo lo europeo», en la Colombia de la época de la Restauración. Así es necesario matizar el análisis de la influencia francesa en las Américas, tanto del Norte como del Sur, en función de los orígenes sociales de los grupos de población en contacto con franceses y la política francesa. Frente a una elite que, por ejemplo, en Argentina, mandara a sus hijos a los internados franceses, participara, en una amplia medida, en la literatura francesa, incluso pasara parte de la estación invernal en Francia, creando así un momento de cuasi bicivilización, existe una fuerte corriente popular, respaldada por las burguesías medias (como reacción, en parte, contra los estratos dirigentes), más o menos violentamente antieuropea, en general, y antifrancesa, en particular.

Esa tendencia se alimenta en abundancia por la represión de la rebelión de Santo Domingo, el intento de Napoleón para reconquistar la isla. Más adelante, la política de la «cañonera», al origen del mayor episodio que constituye el intento de implantar en México un reino profrancés, capaz de contrapesar la potencia ascendente de EE.UU. al amparo de la guerra de Secesión (idea favorita de Napoleón III) realimentó constantemente la animadversión y el resentimiento.

Añadamos una observación de tipo económico: al contrario de lo que rezan tantas y tantas leyendas sobre el origen del subdesarrollo, el comercio exterior no es en absoluto el responsable de ese subdesarrollo. Los términos del intercambio, es decir, para simplificar, la diferencia entre los precios de los productos industriales (exportados por la Europa de la «revolución industrial» y las materias primas (exportadas por las naciones y los Estados americanos —y entre los cuales el algodón constituye el ejemplo más patente—) no dejaron, a partir del año 1783 hasta 1855 aproximadamente, de beneficiar a América. Los precios de los productos americanos no han hecho más que aumentar, lo mismo que los precios de las materias primas, siendo de hecho compensada la diferencia mínima entre ellos por el crecimiento de la productividad en Europa.

En este contexto de evolución es donde hay que situar las repercusiones de la Revolución francesa y del Imperio, al mismo tiempo, sobre lo que queda de las colonias francesas en América, lo mismo que sobre las relaciones generales, económicas y políticas, de Francia con los nuevos Estados nacidos en América. Si se nos permite resumir la situación con una fórmula brutal, la nueva Francia no ha sabido, o no ha podido, elegir entre la guerra y el comercio. Otra observación verificada, ocultada por los acontecimientos militares y diplomáticos: el gran movimiento de inmigración europeo no ha dejado de acrecentarse desde finales del siglo XVIII. Las personas que hablan el idioma francés eran aún 100.000 cuando el primer censo americano en 1789, de aproximadamente, 4 millones de habitantes. Una cifra sorprendente, en la medida en que la emigración francesa directa hacia EE.UU. había sido insignificante. Se debe, con toda probabilidad, a los excedentes de nacimientos canadienses que se trasladaron, por emigración, hacia EE.UU. A ello se irán sumando, impulsados por las revueltas de Santo Domingo, los contingentes de plantadores y colonos que tuvieron la suerte de poder escapar del infierno. Llegaron también emigra-

dos, monárquicos, partidarios de la política de espera, entre los cuales el famoso Talleyrand, que procuraba ocupar su tiempo con sospechosas especulaciones, después con el Imperio, y sobre todo, la Restauración; republicanos, antiguos revolucionarios. Dicha emigración fue, en parte, temporal: la cifra global, que se desconoce, resultó reducida de cualquier modo. Ahora bien, Francia, comprometida ya en el ciclo de la disminución más rápida de sus tasas de nacimiento que las de mortandad —muy avanzada en este punto sobre el resto de Europa— no fue capaz de garantizar una emigración numérica importante. Sin duda alguna, lo hubiese podido, en los siglos XVII y XVIII, y nunca se han analizado las razones profundas de ese rechazo fundamental, especificidad de la Historia francesa.

En el siglo XIX, la demografía francesa, en retroceso, nada tiene que ofrecer a las Américas que se puedan comparar, ni de lejos, con las olas sucesivas de emigración irlandesas, inglesas, más tarde alemanas y suecas, de la primera mitad del siglo XIX, y a mayor abundamiento, a los enormes aflujos mediterráneos, italianos en particular, luego eslavos, incluida Rusia, de la segunda mitad del siglo XIX hasta la guerra de 1914. En la medida en que Francia participa es, de forma muy subsidiaria, suministrando los puertos de paso de los emigrantes alemanes, principalmente Le Havre, y de forma accesoria, Cherburgo, con las líneas de transatlánticos, primero de velas, luego de vapor, líneas por otra parte atrasadas a menudo del punto de vista técnico (sin duda alguna, mucho menos de lo que dijo una propaganda antifrancesa para intentar recuperar dichos tráficos, sobre todo a nivel sanitario). Incapaz de suministrar a las masas, Francia se tuvo que limitar, pues, a exportar sus ideologías (no necesariamente bien aceptadas), sus ideas, su difusión espiritual, sus misioneros en algunos países y su comercio de calidad. Ahora bien, hemos visto que, proporcionalmente con el desarrollo del comercio mundial, americano en especial, el comercio franco-americano, fuera de los EE.UU., permanece y sigue siendo al fin y al cabo de poca importancia.

> Las guerras de Independencia han abierto a la industria y al comercio en Europa aquellas hermosas regiones del planeta.

se creía autorizado a decir Alexander von Humboldt, un empedernido optimista, o mejor dicho, sus reeeditores. Hay que añadir, sin embar-

go, y de forma más prosaica, que las guerras civiles suramericanas lo complicaron todo:

> La situación política de aquella parte del mundo se vuelve cada vez más extraordinaria y triste, no hablo sólo del Estado de aquella parte del mundo ante el que estoy acreditado *(sic)*, sino del inmenso territorio que abarca desde las fronteras del norte de México hasta la Tierra de Fuego. El azote de la guerra civil extiende sus devastaciones por doquier, y aquel país donde la naturaleza se mostró tan pródiga de sus tesoros de todo tipo pronto no será ya sino una tierra de ruinas y desolación si las grandes potencias europeas, más por humanidad que por ninguna consideración de intereses personales, no intervienen para poner fin a un estado de cosas que amenaza con llevar de nuevo aquellas comarcas a su estado de primitiva barbarie y al aniquilamiento de su población,

apunta, poco tiempo después del año 1815, un francés de Montevideo. Consideraremos las proposiciones de intervención en lo que valen: se produjeron efectivamente, pero a una escala muy limitada a consecuencia, precisamente, de la oposición de los «intereses de las grandes potencias europeas». En cualquier caso, ese regreso a la barbarie primitiva fue exactamente lo que ocurrió en Santo Domingo, dejando profunda huella hasta nuestros días.

Nunca una caída resultó tan brutal y total, aunque no tan súbita, como la decadencia de Santo Domingo. La rebelión de 1792 acaeció, efectivamente, en el momento en que el comercio colonial batía todos sus récords: en materia económica, la fecha de 1789 no tiene ningún significado. No sólo la prosperidad del comercio transatlántico con destino a las Antillas no se vio afectada, hasta principios del año 1792, por los acontecimientos revolucionarios, sino que todo aconteció como si, al contrario, el impulso anterior se prolongara incluso amplificándose. Ni siquiera se puede decir que la responsabilidad sea de la inflación francesa: la masiva puesta en servicio de los asignados tuvo lugar tarde, sólo en el transcurso del año 1792. Parte de los negociantes de los grandes puertos atlánticos vieron llegar la Revolución sin reserva mental, aunque la mayoría de ellos se haya preocupado bastante pronto y se haya comportado más bien de forma «atentista», a la espera de ver la evolución de los acontecimientos. Pero, a partir de julio de 1789, un pequeño grupo de negociantes manifestaron su reticencia. No se

tranquilizaron más que por la voluntad de paz proclamada, a bombo y platillo, por la Asamblea Nacional, sin engañarse del todo. Su inquietud se calcó, sin embargo, de los altibajos de las relaciones franco-inglesas. En los puertos, fue creciendo la influencia de los medios de capitanes de buques y de los «mandos intermedios» del negocio, en los cuales se reclutaron, más adelante, los «clubes de jacobinos». En cuanto a los negociantes, su situación era difícil. Su tradicional antagonismo con los plantadores permaneció durante largo tiempo, no sólo en virtud de los problemas de deudas que les separaban, sino también por el hecho de las tendencias autonómicas de los medios criollos, que temían, por miedo a que aquéllos se aprovecharan de la situación para levantar barreras legislativas contra el reembolso de las deudas. Rápidamente, las tendencias se fueron aproximando frente a las veleidades que se manifestaban de volver a plantear el problema de siempre de la esclavitud. Durante algún tiempo, la Asamblea Nacional estuvo dudando sobre qué actitud adoptar, y si bien la Declaración de los Derechos Humanos y del Ciudadano estaba redactada de tal forma que ninguna puerta estuviera cerrada, nada tampoco en su texto aludía a una eventual supresión de la esclavitud. El grupo de presión colonial siguió siendo durante mucho tiempo muy poderoso y hundía sus raíces en todos los «partidos».

En Santo Domingo, la situación, no obstante, evolucionó rápidamente. Las importaciones de esclavos africanos prosiguieron de 1789 a 1791, aumentando hasta alcanzar unas cifras impresionantes. En aquel territorio, que tenía una importante región interior, difícil de acceso, donde solían refugiarse los esclavos cimarrones desde tiempos lejanos, y donde, por consiguiente, una represión exigiría el uso de una fuerza considerable, cualquier rebelión general podía y tenía que desembocar en situaciones incontrolables. El recurso a las fuerzas armadas de la metrópoli constituía la única «garantía» posible. Ahora bien, la marina se encontró pronto en un estado de grave desorganización, no sólo a causa de la progresiva emigración de la mayoría de los cuadros integrados por oficiales «nobles», sino a causa más aún de una desobediencia ampliamente generalizada.

Todo dependía, por consiguiente, de la relación de fuerza: era de poco más de 30.000 «blancos» contra medio millón de negros, o sea, una relación del 1 por 17 al 20. El grupo intermedio de los «libertos», entre los cuales muchos ciudadanos (más de la mayoría, y mejor agru-

pados aún que los blancos) representaba, desde el punto de vista numérico, una aportación equivalente a la importancia de los blancos. Aliados, ambos grupos hubiesen podido dar una relación de fuerza de 1 a 8. Pero las cifras no lo dicen todo: tan sólo los hombres de color podían suministrar los cuadros capaces de transformar una rebelión desesperada, más o menos desorganizada, en una fuerza capaz de eliminar a cualquier resistencia. Los hombres de color que representaban una importante fuerza de apoyo podían hacer que los acontecimientos se inclinaran hacia un lado u otro. Considerándolo desde la estrecha visión de los plantadores, fue un error monumental al echarlos, sin ningún miramiento, en el campo contrario. Ahora bien, todo viene a demostrar que habían asimilado el conjunto de las técnicas europeas y que formaban, en particular, un conjunto artesanal de gran relevancia.

El acontecimiento, no obstante, hubiese podido ser de otra forma: el conjunto de la gente de color no se adhirió a la causa de los esclavos, o se adhirió a regañadientes, con la firme intención de sacarse las castañas del fuego. Eso fue, al fin y al cabo, lo que ocurrió. Resulta difícil, obviamente, reconstruir una hipotética historia. Supongamos por un instante que la guerra franco-inglesa no hubiese estallado, la «Royal Navy» no hubiese suministrado armas a las rebeliones, ni tampoco asesores, en especial en el momento del intento de reconquista por parte de Napoleón. Los sublevados, aislados, se hubieran encontrado en una difícil situación. La rebelión tuvo éxito también porque fue propicio el contexto internacional.

Más difícil aún resulta precisar lo que hubiese sido deseable. Digamos una vez más, para que no haya malentendidos, que la esclavitud es una abominación injustificable. Permite «explicar» la profundidad del resentimiento negro. Pero puesto que la situación estaba de esa manera ¿era deseable, posible incluso, decretar su supresión pura y simple? Conocemos demasiado bien el famoso discurso de Robespierre, y en cuanto al fondo, no podemos sino aprobarlo. Pero algunas frases sobran: «perezcan las colonias antes que los principios» no demostró un sentido político excepcional, menos aún el sentido de las espantosas realidades. A decir verdad, si examinamos los hechos, vemos que todo el mundo, de cualquier lado, jugó con fuego con una tremenda torpeza y una increíble ligereza. Todo esto para el resultado de uno de los más atroces episodios de nuestra historia, que causó espanto al mundo, como atestiguan, entre otros, más de un pasaje de la obra de Goethe. Más grave

aún: no sirvió de mucho a los propios esclavos, quienes, al menos, en su falta total de percepción de la situación, sólo podían aprovecharse de las circunstancias. La atrocidad, de ambos lados, rebasa lo imaginable y prefigura lo que ocurrió durante la segunda guerra mundial: se superaron las peores torturas de la guerra de los Treinta Años. Los relatos de los supervivientes en los periódicos americanos ponen los pelos de punta. Y la línea de separación, por momentos, pasa menos por los clanes anti o prorrevolucionarios que por las líneas de conciencia. En las colonias que no se vieron afectadas por la rebelión, la crueldad fue «preventiva», y lo que a este respecto escribe el periodista monarquista Ange Pitou, enviado en tiempos del Directorio a «guillotina seca», no necesita comentarios. En cuanto a los esclavos sublevados, saqueando las bodegas, empujados por agitadores (¿cuál fue la parte del «vudú» que parece haber existido en Santo Domingo en el siglo XVIII?), torturaron, violaron, incendiaron, enterraron, a veces vivos, a muchos inocentes. Y de terror preventivo en terror de represalia, sabemos muy bien nosotros, gente del siglo XX, lo que suele ocurrir.

Incluso en los medios criollos sudamericanos, favorables a la fase girondina, de la que a veces estaban próximos, se evoca raras veces el desprecio hacia los franceses. El 27 de febrero de 1799, Miranda escribió:

> Gente de la Guayana me ha dicho hoy que los ingleses de América del Norte frecuentaban el puerto y que se les acoge con el mismo agrado que se detesta a los franceses... Conviene saber que los franceses, que se introdujeron de forma clandestina en nuestro continente, no son ni bien recibidos ni queridos en el país.

Otro día dijeron también:

> No quiera Dios que aquellos hermosos países se conviertan, como ocurrió en Santo Domingo, en el teatro de masacres y crímenes con el pretexto de instaurar la libertad. Antes, que permanezcan un siglo más, si es necesario, bajo la estúpida y bárbara tiranía española.

Por su parte, A. von Humboldt podía apuntar:

> Mientras se disertaba sobre el odio de los mulatos hacia los negros libres y los blancos, sobre la riqueza de los monjes (estamos en Caracas) y de la dificultad para mantener a los esclavos en la obediencia...

Los blancos de Santo Domingo estaban, por otra parte, muy divididos entre sí: se reproducía, en detalle, la separación metropolitana. La Convención se declaró a favor de la supresión de la esclavitud. ¿Acaso tenía otra alternativa? La fermentación de los negros repercutió en toda América del Sur. Ya que las relaciones comerciales no se rompieron con tanta rapidez: la rebelión en 1792 tardó en propagarse y mantenerse. Durante ese tiempo, las Antillas francesas dejaron de ser el gran centro neurálgico de la estrategia naval internacional. Se acabaron las grandes batallas: cada vez en peor estado, la flota francesa se limita, salvo unas unidades ligeras, a las aguas europeas. La primera gran batalla naval, sin embargo, la de Ouessant, del 28 de mayo al 1 de junio de 1794, se libró a causa del gran convoy de avituallamiento procedente de EE.UU., que traía grano. Se omite precisar que lo constituían, de hecho, dos convoyes: uno procedente de las Antillas, incluido Santo Domingo aún, trayendo azúcares y cafés, y el otro de los Middle States. Por oscuros motivos, que todavía quedan sin dilucidar, el convoy antillano se había dirigido a América en vez de intentar la penetración directa hacia Francia. Estuvo al origen de aquel inmenso convoy, cuya defensa constituía el objetivo principal de la escuadra de Brest al mando de Villaret-Joyeuse. El convoy pasó sin daños, pero la flota francesa perdió 7 buques de línea (*The Glorious First of June*, ganado por el almirante Howe).

Fue uno de los ultimísimos convoyes de azúcar. A partir de 1793, ésta había empezado a escasear, y dicha penuria suscitó incluso un «día del café», una de las múltiples jornadas revolucionarias parisinas. Santo Domingo, de hecho, se iba sumiendo cada vez más en el desorden, de donde iba a surgir, en medio del barro y de la sangre, el personaje, demasiado ensalzado a veces, de Toussaint Louverture (1743-1803). Bajo apariencia de adhesión a los sucesivos gobiernos revolucionarios, se iba perfilando en realidad, cualquiera que fuera el dueño del momento, una independencia casi total que fue degenerando, con el paso de los años, en anárquicas dictaduras y en reiteradas masacres masivas. A partir de entonces, Santo Domingo se vio abocada al sangriento desorden, traduciéndose principalmente la pasada influencia francesa en la lengua criolla, único medio de comunicación común entre unas etnias fundamentalmente extrañas entre sí. En las Pequeñas Antillas, el ejemplo de Santo Domingo provocó reacciones de «protección» muy diversas. Tras varios episodios de limitado interés, las islas evoluciona-

ron hacia una cierta autonomía de hecho, agravada aún más por un bloqueo inglés cada vez más eficaz. El caso extremo, por otra parte, no se sitúa en América, sino en la antigua isla Bourbon (la actual Reunión), que se negó a aplicar, pura y simplemente, las leyes revolucionarias y, en primer lugar, la de la abolición de la esclavitud, permaneciendo pese a todo en el «partido» de Francia, y haciendo su propia guerra antiinglesa sin adherirse a la monarquía.

El intento de reconquista de Santo Domingo por Napoleón merece que nos detengamos un momento. En sí (y es una de las claúsulas del tratado que, por ser raras veces mencionada, no deja de ser una prueba de concesiones capitales) el tratado de Amiens (25 de marzo de 1821) restablecía la situación de Francia en las Antillas en el *statu quo ante* de 1789, que, de paso, reconocía la soberanía francesa en toda la isla de Santo Domingo. Inglaterra se resarcía de su generosidad con la anexión de la isla de la Trinidad, conquistada a los españoles. ¿Cómo entenderlo? La profunda evolución del comercio del azúcar nos aporta la respuesta. Las *West Indies* inglesas no habían conocido ninguna de las catástrofes sufridas por las Antillas francesas y experimentaron, sin embargo, a partir de los años 1800, y más aún después de 1815, una pérdida de vitalidad y relevancia del todo comparable a la de las colonias «permanecidas» francesas (Inglaterra había ocupado la Martinica en 1794 y la Guadalupe era la única que había seguido siendo francesa).

En realidad, había empezado a surgir desde el fin de la guerra de la Independencia americana. El caso de Burdeos es revelador: hay que compararlo al de Bristol, que sufrió la misma decadencia después de la Revolución, sin ninguna de las acostumbradas razones que se evoca para los puertos franceses. Si no hubiera estallado la Revolución, es muy probable que la producción de las Antillas hubiese crecido más lentamente, para luego alcanzar un techo. Los espacios cultivables estaban todos explotados y reducidas las posibilidades de aumento de la producción. Asomaban unos signos precursores: la evolución de Santo Domingo hubiese seguido a la que se había iniciado ampliamente en la Martinica y la Guadalupe. El siglo XIX, por otra parte, ya no era el del azúcar y del café (ni tampoco del vino), sino el del carbón y del acero. Los productos exóticos, que tanto peso habían tenido en el desarrollo del comercio mundial en el siglo XVIII, ya no son más que productos de segunda importancia, incluso si el consumo del azúcar iba a registrar unos considerables aumentos absolutos.

Ahora bien, las relaciones entre Francia y las Antillas estaban lejos de estar interrumpidas. Fuera de las naves francesas que podían, por su cuenta y riesgo, «romper el bloqueo» inglés, los neutrales se habían aprovechado de la ocasión. La marina mercante americana, que alcanzaba más de 175.000 toneladas en 1789, sobrepasaba las 400.000 en 1815. El desvío del tráfico antillano había aumentado considerablemente durante la guerra de Independencia americana, hasta el punto de repercutir en el tráfico del puerto de Burdeos. Así, el episodio de Santo Domingo, precedido por otra parte de serias agitaciones en 1789 y 1790, que se verificó en agosto de 1791, fue seguido de la insurrección general del verano de 1792 y no constituía más que un acontecimiento acelerador de la caída del peso económico de las Antillas, a la vez que del comercio colonial francés. De cualquier modo, la inestabilidad política debida a los sobresaltos de la Revolución, los disturbios cada vez más sangrientos degenerando en auténtica guerra civil en las islas, y por último, los principios de la inflación, habían desorganizado progresivamente el tráfico de los productos coloniales. Un mercado frágil, pues, donde se iban sucediendo las espectaculares caídas de precios y las fulgurantes recuperaciones, suscitando y exasperando la especulación. Unos establecimientos de comercio realizaron sustanciosos beneficios, desencadenando la ira y la envidia, mientras que otros se hundían en las dificultades. El derrumbamiento del comercio marítimo francés fue total a partir del verano de 1793: se podía achacar tanto a las medidas económicas y políticas internas como a la acción inglesa. No hay lugar aquí para describir el terror que se ciñó sobre los negociantes por el motivo del «crimen» de «negociantismo». Tanto en Burdeos como en Nantes, o en otros lugares, los resultados pesaron con mucha fuerza sobre el futuro del armamento naval francés del siglo XIX, que salió singularmente debilitado de la tormenta de 1793 a 1794.

Pese a todo, las apremiantes necesidades determinaron, a partir del 27 de marzo de 1794, la supresión del embargo francés para las naves «neutrales» y es indudable que hubo una sensible recuperación del comercio exterior, en especial en Burdeos, menos en Nantes, debida fundamentalmente a la llegada reforzada de los americanos. En cuanto al armamento colonial francés, había desaparecido por completo. Los ingleses, como vimos, se habían apoderado de la Martinica; Santo Domingo era pasto de la guerra civil. Los ingleses habían intentado —y logrado— establecerse por un momento en los principales puertos de

Santo Domingo, pero por poco tiempo: eran tan poco deseados como los franceses, salvo como proveedores de armas. Además, se habían visto obligados a anular la orden del consejo del 6 de noviembre de 1793, prohibiendo todo comercio de los neutrales con las colonias francesas. Se limitaron a impedir el comercio de *droiture*. En cuanto al tráfico negrero, es obvio que se había derrumbado por sí sólo. De ahora en adelante, EE.UU. iba a ocupar el puesto: sus reexportaciones alcanzaban, en 1801, un valor cercano a los 50 millones de libras. Se entienden aún menos, por tanto, las medidas del Directorio en contra de la navegación neutral, en especial con la ley del 18 de enero de 1798, que provocó un estado de guerra larvada a medias con los EE.UU., de la que le costó sudor y lágrimas salir al Directorio. En realidad, el tráfico franco-americano, prometido a una notable expansión, se quedó prácticamente interrumpido en 1798 y 1799.

Nada, sin embargo, estaba perdido aún y, por un momento, pareció que las guerras de la Revolución acabarían más o menos como las del Antiguo Régimen, es decir, con una espectacular recuperación del armamento de los puertos franceses, al mismo nivel que antes de la guerra. Al día siguiente de la Paz de Amiens se estaba en plena euforia y se hablaba seriamente de la reconquista de Santo Domingo. Napoleón lo intentó. Los motivos de esa campaña, la más mortífera de todas, eran múltiples. Unos son de orden interno. Según parece, a Napoleón no le disgustaba el separarse de un ejército, demasiado republicano, o demasiado revolucionario en su opinión, enviándole a luchar a Santo Domingo. Eran los supervivientes de sus propias campañas de Italia y los veteranos de Egipto. El envío de este ejército iba acompañado del restablecimiento de la esclavitud. Los motivos esenciales, no obstante, no eran de tipo colonial. Según parece, Napoleón hubiera pretendido reconstituir, en América, un dominio colonial al restablecer las antiguas colonias francesas. Los principios fueron «prometedores»: se reconquistaron sin dificultades los puertos de Santo Domingo, y gracias a una traición bien calculada, el «héroe» de la Independencia haitiana, Toussaint Louverture, fue capturado y encerrado en el fuerte jurásico de Joux, donde murió (1803). La marina de guerra, o para ser más exactos, lo que de ella quedaba, se había utilizado por completo para el transporte del ejército de Santo Domingo, comprometiendo, por otra parte, su restablecimiento e impidiendo, por falta de créditos, importantes construcciones navales, que hubieran sido muy útiles.

En unos meses, la situación cambió por completo. ¿Habían previsto o no la extensión de las epidemias Napoleón y sus consejeros? Pese a pasadas experiencias, como aquella que Choiseul realizó en Cayena, y que había costado más de 10.000 hombres, parece ser que no. Más que los esclavos, a la expedición de Santo Domingo la vencieron —habría que decir aniquilaron— las fiebres, el tifus, la tifoidea y la fiebre amarilla. El desastre fue total: con tropas enfermas, desmoralizadas por las espantosas y fulminantes pérdidas de las enfermedades, le fue fácil a la guerrilla ganar unos combates aislados primero, después unas victorias mucho más aplastantes. A los prisioneros, los oficiales sobre todo, se les trató tan horriblemente como lo habían hecho con los antiguos esclavos, hacia los cuales sentían un total desprecio. El propio general Leclerc iba a sucumbir a la enfermedad (1802). Lo sustituyó el hijo del héroe de la guerra de Independencia americana, el general Donatien Marie de Rochambeau. Éste no tenía el valor de su padre. Arrogante, acusado, al parecer con razón, de concusiones (pero ¿qué nombre dar a la requisa arbitraria de las fortunas de los plantadores europeos, cuando faltaba el dinero para pagar las soldadas?), torpe, carente por completo de psicología, sin consideración para con los negros ni para con los blancos, hundió aún más profundamente en la desesperación al ejército. Tras la fusión apresurada de sus efectivos, se vio obligado a replegarse en las ciudades portuarias donde los que habían sobrevivido fueron cogidos como ratas entre la «Navy», que había barrido los mares, y la «guerrilla» sedienta de venganza. Una de las más gigantescas catástrofes sanitarias de la historia colonial pasó, al fin y al cabo, bastante «desapercibida», en el *maelstrom* de las campañas europeas.

Santo Domingo, no obstante, iba a ser un relevo, ciertamente muy breve pero muy temido, de la rebelión negra. A partir de 1796, con la paz y la alianza española, se desarrolló un comercio francés bastante intenso con América del Sur, y en especial con la región de la actual Venezuela.

Ahora bien, las tripulaciones estaban compuestas, en parte, por antiguos esclavos liberados, incorporados en la marina mercante revolucionaria. Al haber entrado en contacto con los negros del norte de América del Sur, la rebelión tuvo unas temibles posibilidades de extensión. No hay que despreciar la importancia de dicho comercio, y una vez más se trata de un sector de la historia de las Antillas que se conoce aún poco.

> Las costas de Venezuela... por su extensión, su desarrollo hacia el Este, la multitud de sus puertos y la seguridad de sus atracaderos en las diversas estaciones del año, gozan de todas las ventajas que ofrece el mar interior de las Antillas. En ninguna otra parte, las comunicaciones con las grandes islas, las del Viento incluso, no pueden ser más frecuentes que por los puertos de Cumaná, de Puerto Cabello, de Coro y de Maracaibo; en ninguna otra parte, el comercio ilegal con los extranjeros fue tan difícil de atajar. ¿Acaso tenemos que extrañarnos que aquella facilidad de relaciones comerciales con los habitantes de la América libre (del norte) y los agitados pueblos de la Europa haya acrecentado... las luces y aquel deseo inquieto de un gobierno local...?

apuntaba A. von Humboldt. Palabras válidas para los siglos pasados, y que adquieren, por momentos, una resonancia de singular actualidad. Por allí era por donde habían entrado ejemplares de la *Historia filosófica de las dos Indias* a través de

> franceses quienes, aprovechando un permiso temporal de estancia en las costas de Cumaná, habían introducido clandestinamente algunos ejemplares de esa infernal obra.

Por allí también era por donde los esclavos liberados, convertidos en marineros, habían intentado propagar la rebelión de Santo Domingo a través del imperio español. Por una oposición que reitera las paradojas del primer «imperio colonial» francés, Canadá y Santo Domingo se convirtieron así en dos relevos indirectos de la influencia francesa: al desempeñar un papel, en el caso del ex Canadá francés, a favor de la conservación del imperio colonial inglés, en el caso de Santo Domingo, de revulsivo aún mucho más limitativo de lo que se suele pensar, de la revolución suramericana. Si bien es cierto que los franceses perdieron gran parte de su reputación, los negros nada ganaron, sino una mayor desconfianza dando lugar a la conclusión de

> la necesidad de la trata, la innata malignidad de los negros y las ventajas que esa raza saca de su estado de servidumbre entre los cristianos.

Porque la deficiente producción de Santo Domingo iba a posibilitar la entrada de Cuba, que permaneció española hasta la guerra his-

pano-norteamericana de finales del siglo XIX (1898), en el gran circuito productor de azúcar, manteniendo, lo mismo que Brasil, una trata intensa de esclavos, hasta la segunda mitad del siglo XIX. Se realizó la Independencia suramericana, en parte, a través de los «criollos», a expensas tanto de los indios como de los negros. Sin querer atribuir a dicha evolución y casualidad una mayor relevancia de la que tienen, nos parece, sin embargo, que la rebelión de 1791-1792 las influenció en una amplia medida.

Capítulo VII

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX O EL PERÍODO DE LAS VACILACIONES

Si queremos delimitar unos cortes en el siglo XIX, se sitúan en el mismo momento para las Antillas y América del Norte, mientras que fuera del final de la guerra no parece existir un corte muy definido en las relaciones con la América Latina. Apuntaremos tres fechas: la de 1848, para las Antillas que permanecieron francesas; la del final de la guerra de Secesión para los EE.UU. (1864) y la de la guerra de México (1862-1866).

En 1848, bajo el impulso de Schoelcher, la esclavitud, por fin, fue suprimida oficialmente. Se puede considerar que, en aquella fecha, dicha supresión correspondió, sociológicamente, a la consolidación de una auténtica sociedad criolla, en la que se habían borrado muchas diferencias. En cuanto a la guerra de Secesión, fuera del apasionado interés por ambos campos despertado en notables observadores franceses, la victoria del norte, que también significó el fin de la esclavitud en los EE.UU., simbolizó también, sin que los contemporáneos tuvieran siempre clara conciencia de ello, la potencia americana. La guerra de Secesión fue, en efecto, la primera gran guerra «moderna», en mucho mayor medida, en determinados aspectos, que la guerra franco-prusiana de 1870. Por lo que la guerra de México concierne, emprendida a favor del debilitamiento temporal de la posición externa de los EE.UU., con la idea de contrapesar la potencia americana «anglosajona», su fracaso significó la aplicación íntegra a partir de entonces de la doctrina de Monroe, bajo el eslogan de «América para los americanos» (1833). De ahora en adelante, las intervenciones, aunque fueran navales, es decir, limitadas, como fue el caso durante la primera mitad del siglo XIX, se volvieron imposibles o al menos difíciles.

Entre tanto, de 1815 a mediados del siglo, la presencia francesa, discreta por lo general, se manifestó, fuera de las Pequeñas Antillas, por episodios, frente a una situación poco transparente en América del Sur y Central. El problema de la esclavitud siguió ocupando el primer lugar de la actualidad, sobre todo en las Antillas francesas.

El Congreso de Viena (1815) había obligado a Francia a ratificar la prohibición de la trata negrera, siguiendo así la vía impuesta por la habilidad de Wilberforce a Inglaterra a partir del año 1807. Era difícil imaginar, sin embargo, cómo hacer funcionar, en las Antillas francesas, el sistema de las plantaciones sin la mano de obra negra. Por tanto, los sucesivos gobiernos franceses intentaron restablecer la situación anterior a 1789, con la idea de basar la recuperación comercial, lo mismo que en el siglo XVIII, en el comercio del azúcar y del café.

Lo que constituía una total contradicción con la promesa de la supresión de la trata. La trata clandestina (importante) se había convertido en la especialidad del puerto de Nantes. Duró algo más de una decena de años, hasta el año 1827 (717 armamentos comparados con los 3.343 del siglo XVIII). Se distingue profundamente de la anterior porque, amenazada por los cruceros ingleses, esa trata ya no se podía conformar con naves mercantes como antes de 1789. Hacían falta naves rápidas, capaces eventualmente de dejar atrás las fragatas enemigas, por tanto unas naves muy finas, estrechas y largas, e inadecuadas del todo, por consiguiente, para el alojamiento «decente» de los cautivos. A éstos se les hacinaba en las peores condiciones posibles. En una brillante serie de discursos, Benjamin Constant denunció la situación, lo que dio lugar a la famosa novela de Prosper Mérimée: *Tamango*. Mérimée se había documentado *in situ* en Nantes, lo mismo que Benjamin Constant. Recordemos el tema de Tamango:

Un rey negro, Tamango, bajo los efectos de la embriaguez, vende una noche, además de su cargamento de esclavos, a su propia mujer. Pasada la borrachera, a la mañana siguiente, quiere anular la venta, pero él mismo se convierte en esclavo por traición del capitán de barco negrero. En el transcurso de la travesía, logra fomentar la rebelión cuyo éxito supera sus expectativas, en el sentido que, eliminados los blancos, los vencedores no saben cómo manejar el complejo instrumento que es el velero. Errando al capricho de los vientos y corrientes, pronto faltos de víveres y de agua, los supervivientes van muriendo uno tras otro. Sólo Tamango sobrevive para ser recogido por un buque inglés.

El relato está novelado, pero difiere muy poco de la lectura de documentos auténticos que cuentan las rebeliones, relativamente frecuentes, de negros.

Amenazados con ser alcanzados, algunos negreros suprimían los rastros de su culpable actividad arrojando el «cargamento» por la borda. Es cierto que, una vez llegados sin problemas al puerto, recibían la «recompensa» de su «negro» tráfico, en forma de ventas sumamente rentables, ya que el precio de los esclavos había aumentado mucho. Parte de los cargamentos no se vendía en las colonias francesas, sino en Brasil, incluso en Cuba.

El mantenimiento de la actividad azucarera en las islas implicaba que estuviera resuelto el problema de la mano de obra. Y con la trata clandestina no podía estarlo: esa forma, especialmente odiosa, de la trata encontraba, tanto en Inglaterra (por motivos de competición fáciles de entender) como en la propia Francia unas resistencias cada vez más encarnizadas. Por ello, se echó mano de las tarifas arancelarias. Las colonias francesas (incluida La Reunión) se vieron dotadas de un proteccionismo a ultranza, que rayaba en el monopolio. La ley aduanera de 1822 creó una tasa del 111 % para todos los azúcares no procedentes de las posesiones francesas, que la ley de 1846 rebajó «sólo» al 44 %. Lo mismo para el café, para el que los derechos aduaneros oscilaban entre el 58 y el 90 % (el 58 % para los cafés importados en barcos franceses, el 90 % cuando lo eran en buques extranjeros). Esa discriminación afectaba de forma especial a los países de América del Sur y América Central, que eran los competidores directos de las producciones «isleñas». Hubo, por supuesto, algunos acuerdos nacionales, que suavizaban esos derechos prohibitivos. En esas condiciones, los productos exóticos de las Antillas francesas fueron perdiendo rápidamente su mayor ventaja, que había sido su fuerza en el siglo XVIII, frente a los azúcares y cafés ingleses: es decir, su precio más bajo. Enseguida se convirtieron en productos más caros que los de la América tropical: el consumidor francés pagaba la diferencia, y esa fue una de las razones por las que el consumo francés, aunque en constante aumento, sufrió siempre un retraso en relación con el de los países vecinos, y en especial con Inglaterra. Es verdad que ya lo era en el siglo XVIII, siendo la mayor parte de la producción reexportada, en especial hacia los países del norte.

Las consecuencias de ese estado de hecho fueron graves. Durante las guerras napoleónicas, ya sean los productos ingleses, ya sea el azú-

car de Cuba y el café de Brasil, habían conquistado los mercados europeos perdidos. Con unos precios claramente superiores a los del mercado mundial, resultaba imposible reconquistarlos. El azúcar y el café antillanos se vieron reducidos, pues, al único mercado nacional, lo que suprimía del todo el papel de depósito europeo que habían desempeñado, en el siglo XVIII, los puertos de Burdeos y Nantes. Al mismo tiempo, se procedía a una reclasificación nacional: como el mercado parisino iba creciendo cada vez más rápidamente, en función de un pronto aumento de la población como de su nivel de vida, el puerto de Le Havre, con una mejor ubicación, se convertía progresivamente en el puerto del café por excelencia. En cuanto al algodón, que con el añil y el cacao habían sido los productos «secundarios» de las islas, complementos de cargamento, sufrieron rápidamente una fuerte competencia y dominación. Eran, en efecto, las Antillas totalmente incapaces de suministrar las enormes cantidades de algodón que necesitaba el repentino arranque de la industria algodonera. Únicamente EE.UU. (los estados sureños) podían abastecer al conjunto de Europa. El algodón desempeñó, a lo largo de todo el siglo XIX, un papel fundamental: él es la explicación de por qué el volumen de las transacciones Francia-EE.UU. era diez veces mayor que el de Francia con el resto de América. En cuanto al añil, sufrió la competencia, más adelante, de los sustitutos de la industria química. De ser los primeros proveedores del mercado europeo (sobrepasando a las Antillas inglesas), las Antillas francesas volvían progresivamente dentro del marco de una economía puramente regional al servicio de una metrópoli que protegía su producción. Lo que equivalía ya a una asistencia disimulada: las Antillas resbalaban, de forma lenta pero segura, hacia la estrecha dependencia económica, por no decir hacia un estado de parásito necesitado de ayuda. En esas condiciones, no podía ser cuestión de conseguir un paso cualquiera hacia otra forma de industrialización.

Las consecuencias indirectas, efectos perversos, de dicha regresión, son múltiples. La reconstitución de la flota mercante francesa ya no podía apoyarse en el tráfico de las islas y se volvió cada vez menos vital. Esos efectos fueron combatidos por la ley llamada del pabellón. Gravaba todas las importaciones, en especial procedentes de América del Sur, con derechos muy elevados cuando eran transportadas en naves extranjeras. Lo que equivalía a conceder al pabellón nacional un cuasi monopolio (pero la ley no concernía, o en mucha menor medi-

da, a las exportaciones francesas, en particular el vino). El efecto más «perverso» fue, como siempre en esta materia, la respuesta extranjera: para América del Sur y Central, adoptó la forma muy sistemática de tarifas arancelarias muy prohibitivas a su vez sobre los productos franceses. La mayor víctima fue el vino, especialmente el de Burdeos. Un nuevo motivo de regresión económica para el suroeste.

Francia pagaba un alto precio por el mantenimiento de la economía antillana: raras veces se estimó en su justa medida. En esas condiciones, la «rentabilidad» económica de la esclavitud caía, obviamente, a un nivel muy bajo. Su mantenimiento a nivel económico era —tan «justificado» como había parecido en el siglo anterior— insostenible.

No se puede decir, sin embargo, que las Antillas no hubieran evolucionado. El resarcimiento de los plantadores de Santo Domingo benefició, en parte, a determinados propietarios martiniqueses o guadalupeños. Esa devolución descansaba sólo en una reducida parte en prestaciones haitianas, prometidas no obstante por tratado firmado bajo el reinado de Carlos X, esas contrapartidas que «regularizaban» el «reconocimiento» de la independencia de la isla (1825). El conjunto del expediente se cerró a principios de la Monarquía de Julio, y el Ministerio de Hacienda publicó siete volúmenes justificativos, extraordinaria mina de información sobre la situación de Santo Domingo a finales del siglo XVIII. Pese a sus inevitables lagunas (colonos muertos en masacres, descendientes muertos, etc.), aquel documento podría constituir la base de un análisis social bastante completo del reparto de la fortuna patrimonial de Santo Domingo. Mientras tanto, el contribuyente francés era quien pagaba las indemnizaciones, a menudo muy importantes, a los antiguos propietarios.

El asunto de Santo Domingo le había costado, pues, sumamente caro a Francia. Había que pagar, además, el precio de su mantenimiento en el ciclo azucarero y cafetero. Y, pese a todo, los cafés brasileños, colombianos, etc., irían conquistando progresivamente el mercado francés.

Los antillanos, no obstante, se habían esforzado por evolucionar. La sociedad antillana, y fundamentalmente la martiniquesa, proseguían en su arranque demográfico. El siglo XIX ofrece la ventaja de haber creado una administración que alimentaba regularmente los archivos. El historiador, por tanto, está en una posición más favorable para precisar los detalles. Para la Martinica son muy reveladores. Podemos resumir diciendo que todos los indicadores demográficos acabaron, a

mediados del siglo XIX, por alinearse unos sobre otros, sin que a partir de entonces se pueda distinguir particularidades propias de los blancos, de la gente de color o de los esclavos. Las tasas de reproducción de esa sociedad eran muy bajas. Es decir que existe, de ahora en adelante, una sociedad que merece el nombre de «criolla», en el sentido de que ha ido adquiriendo unos comportamientos fundamentales, que son los demográficos, totalmente autónomos. Se ha forjado *volens nolens* una sociedad específica, que nada tiene en común ni con África ni con Europa. Las tasas de mortalidad bajan, dan fe de la adaptación viral y microbiana; incluso si estaba lejos de ser ilimitada. Pero basta con comparar las hecatombres que sufrieron los soldados estacionados en las Antillas en los dos años siguientes a su desembarco para poder comprobar dicha adaptación (la mortandad de las tropas inglesas en las Antillas es, por momentos, en el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, igual a la que sufrió la expedición Leclerc, siendo la fiebre amarilla uno de los principales responsables de esos desastres). Aquel acercamiento de las situaciones entre dueños y esclavos prefigura, obviamente, la desaparición de la propia esclavitud, ya que a las actitudes mentales les cuesta registrar aquellos acercamientos de hecho. En el discurso europeo, más esclavista que nunca (en las Antillas) no se puede mencionar la supresión de la esclavitud. La alineación de las actitudes profundas venía operándose, no obstante, desde el año 1800 aproximadamente, con la igualación de niveles de fecundidad equivalentes, acompañados de una «normalización» de las relaciones de masculinidad. Lo que no significa que no haya permanecido el rechazo al matrimonio. En la mayoría de las habitaciones, el crecimiento natural sigue siendo negativo, pero empiezan a asomar tres tipos distintos de comportamientos.

En la Martinica existe un primer tipo de plantación donde el crecimiento natural es positivo: ya no es preciso una aportación ancilar. El segundo tipo de habitación registra una tasa de crecimiento natural nula o prácticamente nula: es decir, que, en este caso, no hay crecimiento, al revés de lo que ocurre en el primero. Pero las compras de esclavos sólo se realizan por necesidad debida a accidentes inesperados, o cuando se desea ampliar la superficie de explotación: quizá sea el tipo más frecuente. Finalmente, un tercer tipo de plantación se va perfilando con un excedente de mortalidad con relación a la natalidad y con retroceso, pues, de la población del taller.

Aquellos tres tipos, que ya existían en el siglo XVIII, se vuelven a encontrar en el siguiente. En la actualidad, no es posible hacer una distinción entre las «azucareras» y las «cafeteras». *A priori*, se podría suponer que estas últimas hayan registrado unos crecimientos más bien superiores a los de las azucareras: todas las descripciones coinciden en que, en efecto, el trabajo es sensiblemente menos duro que en los «bancales» de azúcar. Sin embargo, encontramos los tres tipos en ambos modos de producción principales de las islas. M. Cottias ha podido sugerir, lo más, que en el caso de las habitaciones con evolución negativa, al historiador le costaba seguir la historia de la familia. De ser posible, habría que establecer una estadística de esos tres tipos de comportamiento, para ver cuál de ellos predomina. De todos modos, nos encontramos ante una situación caracterizada por efectos retroactivos muy acusados: la situación económica —entendemos la administración de la habitación— influyendo profundamente en la demografía del grupo, y determinando, a su vez, dificultades económicas. Una vez entregado ésta a un ciclo de autoaceleración de este tipo, resultaba muy difícil salir de ello. En el estado actual de las investigaciones, es preciso ser prudente.

Podemos, no obstante, sacar una norma absoluta. Para que la reproducción de la población ancilar llegue a materializarse, es preciso que «una generación de criollos alcance la edad fecunda sin que se produzcan graves crisis de mortandad».

Siempre cabe la posibilidad, naturalmente, de emitir hipótesis, entre las cuales tres nos parecen interesantes. ¿Existe una coincidencia entre la estabilidad de los dueños (lo que significa una buena administración) con la estabilización y el posterior crecimiento de la población criolla? O bien: ¿la abolición de la trata indujo acaso a numerosos propietarios a preocuparse más por la suerte de los que quedaban? Finalmente, ¿aquellas poblaciones criollas, al llegar a la edad fecunda, pudieron constituir «redes familiares más sólidas» respetadas llegado el momento de las compras y ventas de esclavos? Pero, en la materia, las hipótesis resultan ser puras especulaciones en la medida que la explotación de la documentación que queda pueda (o no) permitir el cotejar los datos.

Se empezaba, sin embargo, a pensar en la posibilidad de la supresión de la esclavitud misma. El año 1827 había demostrado que la presión de la opinión nacional e internacional podía desembocar en unas

situaciones definitivas, y cuanto más que, detrás de los textos, se perfilaba la fuerza de la «Navy», dueña incontestada del Atlántico. Por más que el derecho de visita encolerizara a los políticos franceses, las autoridades administrativas nantesas no tuvieron más remedio que dejar de cerrar los ojos ante las actuaciones de los negreros, y tuvieron que participar las fragatas y corbetas francesas en los cruceros anti-negreros (y, en este punto, los marineros no estaban a favor de los plantadores). Hubo, por supuesto, aún después de 1827, intentos de trata clandestina. Pero los tribunales, a partir de entonces, se mostraron sin indulgencia. La trata clandestina decayó rápidamente, pese a unas importaciones clandestinas procedentes de negreros españoles, incluso portugueses. No parecen haber sido muy importantes.

Ahora bien, en caso de supresión de la esclavitud, sólo había dos puertas de salida, la que consistía en intentar retener, de grado o por fuerza, a los esclavos liberados en la plantación, inspirándose en el sistema de las Antillas inglesas próximas. Se aplicó más o menos bien y, en conjunto, fue un fracaso. El pequeño propietario no estaba preparado en absoluto para formar parte de una economía de mercado (salvo en lo concerniente al sector terciario urbano). Por otra parte, el sistema de trabajo «voluntario», que sólo se pudo implantar mediante el empleo de una cierta presión, se vio rápidamente denunciado por los organismos antiesclavistas. De tal forma que, en definitiva, el Segundo Imperio tuvo que recurrir —al igual que Inglaterra— a una solución muy diferente, la de los *coolies* hindúes. El comercio de los *coolies* se desarrolló efectivamente y alcanzó su apogeo bajo el Segundo Imperio, dando a los cinco establecimientos de las Indias una brusca y temporal prosperidad, fundamentalmente en Pondichery.

Este mismo comercio también se vio denunciado como la continuación y el sucedáneo de la esclavitud. Hubo, por supuesto, numerosos abusos, sobre todo por parte de los agentes reclutadores locales. Recordemos brevemente el contexto hindú. La movilización de las masas campesinas se había operado en el Dekkan, con motivo de las grandes obras realizadas en la península, y principalmente, la puesta en marcha del gran sistema ferroviario hindú que iba a prolongarse a lo largo de buena parte del siglo XIX. Desde los inicios de aquellas obras (cuyas grandes y pequeñas presas de agua reciben el nombre de tanks) las licitaciones de las plantaciones inglesas de té fueron sustituyendo la demanda de las obras públicas. El sistema descansaba en el trabajo vo-

luntario: al cabo de un determinado tiempo, definido por la vigencia del contrato, el trabajador regresaba a su país de origen, con la seguridad de su vuelta. Como, en efecto, todo se prestaba a abusos, la Compañía de las Indias Orientales primero, y luego las diversas administraciones coloniales inglesas, impusieron unas normas, tanto sanitarias como de transporte. Con el paso del tiempo, esas normas se volvieron cada vez más estrictas. Ahora bien, el sector de reclutamiento de los *coolies* destinados por Francia, bien a la isla de la Reunión, bien a las Antillas, abarcaba una parte extensa de la meseta de Deccan. Ese reclutamiento que, en más de un aspecto, se parecía al de los contratados, dependía estrechamente, pues, de la buena o mala voluntad de Madrás y de Nueva Delhi, mucho más desconfiadas respecto de Francia que el propio Londres. Concentrados fundamentalmente en Pondichery, los voluntarios (la mayoría de las veces designados por las autoridades de sus pueblos) pasaban una serie de exámenes médicos que, de aplicarse al pie de la letra, hubiesen tenido que dar lugar a la eliminación de todos aquellos que, según las normas de la medicina de la época, no podían soportar el viaje ni el trabajo de plantación. El sistema no funcionó sin fallos y fue objeto de constantes recriminaciones por parte de las autoridades de las Indias inglesas. Los capitanes de los *coolies-ships* se vieron acusados así, con razón algunas veces, de aumentar el número de pasajeros al embarcar clandestinamente a más indios de lo que se permitía. Hay que corregir, no obstante, las recriminaciones de las autoridades inglesas en numerosos puntos. La comparación de lo que ocurría a bordo de los barcos franceses con la situación a bordo de los buques ingleses honra a Francia. Además, basta con comparar las tasas de mortalidad de los pasajeros indios con las de los emigrantes europeos en la línea del Atlántico norte y, a mayor abundamiento aún, con las del tráfico negrero del siglo anterior, para darse cuenta que ese tráfico se desarrolló, al fin y al cabo, según unas normas y con unos resultados infinitamente menos malos. Y es cuanto más notable que aquellos «paquebotes» de un tipo muy peculiar, durante mucho tiempo fueron veleros que hacían un trayecto Indias-Antillas por la ruta del Cabo, unos trayectos, por tanto, considerablemente más largos que los dos mencionados anteriormente, con unas tasas de mortalidad menores. Se trataba, no obstante, de viajes de más de un trimestre de duración e, incluso, de medio año en muchas ocasiones: surge de nuevo la irregularidad clásica de los tiempos de la vela. El equipamiento a

vapor llegó más tarde, por el motivo mismo del consumo de carbón de las máquinas a vapor de la época, que limitaba el radio de acción y obligaba a costosas escalas para cargar carbón. Aquel tráfico, con sus viajes de vuelta con tasas de mortandad superiores a la ida (lo que es comprensible), tuvo, pues, su apogeo durante el primer cuarto de la segunda mitad del siglo XIX, pero fue disminuyendo progresivamente, para desaparecer rápidamente, en cuanto que los ingleses así lo quisieron. Corresponde al período de libre cambio caracterizado por los años 1855-1870, y podemos decir que la guerra franco-prusiana de 1870 presenció los ultimísimos sobresaltos.

Al contrario de lo que ocurrió en las Antillas y Guayana inglesas, aquella inyección de otro pueblo en el espacio antillano no se tradujo, a la larga, en una ola de indianización como la que tuvo lugar principalmente en la isla Mauricio, o en la Guayana inglesa, y, en menor medida, en Jamaica. Los regresos fueron muy importantes, vigilando los ingleses una vez más la buena ejecución de los contratos. De tal suerte que las decenas de miles de trabajadores voluntarios no dieron origen a unas importantes minorías. Las que permanecieron, progresivamente, se fueron «criollizando» a su vez, en circunstancias y proporciones variables.

Como sistema de trabajo, la esclavitud pudo, por tanto, en los años 1845-1870 ser reemplazada, en mayor o menor medida, por aquellos sustitutos, más complementarios que competidores. Quedaban por definir otras respuestas al desafío que se planteaba.

Ése fue el campo de los intentos de racionalización del instrumento de conversión de una materia prima en producto semiacabado o acabado. Ya que, recordémoslo, desde sus orígenes, se había concebido la plantación como una «manufactura» que se asemejaba, en más de un aspecto, a una «fábrica». Era lógico, por tanto, pensar en tres soluciones complementarias: 1) la racionalización mediante mecanización de la cadena de transformación jugo de caña/azúcar con el recurso de la máquina de vapor (la locomóvil) para obtener una notable disminución de la mano de obra en esta etapa precisa, pero con un aumento de las inversiones; 2) pasando al estadio superior, compensar la insuficiencia de la superficie de las explotaciones (en la Martinica, era, según parece, a finales del siglo XVIII, del orden de un poco más de unas decenas de hectáreas), ya sea por agrupación de las compras, mediante concentración, por consiguiente; 3) la creación, mucho más

original, de especies de cooperativas de producción utilizando los servicios de un conjunto auténticamente industrial, abarcando a varias, eventualmente varias decenas, de plantaciones, con un total separación, por consiguiente, de la fase de producción de la caña y la de la transformación de la caña en azúcar, en azúcar refinado inclusive, y destilerías industriales de ron. Se ve de entrada cuáles son las ventajas e inconvenientes de esos sistemas. La agrupación mediante recompra en grandes unidades requiere muchísimo tiempo y da como resultado la mayoría de las veces explotaciones compuestas de trozos y piezas diseminadas, y, por tanto, más complicadas de explotar. Semejantes operaciones, además, provocan siempre reflejos de defensa y ensombrecen un clima político y social que ya estaba de por sí bastante agitado. Vista desde el siglo XX, la segunda solución nos parece la menos mala. Pero implica unos enormes esfuerzos de inversión y somete a las plantaciones, que forman parte de ella, o que simplemente están vinculadas, a unas relaciones de subordinación que encierran muchas obligaciones. Todos esos movimientos desbordaron muy ampliamente, por otra parte, la mitad del siglo para adentrarse en pleno siglo XX.

La cuestión que se planteaba, por tanto, era saber si las Antillas podían, en esa fecha, salirse de un sistema económico para entrar a formar parte de otro. Este tipo de cambio nunca ha sido, en cualquier parte del mundo, fácil y las reconversiones logradas siguen siendo más bien escasas. El camino más fácil era el que consistía en introducir plantas de sustitución. Lo utilizaron ampliamente. La principal fue el plátano, que desde fechas remotas formaba parte de los cultivos de plantas comestibles. Pero su expansión comercial dependía, como la de la piña, de los buques de transporte frigoríficos que empezaban a hacer su aparición a principios del siglo XX. Mientras tanto, la liberación de la esclavitud provocó un abandono parcial de las grandes plantaciones y una vuelta a la pequeña propiedad independiente, basada en los cultivos de plantas comestibles más útiles en la inmediatez, empezando por la propia caña de azúcar, ya que el azúcar constituye, sea cual sea el estatuto social, un alimento básico. Dicha evolución fue seguida, en el siglo XX, por numerosas islas de fuerte población.

Ningún otro cultivo ofrece rendimientos comparables en cuanto a la relación cantidad y aportación calórica. El desarrollo de esa pequeña agricultura de subsistencia ofrecía, sin embargo, el inconveniente de sacar a las islas del sistema de cultivos exportadores. Ahora bien, las den-

sidades de población ya eran elevadas, aunque las tasas de crecimiento natural fueron muy limitadas. Todo iba a cambiar con el giro completo de la situación demográfica, que iba a hacer que a los bajos crecimientos (cuando existían), o nulos, los sucedieran unos crecimientos progresivamente más fuertes, para desembocar en una explosión demográfica capital, que tendría un peso muy importante, en la segunda mitad del siglo xx, en el devenir de las islas.

Si hemos insistido en la historia de las Antillas es porque las relaciones de Francia con América del Sur y América Central han sido poco seguidas durante ese período. Hemos constatado anteriormente que estaban muy mal vistos los franceses, y en qué medida la situación de guerra civil que se prolongó después de las guerras de Independencia dificultó el comercio:

> En 1813, muchos extranjeros, y no sólo los franceses, pensaban en retirarse de Colombia y Venezuela pronto,

apunta el cónsul de Francia,

> ya no mantendrán aquí, como en determinados países de África, más que establecimientos. Nunca el odio a los partidos fue más violento.

El de Cartagena notaba en 1830:

> El comercio ha decaído en efecto en una enorme proporción en relación con lo que era antaño... Las causas... hay que buscarlas sobre todo en la mala administración del país. Esta provincia producía antes mucho algodón de una excelente calidad, muy apreciado en los mercados europeos, donde se conocía como el algodón de Cartagena... También producía cacao, así como otros productos exportables. Hoy en día las empresas agrícolas, privadas en su mayoría de sus esclavos, no producen casi nada cuando no están del todo abandonadas.

Y es que, en efecto, la amenaza de una rebelión negra al estilo de Santo Domingo, y a partir de ella, se planteaba:

> Entre las castas que componen la población de Venezuela, la de los negros, que despierta a la vez el interés por su desgracia y el temor a una reacción violenta, no es considerable por su número, sino por su

> acumulación en una extensión de terreno reducida... Los esclavos no exceden de la quinceava parte de toda la población... Ese Mediterráneo de América cuenta en sus orillas a cerca de un millón y medio de negros libres y esclavos... Por así decirlo, es la parte africana de esta cuenca interior. Es natural que los disturbios que desde 1792 se han manifestado en Santo Domingo se hayan propagado por las costas de Venezuela,

apuntaba Alexander von Humboldt. Y, añadía:

> esos negros (tienen) una actitud amenazadora y han inspirado temores a los partidarios opuestos por turno.

Llega incluso a sugerir que «la abolición gradual o instantánea» de la esclavitud en las diferentes partes de antiguo imperio colonial español

> se debía menos a motivos de justicia y de humanidad que al hecho de asegurarse el apoyo de una raza de hombres intrépidos acostumbrados a las privaciones y luchando por sus propios intereses... (que) sólo disfrutaban matando a indios y blancos.

Ahora bien, los franceses, cualesquiera que fueran, eran sospechosos de defender la causa de los negros. Ya que, sique apuntando Humboldt,

> en esas colonias, todo francés es un médico, y todo alemán un minero,

perteneciendo el comercio bien a los ingleses, bien a los americanos.

En ese campo, el problema se planteaba menos para la Guayana francesa: hizo siempre un pobre papel al lado de sus dos rivales holandesa a inglesa. Sin embargo, los intentos de colonización fueron allí numerosos: pero fracasaron todas las compañías de comercio que se aventuraron en 1626, 1633, 1643, 1652 y 1664. La Guayana ofrece, en efecto, el caso más típico de la incapacidad europea a adaptarse, hasta una fecha reciente, a la ecología ecuatorial: la costa de la Guayana es pantanosa, en un clima muy propicio a todas las epidemias. La selva es extremadamente densa, y los indios, aunque poco numerosos, peligrosos. Añadamos que la proximidad de colonias portuguesas, inglesas,

españolas y holandesas no aumentaba la seguridad. Cuando Colbert, en 1674, pasó, aquí también, a la administración directa, Cayena no era una verdadera aglomeración estable. Se estima que en aquella fecha ya había costado 1.300 muertos la colonización. Con Colbert, la explotación comercial empieza con las plantaciones de caña de azúcar, algodón y añil. Todo ello vegetó. Así que en el tratado de Utrecht, en 1713, los portugueses reclamaron la cesión de buena parte del territorio, haciendo retroceder la frontera en alrededor de 200 km hacia el norte. Se mide mejor la enorme debilidad de la aventura: a finales del reinado de Luis XIV, la Guayana no contaba más que con 300 blancos y 2.500 esclavos. Tanto como decir que eso representaba casi nada. Durante la primera mitad del siglo XVIII, bajo la administración de los tres Orvillers, el padre, el hijo y el sobrino (1700-1763), la población se duplicó hacia mediados del siglo (unos 500 blancos y 5.000 esclavos). Habían introducido, por cierto, el café y el cacao y los jesuitas habían abierto misiones, en la desembocadura del Kuru en particular. Una serie de raids de exploración con connotación militar, como por ejemplo en 1743, el de La Condamine, habían despertado el interés. Pero la Guayana estuvo sobre todo marcada por el gran intento abortado bajo la égida de Choiseul. El proyecto en sí no tenía nada de irrealista. Era patente la debilidad de la Guayana: una capital demasiado diminuta (1.600 habitantes apenas, de los cuales 1.500 esclavos), plantaciones demasiado diseminadas, nacidas al azar, excesivamente apartadas unas de otras, sin medios de comunicación, en suma, una colonia incapaz de satisfacer sus propias necesidades elementales, y que compraba su alimento a sus vecinos holandeses. Choiseul quiso hacer de la Guayana el escaparate de la recuperación de Francia después del desastre del tratado de París (1763). Un ambicioso programa, porque no se trata de dar a las islas antillanas lo que no producían: la madera, que tanta falta hacía, víveres frescos: carne y verduras, sustituyendo a los mediocres suministros canadienses, todo, por supuesto, a cambio de suministrar a la metrópoli algodón, cacao y azúcar. Choiseul y su primo Choiseul-Praslin hicieron de ello un asunto personal, en el cual habían puesto muchas esperanzas.

Se escogió la región de Kuru para servir de centro a la experiencia. No faltaban, sin embargo, las opiniones en contra. Choiseul puso en marcha una gigantesca propaganda, mirífica (faltó poco para que se prometiera el paraíso terrenal, donde no haría falta trabajar). Si en

Francia no hubo una respuesta entusiasta, encontraron voluntarios por toda Europa, en Malta, en los Países Bajos austriacos, en Suiza, Alsacia y Lorena. Se esperaba 1.500 colonos; fueron más de 10.000.

La empresa fue encargada a un gobernador: uno de los hermanos de Turgot, que no puso los pies en la Guayana hasta que el fracaso fuera irremediable, y a un excelente intendente, Thibault de Chanvalon, que conocía bien América. Se quedó asombrado por la oleada de inmigrantes, que barrió la Guayana sin previo aviso. Todo se desarrolló en medio de una desorganización, una falta de previsión y una permanente improvisación, que no podía más que acabar en catástrofe. Las oficinas del Secretariado de la Marina, que estaban haciendo simultáneamente una labor de recuperación de la Marina muy notable, se vieron en la circunstancia totalmente desbordados, incapaces tanto de prever como de coordinar. A partir del año 1764, era ineludible el fracaso, y se estima que 7.000 de los «colonos» (de un total aproximado de 15.000) encontraron la muerte por hambre, penuria, enfermedades y epidemias. Hubo que repatriar a los supervivientes con toda urgencia. No quedaron allí, según nos dicen, más que una veintena de personas.

Por tanto, el fracaso fue total, y esto por una inversión de 20 millones de libras. Ese asunto no aboga en absoluto a favor de Choiseul. Como ocurre a menudo en la materia, fue el intendente de Chanvalon, la Casandra del proyecto, quien fue condenado, en 1767, a la cárcel de por vida y a la confiscación de todos sus bienes. Sólo se le rehabilitó a principios del reinado de Luis XVI, pero el procedimiento se demoró de 1774 a 1781.

Para América Latina, el efecto fue desastroso, y Francia se ganó por mucho tiempo la reputación de país no previsor e injusto. En realidad, las responsabilidades fueron múltiples y demasiado clásicas. Los antiguos administradores, viéndose entorpecidos, pusieron toda la mala voluntad posible y, al retrasar las descripciones de la realidad, contribuyeron aún más a agravarlas. Se habían calculado las provisiones lo más justo posible, y la mayor parte se estropeó en el transcurso de la travesía transatlántica. Los colonos, al menos algunos de ellos, se consideraron, no sin razón, perjudicados y engañados, mientras que la mayoría no estaba en absoluto dispuesta a dedicarse al duro trabajo del desbrozo de la selva. Se había calculado mal el equipo y, aquí, lo odioso se unió a lo ridículo. Se habían previsto, por ejemplo... unos

patines para el hielo, lo que dice mucho de la total ignorancia, al menos en el terreno geográfico, de los altos funcionarios correspondientes del Secretariado de Estado de la Marina. Finalmente, el reparto de las tierras provocó diversos conflictos. La más elemental higiene, en una época en la que ya eran limitados los medios de lucha médicos, ni siquiera se mencionó.

El nuevo gobernador, Malouet, llegado de Santo Domingo, se vio encargado de liquidar la «experiencia».

Recurrió a unos técnicos holandeses del Surinam, que emprendieron el drenaje de las llanuras próximas a Cayena, y crearon un sistema de crédito para los colonos, con un plazo de 10 años. Malouet se esforzó por diversificar los cultivos, introduciendo el de las especias (nuez moscada, clavo de especia, etc...) fomentando la cría de ganado. En vísperas de la Revolución, la población se había acrecentado en unos 1.300 blancos, 500 libertos y 10.000 esclavos. El comercio empezaba a dar beneficios, superando las 600.000 libras en valor de exportación, con un excedente de unas 150.000 libras. El desastre de Kuru quedaba atrás. Pero, como ocurre a menudo, «la opinión pública» sólo se quedó con el fracaso de Choiseul —que no le costó, sin embargo, ninguna pérdida de prestigio, como tampoco al hermano de Turgot.

La Revolución introdujo un nuevo elemento, y muy poco popular, al fin y al cabo. Tras el Terror, los gobiernos posteriores, y en especial el Directorio, estuvieron buscando un modo de represión poco llamativo. Acordándose de la experiencia de la Guayana, los responsables escogieron al país como «guillotina seca», es decir, como lugar de deportación cómodo para los elementos tachados de «subversivos»: sacerdotes refractarios, realistas como Pichegru, girondinos, etc... Una vez pasado el tiempo de la represión masiva y de los ajustes de cuentas, la Guayana se convirtió a continuación en un lugar de confinamiento para los criminales comunes, lo mismo que Nueva Caledonia (esta última sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX). Las islas de la Salvación así rebautizadas antaño por los jesuitas (siendo la principal la isla del Diablo) se convirtieron en el lugar de represión para los presidiarios más rebeldes. No es preciso añadir que las evasiones tenían poca posibilidad de éxito, y que los que sobrevivían a su escapada por la selva no gozaban de una buena acogida por parte de los países vecinos. El buen nombre de la Guayana salió más duraderamente empañado, y la contrapartida esperada por los gobiernos, es decir, la explo-

tación de tierras concedidas a criminales al final de su condena, no fue nunca más que una esperanza de poco alcance. En el fondo, la Guayana siguió malviviendo a la buena de Dios de una agricultura mediocre, que se vio en dificultades de la liberación de los esclavos en 1748.

Pese a todo, la Guayana siguió formando parte también, y hasta nuestros días, del reino de los sueños dorados. La proximidad de Eldorado, viejo mito de un legendario reino, rebosante de riquezas, de oro y plata, suscitó, hasta el siglo XX, numerosas expediciones más o menos bien equipadas, lo mismo que el lavado de oro de los ríos, y un incesante flujo de buscadores de oro, que vieron desvanecerse sus esperanzas. La selva, las enfermedades, el duro trabajo, convirtieron a la Guayana (sin estadísticas oficiales) en un «pozo sin fondo» de hombres e inversiones. El resultado económico fue sumamente decepcionante, y la mayor parte de la producción de oro de los «placeres» pasó a la clandestinidad. Nadie ha podido nunca cifrar con exactitud lo que la Guayana costó. Podemos decir, sin embargo, que jamás la relación entre las inversiones y los resultados prácticos conseguidos fue tan mediocre. Algunos historiadores estimaron en más de 10.000 las personas que se lanzaron así, totalmente en vano, al abismo del decepcionante espejismo del oro. Hace falta añadir acaso que, además, la proximidad del penal no contribuyó para nada a reforzar la reputación de la colonia, y menos aún a propiciar el desarrollo de una agricultura productiva eficaz.

Objeto, por otro lado, de reivindicaciones por parte de Brasil, la Guayana fue la cenicienta permanente de las administraciones coloniales francesas. Así, frente a las dificultades aparentemente insuperables, las Antillas, abandonadas poco a poco a su suerte, y más aún, la Guayana, abocada a ser el receptáculo del penal, esas colonias vegetaron, y determinados historiadores no dudaron en escribir que «fueron más o menos abandonadas» por los sucesivos gobiernos del siglo XIX lo mismo que del XX. Únicamente, la muy reciente implantación de la base de lanzamiento de cohetes en Kuru ha hecho surgir, repentinamente en esa región, abocada a los retrasos sucesivos, una organización capaz de superar las dificultades de la naturaleza ecuatorial.

El interés, de América del Sur como del Norte, residía fundamentalmente en el comercio. Desde finales de las guerras napoleónicas hasta mediados del siglo XIX, la parte de la América del Sur en las exportaciones francesas pasó del 4 al 7 % (hacia 1850). Comparemos con las

exportaciones destinadas a los EE.UU. que, en el mismo espacio de tiempo, pasan del 17 al 19 %. El total, sin incluir las colonias francesas, pasa pues, respectivamente, del 23-25 % en los años de finales de la Restauración al 27-30 % en vísperas del Segundo Imperio. No es desdeñable. Lo esencial lo formaban los textiles (entre el 40 y el 50 % del total de las exportaciones), seguidos por los productos de piel preparada (desde el guante hasta la sillería), el papel, el vidrio, los productos de la moda, las joyas y los perfumes, o sea, en conjunto, una gama muy amplia de productos, de lujo en su mayoría, al contrario de las exportaciones inglesas de productos industriales. Los productos agrícolas, y en especial los vinos (de Burdeos), se encontraban, a partir de esa época, en fuerte regresión. Los mayores centros de exportación son, en orden de importancia, México, la región de la Plata y, finalmente, Chile.

Francia importa de América Latina esencialmente plata y los productos clásicos de las regiones tropicales: la cochinilla mexicana, que pierde paulatinamente relevancia en beneficio de otros colorantes procedentes de la industria química, las maderas tintóreas y la... vainilla, el añil, el cacao, la madera de Campeche y de Honduras, cada vez más café de Brasil, las pieles y la lana de Argentina, algunos minerales como el cobre de Chile, a la espera del guano peruano, cuya exportación duró poco a consecuencia del rápido agotamiento de los lugares naturales; la salitrera a partir de los yacimientos de Chile, que, hasta la guerra de 1914, irán adquiriendo una importancia cada vez mayor (nitratos utilizados en la agricultura a la vez que en la confección de explosivos). Ese comercio se fue modificando en función de la evolución técnica. El descubrimiento de las minas de oro de California y Australia cambió la paridad entre el oro y la plata, lo que tuvo como consecuencia el abandono del bimetalismo francés.

¿Es preciso acaso recordar, además, que los precios de los textiles sufrieron una enorme caída durante la primera mitad del siglo XIX a consecuencia de los efectos de la «revolución industrial», así como, por otra parte, los precios del flete marítimo, beneficiando a América Latina?

La estructura de esos mercados era peculiar: resultaba raro, y esto era válido para todos los países europeos, que el comercio que acabamos de describir se hiciera directamente. Descansaba en el sistema de la comisión o de la consignación. En este último caso, los negociantes

suramericanos hacían sus pedidos a los fabricantes europeos, quienes «consignaban» los productos a un corresponsal americano, que los vendía, pagando mediante letras de cambio. Ese sistema implicaba un largo tiempo de rotación de capitales, de orden de los dos años, mientras que el sistema de comisión (encargándose el comisionista de todo, mediante el pago de una comisión) permitía reducir notablemente los plazos. Observamos que ambos sistemas no carecían de riesgos ni de pérdidas. Numerosas intervenciones de la marina de guerra francesa se debieron indirectamente a problemas económicos de ese tipo, negándose algunos sistemas dictatoriales a pagar las deudas de sus propios Estados o a dejar pagar a sus propios negociantes.

Era preciso que el consignatario fuese una persona de confianza. En Francia, los buenos negocios los realizaban los negociantes que habían vivido mucho tiempo en América y disponían, por tanto, de un sólido capital de experiencias. Trabajaban con un copartícipe *in situ*, que hacía las veces de consignatario.

Ese comercio normal se completaba, según la vieja costumbre del siglo XVIII, con todo un comercio paralelo de «pacotilla», en el cual tomaban parte capitanes, oficiales y tripulaciones de los buques mercantes. Progresivamente, al amparo del crecimiento general del comercio internacional, el papel de la pacotilla fue disminuyendo considerablemente.

Si lo analizamos, observamos, pues, una profunda transformación del papel, tanto de los armadores como de los capitanes de barcos. Los armamentos se transforman en organismo del transporte «puro», no participando el armador más que en pocas ocasiones en la organización del propio comercio. El capitán del siglo XVIII era todavía, en una amplia medida, un comerciante, de quien dependía estrechamente el éxito de la compañía. Vio cómo su papel se iba reduciendo poco a poco y ha vuelto, cada vez más exclusivamente, a su función de marinero. Esto, sobre todo a la exportación, porque a la importación, y en ausencia de líneas marítimas comerciales regulares, la formación de los cargamentos de vuelta conserva un cierto carácter de ocasiones y oportunidades aprovechadas.

Los mecanismos de ese comercio los ha descrito admirablemente el historiador alemán Jurgen Schneider (*Frankreich und die Unab Hangiskeit Spanisch-Amerikas. Zum Französischen Handel mit den entstenhenden Nationalstaaten [1810-1850]*, Stuttgart, 2 tomos, 1981).

Entendemos, en estas condiciones, la estructura social de las colonias integradas por franceses en América:

> Los franceses de Lima pertenecen a los mismos medios que los de Valparaíso. Son comerciantes en quincallería, o en moda, sastres, peluqueros. No se les quiere, ya que se meten siempre en política, alardean de sus hazañas y consideran a la población local con desprecio. La mayoría vive dentro de unos matrimonios salvajes y abandonan frecuentemente a madres e hijos,

apunta un corresponsal francés en Callao. Esta constatación puede hacerse extensiva al conjunto de América Latina:

> El comercio francés en América del Sur es, casi exclusivamente, un comercio minorista. Los franceses poseen en casi todas partes las más hermosas tiendas, pero no tienen en ningún lugar los grandes depósitos de mercancías de los ingleses.

Ese desprecio hacia las poblaciones locales no era propio en absoluto de los únicos franceses de América Latina: los medios políticos parisinos, fuera cual fuera su orientación política, lo compartían. Regresando de París, tras una estancia de negociación aduanera de más de dos años, el político ecuatoriano Larrea escribía en 1839:

> Los gobiernos europeos nos miran con desprecio y la gente cree que vivimos en peores condiciones que los árabes beduinos, que deambulan por el desierto. Hacen burla de la pequeñez del Estado del Ecuador, Cartagena, Nueva Granada, porque de las producciones locales sólo conocen el cacao. Saben que Ecuador no tiene ingresos (fiscales) y que lo poco que hay se va en gastos militares y en gratificaciones a los que nos rodean. Cuando, en París, nos representan la comedia nueva y chispeante de la camaradería *(sic)*, es una alusión a otras. Añaden que somos incapaces de crear nuevos recursos, ya que hemos abocado al pueblo a la miseria y que no tenemos ingresos por aranceles. Así que en Europa la gente cree que, si nos bloquean los puertos de Ecuador con cuatro buques, estamos obligados a capitular o nos vemos abocados a vegetar lamentablemente. Lo que prueba también el injusto y prematuro bloqueo de Veracruz y de Buenos Aires por la escuadra francesa... Está muy bien que (Europa) se alegre de su bienestar, pero que no nos humillen.

Ahora bien, dicha carta no sólo es interesante a título privado, sino que se publicó y no dejó de provocar violentas reacciones por parte de la población. El cónsul francés fue amenazado en público e insultado.

Sin embargo, la constatación de Larrea no se exagera porque sí: «Quieren tratados, en los que no existe reciprocidad». Para completar el cuadro, vemos el extracto citado por J. Schneider de una carta de un representante francés en ese mismo Ecuador:

> En general (las clases bajas) no llevan nada que sea de fabricación extranjera sino algún que otro objeto que consideran como de lujo. Todas las manufacturas de Ecuador están en sus inicios; los oficios, y todos los instrumentos que se fabrican son zafios y mal hechos.

El autor no niega en absoluto que los «indios lo mismo que los chinos (son) unos imitadores muy hábiles», pero no se hace nada por ellos.

Habría que matizar por supuesto en el detalle y tener en cuenta la evolución económica, social y política de cada región: recordemos simplemente la creciente importancia que va adquiriendo la costa oeste de América del Sur...

Las disposiciones y la mentalidad que acabamos de describir explican la «política de la cañonera» de Francia, en especial en tiempos de la Monarquía de Julio. Las relaciones diplomáticas con la América Latina se ven dominadas en una amplia medida por los almirantes encargados, a menudo en contra de su voluntad, de las misiones más delicadas. Después de 1815, en efecto, la marina francesa restaura poco a poco las estaciones navales que el Antiguo Régimen había empezado a instalar como telas de araña, por todo el mundo, a imitación de Inglaterra. Aparte de la estación naval más importante del Mediterráneo oriental, que absorbe, en determinados momentos, hasta el 40 % de los efectivos franceses en barcos y hombres, las dos estaciones de las Antillas (y de América Central) y de América del Sur son las más importantes. Conseguir éxitos allí es uno de los grandes trampolines para alcanzar honores en la marina francesa hasta después del Segundo Imperio. De esta forma, existe por otra parte una unidad de ejecución, de la que carece a menudo la política exterior francesa, que se ve realizada de forma indirecta por la marina de guerra. Los almirantes son, ante

todo, gobernadores de las colonias: en Indochina, en los establecimientos de las Indias, y sobre todo en las Antillas y el Pacífico. Luego, son jefes de estaciones navales —lo que, de hecho, es el primer y más importante escalón de la ascensión social— después de, en la inmensa mayoría de los casos, una vida entera pasada como subordinados en dichas estaciones navales.

Así, de jefes de escuadra se convierten en gobernadores a la espera de entrar en el Ministerio o en los organismos de decisión. Han adquirido, por tanto, una doble experiencia: son, en primer lugar, diplomáticos a menudo colocados en unas condiciones sumamente difíciles, obligados a reparar las imprudencias de los franceses en el extranjero, a pasear por el pabellón sin chocar, a suavizar, en la medida de lo posible, la amenaza implícita que representan. Son, al mismo tiempo, militares que se ven forzados a practicar el bloqueo de tal o cual región: de la desembocadura del río de la Plata o de Veracruz, a pasar a la acción, es decir, al combate puro y simple.

Las historias de la Marina suelen pasar muy rápidamente sobre estos episodios, poco gloriosos en sí. Constituyen, sin embargo, unas campañas ejemplares. Con una escuadra de veleros poner el bloqueo a una costa hostil, en los mares expuestos a la fiebre amarilla con pocas escalas posibles, siempre depende de la experiencia del lobo de mar y de la suerte. Es un milagro que la flota no haya sufrido más pérdidas. Tanto más mérito tienen aquellos marineros que están lejos de compartir siempre los prejuicios de su gobierno, ya que estos bloqueos carecen frecuentemente de eficacia.

A veces se ven obligados a pasar a la acción, a bombardear el puerto, a desembarcar un pequeño cuerpo que corre el riesgo de verse sumergido por la masa o de caer víctima de una epidemia fulminante. Para abrir el Paraná, es preciso una actuación conjunta franco-inglesa, acompañada de un forzamiento de presa fluvial, y de un desembarco, que tiene éxito y crea, por un momento, una fraternidad de armas con la «Royal Navy» (1845). El episodio principal, sin embargo, objeto, por otra parte, de un profundo resentimiento en una parte de América Latina, es el bombardeo del fuerte de San Juan de Ulúa, que defiende la región del puerto de Veracruz (27 de noviembre de 1838). La escuadra del almirante Baudin, compuesta por tres fragatas (más una corbeta al mando del príncipe de Joinville, hijo de Luis-Felipe) fue la que, tras intentar ejercer el bloqueo de esa costa peligrosa donde las haya, se vio

confiar esa difícil misión. Habitualmente, en un combate entre veleros, por potentes que fueran, y baterías costeras, la tierra solía ganar la batalla al mar: los veleros son instrumentos harto delicados. Fue, sin embargo, una de las grandes fechas en la evolución de las marinas de guerra. Una parte de los cañones de la escuadra disparaban en efecto, por primera vez en un combate real, unos obuses «a la Paixhans», esto es, unos obuses realmente explosivos. El efecto fue fulminante y en tierra lo apuntó cuidadosamente el observador norteamericano, el futuro almirante Farragut. Estaba en marcha la revolución naval militar, uno de cuyos tres elementos principales era el obús explosivo, operativo a partir de entonces. Sólo faltaban la máquina de vapor y la coraza, que fueron realizadas por Francia e Inglaterra durante el Segundo Imperio. Aquella demostración de la superioridad del armamento naval francés no iba a contribuir a mejorar «la imagen de marca» de Francia en América Latina...

Semejantes medios no se podían aplicar a los EE.UU. Hasta los años 1840, siguieron siendo una considerable potencia naval, con la que había que contar. A partir del año 1840 aproximadamente, la formidable expansión del *Far West* y la penetración en dirección al Pacífico, la creación de redes ferroviarias, es decir, la apertura de una nueva «frontera» sustituyendo a la antigua «frontera marítima», tuvieron como resultado que las inversiones americanas y extranjeras se desviaran cada vez más del mar en beneficio del interior. La política marítima de los EE.UU. fue desde entonces, por algún tiempo, muy irregular: considerable durante la guerra de Secesión, seguida luego de un cuasi abandono, con una recuperación muy fuerte a finales del siglo XIX y en vísperas de la primera guerra mundial.

Lo que no impedía en absoluto, sino todo lo contrario, el desarrollo del comercio franco-norteamericano. Es preciso dar aquí algunas cifras. Los EE.UU. representaban, entre 1827 y 1836, el 17 % de las exportaciones francesas totales y el 12 % de sus importaciones (en comparación con el 6 y el 6 % en lo que a América Latina se refiere), para caer al 14 % de las exportaciones francesas entre 1837 y 1846 (el 14 % de las importaciones), y recuperarse entre 1847 y 1850, con, respectivamente, el 19 % de las exportaciones y el 15 % de las importaciones francesas: mientras que, a la misma fecha, toda América Latina no representa mucho más que el 8 % de las exportaciones francesas y el 6 % de las importaciones.

Podemos decir, por tanto, que, a grandes rasgos, hacia mediados del siglo XIX, la América del Norte independiente «pesa» en el comercio francés, dos veces y media más que la América Latina en las exportaciones y tres veces más en las importaciones. Dicha oposición se verá reforzada en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX. No sin una profunda crisis, que fue la de la guerra de Secesión y de la guerra de México vinculada a la primera...

Capítulo VIII

DE LA GUERRA DE SECESIÓN A NUESTROS DÍAS

La guerra de Secesión, la victoria del norte, el fracaso de la guerra de México, marcan el fin de un determinado tipo de política de intervención europea en general, francesa en particular, en las Américas. Siendo Francia uno de los principales consumidores de algodón de EE.UU., que representaba la mayor parte de sus compras, la Francia imperial se inclinaba más bien del lado del sur. Ello, por interés económico, pero también por simpatía. Y sobre todo porque más que la política del norte privaba a las industrias textiles de su materia prima, provocando de esta forma una crisis de producción y una subida de los precios que habían bajado muchísimo en la primera mitad del siglo XIX. Uno de los signos más manifiestos fue el apoyo, más o menos oculto, concedido tanto por los ingleses como por los franceses a los «raiders» y a los «rompedores de bloqueo» suristas. Ambos países se vieron en la obligación de abandonar paulatinamente esa política, lo que enfrió en gran medida las relaciones francesas con los nordistas. El episodio más espectacular de ese preciso conflicto fue el combate naval, librado a la altura de Cherburgo, por el acorazado nórdico *El Kerseage* contra el corsario *Alabama* que se hundió (19 de junio de 1864). Manet pintó algunos cuadros conocidos sobre aquel episodio. Los restos del *Alabama* se hallan todavía a unos cincuenta metros de profundidad en el mar a la altura de Cherburgo, en uno de los más peligrosos sitios de la Mancha.

Es obvio que la guerra de Secesión tuvo un inmenso peso en la política exterior, al debilitar la posición de los EE.UU. Napoleón III pensó que había llegado el momento de aprovechar la situación.

En 1858, había conocido México una de sus múltiples revoluciones, y el poder había caído en manos del indio Juárez. Al refutar los

créditos extranjeros, provocó la reacción de los tres principales acreedores: Inglaterra, Francia y España. Se organizó un desembarco conjunto en Veracruz en 1861. Más o menos satisfechas con las promesas poco definidas del gobierno indio, Inglaterra y España se retiraron, dejando a Napoleón III la posibilidad de seguir adelante con la aventura. Eran múltiples los motivos. La política interior de Juárez era muy hostil a la Iglesia católica, y Napoleón necesitaba el apoyo de los católicos. La emperatriz, de origen español, propuso instalar en México, después de echar a Juárez, a un emperador, el propio hermano del emperador de Austria (Francisco José): Maximiliano. Montó, pues, Francia una gran operación, destinada por otro lado a devolver su prestigio al Imperio. La campaña, que duró de 1862 a 1867, se dividió en cuatro fases: 1) La acción conjunta ya mencionada desembocó, el 19 de febrero de 1862, en la Convención de la Sociedad, en virtud de la cual Juárez autorizaba a las tropas aliadas a instalarse al límite de las mesetas más salubres que la llanura costera. 2) Después, al retirarse España e Inglaterra, se desarrolló la ofensiva francesa. Tras un avance fallido sobre Puebla (mayo-junio de 1862), seguido de un repliegue. 3) una segunda ofensiva se saldó con éxito, después de la toma de Puebla en marzo-mayo de 1863, con la ocupación de México, el 7 de junio de 1863. Maximiliano se vio ofrecer la corona del imperio mexicano por una asamblea de notables mexicanos, aceptándola. El general Bazaine emprendió entonces la conquista sistemática de México con un ejército mixto integrado por 35.000 franceses y 20.000 mexicanos. Frente a las tres penetraciones de los franceses: una, hacia el norte (Monterrey); la otra, hacia el noroeste, en dirección a Guadalajara y la costa del Pacífico; la última, en dirección al sur, hacia Oaxaca, Juárez organizó la guerrilla. Las columnas lograron su propósito, pero el país permaneció hostil. Napoleón III se comprometió a dejar al ejército francés hasta el año 1867. Pero la guerra de Secesión acabó en 1865, y los EE.UU. salieron de la guerra singularmente fortalecidos. No sólo se negaron a reconocer a Maxiliano, sino que respaldaron a Juárez, y con algunos miramientos puramente formales, colocaron a Francia ante un ultimátum. Napoleón prefirió retirar las tropas francesas y los últimos regimientos volvieron a embarcar en Veracruz, el 12 de marzo de 1867. Se había evitado la guerra con EE.UU. Abandonado por todos, Maximiliano fue capturado y fusilado (en las circunstancias que ilustró un famoso cuadro de Manet) el 19 de junio de 1867. No hacen falta más comentarios sobre el coste

de una guerra, no sólo inútil, sino muy debilitante al fin y al cabo para el régimen imperial, y sobre todo, para Francia.

La guerra de México fue capital: fue la última gran empresa francesa en América: jamás semejante esfuerzo había sido consentido, y jamás resultado fue más desastroso. Es cierto que no habían derrotado a las tropas francesas, que pudieron volver a embarcarse sin problemas. Pero el fracaso fue total y, en cierto sentido, sus consecuencias fueron más graves que en el asunto de Santo Domingo. A partir de entonces, la doctrina de Monroe se aplica plenamente y los EE.UU. toman el relevo de Europa. Las relaciones franco-norteamericanas, por tanto, son, bien de alianza, con las dos guerras mundiales, bien de relaciones comerciales, en tiempos normales.

Las Antillas registran, sin embargo, con la revolución de Pasteur y sus consecuencias, una evolución demográfica que no les es propia, sino que se verifica en todo el Caribe. Se va acelerando entre las dos guerras y, sobre todo, después de la segunda. En 1946, la población de la Martinica se elevaba a 261.595 habitantes, o sea, una densidad de 239 habitantes por km^2; la de la Guadalupe a 278.464 personas, o sea, una densidad de 154 habitantes por km^2; mientras que la Guayana seguía siendo subpoblada, sin visos de esperanza, con 29.160 habitantes y una densidad de 0,3 habitantes por km^2. En 1980, las cifras respectivas eran de 320.000 (densidad media: 290,4 por km^2) para la Martinica, de 320.000 también para la Guadalupe (densidad: 179,9 por km^2), planteando de forma brutal la cuestión de la evolución económica y la de superpoblación. Es cierto que las tasas de nacimiento estaban bajando: 17,3 por mil en las Guadalupe e incluso 14,5 por mil en la Martinica. Pero las tasas de mortandad son muy bajas: 6,5 por mil en la Guadalupe, 0,8 por mil en la Martinica. Así que los excedentes de población siguen siendo muy altos, sobre todo con las tasas de mortalidad infantil muy adelantadas en relación con numerosos países, incluso «adelantados» de América Latina (se pasó de un 34,1 por mil en 1970 a un 18,9 por mil en diez años). Es decir, que las Antillas han registrado, con el paso del siglo XIX al final del siglo XX, en el fondo, dos revoluciones demográficas sucesivas:

1) La primera revolución demográfica ha conocido un aumento considerable de los nacimientos, especie de «liberación» explosiva, acompañada de una caída más tardía pero bastante relevante de la mortalidad.

2) Esta primera revolución demográfica fue seguida desde hace una década y media por una caída de las tasas de nacimientos combinada con una mortandad de tipo europeo adelantado.

La economía no ha seguido la evolución demográfica. El cultivo de la caña de azúcar ha sufrido una constante regresión, lo mismo que el cultivo de las plantas comestibles. Una comparación entre las producciones agrícolas de 1959 y 1980 permite, mejor que cualquier comentario, poner de relieve las grandes líneas de dicha evolución.

	1959	1980	
LA GUADALUPE			
– Mandioca	15.000	4.000	Tm
– Plátanos	165.000	170.000	Tm
– Azúcar de caña	148.000	104.000	Tm
– Café	500	200	Tm
– Ron	70.000	98.000	Hl
– Pesca	3.000	9.500	Tm
LA MARTINICA			
– Azúcar de caña	80.000	12.000	Tm
– Ron	135.000	104.000	Hl
– Pesca	3.900	2.200	Tm

Es decir, que la situación económica nunca fue buena. Las tasas de cobertura de las importaciones por las exportaciones son, en la Guadalupe, en 1980, de apenas el 19 %. En la Martinica, el cultivo de la caña de azúcar no es más que un recuerdo y la producción del ron la sustituye sólo en una medida reducida. El número de azucareras no cesa de disminuir: acaban por desaparecer. El número de parados es considerable.

En líneas generales, se pueden discernir varios ciclos. El cultivo del plátano ha ido sustituyendo casi por completo a la caña de azúcar, pero ése se muestra frágil, ya que está a merced de los ciclones. La progresión sólo ha sido posible gracias a los buques frigoríficos y las exportaciones se siguen realizando fundamentalmente hacia el mercado francés. De hecho, la agricultura de las islas ya no está capacitada para proveer, ya no tan sólo a la alimentación, sino tampoco para contribuir mucho a la economía general. No son los progresos de la pesca los que puedan cambiar mucho la situación. La piña constituye, de he-

cho, una nueva oportunidad; pero hay que importar las dos terceras partes del consumo de carne, más de la mitad de las aves y del pescado. La industria no anda mucho más boyante. El turismo representa la parte fundamental de la «industria», que da trabajo en la Martinica a más de 100.000 personas.

De esta forma, las Antillas dependen cada vez más de la metrópoli. Se encuentran en una posición de «asistidas», mucho más grave de lo que revelan las cifras: la emigración hacia la metrópoli, constituyendo un derivativo indispensable.

En semejantes condiciones, la presión demográfica siempre es factor de tensiones sociales, que pueden materializarse en la aparición de movimientos independentistas, con un éxito cuanto más variable, que están vinculados a una ideología comunista en declive.

Por otra parte, inauguraron la guerra de Secesión y la de México una nueva fase en las relaciones entre Francia y el conjunto de América. El período 1789-1867 no había sido de los mejores; la cuasi guerra con EE.UU. durante el Directorio, la tensión entre Estados Unidos y Francia a lo largo, y después de la guerra de Secesión y la de México, sin hablar de las ambigüedades derivadas de la doctrina de Monroe, habían contribuido a que hubiese más bajos que altos en las relaciones franco-americanas. No se diferenciaban de las establecidas y rotas, para volver a entablarse luego, entre Francia y América del Sur. No contribuyeron las intervenciones navales armadas a mejorar el ambiente. Pese al atractivo (más o menos real, más o menos mítico) de la Revolución francesa, y a veces, incluso a causa de éste, el francés y Francia fueron mirados con malos ojos por la mayoría de la población sur y centroamericana. Esos datos que pertenecen a una historia de casi un siglo de duración empiezan paulatinamente a difuminarse después de los años 1870-1871. La derrota de Francia frente a Prusia la relega al rango de potencia menos amenazante cada vez para la Independencia americana. Sus ambiciones coloniales no apuntan ya a América, sino que se concentran en África y la Asia del sureste. Su potencia marítima militar, considerable bajo el Segundo Imperio, y responsable en una amplia medida de la revolución que supuso el acorazado, va reduciéndose y borrándose: su modernización, orientada por la «Joven Escuela», que prefiere al acorazado «aristocrático» el torpedero y, más adelante, el submarino, considerados como «populares», y supuestamente más baratos, retrasa su ascensión en relación con las demás potencias navales

mundiales. La marina de los EE.UU., pese a unos tiempos muertos, descubre su dinamismo, a finales del siglo, con la guerra de Cuba (1897-1898). El Mediterráneo antillano pasa bajo control norteamericano, incluidos, por otra parte, Haití y Santo Domingo, convertidos en cuasi protectorados norteamericanos en el transcurso de la primera guerra mundial (1915-1916), mientras que Cuba lo era desde el año 1900. En 1898 incluso, los EE.UU. se anexionan la isla de Puerto Rico. El símbolo más manifiesto de esa transferencia de poder es la historia del canal de Panamá. Iniciada por Ferdinand de Lesseps, tras un espectacular éxito (pero debido en una amplia medida al azar que hizo coincidir la apertura del canal, en 1869, con el rápido desarrollo de los buques de vapor: el mar Rojo resulta poco propicio para la marina de vela), la compañía francesa de Panamá se ve sumida, en 1889, en una quiebra que no dice mucho a favor del mundo político francés. Una vez más, el fracaso, debido fundamentalmente al desconocimiento de los caracteres esenciales del clima ecuatorial y a la incapacidad de la medicina de la época para combatir las epidemias tropicales, así como a la técnica de los ingenieros de la década, ignorantes de los rasgos morfológicos de los suelos tropicales. Tras largas vacilaciones entre el trazado colombiano (Colombia se niega a ceder el territorio del canal en 1903), el trazado guatemalteco y la solución panameña, los EE.UU. provocan la revolución «espontánea» que crea la República de Panamá, y permite así al genio americano terminar el canal, abierto a principios de la primera guerra mundial (1914). Si no se manifiesta aún de forma muy sensible en Europa antes de 1914, la potencia financiera americana tiende sus redes sobre toda la América Central, prácticamente, transformando algunos Estados en «repúblicas bananeras» o azucareras, como Cuba. La doctrina del panamericanismo inicia a partir de entonces su vuelo. Al principio, la idea era española, pero tras la guerra de Secesión, los EE.UU. dominan los congresos panamericanos, en especial a partir de 1889, aunque esa voluntad de predominio encuentre fuertes reticencias, como durante el segundo congreso de 1901-1902. Lo único que nos importa aquí es el hecho de que, prácticamente, ninguna potencia europea, ni siquiera Inglaterra, y menos aún Francia, sea capaz de intervenir en las Américas. Es en nombre, por otra parte, de estos mismos principios que los EE.UU., durante las dos guerras mundiales, intervienen en los dos conflictos europeos, al considerarse amenazados por la ascensión del poder alemán, imperial primero, hit-

leriano más adelante. El mantenimiento de Francia en las dos pequeñas islas antillanas es una cuestión secundaria. Durante el segundo conflicto mundial se vieron estrechamente vigiladas a consecuencia de la presencia del oro del Banco de Francia y de una pequeña escuadra haciendo las veces de rehén indirecto de cara a Vichy.

Se ha convertido, por tanto, la historia franco-americana en una historia como las demás, donde asoma cada vez menos la especificidad de potencia colonial. Ya no difiere sino por la relación de potencia EE.UU./Francia, que pertenece a la historia mundial, y no ya a la historia americana propiamente dicha. Son relaciones entre aliados, con una potencia, bien es cierto, muy desigual. Relativamente equilibradas todavía durante la primera guerra mundial: (Francia fue quien suministró a los ejércitos americanos lo principal, y con mucho, de su armamento terrestre pesado); se van desequilibrando, con la «extraña derrota» de 1940, para convertirse, por momentos, en cuasi dependencia, material, financiera, incluso política. Durante largo tiempo, los EE.UU. apoyaron los movimientos de «liberación nacional» de las antiguas colonias francesas en Asia, África y en Madagascar, sin perjuicio, ante el peligro chino y soviético, de que tomara el relevo de Francia en Indochina. Los demás Estados suramericanos, por su parte, tomaron partido por los aliados, tanto en 1914-1918 como entre 1940 y 1945. Fue para fomentar aquella política de aproximación por lo que Francia envió a sus más prestigiosos embajadores a América: acordémonos simplemente de la carrera diplomática de un Claudel en Brasil o EE.UU.

En cuanto a las relaciones comerciales franco-americanas, el continente americo-latino ya no tenía, tras el abandono del bimetalismo por Francia (que constituía una de las grandes salidas de la plata mexicana) una materia prima esencial que suministrar, lo mismo que Francia ya no tenía más que una reducida parte de bienes de equipo necesarios a suministrar a estos países. Por tanto, el desarrollo comercial siguió siendo restringido, mientras que EE.UU., proveedor, primero de la materia prima fundamental para la «primera» revolución industrial: el algodón, se convirtieron cada vez más, en 1919, en proveedores de productos fabricados sofisticados.

Quedan los lazos de amistad con la minoría franco-canadiense, recuerdos de la guerra de Independencia americana y la influencia cultural e intelectual recíproca entre las civilizaciones francesas y latinoamericanas.

Francia en América: un intento de balance

No hemos dejado de subrayar, en las páginas anteriores, la extrema debilidad de la emigración francesa en América. Tampoco silenciaremos la desproporción existente entre aquel fenómeno, al fin y al cabo muy marginal en la vida de la nación, y la profundidad de la huella dejada en América, así como el recuerdo, a veces cultivado ciertamente con excesiva complacencia sentimental, cuyo origen es el apoyo concedido a las trece colonias inglesas convirtiéndose en EE.UU. El grito del general Pershing proferido en la tumba del general La Fayette: «La Fayette, henos aquí», es el símbolo de todo aquello. Ha ocultado demasiado, sin duda alguna, la profundidad de las incomprensiones franco-americanas, en especial después de la primera guerra mundial, tanto en lo que se refiere a las reparaciones como al reembolso de las deudas de guerra contraídas por Francia con EE.UU. Tanto por su civilización como por su cultura, y pese al creciente papel de la minoría negra, lo mismo que de la ola ascensional de la inmigración sur y centroamericana de la civilización española, Estados Unidos ha permanecido fundamentalmente anglosajón. Los lazos que unen a Inglaterra con EE.UU., pese a la segunda guerra de Independencia, son muy profundos. Lo que queda, en el presente, de Francia en las Américas, es ante todo una doble presencia: una, directa, en las Antillas, limitada, que plantea muchos problemas, en forma de una civilización «criolla», que goza de su profunda originalidad, de su sabor propio, pero que tiene tendencia, como en todas partes, a uniformizarse a través de la «civilización» mediática actual; la otra, indirecta, y a veces, claramente «molesta» de la presencia canadiense de origen francés. No ha lugar aquí a hacer comentarios sobre los pormenores de ese grave problema, que, cada día, está en permanente evolución. Comunidad religiosa y lingüística de una coherencia como hay pocas, pagada por un conformismo social a menudo muy pesado; pagada también por una no-industrialización, incluso un rechazo profundo de la civilización industrial contemporánea, ésta se ha convertido, con una asombrosa rapidez, en una nueva sociedad laica casi por completo, pero que, frente al derrumbamiento natalista que amenaza hasta su supervivencia, dentro de la inmensidad del mundo anglosajón que la rodea, ha reaccionado con un brote nacionalista que renace a cada sospecha, a cada torpeza de la comunidad en la que se obligada a vivir, *volens nolens*, a integrarse, por lo menos a

nivel ecónomico. Así, los dos islotes de lengua francesa que aún permanecen, uno de lengua que se puede llamar franco-criolla, el otro con sus acentos que, por momentos, recuerdan el habla de la Francia del Antiguo Régimen, pasan por unas alternativas políticas a veces llenas de baches, y contradictorias. No es éste sitio —y no es nuestro propósito—, pronunciarse sobre unos devenires en curso, que nadie puede prever. Recalquemos simplemente el peso tan distinto que tienen: por un lado, un Estado naciente; por el otro, unas islas integradas en el complejo caribeño. La evolución en curso actualmente, la restringida amenaza de una Cuba revolucionaria provisionalmente aislada por la *perestroika* no permiten, y menos que nunca, aquí como en el resto del mundo, prever un porvenir fluido ya y, por tanto, del todo imprevisible.

Por lo demás, tampoco hay que hacerse ilusiones. La cultura y la civilización francesa, en la medida que nos son propias y profundamente específicas, con su acento mucho más aristocrático, al fin y al cabo, que «burgués», ha ido perdiendo influencia. La enorme potencia económica norteamericana se traduce, como siempre ocurre en la Historia, en un acrecentado éxito de su idioma, que viene a tomar así el relevo del papel del inglés. Y no son las nostalgias acadienses o luisianas las que pueden permitir superar esos hándicaps. España, en cambio, está recolectando los inesperados frutos, y tan remotos, de su «conquista»: los americanos de civilización española, los amerindios también, están conquistando indirectamente hasta los propios EE.UU. Nueva York se ha convertido, y se convertirá aún más, en una ciudad española. ¿Qué le faltó a Francia? En primer lugar, insistamos una vez más, una emigración a la medida de su población, la primera de Europa durante los siglos XVII y XVIII: no pudo por eso realizar lo que los anglosajones pudieron hacer, poblar un espacio de tan baja densidad de habitantes que, a los ojos de los europeos de aquel entonces, equivalía al vacío. No encontró tampoco una civilización de sedentarios arraigados, herederos ya de un prestigioso pasado, como en México y las mesetas andinas: por tanto, no pudo existir fusión, por superficial que nos parezca, entre dos civilizaciones. Los caribes eran demasiado pocos, y atrevámonos a decirlo, demasiado atrasados a nivel tanto de los cultivos como de las civilizaciones, para poder resistir al primer choque, tanto viral como microbiano, y a mayor abundamiento cultural. Francia se vio condenada así a las penetraciones profundas, exploradoras, pero sin futuro propio; a las instalaciones puntuales, ya que el propio Canadá no fue sino una instalación puntual a lo largo de un río.

Más sorprendente todavía: no hubo una verdadera política colonial francesa en América: lo que se dio en llamar, con mucho énfasis, el «primer imperio colonial» del Antiguo Régimen es el resultado de una yuxtaposición de pequeñas oportunidades aprovechadas, y asumidas, pero esto, una vez más, en unos campos marginales, cuyo futuro era imposible de predecir. Canadá permaneció siendo, hasta transcurrido casi todo el siglo XIX, un inmenso espacio de «fanegas de nieve», que sólo pudo desvelar su potencialidad con la revolución industrial. En cuanto al reinado, escandaloso y rentable, de la plantación tropical azucarera esclavista, nadie en Francia, en sus inicios, sospechaba el brillante porvenir de la segunda mitad del siglo XVII y el apogeo azucarero de las «islas» en el siglo XVIII, pagados con tantas lágrimas y sufrimientos recíprocos, aunque desfasados desde el punto de vista cronólogico. Sobre este punto, no obstante, Francia no hizo más que seguir el ejemplo de otros y participar en un movimiento general.

LA POBLACIÓN DE LAS ANTILLAS FRANCESAS EN 1700, 1763 Y 1789

POBLACIÓN TOTAL POR ISLAS

Fechas	Santo Domingo	La Guadalupe	La Martinica	Total
1700	13.000	8.000	20.000	41.000
1763	216.000	84.000	84.000	384.000
1789	630.000	106.000	98.000	834.000

POBLACIÓN TOTAL POR CATEGORÍAS

Fechas	Población europea	Libertos	Esclavos
1700	14.000	?	28.000
1763	38.000	7.000	320.000
1789	53.000	35.000	630.000

De allí han salido unos departamentos de Ultramar, sostenidos contra viento y marea por la metrópoli, cualquiera que fuese el régimen. Fidelidad recíproca sin duda alguna, pero no sin fallos. Ha salido, ade-

más, un país, Haití, independiente e incapaz, no obstante, de forjarse una auténtica identidad sino por sobresaltos y cascadas de dictaduras, y como premio por todo ello, el récord de pobreza absoluta si no mundial, sí al menos americano. Digámoslo sin miedo, un episodio del tipo de *Tamango*, pero a escala, ya no de un barco y de unas muertes individuales, sino de un país y de sus incesantes dramas. Como si, después de los horrores de la esclavitud, tuvieran que pagar también los de una independencia basada en la masacre sistemática y recíproca.

Como toda colonización, la francesa ha unido lo mejor y lo peor. Es lógico. Fue, pese a todo, una historia admirable y cuyas glorias y grandezas no se pueden callar, ni siquiera en nombre de las injusticias. Gloria y grandeza de los exploradores adentrándose en el «estado salvaje» a costa de las peores dificultades, llevando el nombre de Francia por ríos, cauces y montañas. Grandeza de los misioneros como De Brébeuf, Joques, Lalemant y demás, mártires por su causa, al haber aceptado de antemano muerte y sufrimientos. Grandeza misma de los gobernadores e intendentes que llevaron, al menos en Canadá, una política excepcional de inteligencia y adaptabilidad. Grandeza sobre todo de una población de número tan reducido, y que supo imponerse durante cerca de un siglo, frente a una enorme superioridad numérica del adversario. Comprensión, por fin, de una población que supo no rechazar el contacto con el mundo indio y que lo ha respetado en una amplia medida.

Y que compensa, quizá, todo lo demás, la esclavitud aceptada y reivindicada, glorificada incluso y «justificada» a costa de la deportación de tantos cientos de miles de pobres desgraciados trasladados de la edad del hierro, aunque fuese «adelantado» por contacto, ya a la edad semiindustrial. Los 4.050 viajes negreros censados por S. Daget para los siglos XVIII y XIX (3.343 en el Siglo de las Luces y 717 en el XIX, respectivamente) representaron el traslado de alrededor de un millón o 1.200.000 esclavos...

Contrastes, por tanto, «injustificables» para nosotros: pero ¿qué dirán de nuestras propias buenas conciencias las generaciones venideras? La suerte común de la humanidad está rejida de semejantes contradicciones; porque ése es el secreto de nuestra condición humana.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA

Textos

Acosta, J. de, *Histoire Naturelle et morale des Indes Occidentales*, reed., París, 1979.

Auberteuil (Hilliard d'), *Considérations sur l'état présent de la colonie française de Saint-Domingue*, París, 2 volúmenes, 1771-1777.

Breton (padre), *Relations de l'Île de la Guadeloupe, Basse-Terre*, reed., 1978.

Champlain, S., *Voyage aux Antilles et au Mexique en 1599-1602*, Londres, 1689.

Charlevoix (P. de Charles de), *Histoire de l'Île espagnole ou de Saint Domingue*, París, 1731.

Debien, G., *Lettres de colons*, Dakar, 1965.

Donnely, J. P., *Thwaites jesuit relations. Errata and Adenda*, Chicago, 1967.

Dutertre (padre), *Histoire générale des Antilles habitées par les Français*, París, 1667-1671, 3 volúmenes.

Garran-Coulon, *Rapport sur les troubles de Saint-Domingue fait au nom de la Commission des Colonies, des Comités du Salut Public, de la législation et de la Marine...*, París, 4 volúmenes, año V-año VII.

Halgouet (H. du), *Au temps de Saint-Dominique et de la Martinique, d'après la correspondance des trafiquants maritimes*, Rennes, 1941.

Herval, H., y Beauchesne, Th., *Les Français en Amérique pendant la première moitié du XVI^e siècle (Gonneville, Verrazano, J. Cartier et Roberval)*, París, 1946.

Labat, P., *Nouveau voyage aux Indes d'Amérique*, reed., París, 1792.

Lussagnet, S., *Les Français en Amérique pendat la deuxième moitié du XVI^e siècle: Les Français en Floride (J. Ribaut, R. de Laudonnière, N. Le Challoux et D. de Gourges)*, París, 1958.

— *Les Français pendat le deuxième moitié du XVI^e siècle (A. Thevet, J. de Léry)*, París, 1959.

Moreau de Saint-Merry, *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de Saint-Domingue*, Filadelfia, 1797-1798, reed., Maurel et Taillemite, París, 1989 y 1990.

Oexmelin, H., *Histoire des frères de la côte, Filibustiers et Boucaniers des Antilles*, reed., París, 1980.

Pouliguen, M., *Doléances et peuples coloniaux à l'Assemblée Nationale Constituante, 1789-1790*, París, 1989.

Raynal (abad), *Histoire philosophique et politique des établissements et du Commerce des Européens dans les deus Indes*, París, 1780, y reediciones posteriores.

Schmitt E. (edit.), *Die mittelalterliche Ursprünge der Europaischen expansion*, tomo I, 1986; *Die grossen Entdeckungen*, 1984, tomo II; *Der Aufbau der Kolonbilreiche*, tomo III, 1987; *Wirtschaft und Handel der Kolonialreiche*, tomo IV, 1988 (Colección: Dokumente zur Europainchen Expansion), Munich; tomos posteriores por publicar.

Tersen, R. G., *Schoelcher. Esclavage et colonisateurs*, Textos escogidos, París, 1959.

Thwaites, R. G., *The Jesuit Relations and Allein Documents*, 73 volúmenes, Cleveland, 1896-1901.

Instrumentos de trabajo, obras generales con bibliografías importantes o recientes

Bertin, J.; Hemardinquer, J. S.; Keul, M.; Randels, W. G., *Atlas des cultures vivrières*, París, 1971.

Bonnault, C. de, *Histoire du Canada français, 1534-1763*, París, 1950.

Dessales, A., *Histoire générale des Antilles*, París, 5 tomos, 1847-1848 (de los inicios a 1784).

Hamelin, J. (bajo la dirección de), *Histoire du Quebec*, Toulouse, 1976.

Hayne, D. M., y Vachon, A. y sucesores (edit.), *Dictionnaire biographique du Canada* (igualmente versión inglesa: *Dictionnary of Canadian Biography*), Toronto, Quebec, tomo I; 1966, tomo 2, 1969 y tomos posteriores.

Lacour, A., *Histoire de la Gadeloupe*, tomo I, 1635-1789, Basse-Terre, 1855.

Mauro, F., *L'expansion européenne (1600-1870)*, París, 1967.

Mettas, J., *Répertoire des expéditions négrières françaises au XVIII^e siècle*, ed. S. Daget, 2 tomos, París, 1984.

Mollat, M. (bajo la dirección de), *Histoire des pêches maritimes en France*, Toulouse, 1987.

Morandière (Ch. de La), *Histoire de la pêche française de ma morue en Amérique septentrionale*, 2 volúmenes, París, 1962.

Pluchon, P. (bajo la dirección de), *Histoire des Médecins et Pharmaciens de la Marine et des Colonies*, Toulouse, 1981.
— *Histoire des Antilles et de la Guyane*, Toulouse, 1982.

Reinhard, W., *Geschichte der Europaischen expansion*, tomo II, Amerika, Stuttgart, 1985.

OBRAS GENERALES

Berenger, J.; Durand, Y., y Meyer, J., *Pionniers et colons en Amérique du Nord*, París, 1974.

Chaunu, P., *L'Amérique et les Amériques (1504-1640)*, París, 1964.
— *Seville et l'Atlantique (1504-1640)* (H. y P. Chaunu), París, 12 volúmenes, 1957-1960.
— *L'expansion européenne du XIII^e au XV^e siècles*, París, 1969.
— *Conquête et exploitation des Nouveaux Mondes*, París, 1969.

Davis, R., *The Rise of the Atlantic Economies*, 1973 y 1975, Londres.

Deer, N., *History of the Sugar*, Londres, 1953.

Deveza, M., *L'Europe et le monde à la fin du XVIII^e siècle*, París, 1970.
— *Antilles, Guyanes, la mer des Caraïbes de 1492 à 1789*, París, 1977.

Eccles, W.-J., *France in America*, Nueva York, 1972.
— *Canada under Louis XIV, 1663-1701*, Toronto, 1964.

Giraud, M., *Histoire de la Louisiane française*, París, 1952-1966, 3 volúmenes (1699-1720).

Martin, G., *Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises*, París, 1948.

Meyer, J., *Les Européens et les Autres. De Cortès à Washington,* París, 1975.
— *Esclaves et Négriers,* París, 1988; edición española, Madrid, 1990.
— *Histoire du sucre,* París, 1989.

Roberts, W. A., *The French in the West-Indies,* Nueva York, 1942.

Trudel, M., *Histoire de la Nouvelle-France, 1609-1627,* Montreal, 1966.

Vaissière, P. de, *Saint-Domingue, la société et la vie créoles sous l'Ancien Régimen (1629-1789),* París, 1909.

Verlinden, C., *Les origines de la colonisation atlantique de la Renaissance à l'âge des Lumières,* Neuchâtel-París, 1966.

OBRAS ESPECIALIZADAS

Begouen-Deneaux, M., *Mémorial d'une famille du Havre,* 4 tomos, Le Havre-París, 1948-1958.

Biraden, J. N., *Le peuplement du Canada,* en Anales de Demografía, París, 1966.

Bosher, J. F., *The Canada Merchantss, 1713-1763,* Oxford, 1987.

Butel, P., *Les négociants bordelais, l'Europe et les Îles au XVIII^e siècle,* París, 1974.
— *Les Caraïbes au temps des filibustiers, XVI^e-XVII^e siècles,* París, 1982.
— *La croissance bordelaise commerciale dans la deuxième moitié du XVIII^e siècle,* Lille, 3 volúmenes, 1973.

Clark, J. C., *La Rochelle and the Atlantic Economy during the Eighteenth Century,* Baltimore, 1981.

Curtin, P., *The Altantic Slave Trade.* A. Census, Madison, Milwaukee y Londres, 1969.
— *The Rise and Fall of the Plantation Complex.* Essays in Atlantic History, Baltimore, 1990.
— *Death by Migration, Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century,* Baltimore, 1990.

Charbonneau, H., *Naissance d'une population. Les Français établis au Canada au XVII^e siècle,* París-Montreal, 1987.

Chauleau, L., *La société à la Martinique au XVII^e siècle,* Caen, 1966.

Dahlgreen, E. W., *Les relations commerciales et maritimes entre la Françe et les côtes de l'Océan Pacifique,* tomo I, *Le commerce de la Mer du Sud jusqu'à la paix d'Utrecht,* París, 1909.

— «Voyages français à destination de la Mer du Sud avant Bougainville (1695-1749)», en *Nuevos Archivos de las misiones científicas*, tomo XVI, pp. 423-568.

Dainville, D. F. de, *La géographie des humanistes*, París, 1940.

Debien, G., «Les engagés pour les Antilles (1634-1715)», en la *Revista de Historia de las Colonias*, París, 1951.
— *Les Colons de Saint-Domingue et la Révolution.* Ensayo sobre el club Massiac, París, 1953.
— *Les esclaves aux Antilles françaises*, Basse-Terre, 1978.
— *Esprit colon et esprit d'autonomie à Saint-Domingue au XVIII^e siècle*, París, 1954.
— «Plantations et esclaves de Saint-Domingue. Sucrerie Cottineau (1750-1777)?», *Notas de historia colonial*, n.° 66, Dakar, 1962.
— «Plantations d'Amérique et papier de famille II», *Notas de Historia colonial*, n.° 60, Dakar, 1960.
— *Le commerce nantais et la perte de Saint-Domingue d'après una correspondance de la maison Lebourg (1784-1800)*, Puerto Príncipe, 1944.

Dionne, N. E., *Samuel Champlain, fondateur de Québec et de la Nouvelle-France. Histoire de sa vie et de ses voyages*, 2 volúmenes, Quebec, 1871.

Duchene, N. E., *Habitants et marchands de Montréal au XVII^e siècle*, París, 1974.

Emer, Piet C.; Mettas, J., y Nardin, J.-C. ed., «La traite des Noirs par l'Atlantique; Nouvelles Approches», París, 1976, tomo LXII, n.^os 226-227 de la *Revista de la Francia de Ultramar* (año 1975).

Frostin, C., *Histoire de l'autonomisme colonial de la partie française de Saint-Domingue aux XVII^e et XVIII^e siècles. Contribution à l'étude du sentiment américain d'indépendance*, Lille, 1973, 2 volúmenes.
— *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVII^e et XVIII^e siècles*, París, 1975.
— «Les colon de Saint-Domingue et la métropole», en *Revista Histórica*, año 1967, pp. 381-414.

Goy, J., y Charbonneau, H., *Evolution et éclatement du monde rural. Cultures et milieux en France et en Nouvelle-France*, París, 1981.

Halgouet, H. du, *Nantes et ses relations commerciales avec les îles d'Amérique au XVIII^e siècle*, Rennes, 1939.

Hamelin, J., *Economie et société en Nouvelle-France*, Quebec, 1973.

Henripin, H., *La poplulation canadienne du début du XVIII^e siècle. Nuptialité, Fécondité, Mortalité infantile*, París, 1954.

Lasserre, E., *La Gadeloupe*, Burdeos, 1961, 2 volúmenes (tesis de geografía).

Lore, J. M., *Passages au départ de Nantes pour les Antilles entre 1694 et 1743 et passages pour la France pris dans les ports des Antilles entre 1732 et 1741, Généalogie et histoire de la Caraïbe*, n.° 18, junio 1990 (se refiere a 1.165 contratados y 53 regresos).

Lorin, H., *Le comte de Frontenac. Étude sur le Canada français à la fin du XVII^e siècle*, París, 1895.

Mauro, F., *Le Brésil du XV^e à la fin du XVIII^e siècles*, París, 1977.

May, L.-P., *Histoire économique de la Martinique (1635-1763)*, París, 1730, reed. Fort-de-France, 1972.

Meyer, J., *L'armement nantais dans la deuxième moitié du XVIII^e siècle*, París, 1969.

Moral, P., *Le paysan haïtien. Étude sur la vie rural en Haïti*. París, 1961.

Neill, J. Mc., *Atlantic Empiures of France and Spain. Louisbourg and Havana, 1700-1762*, Chapell-Hill y Londres, 1982.

Petit-Jean, R., *La société d'habitation à la Martinique: un demi-siècle de formation, 1635-1685*, París, 1980.

— *Le Gaoulé. La révolte de la Martinique en 1717*, Fort-de-France, 1966.

Poussin, B., *L'admministration de Saint-Domingue sous le gouvernement du comte d'Estaing (1763-1766)*, París, tesis de la Escuela de Chartres, París, 1957.

Schneider, J., *Frankreich und die Unabh Angigkeit Spanisch-Amerikas. Zum franzosischen Handel mit entsthenden Nationalstaaten (1810-1850)*, Stuttgart, 2 tomos, 1981.

Stein, L., *The French Slave Trade in the XVIIIth Century: on Old Regime Business*, Baltimore, 1983.

Tarrade, J., *Le commerce colonial de la France à la fin de l'Ancien Régime. L'Evolution du régime de l'Exclusif de 1763 à 1782*, 2 volúmenes, París, 1973.

Villiers, P., *Le commerce colonial atlantique et la guerre d'Indépendance Américaine des États-Unis d'Amérique*, 2 volúmenes, París, 1975-1977.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aiguillon, Armand Vignerot du Plessis de Richelieu, duque de, 140.
Anson, George, barón de, 137.
Arbuthnot (almirante), 154.
Barras (almirante), 155.
Bas, Le (gobernador), 128.
Baudin, Charles, 206.
Bazaine, Achille, 210.
Beauharnais (familia), 112.
Beaumarchais, Pierre Augustin Caron de, 157.
Behaim, Martín, 66.
Binkes (almirante), 130.
Bolívar, Simón, 170.
Boscawen, Edward, 139, 140.
Brébeuf, Jean de, 219.
Byng, John, 139.
Byron, John, 154.
Calonne, Charles Alexandre de, 156.
Carlos III, rey de España, 164.
Carlos IX, rey de Francia, 68.
Carlos X, rey de Francia, 169, 189.
Cartier, Jacques, 44, 50, 66, 122.
Castries De (mariscal), 153, 157.
Cavalier de la Salle, *ver*, Salle, René Robert Cavalier de La.
Claudel, Paul, 215.
Colbert, Jean Baptiste, 25, 31, 48, 49, 75, 77, 83, 84, 100, 105, 107, 127, 128, 132, 148, 149, 151, 164, 198.
Coligny, Gaspar II de Chatillon, señor de, 37, 68, 121.
Colón, Cristóbal, 10, 54, 76.
Concini, Concino, 123.
Condamine, Charles Marie de la, 198.
Constant, Benjamin, 186.
Cornwallis, Charles, marqués de, 155.
Cortés, Hernán, 50, 67.
Cottias, Myriam, 10, 11, 16, 21, 27, 33, 97, 99, 100, 117, 118, 191.
Courcelle, De (gobernador), 106.
Curtin, P., 14, 117.
Custine, Adam Philippe, conde de, 152.
Champlain, Samuel de, 44, 45, 47, 48, 64, 66, 76, 122, 126.
Champvallay (arzobispo), 107.
Chartres (duque de), 170.
Chateaubriand, François René, vizconde de, 13, 49.
Chaunu, Pierre, 50, 56.
Chaurand (negociante), 24.
– hermanos, 159.
Choiseul, Etienne-François, duque de, 109, 140, 141, 151, 152, 182, 198-200.
Choiseul-Praslin, Eugène Antoine, conde de, 198.
Daget, S., 219.
Dainville, D. F. de, 65.
Debien, G., 87.
Defoe, Daniel, 109.
Degas, Edgar, 112.
Diderot, Denis, 162.
Douglas (comodoro), 140.
Dreyfus, Alfred, 109.
Durero, Alberto, 50.
Dutertre, Jean-Baptiste, 123, 124, 150.
Elisabeth (doctor), 21.

Enrique II, rey de Francia, 67.
Enrique IV, rey de Francia, 41, 51, 68, 76, 122, 123, 148, 151.
Esnambuc, Pierre Belain D', 123-125, 151.
Estaing, Jean-Baptiste D', conde de, 154.
Estrées, D' (almirante), 130.
Farragut, David Glasgow, 207.
Fayette, Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert Motier, marqués de La, 154, 216.
Felipe II, rey de España, 55, 67.
Francisco I, rey de Francia, 12, 66.
Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría, 210.
Franklin, Benjamin, 156.
Frontenac, Louis de Buade, conde de, 128.
Furtado, Celso, 163.
Galinée, De (sacerdote), 46.
Galissonière, Barrin de la, 138.
Goethe, Johann Wolfgang von, 176.
Grasse, François-Joseph, conde de, 80, 101, 154, 155, 155-156.
Grawes (almirante), 155.
Guichen (almirante), 154.
Hansen (historiador), 108.
Hawke (marino), 137.
Hocquart (administrador), 106.
Hohenstaufen (familia), 83.
Hood, Samuel, vizconde de, 154, 155.
Howe, Richard, conde de, 178.
Humboldt, Alexander von, barón de, 173, 177, 183, 197.
Isabel I, reina de Inglaterra, 41.
Isaías (profeta), 76.
Jefferson, Thomas, 168.
Joinville, François-Ferdinand-Philippe d'Orleans, príncipe de, 206.
Joques (misionero), 219.
Juárez, Benito, 209, 210.
Josefina, emperatriz de Francia, 112.
Kalm, Peer, 74, 111, 131, 152.
Kolberger, R., 66.
Labat, Jean-Baptiste, 90, 91.
Lalemant, Charles, 219.
Larrea (político), 204, 205.
Law, John, 107, 110.
Leclerc, Charles Victor-Emmanuel, 112, 182, 190.
Lesseps, Ferdinand de, 214.
Linneo, Carlos de, 74.
Luis XIII, rey de Francia, 19, 122, 148, 150.
Luis XIV, rey de Francia, 12, 31, 59, 84, 104, 116, 126, 130, 131, 134-136, 148, 150, 198.
Luis XV, rey de Francia, 152.
Luis XVI, rey de Francia, 199.
Luis Felipe I, rey de Francia, 170, 206.
Lusignan (familia), 83.
Luynes, Charles, duque de, 157.
Magalhaes-Godinho, Vitorino, 108.
Malherbe, 50.
Malouet, Pierre-Victor, 200.
Manet, Edouard, 209, 210.
Marczewski, Jean, 167.
María de Médicis, reina de Francia, 76, 122, 123, 126.
Marquette, Jacques, 48, 128.
Maurepas, Jean Frédéric Phélypeaux, conde de, 42, 134.
Maximiliano, emperador de México, 210.
Mérimée, Prosper, 28-29, 186.
Miranda, Francisco de, 170-177.
Moctezuma (rey azteca), 50, 67.
Molière, Jean-Baptiste Poquelin, *llamado*, 77.
Moncalm (militar), 133.
Monroe, James, 185, 211, 213.
Montaigne, Michel Eyquem de, 36, 37, 162.
Montaudouin (familia), 161.
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de, 162.
Monts, Pierre de Guades, 122.
Moore (comodoro), 140.
Moreau, J. B., 50.
Moreau de Saint-Merry, Médéric Louis, 149-151, 159.
Mostaert, Jan, 65.
Napoleón I Bonaparte, emperador de Francia, 112, 152, 168, 170, 172, 176, 179, 181, 182.
Napoleón III, emperador de Francia, 172, 209, 210.
Nicot, Jean, 53.
Núñez de Balboa, Vasco, 48.
Orleans (duque), 153.
Pasteur, Louis, 29, 119, 211.

Pershing, John, 216.
Pichegru, Charles, 200.
Pindinsart de Mairobert (recopilador), 164.
Pitou, Ange, 109, 177.
Pizarro, Francisco, 67.
Pocock (almirante), 140.
Poincy, De (gobernador), 125.
Pointis, Jean Bernard Desjeans, barón de, 59.
Polo, Marco, 66.
Prévost d'Exiles, Antoine-François, 110.
Prouville de Tracy, Alexandre, 106.
Ray de Chaumont, Le (banquero), 153.
Ray de la Clartais, Le (comerciante), 153.
Raynal, Guillaume, 162.
Razilly (hermanos), 122.
Richelieu, Armand Jean du Plessis, cardenal de, 12, 19, 53, 54, 75, 107, 110, 122, 123, 125, 126, 150, 151.
Rieth, Eric, 38.
Robespierre, Maximilien de, 176.
Rochambeau, Donatien Marie de, 154, 182.
Rochambeau, Jean-Baptiste de Vimeur, conde de, 112, 154, 155.
Roche, Troilus du Mesgouez, marqués de la, 122.
Rodney, George Brydges, barón de, 101, 140, 154.
Roissy, Urbain de, 123.
Ronsard, Pierre de, 37.
Roque et Roberval, Jean-François de la, 122.
Rouerie, Armand Taffin, marqués de la, 154.
Rousseau, Jean-Jacques, 49, 161, 162.
Ruyter, Michel Adriaansz van de, 129.
Saint-Didier (alto funcionario), 121.
Salle, René Robert Cavalier de La, 48, 49, 128.
Santa Cruz, Álvaro de Bazán, marqués de, 54.
Sartine (Secretario de Estado de Marina), 153.
Schneider, Jurgen, 203, 205.
Schoelcher, Victor, 185.
Schöner de Bamberg, Jean, 66.
Seignelay, Jean Baptiste Colbert, marqués de, 20, 48, 83, 128, 135.
Smith, Adam, 163.
Strozzi, Philippe, 53.
Talon, Jean, 106, 107, 128.
Talleyrand-Périgord, Charles-Maurice de, 173.
Tavernier, Jean-Baptiste, 99.
Thibault de Chanvalon, 96, 199.
Tocqueville, Charles Alexis Henri Clérel, señor de, 152.
Touche de la Ravardière, De la (colonizador), 121-122.
Touches, Des (marino), 154.
Toussaint Louverture, François-Dominique Toussaint, *llamado*, 178, 181.
Turgot, Stephan-François, 199, 200.
Verrazano, Giovanni da, 48, 54.
Villaret-Joyeuse, Louis-Tomas, 178.
Villegagnon, Nicolas Durand de, 121.
Voltaire, François Marie Arouet, *llamado*, 161.
Washington, George, 154.
Wilberforce, William, 165, 186.
Wolfe, James, 133.
Young, Arthur, 162, 163, 165.

ÍNDICE TOPONÍMICO

Acadia (Canadá), 122, 134, 136, 138.
África, 20, 27, 32, 94, 101, 119, 142, 160, 190, 196, 213, 215.
Aix-la-Chapelle (tratado), 134.
Alemania, 13, 108, 156.
Alpes (cordillera), 49.
Alsacia, 109, 199.
Alleghany (cordillera), 138.
Amazonas (río), 122.
Amberes, 50.
América, 15-17, 35, 36, 38-40, 51, 53, 54, 57, 63-67, 69, 99, 103, 108-111, 123, 125-127, 147, 149, 151, 152, 156, 169-173, 178, 179, 181, 185, 187, 188, 197, 199, 203, 204, 209, 211, 213-216, 218.
América Central, 66, 186, 187, 189, 196, 205, 214.
América del Norte, 13, 14, 66, 77, 123, 131, 152, 154, 167, 171, 177, 183, 185, 201, 208.
América del Sur, 10, 61, 66, 68, 121-123, 161, 170, 171, 178, 182, 186-189, 196, 201, 204, 205, 213.
América Latina, 167, 170, 185, 199, 202, 204-208, 211.
Amiens (Paz de), 152, 168, 179, 181.
Annapolis, 157.
Andalucía, 71.
Antillas (islas), 12-15, 18-22, 24, 32, 33, 51, 52, 54, 58, 71, 75, 77, 81, 82, 90-92, 95, 99-101, 105, 106, 111, 116, 119, 123, 127-129, 136-138, 140-142, 144, 147, 149, 153-158, 161, 174, 178-180, 182, 185, 188-190, 192-196, 201, 205, 206, 211, 213, 216.
— mar, 30, 183.
Antillas Francesas, 14, 15, 42, 83, 84, 104, 113, 118, 121, 124, 137, 138, 144, 166, 178, 179, 186-188.
Apalaches (cordillera), 36, 49, 50, 70, 138, 168.
Aquitania, 114.
Argentina, 171, 202.
Aruba, 129.
Asia, 140, 213, 215.
Atenas, 161.
Atlántico (océano), 42, 52, 54, 81, 103, 114, 134, 139, 192, 193.
Augsburgo, Liga de, 58, 115, 127, 149.
Australia, 109, 202.
Austria, 134, 136, 137, 210.
Azores (islas), 53, 58.
Bahamas (islas), 53, 80, 155.
Bahrein, 51.
Baltimore, 157.
Banato, 13.
Barbados (isla), 60, 123, 124, 136.
Basse-Terre (Guadalupe), 80.
Beaucaire, 40.
Beauport (abadía), 35.
Behring (estrecho), 30.
Bélgica, 18, 65, 147.
Belle-Île, 71.
Bermudas (islas), 54-55, 55, 69, 71.
Binic, 41.
Bosques (lago), 48.
Boston, 70, 135.

Botany Bay (Australia), 109.
Bourbon (isla), 179.
Brasil, 18-20, 35, 36, 61, 66, 67, 94, 129, 150, 184, 187, 188, 201, 202, 215.
Brest, 106, 139, 140, 154, 178.
Bretaña, 42, 53, 71, 84, 111.
Bristol, 179.
Brujas, 50.
Buenos Aires, 204.
Burdeos, 52, 85, 104, 156, 179, 180, 188, 189, 202.
Cabo de Buena Esperanza, 193.
Cabo Verde (islas), 14.
Cádiz, 13, 55, 170.
California, 202.
Callao, El, 204.
Campeche, 82, 202.
Canadá, 11-15, 17-21, 36, 37, 42, 43, 49, 50, 63, 66, 67, 69-71, 74-76, 85, 92, 97, 100, 104-107, 111, 121-128, 134, 136, 138-140, 144, 148-151, 161, 167-169, 183, 217-219.
Canarias (archipiélago), 83, 124.
Caracas, 177.
Caribe (mar), 13, 33, 50, 52, 55, 69, 78, 80, 107, 118, 123, 125, 130, 170, 211.
Carignan, 105.
Carpentras, 50, 55, 123.
Cartagena de Indias, 60, 103, 196, 204.
Cayena, 109, 130, 182, 198, 200.
Civitavecchia, 40.
Colbert (río), *ver,* Misisipí (río).
Colombia, 171, 196, 214.
Connecticut, 42.
Coro, 183.
Creta (isla), 83.
Cuba, 36, 54, 56, 61, 66, 77, 90, 112, 183, 187, 188, 214, 217.
Cumaná, 183.
Curaçao, 129.
Cherburgo, 173, 209.
Chesapeake (bahía), 138, 154, 155.
Chicago, 48.
Chile, 202.
China, 48, 79, 114.
Chipre (isla), 83.
Churchill (río), 48.
Deccan (península), 15, 192, 193.
Detroit, 50.
Diablo (archipiélago), 109.
– isla del, 200.
Dieppe, 50-52, 125.
Dominica (isla), 140.
Dordoña (río), 113.
Ecuador, 204, 205.
Egipto, 112, 121, 165, 181.
Epinal, 22.
Erie (lago), 138.
España, 13, 14, 40, 53, 57, 59, 64, 65, 68, 69, 108, 127, 149, 153, 156, 167-169, 210, 217.
Esparta, 161.
Estados Unidos, 19 32, 84, 94, 99, 112, 121, 152, 156, 158, 165, 168-173, 178, 181, 185, 188, 202, 207, 209-211, 213-217.
Europa, 13, 30, 39, 41, 48, 49, 52, 56, 57, 65, 67, 70, 71, 74, 80-82, 94, 99, 126, 132, 138, 140, 147, 153, 172, 173, 183, 188, 190, 199, 204, 211, 214, 217.
Extremo Oriente, 12, 66, 157.
Fall Line, 70.
Fernando Poo (isla), 63.
Finisterre (batallas), 137.
Flandes, 68.
Florida, 37, 48, 52, 53, 66, 68, 69, 121, 140, 156, 169.
Fort-Carolina, 121.
Fort-Coligny, 121.
Fort-de-France (Martinica), 80, 137.
Francia, 10, 11, 14, 16, 25, 33, 35, 37-40, 49, 53, 63-68, 71, 73, 84, 93, 100, 101, 104, 109, 111-113, 115, 124, 126-128, 130, 134, 135, 140-142, 146, 148, 151-153, 156-158, 163, 165, 167-173, 178-180, 186-189, 193, 196, 198, 199, 202, 203, 205, 207, 209-211, 213-219.
Galias, las, 66.
Gallové, 75.
Garona (río), 85, 113.
Gibraltar, 153.
Golconde, 51.
Granada (batalla), 154.
Grandes Antillas, 54, 60, 61, 79.
Grandes Lagos, 13, 47, 70.
Granville, 52.
Guadalquivir (río), 58.
Guadalajara (México), 210.

Guadalupe (isla), 10, 18, 21, 22, 54, 78-80, 93, 96, 101, 116, 120, 125, 140, 141, 144, 146, 147, 152, 179, 211, 212.
Guatemala, 113.
Guayana Francesa, 14, 78, 109, 120, 122, 125, 177, 197-201, 211.
Guayana Inglesa, 194.
Guinea (golfo), 15, 63, 83.
Gulf Stream (corriente), 39.
Habana, La, 55, 82, 140.
Haití, 18, 120, 214, 219.
Havre, Le, 173, 188.
Havre de Grâce, 125.
Hierro (isla), 124.
Holanda, 19, 38, 53, 59, 65, 128-130.
Hollywood, 50.
Honduras, 55, 82, 202.
Honfleur, 52.
Hudson (bahía), 45, 48.
– valle, 138.
Hungría, 13.
Illinois (lago), 48.
– río, 48.
Indias, 66, 127, 140, 193.
Indias Orientales, 142, 147, 157, 193, 206.
Índico (océano), 28, 100.
Indochina, 206, 215.
Inglaterra, 11, 14, 15, 35, 41, 64, 71, 103, 108, 109, 121, 128, 130, 131, 136, 140, 151, 152, 153, 158, 160, 163, 167, 170, 179, 186, 187, 192, 205, 207, 210, 214, 216.
Insulindia, 79.
Irlanda, 42, 84, 144.
Islas Cardenales (batalla), 140.
Italia, 40, 65, 66, 181.
Jamaica (isla), 92, 130, 135, 136, 155, 194.
Jemmapes (batalla), 170.
Jerusalén, 21, 76, 126.
Joux, 181.
Kuru (río), 198, 200, 201.
Labrador (corriente), 39.
Lachine (rápido), 48.
Lagos (cabo), 140.
Lementín (península), 78.
Lima, 204.
Lisboa, 53.
Loira (río), 85, 113, 114.
Londres, 105, 193.
Lorena, 199.
Louisbourg, 134, 135, 140.
Luisiana, 110, 140, 168.
Lyon, 171.
Macizo Central, 85.
Madagascar, 215.
Madeira (isla), 83.
Madrás, 193.
Magdalena (islas), 43.
Malta (isla), 199.
Mancha (canal de la), 153, 209.
Maracaibo, 183.
Maranho (isla), 122.
Marsella, 31.
Martinica (isla), 10, 18, 22, 54, 78-80, 93, 96, 102, 115-118, 120, 125, 137, 140, 141, 144, 146, 147, 151, 152, 154, 179, 180, 189, 190, 194, 211-213.
– batallas, 154.
Maryland, 29, 77, 109.
Mauricio (isla), 194.
Mediterráneo (mar), 40, 57, 129, 140, 197, 205.
Menorca (isla), 138, 156.
– batalla, 138.
México, 36, 50, 51, 56, 79, 113, 172, 174, 185, 202, 208-211, 213, 217.
– golfo, 48, 52, 128.
Michigan (lago), 48.
Misisipí (río), 13, 44, 48, 128, 131, 168.
Mohawk (depresión), 138.
Monterrey, 210.
Montevideo, 174.
Montreal, 17, 43, 46, 48, 123, 140.
Morbihan, 140.
Mozambique, 14.
Nantes, 52, 104, 180, 186, 188.
Nelson (río), 48.
Nicaragua, 55.
Nipigon (lago), 48.
Normandía, 63, 111, 154.
Nueva Caledonia, 200.
Nueva Delhi, 193.
Nueva Escocia, 43.
Nueva Francia, 64, 125.
Nueva Granada, 204.
Nueva Inglaterra, 42, 70, 131, 143.
Nueva Orleans, 48, 112.

Nueva York, 136, 153, 217.
Nuremberg, 65.
Oaxaca, 210.
Ohio (río), 49, 128, 138.
Ontario (lago), 138, 168.
Ouessant (batallas), 153, 178.
Pacífico (océano), 28, 40, 48, 206, 207, 210.
Paimpol, 35.
Países Bajos, 65, 199.
Panamá, 36, 41, 79, 214.
– canal, 214.
– istmo, 54.
Paraná (río), 206.
París, 21, 68, 93, 100, 107, 111, 114, 125, 139, 159, 163, 204.
– Tratado, 37, 140, 147, 152, 168, 198.
Pelée (monte), 79.
Península Ibérica, 53.
Pequeñas Antillas, 19-20, 36, 52, 54, 56, 77, 78, 90, 96, 98, 110, 117, 119, 129, 144, 147, 160, 169, 178, 186.
Perú, 36, 51, 54, 72, 79, 113, 124.
Pirineos (cordillera), 42.
– Paz de los, 127.
Pittsburg, 50.
Plasencia, 39.
Plata, La (región), 202.
– río, 206
Poitou, 71.
Pondichery (India), 15, 192, 193.
Port-au-Prince, 80.
Port-Louis, 125.
Port-Rieux, 41.
Port-Royal (Canadá), 122.
Portugal, 14, 40, 53, 69, 108.
Príncipe (isla), 63.
Prusia, 213.
Prusia Oriental, 13.
Puebla, 210.
Puerto Cabello, 183.
Puerto Rico (isla), 61, 214.
Punta Delgada (batalla), 54.
Quebec, 17, 43, 48, 72, 122, 127, 133, 134, 140.
Rennes, 107.
República Dominicana, 214.
Reunión (isla), 14, 101, 179, 187, 193.
Rhode Island, 42, 136.
Río de Janeiro (bahía), 37, 53, 121.
Rocosas (cordillera), 48, 168.
Rochelle, La, 52, 53, 104, 106, 125, 127, 149.
Rojo (mar), 214.
Royan, 52.
Ruán, 36, 52, 61-63, 67, 104, 107, 122, 125.
Rusia, 13, 152, 173.
Saint-Brieuc (bahía), 41.
Saint-Malo, 40-42, 52, 104, 122, 125, 154.
Saint-Pierre (Martinica), 79.
Saint-Pierre-et-Miquelon (archipiélago), 37.
Saintes (archipiélago), 101.
– batalla, 101, 105.
Salado (río), 78.
Salvación (islas), 200.
San Cristóbal (isla), 123, 124, 150, 155.
San Eustaquio (isla), 125.
San Juan de Ulúa, 206.
San Lorenzo (río), 11, 13, 17, 43, 44, 46, 47, 70-72, 109, 133, 134, 140.
– golfo, 42, 43, 122.
Santa Lucía (isla), 153.
Santiago de Chile, 171.
Santo Domingo (isla), 10, 18, 20, 22, 54, 56, 59-61, 78, 80, 93-98, 102, 112-114, 116, 117, 119, 120, 127, 130, 143, 144, 146, 147, 149, 152, 159, 160, 169, 171, 172, 174, 175, 177-183, 189, 196, 197, 200, 211.
Santo Tomé (isla), 63.
Saskatchewan (río), 48.
Sena (río), 67.
Setúbal, 40.
Sevilla, 13, 164, 170.
Siberia, 43, 47.
Sicilia, 83.
Soufrière (volcán), 79.
Spitzberg (isla), 40.
Suiza, 199.
Superior (lago), 48, 169.
Surinam, 200.
Tadoussac, 43, 122.
Tennessee (río), 138.
Terranova, 20, 35, 37-39, 42, 49, 51, 134, 151.
Tierra de Fuego, 174.
Tobago (isla), 130, 140, 156.

– batalla, 130.
Tolfa (Italia), 40.
Toronto, 50.
Tortuga (islas), 18, 126, 127.
Transilvanias, 13.
Trento, 19.
Trinidad (isla), 179.
Trois-Rivières, 17-72.
Utrecht (tratado), 39, 59, 134, 198.
Valparaíso, 204.
Vendée, 132.
Venecia, 153.
Venezuela, 51, 182, 183, 196, 197.
Veracruz, 204, 206, 210.
Versalles, 110, 163.
– tratado, 136, 156.
Vichy, 215.
Viena (Congreso de), 186.
Viento (islas), 183.
Virginia, 29, 77.
Vitré, 50.
Vizcaya (golfo), 139.
Wabasch (valle), 48.
Washington (ciudad), 70.
Winnipeg (lago), 48.
Yorktown, 154, 155.
– batalla, 112, 157.
Yucatán (península), 82.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Francia y América,* de Jean Meyer, forma parte de la Colección «Europa y América», en la que se analiza la contribución de las naciones europeas no ibéricas a la formación de la América actual, desde una perspectiva global que incluye aspectos culturales, políticos, económicos y sociales.

COLECCIÓN EUROPA Y AMÉRICA

- El Reino Unido y América: la época colonial.
- Francia y América.

En preparación:

- El Reino Unido y América: emigración británica.
- El Reino Unido y América: inversiones e influencia económica.
- El Reino Unido y América: influencia política y legal.
- El Reino Unido y América: influencia religiosa.
- Italia y América.
- Rusia y América.
- Alemania y América.
- Países Bajos y América.
- Holanda y América.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE